

TAHEREH MAFI

# LIBÉRAME

SAGA DESTRÓZAME 2



Lectulandia

Juliette ha escapado del Restablecimiento y se ha refugiado en el Punto Omega, la base de la resistencia rebelde. Juliette mata a quien toca, ese es su poder. Después de huir del Restablecimiento y de sus planes para utilizarla como arma, Juliette creyó que sería libre para amar a Adam. Pero pronto comprende que no puede escapar de su don letal porque es incapaz de controlarlo.

Tahereh Mafi

# **Libérame**

**Destrózame - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 19.02.2020

Título original: *Unravel Me*  
Tahereh Mafi, 2012  
Traducción: Andrea Romero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

A mi madre. La mejor persona que jamás he conocido.

## ~~Quiere encontrarme~~ Yo los encontraré antes

Juliette ha escapado del Restablecimiento y se ha refugiado en el Punto Omega, la base de los rebeldes donde están las personas con algún tipo de poder sobrenatural. El de Juliette es matar a quien la toca.

Cree que por fin será libre para amar a Adam, pero no puede controlar su don para estar con él ni tampoco es capaz de usarlo al servicio de la resistencia contra el Restablecimiento.

Mientras la felicidad de Juliette se desmorona, Warner, el hijo del líder del Restablecimiento, no se detendrá ante nada para intentar recuperarla: la necesita más de lo que ella podría imaginar.

Juliette tendrá que escoger entre lo que más desea y lo correcto; entre Adam y Warner, entre alejarse de sus amigos o matar por ellos.

## UNO

Hoy el mundo podría haber amanecido radiante.

Puede que la gran esfera amarilla se esté derramando sobre las nubes, como la yema líquida, y difuminándose en el más azul de los cielos, radiante de frías esperanzas y falsas promesas sobre buenos recuerdos, familias de verdad y abundantes desayunos con montones de tortitas rociadas con sirope de arce, en un mundo que ya no existe.

O quizás no.

Puede que hoy sea un día oscuro y húmedo, que el viento silbe tan fuerte que hiera los nudillos de los ancianos. Puede que nieve, o que llueva, no lo sé, puede que haga tanto frío que caiga granizo y que haya un huracán que se convierta en un tornado haciendo que la tierra se estremezca para hacer sitio a nuestros errores.

No tengo ni idea.

Ya no tengo ventana. No tengo vistas. Mi sangre está a un millón de grados bajo cero y estoy enterrada a quince metros de profundidad en una sala de entrenamiento que se ha convertido en mi segunda casa. Cada día me quedo mirando fijamente estas cuatro paredes y me recuerdo a mí misma que *no soy una prisionera no soy una prisionera no soy una prisionera* pero a veces los viejos temores salen disparados a través de mi piel y parece que no pueda liberarme de la claustrofobia que se aferra a mi garganta.

¡Hice tantas promesas al llegar aquí!

Ahora no estoy tan segura. Ahora estoy preocupada. Ahora mi mente es una traidora, porque mis pensamientos huyen cada mañana con ojos esquivos, manos sudorosas y risitas nerviosas que se aposentan en mi pecho, nacen en él, amenazan con estallar en mi interior, y la presión se hace más y más y más fuerte.

La vida aquí no es como esperaba.

Mi nuevo mundo está grabado en bronce, sellado en plata, se ahoga en aromas de piedra y acero. El aire es gélido; las alfombras, naranjas; las luces y los interruptores pitán y parpadean, dando un brillo fluorescente. Está lleno,

lleno de personas, de pasillos repletos de susurros y gritos, taconeos firmes y pasos pensativos. Si escucho atentamente puedo oír el sonido de los cerebros trabajando, frentes que se arrugan y dedos golpeteando barbillas, labios y ceños fruncidos. Las ideas se llevan en los bolsillos, los pensamientos se apoyan en la punta de la lengua de cada uno; los ojos se entrecierran por la concentración, absortos en una cuidada planificación que yo debería querer conocer.

Pero nada funciona y todas mis piezas están rotas.

Castle me dijo que debería aprovechar mi Energía. Nuestros dones son diferentes formas de Energía. La materia nunca se crea ni se destruye, me dijo, y, al mismo tiempo que nuestro mundo cambió, también lo hizo la Energía que lo envolvía. Nuestras habilidades provienen del universo, de otra materia, de otras energías. No somos anomalías. Somos el inevitable resultado de las perversas manipulaciones de nuestra Tierra. Nuestra Energía llegó de algún lugar. Y está a nuestro alrededor.

Tiene sentido. Recuerdo cómo era el mundo cuando lo abandoné.

Recuerdo los cielos enfadados y las puestas de sol que se desmoronaban bajo la luna. Recuerdo la tierra agrietada y los arbustos cortantes y todas las cosas que antes eran verdes y que ahora son marrones. Pienso en el agua que no podemos beber y en los pájaros que ya no vuelan y en cómo la civilización humana se ha visto reducida a un conjunto de instalaciones esparcidas por lo que queda de nuestra devastada tierra.

Este planeta es como un hueso roto que no se ha soldado bien, como cien trocitos de cristal pegados. Nos han destrozado y reconstruido, nos han pedido que hiciéramos un esfuerzo cada día para hacer ver que seguíamos funcionando como se suponía que debíamos hacerlo. Pero es mentira, todo es mentira; toda persona, lugar, cosa o idea es mentira.

Yo no funciono correctamente.

No soy más que la consecuencia de la catástrofe.

Dos semanas que han quedado a un lado de la carretera, abandonadas, olvidadas. Llevo dos semanas aquí y durante este tiempo he estado en una cama de cáscaras de huevo, preguntándome cuándo se va a romper algo, si seré quien lo rompa, preguntándome cuándo va a desmoronarse todo. Durante estas dos semanas tendría que haber estado más contenta, haber dormido mejor y más profundamente en este lugar seguro. En vez de esto, me preocupo por qué va a pasar ~~cuando lo consiga~~ si no consigo hacerlo bien, si no encuentro la forma de entrenar correctamente, si hiero a alguien a propósito accidentalmente.



Nos estamos preparando para una guerra cruel.

Por esto estoy entrenando. Estamos preparándonos para desarmar a Warner y a sus hombres. Para ganar una batalla tras otra. Para demostrar a los ciudadanos de nuestro mundo que todavía hay esperanzas, que no tienen que acceder a las demandas de el Restablecimiento y convertirse en esclavos de un régimen que solo quiere aprovecharse de ellos. Y he aceptado luchar. Ser una guerrera. Usar mis poderes, muy a mi pesar. Pero pensar en ponerle la mano encima a alguien me trae infinidad de recuerdos, sentimientos, una oleada de poder que solo siento cuando toco una piel que no es inmune a la mía. Es una explosión de invencibilidad; una especie de euforia atormentada; una ola de energía que brota de cada uno de los poros de mi cuerpo. No sé lo que me va a hacer sentir. No sé si seré capaz de sentir placer ante el dolor de alguien.

Lo único que sé es que las últimas palabras de Warner están pegadas a mí y no puedo deshacerme de ese frío, esa verdad, que me taladra la garganta al intentar salir.

Adam no sabe que Warner me puede tocar.

Nadie lo sabe.

Se suponía que Warner estaba muerto. Se suponía que Warner estaba muerto porque se suponía que yo le había disparado, pero nadie imaginó que yo tendría que aprender a disparar un arma, así que ahora creo que ha venido a buscarme.

Ha venido a luchar.

Por mí.

## DOS

Un solo golpe y la puerta se abre.

—Vaya, señorita Ferrars. No sé qué espera lograr ahí sentada en una esquina. —La sonrisa fácil de Castle danza por la sala antes de que él entre.

Suspiro profundamente y me fuerzo a mirarlo, pero no puedo. En lugar de eso, murmuro una disculpa y escucho el triste sonido que generan mis palabras en esta gran sala. Noto que mis dedos temblorosos se agarran a las gruesas y acolchadas colchonetas que se extienden por el suelo y pienso en por qué no he logrado nada desde que estoy aquí. Es humillante, muy humillante, decepcionar a una de las pocas personas que me ha tratado bien.

Castle está de pie frente a mí y espera hasta que finalmente lo miro.

—No hace falta que se disculpe —me dice. Sus intensos y cristalinos ojos marrones y su sonrisa afectuosa hacen que resulte fácil olvidar que es el líder del Punto Omega. El líder de todo este movimiento clandestino dedicado a luchar contra el Restablecimiento. Tiene la voz demasiado suave, demasiado amable, y casi es peor. ~~A veces desearía que me gritara~~. Pero... —prosigue — tiene que aprender a aprovechar su energía, señorita Ferrars.

Una pausa.

Un paso.

Sus manos descansan sobre la pila de ladrillos que yo debería haber destruido. Hace como que no nota lo rojos que están mis ojos, o las tuberías metálicas que he arrojado por la habitación. Evita cuidadosamente observar las manchas de sangre de los tablones de madera apartados a un lado; no me pregunta por qué tengo los puños tan apretados o si me he hecho daño de nuevo. Ladea la cabeza hacia mí, pero está mirando fijamente un punto justo a mi espalda y, cuando habla, su voz es suave.

—Sé que le resulta difícil —me dice—. Pero tiene que aprender. Tiene que hacerlo. Su vida dependerá de ello.

Trago tan fuerte que oigo el eco de mi saliva en el abismo que nos separa. Asiento y me reclino contra la pared, ignorando el frío y el dolor que me produce el ladrillo al clavarse en mi espalda. Aprieto las rodillas contra el

pecho y noto que mis pies presionan las colchonetas que cubren el suelo. Me falta tan poco para echarme a llorar que me da miedo ponerme a gritar cuando hable.

—Pero no sé cómo —le digo finalmente—. No entiendo nada de todo esto. Ni siquiera sé qué debería estar haciendo. —Miro fijamente al suelo y parpadeo parpadeo parpadeo, tengo los ojos brillantes, húmedos—. No sé cómo conseguir que sucedan las cosas.

—Entonces tiene que pensar —dice Castle, sin inmutarse. Coge una tubería metálica abandonada. La sopesa—. Tiene que encontrar la relación entre los hechos ocurridos. ¿Qué pasó cuando destrozó el hormigón de la cámara de tortura de Warner? ¿Cuando perforó la puerta de acero para salvar al señor Kent? ¿Por qué en esos dos casos fue capaz de actuar de una forma tan extraordinaria? —Se sienta a unos metros de distancia. Empuja la tubería hacia mí—. Necesito que analice sus habilidades, señorita Ferrars. Tiene que concentrarse.

Una palabra es suficiente, es lo que necesito para ponerme enferma. Parece que todo el mundo necesita que me concentre. Primero Warner necesitaba que me concentrara, y ahora Castle necesita que me concentre.

Nunca he sido capaz de hacerles caso.

El profundo y triste suspiro de Castle me devuelve a la realidad. Se pone en pie. Se alisa la única chaqueta azul marino que parece tener y veo el símbolo plateado de Omega bordado en la espalda. Una mano ausente toca el final de su coleta; siempre se ata las rastas en la base del cuello.

—Se pone obstáculos usted misma —dice, aunque lo dice amablemente—. Quizás debería trabajar con alguien para variar. Quizás un compañero la ayudaría a aclararse, a descubrir la conexión entre estos dos sucesos.

Los hombros se me tensan de la sorpresa.

—Pero dijo que tenía que trabajar sola.

Entorna los ojos a lo lejos. Se rasca detrás de la oreja mientras se mete la otra mano en el bolsillo.

—En realidad no quería que trabajara sola —confiesa—. Pero nadie se ofreció voluntario.

Una, dos, quince rocas me golpean en el estómago. Algunas se quedan aplastándose el pecho. No entiendo por qué me quedo sin respiración, por qué estoy tan sorprendida. No debería estarlo. No todo el mundo es Adam.

No todos están a salvo de mí como él. Solo Adam me ha tocado y ha disfrutado con ello. ~~A excepción de Warner.~~ Pero a pesar de que a Adam le

encantaría ayudarme, él no puede entrenar conmigo. Está ocupado con otras cosas.

Cosas que nadie quiere contarme.

Pero Castle me observa con ojos ilusionados, generosos, ojos que no saben que estas nuevas palabras que me ha dicho son mucho peores que todo lo anterior. Peores porque, aunque ya sé la verdad, todavía me duele oírla. Me duele recordar que, aunque viva en una cálida burbuja con Adam, el resto del mundo sigue viéndome como una amenaza. Un monstruo. Una abominación.

~~Warner estaba en lo cierto. No importa dónde vaya, parece que no puedo librarme de esto.~~

—¿Qué ha cambiado? —le pregunto—. ¿Quién quiere entrenar conmigo ahora? —Me detengo—. ¿Usted?

Castle sonríe.

Es el tipo de sonrisa que hace que me recorra un ardor avergonzado y el orgullo caiga hasta mis pies. Tengo que resistir la tentación de salir corriendo por la puerta.

~~Por favor por favor por favor no me compadezcas; es lo que quiero decirle.~~

—Ojalá tuviera tiempo —dice Castle—. Pero al final Kenji está libre... Conseguimos reorganizarle la agenda... y dijo que le gustaría trabajar con usted. —Un instante de duda—. Si le parece bien.

Kenji.

Quiero reírme a carcajadas. Tenía que ser el único que se arriesgara a trabajar conmigo. Le hice daño una vez. Accidentalmente. Pero no hemos pasado mucho tiempo juntos desde que llevó a nuestra expedición al Punto Omega. Parecía como si simplemente estuviera cumpliendo una misión; una vez conseguida, volvió a su propia vida. Aparentemente, Kenji es alguien importante aquí. Tiene un millón de cosas que hacer. Cosas que controlar. Parece que cae bien a la gente, que incluso lo respetan.

Me pregunto si alguna vez lo habrán visto como el Kenji odioso y grosero que conocí al principio.

—Por supuesto —le digo a Castle, intentando poner una cara amable por primera vez desde que ha llegado—. Me parece una buena idea.

Castle se pone en pie. Tiene los ojos brillantes, ilusionados, complacidos.

—Perfecto. Le diré que se reúna con usted mañana a la hora del desayuno. Pueden comer juntos e irse desde allí.

—Bueno, pero yo normalmente...

—Lo sé —me interrumpe Castle. Ahora su sonrisa se reduce a una delgada línea y arruga la frente de preocupación—. Le gusta comer con el señor Kent. Lo sé. Pero casi no ha pasado tiempo con los demás, señorita Ferrars, y, si va a quedarse aquí, tiene que empezar a confiar en nosotros. La gente del Punto Omega se siente unida a Kenji. Él puede responder por usted. Si todos los ven pasando tiempo juntos, se sentirán menos intimidados ante su presencia. La ayudará a adaptarse.

Noto como si aceite hirviendo me salpicase la cara; me estremezco, mis dedos se contraen, intento encontrar un lugar al que mirar, intento hacer ver que no siento el dolor que me aprisiona el pecho. Tengo que tragar tres veces antes de responder.

—Me... me tienen miedo —le digo susurrando, me voy apagando—. No quiero... no quería molestar a nadie. No quería entrometerme...

Castle suspira, largo y tendido. Mira hacia arriba y hacia abajo, se rasca bajo la barbilla.

—Solo están asustados —dice finalmente— porque no la conocen. Si lo intentara un poco más... Si hiciera el menor esfuerzo por conocer a alguien... —Se detiene. Frunce el ceño—. Señorita Ferrars, lleva aquí dos semanas y casi no habla con sus compañeras de habitación.

—Pero eso no... Creo que son buena gente y...

—¿Y aun así las ignora? ¿No pasa tiempo con ellas? ¿Por qué?

~~Porque nunca he tenido amigas. Porque me da miedo hacer algo mal, decir algo malo y que acaben odiándome como han hecho todas las chicas que he conocido. Y me caen muy bien, por lo que me dolería mucho más su rechazo.~~

Me quedo callada.

Castle meneaba la cabeza.

—Lo hizo muy bien el día que llegó. Casi amiga de Brendan. No sé qué pasó —prosigue—, pensé que estaría bien aquí.

Brendan. El chico delgado de pelo rubio platino con corrientes eléctricas en las venas. Me acuerdo de él. Fue amable conmigo.

—Me cae bien Brendan —le digo a Castle, desconcertada—. ¿Él está enfadado conmigo?

—¿? —Castle meneaba la cabeza, se ríe a carcajadas. No me responde—. No lo entiendo, señorita Ferrars. He intentado tener paciencia con usted. He intentado darle tiempo, pero confieso que estoy bastante perplejo. ¡Era tan diferente cuando llegó! ¡Le entusiasmaba estar aquí! Pero tardó menos de una

semana en cambiar de parecer. Ni siquiera mira a nadie cuando camina por los pasillos. ¿Qué pasa con la conversación? ¿Con la amistad?

Sí.

Tardé un día en sentirme como en casa. Un día en mirar a mi alrededor. Un día en sentirme entusiasmada ante una nueva vida y todo el mundo tardó un día en descubrir quién soy y qué he hecho.

Castle no me habla de las madres que me ven andar por el pasillo y apartan a sus hijos de mi camino de un tirón. No menciona las miradas hostiles y las palabras poco cordiales que he soportado desde que llegué. No dice nada sobre los niños a quienes les han dicho que permanezcan lejos, muy lejos, y el puñado de ancianos que me observan demasiado de cerca. Solo puedo imaginarme lo que han oído, de dónde han sacado esas historias.

Juliette.

Una chica con un toque letal que mina la fuerza y la energía de los seres humanos hasta que se convierten en cascarones débiles y paralizados que jadean en el suelo. Una chica que se pasó la mayor parte del tiempo en hospitales y centros de detención de la juventud, una chica que fue repudiada por sus propios padres, etiquetada como demente y sentenciada al aislamiento en un manicomio donde incluso las ratas tenían miedo de vivir.

Una chica.

Tan hambrienta de poder que mató a un niño pequeño. Que torturó a un niño. Que hizo que un hombre se arrodillara ante ella jadeante. Ni siquiera tiene la decencia de suicidarse.

Nada de eso es mentira.

Así que miro a Castle con manchas de rubor en las mejillas y palabras mudas en los labios y ojos que se niegan a revelar sus secretos.

Él suspira.

Está a punto de decir algo. Intenta hablar, pero me mira el rostro y cambia de idea. Solo me ofrece un asentimiento rápido, una inspiración profunda, un toque de dedo sobre el reloj y unas palabras:

—Tres horas hasta que se apaguen las luces. —Y se gira para irse.

Se para frente a la puerta.

—Señorita Ferrars —me dice de repente, suavemente, sin girarse—. Ha elegido quedarse con nosotros, luchar con nosotros, ser miembro del Punto Omega. —Se detiene—. Necesitaremos su ayuda. Y me temo que se nos está acabando el tiempo.

Observo cómo se va.

Escucho sus pasos alejarse retumbando, igual que sus últimas palabras, y reclino la cabeza contra la pared. Cierro los ojos y dejo de ver el techo. Oigo su voz, solemne y firme, zumbándome en los oídos.

*Se nos está acabando el tiempo*, ha dicho.

Como si el tiempo pudiera ser de esa clase de cosas que se te acaban, como si pudiera medirse en recipientes que nos entregan al nacer y de los que, si comemos demasiado, muy rápido o justo antes de tirarnos al agua, entonces el tiempo se nos acaba, se pierde, se consume, se agota.

Pero el tiempo está más allá de nuestra comprensión. Es inagotable, existe fuera de nosotros; no se nos puede acabar, ni podemos perderle la pista o encontrar una forma de aferrarnos a él. El tiempo sigue adelante con o sin nosotros.

Tenemos mucho tiempo, debería haber dicho Castle. Tenemos todo el tiempo del mundo, debería haberme dicho. Pero no lo hizo porque lo que quería decir es que nuestro tiempo, tic tac, está cambiando. Se precipita hacia una dirección completamente nueva golpeándose de bruces contra otra cosa y...

*Tic.*

*Tac.*

*Tic.*

*Tac.*

*Tic.*

Ya casi.

Es la hora de la guerra.

## TRES

Sus ojos, azules. Su pelo, marrón oscuro. Su camisa, ceñida y sus labios, sus labios se contraen para apretar el interruptor que enciende el fuego de mi corazón y no tengo ni tiempo de parpadear o suspirar, porque ya estoy atrapada en sus brazos.

—Eh, tú —me susurra justo en el cuello.

Reprimo escalofrío mientras la sangre me sonroja las mejillas y, por un momento, solo por este instante, dejo caer mi cuerpo y permito que él me sostenga.

—Hola. —Sonrío, inhalando su aroma.

Esto es un lujo.

Casi nunca nos vemos a solas. Adam está en la habitación de Kenji con su hermano pequeño, James, y yo duermo con las gemelas sanadoras. Seguramente tengamos menos de 20 minutos antes de que las chicas vuelvan a la habitación, e intento aprovechar la oportunidad al máximo.

Los ojos se me cierran.

Adam me envuelve la cintura con los brazos, acercándome más a él, y el placer es tan enorme que apenas puedo evitar que mi cuerpo tiemble. Es como si mi piel y mis huesos llevaran tantos años anhelando contacto, afecto e interacción humana que no sé cómo moderar el ritmo. Soy un niño hambriento que trata de llenarse el estómago, que atiborra sus sentidos ante el lujo de estos momentos como si tuviera que levantarme por la mañana y darme cuenta de que sigo barriendo cenizas para mi madrastra.

Pero entonces los labios de Adam se posan sobre mi cabeza y mis preocupaciones se ponen un disfraz fingiendo ser otra cosa durante un rato.

—¿Cómo estás? —le pregunto, y me siento avergonzada porque mis palabras ya no parecen firmes aunque casi ni me ha cogido, pero ya no puedo soltarme. ~~No quiero que me suelte nunca. Nunca. Nunca. Nunca.~~

La risa hace que su cuerpo tiemble, suave, sofisticado e indulgente. Pero no responde a mi pregunta y sé que no lo hará.



Hemos intentado escaparnos juntos muchas veces, pero solo sirve para que nos capturen. No nos dejan salir de la habitación cuando se apagan las luces. Cuando se acabó nuestro periodo de gracia —una indulgencia concedida a cuenta de nuestra brusca llegada—, Adam y yo tuvimos que seguir las reglas como todos los demás. Y hay una gran cantidad de reglas.

Estas medidas de seguridad —cámaras por todas partes, en cada esquina y pasillo— están para prepararnos en caso de ataque. Por la noche patrullan guardias, buscando cualquier ruido sospechoso, actividad o signo de infracción. Castle y su equipo se ocupan de la protección del Punto Omega y no están dispuestos a correr el mínimo riesgo; si los intrusos se acercan demasiado a este escondite, alguien tiene que hacer todo lo necesario para mantenerlos alejados.

Castle defiende que la extrema vigilancia es lo que ha evitado que fueran descubiertos durante tanto tiempo y, sinceramente, puedo entender sus razones para ser tan estricto. Pero estas mismas medidas son las que nos mantienen alejados a Adam y a mí. Nunca nos vemos, a excepción de las horas de las comidas, en las que siempre estamos rodeados de gente, y paso todo el tiempo libre encerrada en una sala de entrenamiento donde se supone que debo «aprovechar mi Energía». Adam está tan disgustado como yo.

Le toco la mejilla.

Respira con dificultad. Se gira hacia mí. Su mirada dice demasiado, tanto que tengo que apartar la vista porque lo siento demasiado intensamente. Mi piel es hipersensible, se ha despertado por fin por fin por fin y vibra de vida, vibra de sentimientos tan intensos que casi es algo indecente.

Ni siquiera puedo esconderlo.

Él sabe lo que provoca en mí, lo que ocurre cuando me roza la piel con los dedos, cuando sus labios se acercan demasiado a mi rostro, cuando el calor de su cuerpo contra el mío me fuerza a cerrar los ojos y hace temblar mis extremidades y que mis rodillas cedan ante la presión. Yo también veo lo que le provoca saber que produce este efecto en mí. A veces me tortura, sonriéndome y tardando demasiado en acortar el espacio que nos separa, deleitándose con el sonido de mi corazón golpeando contra mi pecho, con las intensas respiraciones que intento controlar desesperadamente, con la forma en que trago saliva un centenar de veces hasta que se acerca para besarme. Ni siquiera puedo mirarlo sin revivir todos los momentos que hemos pasado juntos, cada recuerdo de sus labios, su roce, su aroma, su piel. Es demasiado para mí, tan nuevo, son muchas sensaciones maravillosas que nunca antes

había conocido, que nunca había sentido, a las que nunca antes había tenido acceso.

~~A veces me da miedo que esto llegue a matarme.~~

Me libero de sus brazos; siento frío y calor y me noto inestable; deseo lograr controlarme, deseo que se olvide de lo fácil que le resulta alterarme, y sé que necesito un rato para calmarme. Me tapo la cara con las manos e intento pensar en algo que decir, pero todo tiembla y lo sorprendo mirándome, me mira como si pudiera inhalar todo mi ser de una bocanada.

Lo único que distingo después son sus brazos, el nerviosismo desesperado de su voz al decir mi nombre, y me pierdo en su abrazo, me deshago y me desmorono, no hago el menor esfuerzo por controlar los temblores de mi cuerpo y él está ardiendo, su piel arde tanto que ya no sé ni dónde estoy.

Sube la mano derecha por mi columna y baja la cremallera del traje hasta la mitad de mi espalda y no me importa. Tengo que compensar diecisiete años y quiero sentirlo todo. No me interesa quedarme esperando y arriesgándome a los «quién sabe» y a los «y si» y a los grandes arrepentimientos. Quiero sentirlo todo por si me levanto y descubro que este fenómeno ha pasado, que ha llegado la fecha de caducidad, que mi oportunidad llegó y se fue y no va a volver jamás. Que nunca más voy a sentir esta calidez.

No puedo.

No quiero.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he aferrado a él hasta que noto cada centímetro de su cuerpo bajo el delgado algodón de su ropa. Subo las manos por debajo de su camisa y oigo su respiración forzada, noto cómo se contraen los fuertes tendones de su cuerpo y al mirar hacia arriba descubro que tiene los ojos fuertemente cerrados, que su rostro muestra una expresión que denota una especie de dolor y de repente tiene las manos en mi pelo, desesperadas, y sus labios están muy cerca. Se inclina y la gravedad desaparece y mis pies se levantan del suelo y estoy flotando, volando, no tengo nada a lo que aferrarme salvo este huracán de mis pulmones y este corazón que late un poco, demasiado, rápido.

Nuestros labios.

Se tocan.

Y sé que todos mis esquemas se van a romper. Me besa como si me hubiera perdido y encontrado y me estuviera escapando y nunca me fuera a soltar. A veces quiero gritar, a veces quiero derrumbarme, quiero morir sabiendo que he conocido cómo era vivir en este beso, este corazón, esta suavísima explosión que me hace sentir como si me hubiera bebido un sorbito

de sol, como si hubiera subido hasta el sexto cielo, el séptimo, incluso el décimo.

Esto.

Esto me duele por todas partes.

Se aparta, respira con dificultad, deja caer las manos por la suave tela de mi traje, su piel está ardiendo, arde tanto... Creo que ya lo he dicho pero no consigo recordarlo y estoy tan desconcentrada que cuando habla no lo entiendo mucho.

Pero algo es algo.

Palabras, profundas y roncadas en mi oído, pero no consigo captar más que una voz ininteligible, consonantes, vocales y sílabas partidas mezcladas las unas con las otras. Los latidos del corazón le atraviesan el pecho y derrumban el mío. Traza mensajes secretos con los dedos sobre mi cuerpo. Desliza las manos bajo la suave tela satinada de mi traje, acariciando el interior de mis muslos, la parte trasera de mis rodillas y sigue hacia arriba hacia arriba hacia arriba y me pregunto si es posible que me desmaye y siga estando consciente al mismo tiempo e imagino que esto debe ser excitarse, hiperventilar, cuando él tira de los dos hacia atrás. Se golpea la espalda contra la pared. Me agarra de las caderas firmemente. Me sujeta con fuerza contra su cuerpo.

Jadeo.

Tiene los labios en mi cuello. Me hace cosquillas con las pestañas debajo de la barbilla y me dice algo, algo que se parece a mi nombre, y me besa la clavícula, por el arco de mi hombro, y sus labios, sus labios, y sus manos y sus labios buscan las curvas y laderas de mi cuerpo y su pecho palpita y entonces gime y se detiene y dice *Dios, cómo me gusta tocarte*.

Y mi corazón ha llegado hasta la luna sin mí.

Me encanta que me lo diga. Me encanta que me diga que le gusta mi tacto porque va en contra de todo lo que he oído toda la vida y desearía guardarme sus palabras en el bolsillo para oírlas de vez en cuando y recordarme a mí misma que existen.

—Juliette.

Casi no puedo respirar.

Casi no puedo levantar la vista, mirar de frente y ver algo que no sea la perfección absoluta de este momento, pero nada de esto importa porque me está sonriendo. Sonríe como si alguien colgara estrellas entre sus labios y me mira, me mira como si yo lo fuera y me entran ganas de llorar.

—Cierra los ojos —susurra.

Y confío en él.

Así que lo hago.

Mis ojos se cierran y me besa primero uno, luego el otro. Luego la barbilla, la nariz, la frente, las mejillas, las sienes, todos los centímetros de mi cuello y se tira hacia atrás tan rápido que se golpea la cabeza contra la rugosa pared. Se le escapan algunas palabras antes de poderlas detener. De repente me quedo paralizada, sorprendida y asustada.

—¿Qué pasa? —le susurro, y no sé por qué hablo en voz baja—. ¿Estás bien?

Adam lucha por no hacer muecas, pero respira con dificultad y mira a su alrededor y tartamudea.

—Lo s-siento —dice mientras se frota la nuca—. Ha sido... quiero decir, pensé... —Aparta la vista. Se aclara la garganta—. Cre... Creo... Creí haber oído algo. Creí que alguien estaba a punto de entrar.

Claro.

Adam tiene prohibido estar aquí.

Los chicos y las chicas están en diferentes alas del Punto Omega. Castle dice que en gran medida es para asegurarse de que las chicas se sienten seguras y cómodas en sus zonas —sobre todo porque tenemos baños compartidos—, así que, por lo general, no le veo inconveniente. Es agradable no tenerse que duchar con hombres mayores. Pero hace que nos resulte difícil encontrar tiempo para estar juntos y, los pocos ratos que conseguimos sacar, siempre estamos muy atentos por si nos descubren.

Adam se recuesta contra la pared y hace una mueca de dolor. Intento tocarle la cabeza.

Se estremece.

Me quedo quieta.

—¿Estás bien...?

—Sí. —Suspira—. Es solo... Quiero decir... —Agita la cabeza—. No sé. —Baja la voz. La vista—. No sé qué cono me pasa.

—¡Ey! —Rozo los dedos contra su vientre. El algodón de su camisa está caliente por el calor que desprende su cuerpo y tengo que reprimir la tentación de enterrar mi rostro en ella—. No pasa nada —le digo—. Solo estás teniendo cuidado.

Esboza una especie de extraña y triste sonrisa.

—No hablo de mi cabeza.

Me quedo mirándolo.

Abre la boca. La cierra. Hace un esfuerzo para abrirla de nuevo.

—Es... Me refiero a... —Hace gestos cutre nosotros.

No termina. No me mira.

—No lo entiendo...

—Me estoy volviendo loco —dice, en un murmullo, como si no estuviera seguro de que lo esté diciendo en voz alta.

Lo miro. Lo miro y parpadeo y viajo entre las palabras que no soy capaz de ver ni de encontrar ni de decir.

Sacude la cabeza.

Se agarra la parte trasera del cráneo, fuerte, y parece avergonzado y me esfuerzo por entender por qué. Adam no se avergüenza. Adam jamás se avergüenza.

Cuando al fin habla, su voz suena grave.

—He esperado tanto para estar contigo —dice—, lo he deseado... he deseado tanto y ahora, después de todo...

—Adam, ¿qué estás...?

—No puedo. No puedo dormir y pienso en ti todo... todo el tiempo y no puedo... —Se detiene. Se aprieta la frente con los nudillos. Cierra los ojos con fuerza. Se gira hacia la pared y no puedo verle el rostro—. Deberías saber... tienes que saber —las palabras salen sin filtro, como si cada una de ellas lo dejara exhausto— que nunca he deseado nada como te he deseado a ti. Nada. Porque eso... esto... Quiero decir, por Dios, te deseo... deseo...

Le fallan las palabras cuando se gira hacia mí, con los ojos demasiado brillantes, la emoción le tensa la piel. Su mirada se posa en las curvas de mi cuerpo, lo bastante como para hacer que el ligero fluido que corre por mis venas arda.

Me enciendo.

Quiero decir algo, algo correcto, firme y reconfortante. Quiero decirle que lo entiendo, que deseo lo mismo, que también lo deseo, pero el instante parece tan intenso y real y urgente que estoy casi convencida de que estoy soñando. Es como si dependiera de mis últimas letras y solo pudiera pronunciar las «Q» o las «Z» y solo soy capaz de recordar que alguien inventó el diccionario cuando finalmente aparta sus ojos de mí.

Traga con dificultad, con la mirada baja. Aparta la mirada de nuevo. Una de sus manos está enredada en su pelo, la otra está cerrada en un puño contra la pared.

—No tienes ni idea —dice, con voz cansada— de lo que provocas en mí. De lo que me haces sentir. Cuando me... —Se pasa una mano temblorosa por el rostro. Casi se echa a reír, pero respira de forma intensa e irregular; no me mira a los ojos. Da un paso hacia atrás, maldice por lo bajo. Se golpea la

frente con el puño—. Dios mío, qué coño estoy diciendo. Mierda... Lo siento... Olvidalo... olvida todo lo que he dicho... Debería irme...

Trato de detenerlo, de encontrar mi voz, de decir, pero me he puesto nerviosa, estoy muy nerviosa, muy confundida, porque nada de esto tiene sentido. No entiendo qué ocurre ni por qué parece tener tantas dudas sobre mí y nosotros y él y yo y él y yo y todos estos pronombres juntos. No lo estoy rechazando. Nunca lo he rechazado. Siempre he tenido los sentimientos hacia él muy claros... No tiene motivos para dudar de mí o sobre mí y no sé por qué me mira como si algo estuviera yendo...

—Lo siento mucho —me dice—. No... no debería haber dicho nada. Es solo que... que... No debería haber venido. Debería irme... Tengo que irme...

—¿Qué? Adam, ¿qué ha pasado? ¿De qué hablas?

—No ha sido una buena idea —dice—. Soy un idiota... No debería ni haber venido...

—No eres idiota. No pasa nada... Todo va bien...

Se ríe, alto, mudo. En su rostro permanece el eco de una sonrisa incómoda y se detiene, se queda mirando un punto justo detrás de mi cabeza. Se queda callado durante un rato hasta que finalmente habla.

—Bueno —dice. Intenta parecer optimista—. Castle no opina lo mismo.

—¿Qué? —resoplo, cogida por sorpresa. Sé que ya no estamos hablando de nuestra relación.

—Sí. —De repente tiene las manos en los bolsillos.

—No.

Adam asiente. Se encoge de hombros. Aparta la vista.

—No lo sé. Creo.

—Pero las pruebas... son... Quiero decir... —no consigo que mi cabeza deje de temblar—. ¿Ha descubierto algo?

Adam no me mira.

—Por Dios —le digo en un susurro, como si al susurrar lo hiciera más llevadero de alguna forma—. ¿Entonces es verdad? ¿Castle tiene razón? —Voy alzando la voz y mis músculos se van tensando y no sé por qué esto que siento parece miedo, este sentimiento que se desliza por mi espalda. No debería darme miedo que Adam tuviera un don como yo; debería haber sabido que no podía ser así de fácil, que no podía ser tan sencillo. Esta era la teoría de Castle desde un principio... que Adam me puede tocar porque él también tiene una especie de Energía que lo permite. Castle nunca pensó que la inmunidad que tenía Adam ante mi don fuera pura coincidencia. Creía que

tenía que ser algo más que eso, más científico, más específico. ~~Yo siempre había querido pensar que había tenido suerte.~~

Y Adam quería saberlo. De hecho, le entusiasmaba descubrirlo.

Pero una vez empezó a hacerse pruebas con Castle, dejó de querer hablar sobre ello. Solo se ha limitado a explicarme las novedades más básicas. La emoción de la experiencia se desvaneció demasiado rápido.

Algo va *mal*.

Algo va *mal*.

~~Por supuesto.~~

—No hay nada concluyente —me dice Adam, pero sé que me oculta algo—. Tengo que hacer un par de sesiones más... Castle dice que hay algunas cosas más que tiene que... examinar.

No ignoro la forma mecánica en que Adam me ofrece la información. Algo no va bien y no puedo creer que no me diera cuenta de las señales hasta ahora. En realidad, no he querido verlo. No he querido admitir que Adam parece más cansado, más tenso, más herido de lo que jamás he visto. La ansiedad ha anidado en él.

—Adam...

—No te preocupes por mí. —Sus palabras no son duras, pero su tono denota un trasfondo de urgencia que no puedo ignorar, y me acoge en sus brazos antes de que consiga hablar. Me sube la cremallera del traje con los dedos para que vuelva a un estado de decencia—. Estoy bien —me dice—. De verdad. Solo quiero saber que estás bien. Si estás cómoda aquí, yo también lo estoy. Todo va bien. —Se le entrecorta la respiración—. ¿Vale? Todo va a ir bien. —La sonrisa temblorosa de su rostro está haciendo que mi pulso olvide su función.

—Vale. —Tardo un rato en recuperar la voz—. Vale, sí, pero...

Se abre la puerta y, cuando Sonia y Sara están ya casi dentro, se quedan paralizadas, con los ojos fijos en nuestros cuerpos entrelazados.

—¡Vaya! —dice Sara.

—Eh... —Sonia baja la mirada.

Adam maldice por lo bajo.

—Podemos volver en un rato —dicen las gemelas a la vez.

Se dirigen hacia la puerta pero las detengo. No las voy a echar de su propia habitación.

Les pido que no se vayan.

Me preguntan si estoy segura.

Miro el rostro de Adam y sé que voy a arrepentirme de perder incluso un minuto de nuestro tiempo, pero también sé que no puedo aprovecharme de mis compañeras de habitación. Este es su espacio privado, y casi ha llegado la hora de que se apaguen las luces. No pueden estar merodeando por los pasillos.

Adam no me mira pero tampoco se suelta. Me inclino hacia adelante y le beso suavemente sobre el corazón. Finalmente me mira a los ojos. Me ofrece una pequeña e incómoda sonrisa.

—Te quiero —le digo, en voz baja, para que solo él me oiga. Respira de forma breve e irregular. Susurra:

—No tienes ni idea. —Y se aparta. Gira sobre sus talones. Se va.

El corazón me late en la garganta.

Las chicas me están mirando. Preocupadas.

Sonia está a punto de hablar pero entonces un interruptor, un clic, un parpadeo y se apagan las luces.



## CUATRO

Vuelven los sueños.

Me habían dejado durante un tiempo, poco después de que me encarcelaran en la base con Warner. Pensaba que había perdido al pájaro, el pájaro blanco, el pájaro con manchas doradas en forma de corona en la cabeza. Solía encontrarme en sueños, volando con gracia y fuerza, sobrevolando el mundo como si estuviera por encima de él, como si guardara secretos que nunca imaginaríamos, como si me guiara hacia un lugar seguro. Fue mi única esperanza en la oscuridad amarga del manicomio, hasta que encontré a su gemelo tatuado en el pecho de Adam.

Fue como si volara desde mis sueños para descansar en su corazón. Creí que era una señal, un mensaje que me decía que por fin estaba a salvo. Que había echado a volar y por fin había encontrado paz, refugio.

No esperaba volver a verlo.

Pero ha vuelto y es exactamente el mismo. Es el mismo pájaro blanco en el mismo cielo azul con la misma corona amarilla. Pero ahora está congelado. Bate las alas en un mismo sitio como si estuviera atrapado en una jaula invisible, como si estuviera destinado a repetir el mismo movimiento para siempre. ~~Parece~~ Parece que el pájaro vuela: está en el aire, sus alas funcionan. Parece como si fuera a elevarse en el cielo. Pero está atascado.

Incapaz de alzar el vuelo.

Incapaz de caer.

Hace una semana que tengo el mismo sueño y las siete mañanas me he levantado temblando, estremeciéndome en un aire terroso y gélido, luchando por estabilizar mis latidos.

Luchando por entender su significado.

Salgo de la cama reptando y me meto en el mismo traje que llevo cada día; la única pieza de ropa que me pertenece. Es de un tono púrpura denso, tan oscuro que parece negro. Tiene un poco de brillo, titila con la luz. Es de una pieza, del cuello a las muñecas y a los tobillos, y es ceñido pero sin apretar.

Con este traje me muevo como una gimnasta.

Llevo unos botines de cuero que se adaptan a la forma de mis pies y con los que camino sin hacer ruido. Llevo guantes de cuero negros hasta los codos para no tocar nada que no deba. Sonia y Sara me prestaron una de sus gomas de pelo y por primera vez en años he podido apartarme el pelo de la cara. Lo llevo en una coleta alta y he aprendido a abrocharme el vestido sin ayuda de nadie. Este traje hace que me sienta extraordinaria. Me hace sentir invencible.

Fue un regalo de Castle.

Me lo hizo por encargo antes de que llegara al Punto Omega. Consideró que me gustaría tener un traje que por fin me protegiera de mí misma y de los demás y que a la vez me ofreciera la posibilidad de *hacer daño* a los demás. Si quería. O si era necesario. El traje está hecho de un tipo de tela especial que en teoría me mantiene fresca si hace calor y abrigada si hace frío. Hasta ahora ha sido perfecto.

~~Hasta ahora hasta ahora hasta ahora.~~

Voy sola a desayunar.

Cuando me levanto, Sonia y Sara siempre se han ido. Su trabajo en el ala médica no tiene fin; no solo son capaces de curar a los heridos, sino que también se pasan el día intentando crear antídotos y pomadas. La única vez que mantuvimos una conversación, Sonia me explicó que algunas Energías pueden mermar si nos esforzamos demasiado, que podemos agotar a nuestro cuerpo tanto como para que se descompongan. Las chicas dicen que quieren hacer medicinas para los casos en que haya múltiples lesiones que no puedan curar a la vez. Al fin y al cabo, solo son dos. Y la guerra parece inminente.

Cuando entro en el comedor, algunas cabezas todavía se giran hacia mí.

Soy un espectáculo, una anomalía incluso entre las anomalías. Ya debería estar acostumbrada a ello, después de todos estos años. Debería ser más dura, estar más harta, sentirme indiferente ante la opinión de los demás.

~~¡Debería ser tantas cosas!~~

Me despejo, mantengo las manos a los lados y pretendo ser incapaz de establecer contacto visual con otra cosa que no sea esa mancha, esa marquita en la pared a quince metros de donde estoy.

Hago ver que solo soy un número.

Mi rostro no muestra ningún sentimiento. Mis labios están inmóviles. La espalda, recta; las manos relajadas. Soy un robot, un fantasma que se desliza entre la multitud.

Seis pasos hacia delante. Quince mesas que recorrer, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro segundos y aumentando.

~~Tengo miedo.~~

~~Tengo miedo.~~

~~Tengo miedo.~~

Soy fuerte.

Solo sirven la comida tres veces al día: el desayuno entre las siete y las ocho de la mañana, la comida entre las doce y la una, y la cena entre las cinco y las siete de la tarde. La cena dura una hora más por ser al final del día; es como nuestro premio por el duro trabajo. Pero las comidas no son un evento sofisticado ni lujoso: la experiencia es bastante diferente a las cenas con Warner. Aquí nos limitamos a hacer una larga fila, coger los platos ya llenos y dirigirnos al comedor, que no es más que un conjunto de mesas rectangulares ordenadas en líneas paralelas a lo largo de la sala. No hay nada superfluo, así que no se desperdicia nada.

Veo que Adam hace cola y me dirijo hacia él.

Sesenta y ocho, sesenta y nueve, setenta segundos y aumentando.

—Hola, preciosa. —Algo tosco me golpea en la espalda. Se cae al suelo. Me giro, tenso los cuarenta y tres músculos necesarios para fruncir el ceño antes de verlo.

Sonrisa grande y fácil. Ojos color ónice. Pelo más oscuro, intenso, lacio y sobre los ojos. Contrae la mandíbula, contrae los labios y sus pómulos dibujan una sonrisa que intenta reprimir. Me mira como si hubiera entrado con papel higiénico en la cabeza y no puedo evitar preguntarme por qué no he pasado tiempo con él desde que llegamos. Técnicamente, me salvó la vida. Y la de Adam. Y la de James también.

Kenji se agacha para recoger algo que parece una bola de calcetines. La sopesa como si estuviera planteándose volvérmela a tirar.

—¿Adonde ibas? —dice—. Pensaba que habíamos quedado aquí. Castle ha dicho...

—¿Por qué has traído un par de calcetines? —le corto—. La gente está intentando comer.

Se queda parado un segundo y a continuación pone los ojos en blanco. Se detiene a mi lado. Me da un tirón de la coleta.

—Llegaba tarde a mi encuentro con *usted*, alteza. No he tenido tiempo de ponerme los calcetines. —Señala los calcetines que lleva en la mano y luego señala sus botas.

—¡Qué grosero!

—¿Sabes? Tu forma de decirme que te atraigo es muy rara.

Agito la cabeza, intento aguantarme la risa. Kenji es una paradoja andante: una persona muy muy muy seria y un niño de 12 años entrando en la

edad del pavo, todo en uno. Pero me había olvidado de lo fácil que resulta respirar a su lado; reírse parece algo normal cuando él está cerca. Sigo andando y tengo cuidado de no decir nada, pero sigo reprimiendo la sonrisa al coger la bandeja y dirigirme al centro del comedor.

Kenji está justo detrás de mí.

—Entonces hoy entrenamos juntos, ¿no?

—Sí.

—Y con esas... ¿pasas por delante de mí y no me dices ni hola? —Aprieta los calcetines contra el pecho—. Estoy destrozado. Había reservado una mesa y todo.

Lo miro. Sigo andando.

Me alcanza.

—Hablo en serio. ¿Tienes idea de lo incómodo que resulta saludar a alguien y que te ignore? Y entonces te quedas mirando a tu alrededor como un idiota tratando de justificarte, y nadie te cree...

—¿Me estás tomando el pelo? —Me detengo en medio del comedor. Me giro. Tengo cara de incredulidad—. Es probable que me hayas dirigido la palabra una vez en las dos semanas que llevo aquí. Ya casi ni me doy cuenta de tu presencia.

—A ver, un momento —me dice, girándose para bloquearme el paso—. Ambos sabemos que no es posible que no te hayas dado cuenta de *esto*. —Se señala a sí mismo—. Así que, si intentas tomarme el pelo, no cuela.

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. ¿De qué hablas?

—No te hagas la dura, nena. —Levanta una ceja—. Ni siquiera puedo tocarte. Esto lleva el «hacerse la dura» a otro nivel, no sé si me explico.

—¡Por Dios! —balbuceo, con los ojos cerrados, agitando la cabeza—. Estás *loco*.

Se arrodilla.

—¡Loco por tu amor!

—¡Kenji! —No puedo levantar la vista porque me da miedo mirar a mi alrededor, pero necesito que se calle. Que haya una sala entera de distancia entre él y yo. Sé que lo dice en broma, pero puede que sea la única que lo sepa.

—¿Qué? —dice, y su voz retumba por toda la sala—. ¿Te avergüenza mi amor?

—Por favor, levántate, *por favor*... y baja la voz...

—Que no.

—¿Por qué no? —le suplico.

—Porque si bajo la voz no podré escucharme al hablar. Y esa es mi parte favorita —dice.

No puedo ni mirarlo a la cara.

—No me rechaces, Juliette. Soy un hombre abandonado.

—¿Pero qué te pasa?

—Me rompes el corazón. —Ahora el tono de su voz es todavía más fuerte, gesticula de forma lamentable y tan exagerado que por poco me golpea cuando retrocedo, asustada. Y entonces me doy cuenta de que todos lo están mirando.

Entretenidos.

Consigo esbozar una sonrisa incómoda al echar un vistazo a la sala y me sorprende ver que nadie me está prestando atención. Los hombres hacen muecas, claramente acostumbrados a las payasadas de Kenji, y las mujeres lo observan con una mezcla de adoración y algo más.

Adam también está observando. Está de pie con la bandeja en las manos, la cabeza ladeada y los ojos confusos. Esboza una especie de sonrisa indefinida cuando nuestras miradas se cruzan.

Me dirijo hacia él.

—¡Eh! Espérame, chica. —Kenji da un salto para cogerme del brazo a la vez que yo lo retiro—. Ya sabes que solo estaba jugando con... —Sigue mi mirada hasta donde está Adam. Se golpea la frente con la palma de la mano—. ¡! ¿Cómo podía olvidarlo? ¡Estás enamorada de mi compañero de habitación!

Me giro hacia él.

—Escúchame. Agradezco que quieras ayudarme a entrenar, de verdad. Muchas gracias. Pero no puedes ir por ahí proclamando tu falso amor por mí, sobre todo delante de Adam. Y tienes que dejarme cruzar la sala antes de que se acabe la hora del desayuno, ¿vale? Casi nunca puedo verlo.

Kenji asiente muy lentamente, parece serio.

—Tienes razón. Lo siento. Lo entiendo.

—Gracias.

—Adam tiene celos de nuestro amor.

—¡Coge la comida y cállate! —Le doy un fuerte empujón, luchando por contener una risa exasperada.

Kenji es una de las únicas personas de aquí —a excepción de Adam, por supuesto— que no tiene miedo de tocarme. En realidad, nadie tiene motivos para tener miedo cuando llevo el traje, pero suelo sacarme los guantes cuando como y mi reputación siempre va un metro por delante de mí. La gente guarda

las distancias. Y a pesar de que atacué a Kenji una vez, por accidente, él no tiene miedo. Creo que se necesitaría una cantidad astronómica de algo horrible para disuadirlo.

Admiro eso de él.

Adam no dice mucho cuando nos vemos. Le basta con decir *hola* para que sus labios se curven hacia un lado y ya pueda verlo de pie un poco más alto, más tirante, más tenso. Y no sé mucho sobre nada en este mundo, pero sí que sé leer el libro escrito en sus ojos.

La forma en que me mira.

Ahora sus ojos me miran de una forma que me preocupa, pero su mirada sigue siendo tan tierna, tan centrada y llena de sentimientos que me cuesta seguir lejos de sus brazos cuando estoy cerca de él. Me sorprendo a mí misma observándolo hacer las cosas más básicas —cambiar de postura, coger una bandeja, hacer un gesto de buenos días a alguien— solo para seguir el movimiento de su cuerpo al abrirse camino entre el aire que nos rodea. Paso tan poco rato con él que mi pecho siempre está demasiado tenso y mi corazón demasiado espástico. Siempre me hace querer cometer locuras.

Nunca me suelta la mano.

No quiero apartar la vista jamás.

—¿Estás bien? —le pregunto, todavía un poco nerviosa por la noche anterior.

Asiente. Intenta sonreír pero parece que le duela.

—Sí, yo... eh... —Se aclara la garganta. Respira profundamente. Aparta la mirada—. Siento mucho lo de anoche. Estoy un poco... Me asusté un poco.

—¿Pero por qué?

Mira por encima de mi hombro. Con el ceño fruncido.

—¿Adam?

—¿Sí?

—¿Por qué te asustaste?

Vuelve a mirarme a los ojos. Son grandes. Redondos.

—¿Qué? Por nada.

—No entien...

—¿Por qué coño lleváis tanto tiempo hablando?

Me doy la vuelta. Kenji está de pie justo detrás de mí, con tanta comida amontonada en la bandeja que me sorprende que nadie le haya dicho nada. Debe de haber convencido a los cocineros de que le den más.

—¿Y bien? —Kenji nos mira fijamente, sin pestañear, a la espera de nuestra respuesta. Finalmente ladea la cabeza hacia atrás, en un gesto que dice

*seguidme*, y se va.

Adam respira y parece tan desconcentrado que decido dejar el tema de la noche anterior. Pronto. Hablaremos de ello pronto. Estoy segura de que no es nada. Estoy segura de que no es nada de nada.

Pronto hablaremos y todo irá bien.

## CINCO

Kenji nos espera en una mesa vacía.

James solía comer con nosotros, pero ahora se ha hecho amigo de unos cuantos chicos más pequeños del Punto Omega y prefiere sentarse con ellos. Parece que él es quien está más contento de todos nosotros de estar aquí —y me alegro de que lo esté—, pero debo admitir que echo de menos su compañía. Pero me da miedo hablar de eso; a veces no estoy segura de si quiero saber por qué no está con Adam cuando yo estoy por ahí. ~~Creo que no quiero saber si los otros chicos han conseguido convencerlo de que soy peligrosa. Quiero decir, peligrosa, pero solo...~~

Adam se sienta en el banco y yo me deslizo a su lado. Kenji se sienta frente a nosotros. Adam y yo escondemos nuestras manos entrelazadas bajo la mesa y me permito disfrutar del lujo de su proximidad. Sigo llevando los guantes puestos, pero estar tan cerca de él es suficiente; brotan flores en mi estómago, los suaves pétalos estimulan todos los centímetros de mi sistema nervioso. El efecto que crea en mí es increíble, lo que me hace sentir, lo que me hace pensar. Es como si me hubieran concedido tres deseos: tocar, probar, sentir. Es un fenómeno extrañísimo. Una imposibilidad loca y feliz envuelta en papel de seda, atada con un lazo, escondida en mi corazón.

~~A menudo me parece un privilegio que no me merezco.~~

Adam se mueve y toda su pierna presiona la mía.

Levanto la vista para ver que me sonrío, una especie de sonrisita secreta que dice muchas cosas, ese tipo de cosas que nadie debería decir a la hora del desayuno. Me obligo a respirar a la vez que reprimo una sonrisa. Me giro para concentrarme en mi comida. Espero no estar poniéndome colorada.

Adam se inclina hacia mi oído. Noto los suaves susurros de su respiración justo antes de que empiece a hablar.

—Sabéis que dais asco, ¿no?

Levanto la vista, sorprendida, y veo a Kenji petrificado en pleno movimiento, con la cuchara a medio camino de su boca, la cabeza inclinada hacia nosotros. Hace gestos con la cuchara.



—¿Qué coño significa esto? ¿Estáis jugueteando con los pies por debajo de la mesa o algo así?

Adam se aleja de mí, solo uno o dos centímetros, y deja escapar un suspiro irritado.

—Ya lo sabes, si no te gusta te puedes ir. —Hace gestos hacia las mesas que nos rodean—. Nadie te ha pedido que te sientes aquí.

Adam se esfuerza en ser amable con Kenji. Ambos eran amigos en la base militar, pero de alguna forma Kenji sabe exactamente cómo provocar a Adam y sacar lo peor de él. Casi se me olvida por un momento que son compañeros de habitación.

Me pregunto cómo debe ser para ellos vivir juntos.

—Lo que dices es una tontería y lo sabes —dice Kenji—. Ya te he dicho esta mañana que tenía que sentarme con vosotros. Castle quiere que os ayude a *adaptaros*. —Resopla. Me señala con la cabeza—. Mira, no tengo ni idea de qué ves en este tío —dice—, pero tendrías que intentar vivir con él. Es un gruñón de cuidado.

—¡No soy un gruñón!

—Sí, tío. —Kenji baja sus cubiertos—. Sí que lo eres. Siempre estás con el *Cállate, Kenji; vete a dormir, Kenji; nadie quiere verte desnudo, Kenji*, cuando sabes que es un hecho que a miles de personas les encantaría verme desnudo...

—¿Cuánto rato tienes que quedarte aquí? —Adam aparta la vista, se frota los ojos con la mano libre.

Kenji se sienta más erguido. Coge la cuchara solo para clavarla en el aire otra vez.

—Deberías sentirte halagado de tenerme en tu mesa. Te estoy haciendo popular por asociación.

Noto que Adam se tensa a mi lado y decido intervenir.

—A ver, ¿podemos cambiar de tema?

Kenji refunfuña. Mueve los ojos. Se mete otra cucharada en la boca.

Estoy preocupada.

Ahora que presto más atención, noto cansancio en los ojos de Adam, pesadez en su frente, rigidez en sus hombros. No puedo evitar preguntarme qué estará haciendo en este mundo subterráneo. Qué me oculta. Tiro un poco de su mano y se gira.

—¿Seguro que estás bien? —murmuro. Siento como si repitiera la misma pregunta una y otra y otra vez.

Rápidamente sus ojos se dulcifican. Aún parecen cansados, pero también algo entretenidos. Me suelta la mano bajo la mesa pero la deja sobre mi regazo, se desliza por mi muslo y cuando estoy a punto de perder el control de mis palabras, deposita un beso suave en mi pelo, y sus labios se quedan ahí lo suficiente como para que pierda la concentración. Trago con mucha dificultad, casi se me cae el tenedor al suelo. Tardo un poco en recordar que, en realidad, todavía no ha respondido a mi pregunta. Hasta que no aparta la vista y se queda mirando su comida no asiente y dice *estoy bien*. Pero yo no respiro y él sigue dibujando formas sobre mi pierna.

—¿Señorita Ferrars? ¿Señor Kent?

Me incorporo tan deprisa que doy un golpe con los nudillos bajo la mesa ante el sonido de la voz de Castle. Hay algo en él que hace que me sienta como si fuera mi profesor, como si me hubiera pillado portándome mal en clase. Adam, por otro lado, no parece sorprendido en absoluto ante su llegada. Trato de reprimir un gemido por el dolor de mi mano cuando Adam entrelaza otra vez nuestros dedos. Se lleva mis nudillos enguantados a los labios. Los besa sin tan siquiera apartar la vista de su cuenco. Oigo cómo Kenji se atraganta con la comida.

Me aferro a los dedos de Adam al levantar la cabeza.

Castle está de pie al lado de la mesa y Kenji se va a dejar su cuenco en la cocina. Da una palmada en la espalda a Castle como si fueran buenos amigos y Castle le sonríe con afecto mientras se marcha.

—Enseguida vuelvo —grita Kenji por encima del hombro, girándose hacia nosotros y levantando el pulgar—. Intentad no desnudaros delante de todo el inundo, ¿vale? Por aquí hay niños.

Me muero de la vergüenza y miro a Adam, pero él está extrañamente concentrado en su comida. No ha dicho nada desde que ha llegado Castle.

Decido responder por los dos. Esbozo una sonrisa radiante.

—Buenos días.

Castle hace una señal de aprobación, se toca la solapa de la chaqueta; es de complexión fuerte y equilibrada. Me sonríe.

—Solo he venido a saludar y preguntar cómo estaban. Estoy muy contento de ver que está ampliando su círculo de amigos, señorita Ferrars.

—Muchas gracias, pero no puedo atribuirme el mérito de la idea —apunto—. Usted me dijo que me sentara con Kenji.

Castle sonríe de forma un poco tensa.

—Bueno, sí —dice—, pero me alegro de que siguiera mi consejo.

Asiento mirando hacia mi comida. Me froto la frente distraída. Parece como si Adam ni siquiera respirara. Voy a decir algo pero Castle me interrumpe.

—Entonces, señor Kent —dice—, ¿le ha contado la señorita Ferrars que ahora entrenará con Kenji? Espero que esto la haga progresar.

Adam no responde.

Castle no afloja.

—También he pensado que podría ser interesante que trabajara con usted. Siempre y cuando yo esté allí para supervisarlos.

Los ojos de Adam recuperan la atención.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... —Castle se detiene. Su mirada va de uno a otro de nosotros—. He pensado que sería interesante hacerles algunas pruebas. Juntos.

Adam se levanta tan rápido que casi se golpea con la mesa en la rodilla.

—Por supuesto que no.

—Señor Kent —insiste Castle.

—Joder, no es posible que...

—Es ella quien tiene que decidir...

—No quiero hablar de esto aquí.

Me levanto de un salto. Adam parece a punto de romper algo. Tiene los puños cerrados a los lados, los ojos entrecerrados en una mirada tensa, el ceño fruncido. El cuerpo entero le tiembla de energía y ansiedad.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Castle niega con la cabeza. No se dirige a mí al hablar.

—Solo quiero ver qué pasa cuando lo toca. Eso es todo.

—¿Se ha vuelto loco?

—Es por *ella* —prosigue Castle, con voz cauta y calmada—. No tiene nada que ver con sus avances...

—¿Qué avances? —lo interrumpo.

—Intento que descubra cómo afecta a organismos inanimados —dice Castle—. Con los animales y las personas ya sabemos cómo funciona: un toque es suficiente. A las plantas parece no afectarles en absoluto. Pero... ¿y todo lo demás? Es... diferente. Todavía no sabe cómo gestionar esta parte... y yo quiero ayudarla. Eso es lo único que hacemos... —dice—. Ayudar a la señorita Ferrars.

Adam da un paso hacia mí.

—Si le está enseñando a descubrir cómo destruir organismos inanimados... ¿para qué me necesita?

Durante un breve segundo Castle parece abatido.

—En realidad no lo sé —admite—. La singular naturaleza de su relación... resulta fascinante. Especialmente con todo lo que hemos aprendido hasta el momento... es...

Me vuelvo a meter:

—¿Qué han aprendido?

—Es muy probable... —continúa diciendo Castle— que todo esté conectado de alguna forma que todavía no comprendemos.

Adam no parece muy convencido. Sus labios apretados forman una delgada línea. No parece tener ganas de responder.

Castle se gira hacia mí. Intenta parecer entusiasmado.

—¿Qué opina usted? ¿Le interesa?

—¿Que si me interesa? —miro a Castle—. Ni siquiera sé de qué hablan. Y me gustaría saber por qué nadie responde a mis preguntas. ¿Qué ha descubierto sobre Adam? —le pregunto—. ¿Cuál es el problema? ¿Hay algún problema? —Los miro a ambos; Adam respira con mucha dificultad pero intenta ocultarlo; abre y cierra las manos repetidamente—. ¿Alguien puede contarme qué pasa?

Castle frunce el ceño.

Me examina, confundido, juntando las cejas como si yo le hablara en una lengua que hace años que no escucha.

—Señor Kent —dice, sin dejar de mirarme—. ¿Deduzco que todavía no ha compartido nuestros descubrimientos con la señorita Ferrars?

—¿Qué descubrimientos? —Mi corazón se está acelerando tanto que me empieza a doler.

—Señor Kent...

—Eso no es asunto suyo —espetea Adam con voz baja, inexpresiva y oscura.

—Ella *debería* saberlo...

—¡Todavía no sabemos nada!

—Sabemos lo suficiente.

—Bobadas. Todavía no hemos terminado.

—Lo único que nos falta es hacer la prueba juntos...

Adam se pone enfrente de Castle y coge la bandeja del desayuno con más ímpetu del necesario.

—Quizás... —dice con mucha, mucha prudencia— en otro momento.

Se gira, decidido a irse.

Le toco el brazo.

Se detiene. Deja caer la bandeja, se gira hacia mí. Estamos a pocos centímetros y por poco se me olvida que estamos en una sala llena de gente. Su aliento es caliente y su respiración entrecortada y el calor de su cuerpo hace que la sangre me suba de golpe a las mejillas.

Siento el pánico aleteando por todos mis huesos.

—Todo va bien —dice, pero casi no consigo oírlo por encima del latido al unísono de nuestros corazones—. Todo irá bien. Te lo prometo.

—Pero...

—Te lo prometo —repite cogiéndome la mano—. Te lo juro. Voy a arreglarlo...

—¿Arreglarlo? —Creo que estoy soñando. Creo que me estoy muriendo—. ¿Arreglar qué? —Algo se rompe en mi cerebro y algo está ocurriendo sin mi permiso y estoy perdida, tan perdida, tan perdida que me ahogo en la confusión—. Adam, no entien...

—Oíd, ¿en serio? —Kenji se reúne con el grupo—. ¿Vais a hacerlo aquí? ¿Delante de todos? Porque estas mesas no son tan cómodas como parecen...

Adam retrocede y golpea a Kenji en el hombro al irse.

—Para.

Es lo único que le oigo decir antes de desaparecer.

## SEIS

Kenji deja escapar un silbido.

Castle está llamando a Adam, pidiéndole que no corra tanto, que hable con él, que lo discutan de forma racional. Adam no se da la vuelta.

—Ya te he dicho que era un gruñón —murmura Kenji.

—No lo es —me oigo decir, pero las palabras parecen distantes, desconectadas de mis labios. Me siento entumecida, como si me hubieran vaciado los brazos y lo único que pesase fuera el cerebro, repleto de problemas porque ahora todo, todo es un problema. Y todo está en mi cabeza.

No sé dónde he dejado la voz, no puedo encontrarla no puedo encontrar mi...

—Tú y yo, ¿eh? —Kenji da una palmada—. ¿Estás lista para que te den una paliza?

—Kenji.

Ahí está. La estúpida voz se escondía bajo el miedo y la paranoia y la negación y el dolor y el dolor.

—Dime.

—Quiero que me lleves donde sea que hayan ido.

Kenji me mira como si le acabara de pedir que se diera una bofetada.

—Eh... claro... ¿qué te parece un no por respuesta? ¿Te sirve? Porque a mí sí.

—Tengo que saber qué pasa. —Me giro hacia él, desesperada, sintiéndome estúpida—. Tú lo sabes, ¿verdad? Tú sabes cuál es el problema...

—Por supuesto. —Frunce el ceño, se cruza de brazos. Me mira—. Con ese pobre idiota y prácticamente dirijo este sitio. Lo sé todo.

—Y entonces, ¿por qué no me lo cuentas? Por favor, Kenji...

—Eh... no voy a contestarte, pero ¿sabes qué voy a hacer? Te *ayudaré* a que te pires de este comedor donde todos están escuchando todo lo que decimos. —Esto último lo dice mucho más fuerte, mirando alrededor de la

sala, moviendo la cabeza—. Seguid con vuestro desayuno, vosotros. Aquí no hay nada que ver.

Entonces me doy cuenta del espectáculo que hemos montado. Todos los ojos de la sala me miran, me juzgan me juzgan me juzgan, se preguntan qué demonios está pasando. Trato de esbozar una débil sonrisa y hago un gesto nervioso antes de dejar que Kenji me saque de la sala a rastras.

—No hace falta que saludes a la gente, princesa. No estamos en la ceremonia de coronación. —Me adentra en uno de los múltiples pasillos largos y poco iluminados.

—Cuéntame lo que pasa. —Tengo que parpadear varias veces hasta que mis ojos se adaptan a la luz—. No es justo... todo el mundo está al corriente excepto yo.

Se encoge de hombros y apoya un hombro contra la pared.

—No soy yo quien tiene que contártelo. A ver, me gusta meterme con él, pero no soy un cabrón. Me pidió que no dijera nada, así que no voy a decir nada.

—Pero... quiero decir... ¿está bien? ¿Puedes decirme, por lo menos, si está bien?

Kenji se pasa la mano por los ojos y resuella, molesto. Me examina antes de respirar profundamente. Me lanza una mirada.

—Bien, es como si... ¿Has visto alguna vez un tren descarrilado? —No espera a que responda—. Yo vi uno de pequeño. Era uno de esos trenes enormes y extravagantes que tienen mil millones de coches enganchados, totalmente descarrilado y medio reventado. Estaba en llamas y todo el mundo gritaba preguntándose qué coño había pasado; y sabes que la gente está o muerta o a punto de morir y no quieres mirar pero tampoco puedes apartar la vista, ¿sabes? —Se muerde el carrillo—. Pues es un poco así. Tu chico es un puto tren descarrilado.

No consigo sentirme las piernas.

—Es decir, no lo sé —prosigue Kenji—. ¿Personalmente? Creo que está exagerando. Han pasado cosas peores, ¿no? No sé, estamos acostumbrados a oír cosas peores, ¿no? Pero no, parece que el señor Adam no lo sabe. De hecho, creo que ha perdido la cabeza. Creo que ya ni duerme. ¿Y sabes qué? —añade, inclinándose—. Creo que empieza a asustar un poco a James y, para ser franco, esto me empieza a molestar porque ese niño es demasiado simpático y majo como para lidiar con el drama de Adam...

Pero yo ya no lo escucho.

Me imagino las peores situaciones posibles, los peores resultados posibles. Cosas horribles y espantosas que acaban con una horrible muerte de Adam. Debe de estar enfermo, o padecer algún sufrimiento terrible o algo que lo inste a hacer cosas que no puede controlar, Dios mío, no.

—Tienes que contármelo.

No reconozco mi propia voz. Kenji me mira, sorprendido, con los ojos como platos, con un miedo auténtico escrito en su rostro y en ese momento me doy cuenta de que lo he empotrado contra la pared. Mis diez dedos agarran su camisa, sujeto con cada mano un pico de tela y me imagino qué debo parecerle en estos momentos.

Lo peor es que ni siquiera me importa.

—Vas a decírmelo, Kenji. Tienes que hacerlo. Tengo que saberlo.

—Tú... eh... —Se pasa la lengua por los labios, mira a su alrededor, se ríe nervioso—. Vas a soltarme, ¿verdad?

—¿Me vas a ayudar?

Se rasca detrás de la oreja. Se encoge.

—¿No?

Lo golpeo contra la pared más fuerte, siento una especie de adrenalina que recorre mis venas. Es extraño, pero noto como si pudiera arar la tierra con mis manos desnudas.

Creo que sería fácil. Muy fácil.

—De acuerdo... vale... joder. —Kenji tiene las manos en alto, respira acelerado—. Y si... ¿Qué te parece si me sueltas y yo... eh... te llevo a los laboratorios de investigación?

—¿Los laboratorios de investigación?

—Sí, allí hacen las pruebas. Es donde hacemos todas las pruebas.

—¿Me prometes que me llevarás si te suelto?

—Si no lo hago, ¿me golpearás la cabeza contra la pared?

—Es probable —miento.

—Entonces sí. Te llevaré. Joder.

Lo suelto y me echo hacia atrás. Hago un esfuerzo por reponerme. Ahora que lo he soltado, me siento un poco avergonzada. Algo en mí cree que he exagerado.

—Lo siento —le digo—. Pero gracias, me alegra que me ayudes. —Trato de levantar la barbilla con un poco de dignidad.

Kenji resopla. Me mira como si no me conociera en absoluto, como si no estuviera seguro de si debe reírse o aplaudir o salir corriendo en dirección opuesta. Se rasca la nuca, me mira con ojos resueltos. No deja de mirarme.



—¿Qué?

—¿Cuánto pesas?

—Vaya, ¿hablas así a todas las chicas que conoces? Eso explica muchas cosas.

—Yo peso unos 80 kilos —dice—. De músculo.

Me quedo mirándolo.

—¿Quieres que te dé un premio?

—Bueno, bueno, bueno —dice, ladeando la cabeza; en su rostro se abre paso una ligera sonrisa—. Mira quién ha aprendido lo que es el sarcasmo.

—Me lo habrás pegado —le digo.

Pero ya no sonrío.

—Escúchame —me dice—. No intento fardar al decir esto, pero podría empujarte al otro lado de la sala con el dedo meñique. Pesas menos que una pluma y mi masa corporal es casi el doble que la tuya. —Se detiene—. ¿Cómo has hecho para empujarme contra la pared?

—¿Cómo? —Frunzo el ceño—. ¿De qué hablas?

—Hablo de cuando *tú* —Me señala— me has empotrado. —Se señala a sí mismo— contra la pared. —Señala la pared.

—¿Me estás diciendo que no te podías mover? —Parpadeo—. Pensaba que tenías miedo de tocarme.

—No —me dice—. No podía moverme. Casi no podía ni respirar.

Tengo los ojos como platos.

—Me tomas el pelo.

—¿Habías hecho esto alguna vez?

—No. —Agito la cabeza—. Quiero decir, creo que no...

El recuerdo de Warner y su cámara de tortura me vienen a la mente. Tengo que cerrar los ojos ante el flujo de imágenes. Me basta el más simple recuerdo de ese día para hacerme sentir náuseas. Ya empiezo a notar un sudor frío recorriéndome la piel. Warner me estaba poniendo a prueba; intentaba ponerme en una situación en la que me viera forzada a usar mi poder contra un niño. Sentía tanto miedo, tanta ira, que rompí el muro de hormigón para llegar hasta Warner, que me esperaba al otro lado. También lo empotré contra la pared. Solo que no me di cuenta de que mi fuerza lo inmovilizaba. Pensé que tenía miedo de moverse porque estaba a punto de tocarlo.

Supongo que estaba equivocada.

—Sí —dice Kenji, asintiendo ante algo que debe ver en mi rostro—. Bueno. Eso es lo que me imaginaba. Tendremos que acordarnos de esto

cuando empecemos de verdad nuestras sesiones de entrenamiento. —Me echa una mirada maliciosa—. Cuando sea que empiecen.

Asiento, sin prestar atención realmente.

—Claro. De acuerdo. Pero primero llévame a las salas de investigación.

Kenji suspira. Mueve la mano haciendo una floritura mientras se inclina.

—Después de ti, princesa.

## SIETE

Andamos por una serie de pasillos que no había visto antes.

Pasamos por todas las salas y dormitorios habituales, más allá de la sala de entrenamiento en la que estoy normalmente, y por primera vez desde que he llegado presto realmente atención a mi entorno. De pronto, mis sentidos son más nítidos; más claros; todo mi ser bulle con una especie de energía renovada.

Soy eléctrica.

Este escondite ha sido excavado en la tierra; no es más que un conjunto de túneles cavernosos y de pasadizos conectados que funcionan gracias a suministros y electricidad robados de unidades de almacenamiento secretas que pertenecen al Restablecimiento. Este lugar tiene un valor incalculable. Una vez Castle nos dijo que tardó más de una década en diseñarlo, y una década más en terminar el trabajo. Para entonces también había conseguido reclutar a todos los demás miembros de este mundo subterráneo. Puedo entender que sea tan implacable con la seguridad, que no esté dispuesto a dejar que pase nada. Creo que yo tampoco lo estaría.

Kenji se detiene.

Llegamos a lo que parece ser un callejón sin salida... podría ser el final del Punto Omega.

Kenji saca una tarjeta de acceso que no sabía que tuviera y tantea con la mano un panel enterrado entre las piedras. Abre el panel. Hace algo que no logro ver. Pasa la tarjeta de acceso. Enciende un interruptor.

Toda la pared cobra vida.

Las piezas se caen a pedazos, se desplazan de su sitio hasta descubrirnos un agujero lo bastante grande como para que nuestros cuerpos quepan por él. Kenji gesticula para que le siga y me abro paso a través de la entrada, mirando hacia atrás para ver como la pared se cierra detrás de mí.

Mis pies tocan el suelo del otro lado.

Es una especie de cueva. Enorme, amplia, dividida en tres secciones longitudinales. La sección del medio es la más estrecha y sirve como pasarela;

las secciones de la izquierda y de la derecha están formadas por salas cuadradas de cristal con puertas de cristal más fino. Cada una de las paredes transparentes actúa como una pared divisoria de los espacios de ambos lados; todo es transparente. Un aura eléctrica envuelve el espacio; todas las salas brillan con luz blanca y tienen maquinaria que parpadea; zumbidos agudos y sordos de energía llevan el ritmo a través de las vastas dimensiones.

Como mínimo hay veinte salas aquí abajo.

Diez a cada lado, todas ellas a la vista. Reconozco unos cuantos rostros del comedor, algunos atados a máquinas, con agujas por el cuerpo, monitores que pitán y dan algún tipo de información que no comprendo. Las puertas se abren y se cierran se abren y se cierran se abren y se cierran; palabras y murmullos y pisadas, en el aire se acumulan gestos y pensamientos a medio formar.

Aquí.

Aquí es donde sucede todo.

Hace dos semanas —el día que llegué—. Castle me dijo que tenía una idea bastante clara de por qué somos como somos. Me dijo que llevaban años investigándolo.

Investigando.

Veo figuras corriendo, jadeando en lo que parecen cintas de correr extraordinariamente rápidas. Veo a una mujer que vuelve a cargar una pistola en una sala llena de armas y veo a un hombre que sostiene algo que emite una brillante llama azul. Veo a una persona de pie en una cámara que no tiene nada más que agua, hay cuerdas apiladas a lo alto y colgadas del techo y todo tipo de líquidos, productos químicos, artefactos innombrables... y mi cerebro no deja de gritar y mis pulmones se prenden en llamas y es demasiado demasiado demasiado.

Hay demasiadas máquinas, demasiadas luces, demasiada gente que toma apuntes en demasiadas salas, que hablan entre ellos, que miran a los relojes cada pocos segundos y doy un traspié, miro muy de cerca y a la vez no lo bastante cerca y entonces lo oigo. Intento no hacerlo con todas mis fuerzas, pero apenas logra contenerse tras estos gruesos muros de cristal y ahí vuelve de nuevo.

El sonido gutural y sordo de la agonía humana.

Me golpea directamente. Me da un puñetazo en pleno estómago. La comprensión salta sobre mí y explota en mi piel y clava sus uñas en mi cuello y me ahogo ante lo imposible.

Adam.

Lo veo. Está aquí, en una de las salas de vidrio. Sin camisa. Atado a una camilla, con los brazos y las piernas sujetos, con cables de una máquina pegados a las sienes, la frente, debajo de la clavícula. Aprieta los ojos con fuerza, tiene los puños cerrados, la mandíbula tensa, el rostro tirante por el esfuerzo de no gritar.

No entiendo qué le están haciendo.

No entiendo qué pasa, no entiendo *por qué* pasa o por qué necesita una máquina o por qué la máquina no para de parpadear ni de hacer ruidos y parece que no puedo moverme ni respirar y trato de recordar mi voz, mis manos, mi cabeza y mis pies y entonces da una sacudida.

Convulsiona contra los soportes, hace esfuerzos para combatir el dolor hasta que sus puños golpean la parte acolchada de la camilla y lo oigo gritar de angustia y por un momento el mundo se detiene. Todo se ralentiza, se suprimen los sonidos, los colores se difuminan y parece que el suelo está a un lado y pienso que me voy a morir de verdad. O voy a caer muerta o voy a matar al responsable de todo esto.

Una cosa u otra.

Entonces veo a Castle. A Castle, sentado en una esquina de la sala de Adam, observando en silencio cómo este chico de 18 años se retuerce de agonía mientras él no hace nada. Nada, excepto observar, excepto tomar apuntes en su librito, fruncir los labios al inclinar la cabeza hacia un lado. Para mirar el monitor de la máquina que pita.

Y una idea muy simple aparece en mi mente. Muy calmada. Muy fácil.

Lo voy a matar.

—Juliette, no...

Kenji me coge de la cintura, con los brazos como bandas de hierro a mi alrededor y creo que grito, creo que digo cosas que nunca antes había dicho y Kenji me pide que me calme, dice precisamente por esto no quería traerte aquí, no lo entiendes, no es lo que parece. Y decido que seguramente también debería matar a Kenji. Solo por ser un idiota.

—¡SUÉLTAME!

—Deja de darme patadas.

—Lo voy a *matar*.

—En serio, deberías dejar de decir esas cosas en voz alta ¿vale? No te estás haciendo ningún favor...

—SUÉLTAME, KENJI, TE JURO POR DIOS...

—¡Señorita Ferrars!

Castle está de pie al final del pasillo, a pocos metros de la sala acristalada de Adam. La puerta está abierta. Adam ya no convulsiona, pero tampoco parece estar consciente.

Rabia blanca y caliente.

Es lo único que comprendo en estos momentos. Es lo único que sé sentir y nada, nada puede convencerme de salir de este estado en el que estoy. Desde aquí el mundo aparece blanco y negro, muy fácil de demoler y conquistar. Nunca había experimentado una ira similar. Es una ira tan cruda, tan potente, que de hecho reconforta, como un sentimiento que por fin sé comprender, un sentimiento que al fin se asienta cómodamente en mí.

Me he convertido en un molde de metal líquido; grueso, con un calor abrasador que se distribuye por todo mi cuerpo y cuyo exceso cubre mis manos, forjando en mis puños una fuerza tan sobrecogedora, una energía tan intensa que creo que me podría engullir. Me siento mareada ante tal avalancha.

Podría hacer cualquier cosa.

*Cualquiera.*

Los brazos de Kenji se apartan de mí. No me hace falta mirarlo para saber que se está echando atrás. Asustado. Confundido.

No me importa.

—Así que es aquí donde ha estado —le digo a Castle, y me sorprendo ante el frío y tranquilo tono de mi voz—. Esto es lo que ha estado haciendo.

Castle se aproxima pero parece arrepentirse. Parece asustado, sorprendido ante algo que ve en mi rostro. Trata de hablar pero yo lo corto.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto—. ¿Qué le has estado haciendo?

—Por favor, señorita Ferrars...

—No es su *experimento* —espeto, y pierdo la compostura, pierdo la firmeza de mi voz y de pronto vuelvo a sentirme tan inestable que apenas puedo evitar que me tiemblen las manos—. ¿Cree que puede limitarse a usarlo para su investigación...?

—Por favor señorita Ferrars, tiene que calmarse...

—¡No me pida que me calme! —No puedo ni imaginar qué le deben de haber hecho aquí abajo, haciéndole pruebas, tratándolo como un espécimen.

Lo están torturando.

—No esperaba que tuviera una reacción tan adversa a esta sala —dice Castle. Intenta parecer familiar. Razonable. Incluso carismático. Esto hace que me pregunte qué le debo parecer en estos momentos. Me pregunto si me tiene miedo—. Creí que había comprendido la importancia de las

investigaciones que hacemos en el Punto Omega —dice—. Sin ellas, ¿cómo podríamos esperar entender nuestros orígenes?

—Le está haciendo daño ¡Lo está matando! ¿Qué ha hecho...?

—Nada que él no haya pedido. —La voz de Castle es tensa y sus labios están tensos y veo que se le está empezando a acabar la paciencia—. Señorita Ferrars, si insinúa que lo he usado para mis propias investigaciones personales, le recomendaría que observara la situación más de cerca. —Pronuncia las últimas sílabas con demasiado énfasis, echando chispas, y me doy cuenta de que es la primera vez que lo veo enfadado.

»Sé que se ha estado esforzando —prosigue Castle—. Sé que no está acostumbrada a verse a sí misma como parte de un grupo, y he hecho un esfuerzo para comprender de dónde puede ser que provenga... He intentado ayudarla a adaptarse. ¡Pero debe mirar a su alrededor! —Hace gestos hacia las paredes de cristal y la gente que hay tras ellas—. Todos somos iguales. ¡Trabajamos en el mismo equipo! No he sometido a Adam a nada a lo que no me haya sometido yo mismo. Solo le estamos haciendo pruebas para ver cuáles son sus habilidades sobrenaturales. No podemos estar seguros de saber de qué es capaz si no le hacemos pruebas antes. —Baja la voz una octava o dos—. Y no podemos permitirnos el lujo de esperar unos cuantos años hasta que descubra accidentalmente algo que pueda ser útil para nuestra causa.

Y es extraño.

Porque esta ira parece algo real.

Noto cómo se envuelve en mis dedos como si pudiera arrojársela a la cara. Noto cómo se enrosca por mi columna vertebral, cómo se planta en mi estómago y se me ramifica por los brazos, hacia las piernas, por el cuello. Me está asfixiando. Me asfixia porque necesita liberarse, aliviarse. Y lo necesita ahora.

—Cree... —le digo, y casi no puedo ni soltar las palabras—. ¿Cree que es mejor que el Restablecimiento si nos *utiliza*... si experimenta con nosotros para avanzar en su causa...?

—¡SEÑORITA FERRARS! —vocifera Castle. Sus ojos parpadean con brillo, y me percato de que todas las personas de este túnel nos están mirando. Tiene los puños cerrados a los lados y la mandíbula claramente tensa y noto la mano de Kenji sobre mi espalda justo antes de darme cuenta de que la tierra vibra bajo mis pies. Las paredes de cristal empiezan a temblar y Castle está quieto justo en medio, rígido, pura ira e indignación, y me acuerdo de que su nivel de telequinesis es increíblemente avanzado.

Me acuerdo de que puede mover cosas con la mente.

Levanta la mano derecha, con la palma hacia afuera, y el panel de cristal que está a pocos metros empieza a temblar, a vibrar, le queda poco para hacerse añicos y yo me doy cuenta de que ni siquiera respiro.

—No quiere hacerme enfadar. —Su voz parece mucho más calmada que sus ojos—. Si no está de acuerdo con mis métodos, la invito gustosamente a que haga sus declaraciones de forma racional. No toleraré que me hable de esta forma. Mis preocupaciones acerca del futuro de nuestro mundo quizás escapan a su comprensión, pero no debería faltarme al respeto por culpa de su propia ignorancia. —Suelta la mano derecha y el cristal vuelve a su sitio justo a tiempo.

—¿*Ignorancia*? —Me vuelve a costar respirar—. ¿Cree que, porque no comprendo por qué somete a alguien a... a *esto*...? —hago gestos alrededor de la sala—. ¿Cree que esto significa que soy ignorante?

—Vamos, Juliette, no pasa nada —empieza a decir Kenji.

—Llévesela de aquí —dice Castle—. Llévesela a su sala de entrenamiento. —Le lanza a Kenji una mirada descontenta—. Y tú y yo... ya hablaremos más tarde de esto. ¿En qué estabas pensando para traerla aquí? No está preparada para ver esto... Si ni siquiera puede controlarse a sí misma en estos momentos...

Tiene razón.

No puedo controlarlo. No puedo oír más que el sonido de los pitidos de las máquinas, que gritan en mi cabeza, no puedo ver otra cosa que el cuerpo flácido de Adam estirado sobre un delgado colchón. No paro de pensar en lo que debe de haber soportado, lo que debe de haber sufrido únicamente para comprender lo que podría ser y me doy cuenta de que todo es culpa mía.

Es culpa mía que esté aquí, es culpa mía que esté en peligro, es culpa mía que Warner quiera matarlo y que Castle quiera hacerle pruebas. De no ser por mí seguiría viviendo con James en un hogar que no habría sido destruido; estaría a salvo y a gusto y libre del caos que he introducido en su vida.

Yo lo traje aquí. Si nunca me hubiese tocado nada de esto habría ocurrido. Estaría sano y fuerte y no estaría sufriendo, ni se estaría escondiendo, ni estaría atrapado a quince metros bajo tierra. No se pasaría los días atado con correas a una camilla.

~~Es culpa mía es culpa mía es culpa mía es culpa mía todo es culpa mía.~~

Me hundo.

Es como si estuviese llena de ramas y mi cuerpo se fuera a romper solo con contraer los músculos. Toda la culpa, la ira, la frustración, la agresividad reprimida que hay dentro de mí han encontrado una salida y no puedo



controlarme. La energía corre dentro de mí con una fuerza que nunca antes había sentido y no quiero ni pensarlo, pero tengo que hacer *algo*, tengo que tocar *algo* y doblo los dedos y doblo las rodillas y tiro el brazo hacia atrás y golpeo mi puño contra el suelo.

La tierra se agrieta bajo mis dedos y las reverberaciones salen apresuradamente de mi cuerpo, revotándose en los huesos hasta que mi cabeza da vueltas y mi corazón es como un péndulo que me golpea en el pecho. Pierdo y recupero el enfoque de la vista y necesito parpadear un centenar de veces para aclararme los ojos y entonces veo una grieta que cruje bajo mis pies, una fina línea que parte el suelo en dos. De repente, todo lo que me rodea se desestabiliza. La piedra gime bajo nuestro peso y las paredes de cristal se agitan y las máquinas se desplazan de su sitio y el agua se derrama de sus contenedores y la gente...

La gente.

La gente está helada y el miedo de sus rostros me destroza.

Me caigo hacia atrás, sostengo los puños contra el pecho y trato de recordarme que no soy un monstruo, que no quiero hacer daño a la gente, pero no funciona.

Porque todo es mentira.

Porque esta era yo tratando de ayudar.

Miro a mi alrededor.

Al suelo.

A lo que he hecho.

Y comprendo, por primera vez, que tengo el poder de destruirlo todo.

## OCHO

Castle se ha quedado sin fuerzas.

Tiene la mandíbula desencajada. Tiene la mirada perdida a los lados, los ojos muy abiertos por la preocupación y el asombro y un poco de intimidación y aunque mueve los labios parece que no produce ningún sonido.

Siento que este podría ser un buen momento para saltar desde un acantilado.

Kenji me toca el brazo y me doy la vuelta, y me doy cuenta de que estoy petrificada. Siempre espero que él, Adam y Castle se den cuenta de que es un error que sean amables conmigo, que acabará mal, que no merezco la pena, que no soy más que una herramienta, un arma, una asesina secreta.

Pero él me coge el puño derecho con la mano muy suavemente. Se asegura de no tocarme la piel al quitarme el guante de cuero que ahora está hecho jirones y contiene la respiración al verme los nudillos. Tengo la piel rascada, hay sangre por todas partes y no puedo mover los dedos.

Me doy cuenta de que estoy *agónica*.

Parpadeo y estallan estrellas y una nueva tortura sube por mis piernas con tanta prisa que ya no puedo hablar.

Jadeo y el mundo desaparece.

## NUEVE

Siento el sabor a muerte en la boca.

Consigo abrir los ojos con dificultad e inmediatamente noto como si la ira del infierno me estuviera desgarrando la mano derecha. Me han vendado la mano con tantas capas de gasa que mis cinco dedos se han quedado inmóviles y estoy agradecida por ello. Estoy tan exhausta que no tengo fuerzas ni para llorar.

Parpadeo.

Trato de mirar a mi alrededor pero tengo el cuello demasiado rígido.

Me rozo el hombro con los dedos y descubro que quiero respirar. Parpadeo de nuevo. Otra vez. Veo el rostro de una chica de forma borrosa. Giro la cabeza para ver mejor y parpadeo parpadeo parpadeo unas cuantas veces más.

—¿Cómo te encuentras? —murmura.

—Estoy bien —le digo a la figura borrosa, pero creo que miento—. ¿Quién eres?

—Soy yo —me dice, muy suavemente. Incluso sin verla bien puedo oír su amable voz—. Sonia.

Claro.

Seguramente Sara también está aquí. Debo de estar en el ala médica.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Has estado bastante mal —dice—. Tu cuerpo necesitaba descansar...

—¿Cuánto? —bajo la voz a un susurro.

—Tres días.

Imagínate un tren que va a cien millones de kilómetros por hora.

Ahora imagínate que te da en la cara.

Me siento y noto que voy a vomitar.

Por suerte, Sonia se anticipa a mis necesidades. Un cubo aparece justo a tiempo para que pueda vaciar el escaso contenido de mi estómago y luego me

limpio con algo que no es mi traje sino una especie de bata de hospital y alguien me pone un paño caliente y húmedo en la cara. El vapor es tan cálido y reconfortante que por un momento me olvido lo suficiente del dolor como para ver que hay otra persona con nosotras en la habitación.

Sonia y Sara están encima de mí, con los paños calientes en las manos, limpiándome las desnudas extremidades, haciendo sonidos calmantes y diciéndome que me pondré bien, que solo necesito descansar, que por fin llevo un rato despierta como para comer algo, que no debería preocuparme porque no hay nada de qué preocuparse y que ellas van a cuidar de mí.

Pero entonces miro con más atención.

Veo que llevan las manos cuidadosamente enfundadas en guantes de látex; veo el gotero inyectado en mi brazo; veo la forma insistente pero a la vez prudente con que se acercan a mí y entonces me doy cuenta del problema.

Las sanadoras no pueden tocarme.

## DIEZ

Nunca antes habían tenido que enfrentarse a un problema como este.

Los sanadores siempre curan las heridas. Pueden arreglar huesos rotos, curar heridas de bala, revivir pulmones colapsados e incluso sanar los peores cortes. Lo sé porque cuando llegamos tuvieron que trasladar a Adam en una camilla al Punto Omega. Sufrió a manos de Warner y sus hombres después de que nos escapáramos de la base militar y pensaba que el cuerpo le quedaría lleno de cicatrices de por vida. Pero está perfecto. Como nuevo. Tardaron un día en que estuviera recuperado; fue como magia.

Pero no hay medicinas mágicas para mí.

Ni milagros.

Sonia y Sara me explican que debo de haber sufrido algún tipo de conmoción enorme. Dicen que mi cuerpo se sobrecargó con sus propias habilidades y que es un milagro que lograra sobrevivir. También creen que mi cuerpo lleva el suficiente tiempo inconsciente como para haber podido curar la mayor parte del daño psicológico, aunque no estoy segura de que sea verdad. Creo que voy a tardar mucho en arreglar esa parte. ~~Estaré afectada psicológicamente durante mucho tiempo.~~ Pero al menos se ha curado el dolor físico. Noto solo un latido constante que soy capaz de ignorar durante breves periodos de tiempo.

Me acuerdo de algo.

—Antes —le digo—. En la cámara de tortura de Warner, y después con Adam y la puerta de acero... nunca... nunca me había pasado esto... nunca me había lesionado...

—Castle nos habló de eso —me dice Sonia—. Pero atravesar una puerta o un muro es muy distinto a intentar partir el suelo en dos. —Intenta sonreírme—. Estamos bastante seguros de que esto no se puede comparar con lo que habías hecho anteriormente. Esto necesitó mucha más Energía. Todos lo notamos cuando ocurrió. De hecho, pensamos que habían estallado explosivos. Los túneles —me dice— casi se derrumban.

—¡No puede ser! —Mi estómago se queda petrificado.

—No pasa nada. —Intenta tranquilizarme—. Te detuviste justo a tiempo. No consigo respirar.

—No podías saberlo —empieza Sonia.

—Casi os mato... casi os mato a todos...

Sonia agita la cabeza.

—Tienes una increíble concentración de poder. No es tu culpa. No sabías de qué eras capaz.

—Podría haberos matado. Podría haber matado a Adam... podría... —Noto latigazos en la cabeza—. ¿Está aquí? ¿Adam está aquí?

Las chicas se quedan mirándome. Se miran.

Oigo cómo una garganta se aclara y giro la cabeza hacia allí con brusquedad.

Kenji aparece en una esquina. Saluda discretamente, me ofrece una sonrisa torcida que no le llega a los ojos.

—Lo siento —me dice— pero tenemos que mantenerlo alejado de aquí.

—¿Por qué? —pregunto, pero me da miedo escuchar la respuesta.

Kenji se aparta el pelo de los ojos. Sopesa mi pregunta.

—Bueno... ¿Por dónde empiezo? —Se cuenta los dedos—. Cuando descubrió lo que había pasado, intentó matarme, se puso furioso con Castle, se negó a abandonar el ala médica, ni siquiera para comer o dormir, y después se hi...

—Por favor —lo detengo. Cierro los ojos con fuerza—. Da igual. No. No puedo.

—Me lo has preguntado.

—¿Dónde está? —Abro los ojos—. ¿Está bien?

Kenji se rasca la nuca. Aparta la vista.

—Se pondrá bien.

—¿Puedo verlo?

Kenji suspira. Se gira hacia las chicas. Les dice:

—Eh... ¿Podríais dejarnos a solas un momento? —Y de repente ambas se apresuran a marcharse.

—Por supuesto —responde Sara.

—No hay problema —añade Sonia.

—Os dejaremos hablar en privado —dicen al unísono.

Y se van.

Kenji coge una de las sillas que reposan contra la pared y la acerca a la cama. Se sienta. Apoya un tobillo sobre la rodilla de la otra pierna y se inclina hacia atrás. Junta las manos detrás de la cabeza. Me mira.

Me muevo sobre el colchón y me siento para verlo mejor.

—¿Entonces qué pasa?

—Tú y Kent tenéis que hablar.

—Bueno. —Trago saliva—. Sí. Ya lo sé.

—¿Ah sí?

—Pues claro.

—Bien. —Asiente. Aparta la vista. Zapatea contra el suelo muy rápido.

—¿Qué? —le pregunto al cabo de poco—. ¿Qué me estás ocultando?

Deja de dar golpes con el pie pero no me mira a los ojos. Se tapa la boca con la mano izquierda. La deja caer.

—Lo que hiciste allí fue de locos.

De repente me siento humillada.

—Lo siento, Kenji. Lo siento mucho... no pensé... no sabía...

Se gira hacia mí y su mirada me deja paralizada. Está intentando interpretarme. Tratando de descubrir algo. Me doy cuenta de que está tratando de decidir si confiar en mí o no. Si los rumores sobre que soy un monstruo son ciertos.

—Nunca antes había hecho esto —oigo que murmuro—. Te lo juro... No quería que esto ocurriera...

—¿Estás segura?

—¿Qué?

—Es una pregunta, Juliette. Una pregunta legítima. —Nunca lo había visto tan serio—. Te traje aquí porque Castle quería que vinieras. Porque creía que podíamos ayudarte... pensó que podíamos proporcionarte un lugar seguro donde vivir. Que podíamos alejarte de los cabrones que intentaban utilizarte para su propio beneficio. Pero llegas aquí y parece que ni siquiera quieras formar parte de nada de esto. No hablas con nadie. No progresas en los entrenamientos. Básicamente, no haces nada.

—Lo siento, en realidad...

—Y creo a Castle cuando me dice que está preocupado por ti. Me dice que no te estás adaptando, que tienes dificultades para encajar. Que la gente ha oído cosas negativas sobre ti y no son tan acogedores como deberían. Y debería importarme una mierda, pero me das pena. Así que le digo que te ayudaré. Me reorganizo todo el puto horario para ayudarte a que te enfrentes a tus problemas. Porque creo que eres una buena chica incomprendida. Porque Castle es la persona más decente que he conocido en mi vida y quiero ayudarlo.

Mi corazón late con tanta fuerza que me sorprende que no esté sangrando.

—Así que me pregunto... —me dice. Baja la pierna que reposaba sobre su rodilla. Se inclina hacia delante. Apoya los codos contra los muslos—. Me pregunto si puede ser que todo esto sea pura coincidencia. Quiero decir, ¿ha sido una mera coincidencia que acabara trabajando contigo? ¿Yo? ¿Uno de los pocos que tiene acceso a esa sala? ¿Y fue una coincidencia que consiguieras amenazarme para que te bajara a los laboratorios de investigación? Que entonces tú, de alguna forma, accidentalmente, casualmente, sin darte cuenta, dieras un golpe con el puño en el suelo que sacudiera este lugar tan fuerte que todos pensáramos que se estaban derrumbando las paredes. —Me mira, con dureza—. ¿Fue una coincidencia —dice— que, si hubieras aguantado unos cuantos segundos más, todo esto se hubiera venido abajo?

Tengo los ojos como platos, horrorizados, atrapados.

Se inclina hacia detrás. Mira hacia abajo. Se aprieta los labios con dos dedos.

—¿De verdad quieres estar aquí? —me pregunta—. ¿O solo tratas de vencernos desde dentro?

—¿Cómo? —Jadeo—. No...

—Porque o bien sabes *exactamente* lo que estás haciendo, y eres mucho más astuta de lo que pareces, o realmente no tienes *ni idea* de lo que estás haciendo y solo tienes una suerte de mierda. Todavía no me he decidido.

—Kenji, te lo juro, yo nunca... nunca... —Tengo que tragarme las palabras para contener las lágrimas que amenazan con derramarse. Este sentimiento es agobiante; esto de no saber cómo probar tu propia inocencia. Mi vida se repite una y otra y otra vez, intentando convencer a la gente de que no soy peligrosa, de que nunca he querido hacer daño a nadie, de que no pretendía que las cosas acabaran así. De que no soy una mala persona.

~~Pero parece que nunca funciona.~~

—Lo siento mucho. —Me ahogo, las lágrimas ahora fluyen rápidas, sin hacer caso a mis peticiones para que permanezcan encerradas. Estoy muy disgustada conmigo misma. He intentado ser diferente, ser mejor, ser *buena*, lo he intentado con mucha fuerza, y de repente lo he arruinado todo y he vuelto a perderlo todo y no sé cómo decirle que se equivoca.

~~Porque quizás tenga razón.~~

Yo sabía que estaba enfadada. Sabía que quería hacerle daño a Castle y me daba igual. En ese momento, lo pensaba en serio. Con la ira del momento, lo pensaba de verdad. No sé qué habría hecho si Kenji no hubiera estado allí



para pararme. No lo sé. No tengo ni idea. Ni siquiera sé de qué puedo ser capaz.

~~¿Cuántas veces, oigo que me susurra una voz en mi cabeza cuántas veces vas a pedir perdón por ser quien eres?~~

Oigo como Kenji suspira. Se mueve en la silla. No me atrevo a levantar la mirada pero me limpio las mejillas furiosamente, pidiéndoles a mis ojos que paren de llorar.

—Tenía que preguntar, Juliette. —Parece que Kenji se siente incómodo—. Siento que estés llorando pero no siento haber preguntado. Mi trabajo consiste en pensar constantemente en nuestra seguridad... y eso significa que tengo que mirar desde todos los ángulos posibles. Nadie sabe aún de lo que eres capaz. Ni siquiera tú. Pero sigues intentando actuar como si lo que eres capaz de hacer no fuera algo importante, y esto no está ayudando en absoluto. Tienes que dejar de fingir que no eres peligrosa.

Miro hacia arriba demasiado rápido.

—Pero yo no... yo no intento hacerle daño a nadie...

—Eso no importa —me dice, levantándose—. Las buenas intenciones son geniales, pero no cambian los hechos. Tú *eres* peligrosa. Joder, eres peligrosa *de verdad*. Más peligrosa que yo y que cualquiera de los que están aquí. Así que no me pidas que actúe como si este hecho, en sí mismo, no fuera una amenaza para nosotros. Si vas a quedarte aquí —me dice— tienes que aprender a controlar lo que haces... a contenerlo. Tienes que enfrentarte a quien eres y tienes que descubrir cómo vivir con eso. De la misma manera que lo hacemos los demás.

Tres golpes en la puerta.

Kenji me está mirando. Esperando.

—Vale —susurro.

—Y tú y Kent tenéis que hablar cuanto antes —añade, justo cuando Sonia y Sara vuelven a entrar en la habitación—. No tengo el tiempo, o la energía o el interés para lidiar con vuestros problemas. Me gusta meterme con vosotros de vez en cuando porque, bueno, seamos realistas... —Se encoge de hombros—. El mundo se va a la mierda ahí fuera y supongo que si me van a matar de un tiro antes de los 25, al menos me gustaría recordar antes lo que se siente al reír. Pero eso no me convierte en tu payaso ni en tu niñera. Al final del día me importa una mierda si Kent y tú estáis bien. Tenemos un millón de cosas por las que preocuparnos aquí abajo, y ninguna de ellas incluye vuestra vida amorosa. —Se detiene—. ¿Queda claro?

Asiento, sin confiar en mí misma para hablar.

—¿Entonces estás con nosotros? —dice.

Asiento otra vez.

—Quiero oír cómo lo dices. Si estás con nosotros, lo estás del todo. Basta de sentir lástima por ti misma. Basta de sentarte todo el día en la sala de entrenamiento, llorando porque no puedes romper una tubería metálica...

—¿Cómo sab...?

—¿Estás con nosotros?

—Sí, lo estoy —le digo—. Lo estoy. Te lo prometo.

Respira profundamente. Se pasa una mano por el pelo.

—Bien. Mañana a las seis de la mañana nos vemos fuera del comedor.

—Pero mi mano...

Rechaza mis palabras con la mano.

—Tu mano, nada. Estarás bien. Ni siquiera te has roto nada. Te has fastidiado los nudillos y tu cerebro se ha descontrolado un poco y básicamente te has quedado dormida durante tres días. Yo a eso no lo llamo lesionarse —dice—. Lo llamo pegarse unas putas vacaciones. —Se detiene para considerar algo—. ¿Tienes idea de cuánto hace que no me voy de vacaciones?

—¿Pero no vamos a entrenar? —lo interrumpo—. No puedo hacer nada si llevo la mano vendada, ¿no?

—Créeme. —Ladea la cabeza—. Estarás bien. Esto... será un poco diferente.

Me quedo mirándolo. Espero.

—Puedes considerarlo tu bienvenida oficial al Punto Omega —me dice.

—Pero...

—Mañana. Seis de la mañana.

Abro la boca para hacer otra pregunta pero él presiona un dedo contra los labios, me saluda con dos dedos y camina hacia atrás, hacia la salida, al mismo tiempo que Sonia y Sara se dirigen hacia mi cama.

Veó cómo se despide de ellas con la cabeza, gira sobre un pie y avanza hacia la puerta.

Seis de la mañana.

## ONCE

Echo un vistazo al reloj de la pared y me doy cuenta de que solo son las dos de la tarde.

Lo que significa que quedan dieciséis horas para las seis de la mañana.

Lo que significa que tengo muchas horas que llenar.

Lo que significa que tengo que vestirme.

Porque tengo que salir de aquí.

Y necesito hablar con Adam.

—¿Juliette?

Vuelvo al presente saliendo de mi propia cabeza y veo que Sonia y Sara me están mirando.

—¿Necesitas algo? —preguntan—. ¿Te sientes bien como para salir de la cama?

Voy pasando de los ojos de una a los de la otra y, en lugar de responder a sus preguntas, una sensación devastadora de vergüenza me invade el alma y no consigo más que mostrar otra versión de mí misma. Una niña asustada que quiere ir desapareciendo hasta que ya no la puedan encontrar.

No paro de decir:

—Lo siento, lo siento mucho, siento mucho esto, todo esto, todo el lío, todo el daño... de verdad... lo siento muchísimo...

Me oigo decir esto una y otra y otra y otra vez y no consigo detenerme.

Como si un botón de mi cerebro se hubiera roto, como si hubiera desarrollado una enfermedad que me obliga a pedir perdón por todo, por existir, por querer más de lo que se me ha dado, y no puedo parar.

Siempre estoy pidiendo perdón. Pidiendo perdón para siempre. Por quién soy y lo que nunca quise ser y por este cuerpo en el que nací, por este ADN que nunca pedí, por esta persona que no puedo dejar de ser. Llevo diecisiete años intentando ser diferente. Todos los días. Intentando ser cualquier otra persona.

Pero parece que nunca importa.

Y entonces me doy cuenta de que están hablando conmigo.

—No tienes que disculparte por nada...

—Por favor, no pasa nada...

Ambas intentan hablar conmigo, pero Sara está más cerca.

Me atrevo a mirarla a los ojos y me sorprende descubrir lo dulces que son. Suaves y verdes y achinados, porque está sonriendo. Se sienta en la parte derecha de la cama. Me da una palmadita en mi brazo desnudo, sin miedo. Resuelta. Sonia está de pie a su lado, y me mira como si estuviera preocupada, como si le diera pena, pero no me preocupo mucho por ello porque estoy desconcentrada. Huelo el aroma a jazmín que invade la habitación, como la primera vez que entré aquí. Cuando llegué al Punto Omega por primera vez. Cuando Adam estaba herido. Muriéndose.

Se estaba muriendo y le salvaron la vida. Estas dos chicas que tengo enfrente. Le salvaron la vida y yo llevo dos semanas viviendo con ellas y es ahora cuando me doy cuenta de lo egoísta que he sido.

Así que decido probar con una nueva palabra.

—Gracias —murmuro.

Noto como me sonrojo y me pregunto por mi incapacidad de sentirme libre con las palabras y los sentimientos. Me pregunto por mi incapacidad de hacer bromas fáciles, de tener conversaciones fluidas, o de llenar momentos incómodos con palabras vacías. No tengo un armario lleno de «mmms» y elipsis listas para introducir al principio y final de las frases. No sé cómo ser un verbo, un adverbio o cualquier modificador. Soy un nombre de la cabeza a los pies.

Tan lleno de gente, sitios, cosas e ideas que no sé cómo salir de mi propio cerebro. Cómo iniciar una conversación.

Quiero confiar pero el miedo me invade.

Pero entonces recuerdo la promesa que le he hecho a Castle, la promesa que le he hecho a Kenji y mis preocupaciones por Adam y considero que quizás debería arriesgarme. Quizás debería intentar encontrar un nuevo amigo o dos. Y pienso en lo maravilloso que sería ser amiga de una chica. Una chica, igual que yo.

Nunca antes he tenido algo parecido.

Así que cuando Sonia y Sara me sonríen y me dicen que están «contentas de ayudarme» y que «están aquí en cualquier momento» y que «siempre están aquí si necesito hablar con alguien», les digo que me encantaría.

Les digo que lo agradecería.

Les digo que me encantaría tener una amiga con quien hablar.

Quizás algún día.

## DOCE

—Te volveremos a poner el traje —me dice Sara.

El aire de aquí abajo es fresco y frío y a veces húmedo, el invierno transcurre implacable mientras someten al mundo encima de nuestras cabezas. Noto el frío incluso con el traje, especialmente a primera hora de la mañana, sobre todo ahora. Sonia y Sara me están ayudando a quitarme el pijama de hospital y a ponerme el uniforme habitual y me tiembla la piel. En el momento en que me lo abrochan la tela empieza a reaccionar con mi temperatura corporal, pero todavía estoy tan débil por llevar tanto tiempo en la cama que lucho por mantenerme de pie.

—No necesito una silla de ruedas, de verdad —le digo a Sara por tercera vez—. Gracias... de verdad... lo agradezco mucho —tartamudeo— pero necesito que la sangre me circule por las piernas. Tengo que sentirme con fuerzas de pie. —Tengo que ser fuerte, ¡y punto!

Castle y Adam me esperan en mi habitación.

Sonia me contó que, mientras estuve hablando con Kenji, ella y Sara fueron a notificarle a Castle que estaba despierta. Así que... Ahora están aquí. Esperándome. En la habitación que comparto con Sonia y Sara. Y me da tanto miedo lo que va a pasar que me preocupa poder olvidarme oportunamente de llegar a mi habitación. Porque estoy bastante segura de que, sea lo que sea lo que vaya a oír, no será bueno.

—No puedes volver sola a la habitación —dice Sara—. Casi no puedes ni sostenerte en...

—Estoy bien —insisto. Intento sonreír—. De verdad, debería poder siempre y cuando pueda estar cerca de la pared. Estoy segura de que volveré a la normalidad en cuanto empiece a moverme.

Sonia y Sara se miran antes de escudriñarme.

—¿Qué tal la mano? —preguntan al mismo tiempo.

—Bien —les digo, esta vez más seriamente—. La noto mucho mejor. De verdad. Muchísimas gracias.

Casi tengo los cortes curados del todo y ya puedo mover los dedos. Inspecciono el nuevo vendaje, más fino, con el que me acaban de envolver los nudillos. Las chicas me explican que la mayor parte del daño era interno; parece ser que me lesioné el supuesto hueso invisible del cuerpo responsable de mi ~~mal~~ «don».

—Vale. Vamos —dice Sara, moviendo la cabeza—. Te acompañamos a la habitación.

—No... por favor... no hace falta... —intento protestar pero ya me están cogiendo de los brazos y estoy demasiado débil como para defenderme—. No es necesario...

—No digas tonterías —responden a coro.

—No quiero que os tengáis que molestar en...

—No digas tonterías —responden a la vez de nuevo.

—En... en realidad... —Pero ya estamos fuera de la habitación y vamos por el pasillo y cojeo agarrada a ellas—. Os prometo que estoy bien —les digo—. De verdad.

Sonia y Sara entrecruzan una mirada de complicidad y me sonríen, no de forma malintencionada, pero un silencio incómodo nos acompaña al atravesar los pasillos. Veo gente que camina junto a nosotros e inmediatamente agacho la cabeza. Ahora mismo no quiero mirar a nadie a los ojos. No puedo ni imaginar lo que deben de haber oído acerca de los daños que he causado. Sé que he logrado confirmar sus peores temores sobre mí.

—Solo te tienen miedo porque no te conocen —dice Sara en voz baja.

—En serio —añade Sonia—. Nosotras casi no te conocemos, pero creemos que eres estupenda.

Me sonrojo, preguntándome por qué siento la vergüenza como agua helada en las venas. Es como si mis entrañas se congelaran aunque mi piel se quemara, como si ardiera intensamente.

~~Esto, este sentimiento.~~

Sonia y Sara se detienen bruscamente.

—Ya hemos llegado —dicen al unísono.

Alzo la vista y veo que estamos delante de la puerta de nuestro dormitorio. Trato de soltarme de sus brazos pero ellas me detienen. Insisten en estar conmigo hasta asegurarse de que he llegado bien dentro.

Así que me quedo con ellas.

Y llamo a mi propia puerta, porque no sé exactamente qué otra cosa hacer.

Una vez.

Dos.

Espero unos segundos, unos instantes, a que responda el destino y me doy cuenta del impacto que me causa la presencia de Sonia y de Sara detrás de mí. Me ofrecen sonrisas que pretenden ser alentadoras, vigorizantes, fortalecedoras. Intentan prestarme sus fuerzas porque saben que estoy a punto de enfrentarme a algo que no va a hacerme sentir bien. Y no saben hasta qué punto lo necesito.

Y ese pensamiento me hace feliz.

Aunque sea durante un instante.

Porque pienso «¡vaya!, imagino que esto es tener amigos».

—Señorita Ferrars.

Castle abre la puerta lo bastante como para dejarme ver su rostro. Me saluda con la cabeza. Mira hacia mi mano lesionada. Sube hacia mi cara.

—Muy bien —dice más bien para sí mismo—. Bien, bien. Me alegra ver que está mejor.

—Sí —consigo decir—. Eh... gra... gracias... eh...

—Chicas —les dice a Sonia y a Sara. Les sonrío de forma radiante y sincera—. Muchas gracias por todo. Ya me encargo yo.

Asienten. Me aprietan los brazos una vez más antes de soltarme y me balanceo un segundo antes de recuperar el equilibrio.

—Estoy bien —les digo cuando intentan volver a sujetarme—. Todo irá bien.

Asienten otra vez. Se despiden con la mano, tímidamente, mientras se alejan.

—Pase —me dice Castle.

Así que lo sigo hacia dentro.

## TRECE

Una litera a un lado de la pared.

Una cama individual al otro lado.

En eso consiste la habitación.

En eso, y Adam, que está sentado en mi cama, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos en la cabeza. Castle cierra la puerta tras nosotros y Adam se sobresalta. Pega un brinco.

—Juliette —dice, me mira a todas partes menos a los ojos. Busca mi cuerpo con su mirada como si quisiera asegurarse de que sigo intacta; brazos, piernas y todo lo demás. Cuando llega a mi cara me mira a los ojos; entro en el mar azul de sus ojos, buceo hacia el fondo y me ahogo. Me siento como si alguien me hubiera dado un puñetazo en los pulmones y me hubiera quitado todo el oxígeno.

—Por favor, siéntese, señorita Ferrars. —Castle hace señas hacia la litera de abajo, la de Sonia, la cama que está justo enfrente de donde está Adam sentado. Me dirijo hacia allí lentamente, intentando no revelar el mareo y las náuseas que siento. Mi pecho sube y baja demasiado deprisa.

Dejo caer las manos sobre mi regazo.

Noto la presencia de Adam en esta habitación como una verdadera losa contra el pecho, pero opto por observar la cuidadosa envoltura de mi vendaje, la gasa tensa que me envuelve los nudillos de la mano derecha... porque soy demasiado cobarde para levantar la vista. Lo que más desearía es ir hacia él, que me cogiera, transportarme a uno de esos pocos momentos de felicidad que he tenido en mi vida, pero hay algo que me carcome el corazón, se pelea con mis entrañas, me dice que algo va mal y que seguramente es mejor que me quede exactamente donde estoy.

Castle está de pie en el espacio que hay entre las camas, entre Adam y yo. Observa la pared, con las manos entrelazadas en la espalda. Su voz parece tranquila al decir:

—Estoy muy, muy decepcionado con su comportamiento, señorita Ferrars.



Una vergüenza caliente y terrible me sube por el cuello y me obliga a agachar la cabeza.

—Lo siento —susurro.

Castle respira profundamente. Saca el aire muy lentamente.

—Tengo que ser franco con usted —dice— y admitir que todavía no estoy preparado para hablar de lo que ocurrió. Todavía estoy demasiado alterado como para poder hablar del tema con calma. Sus actos —dice— fueron infantiles. Egoístas. ¡Irreflexivos! El daño que ha causado... los años de trabajo que costó construir y planificar esa sala... no puedo ni siquiera comenzar a explicárselo...

Se contiene, traga saliva con dificultad.

—Ese será un tema —dice sin detenerse— para tratar en otra ocasión. Puede que solo entre nosotros dos. Hoy he venido porque el señor Kent me ha pedido que estuviera aquí.

Levanto la vista. Miro a Castle. Miro a Adam.

Parece como si Adam quisiera salir corriendo.

Decido que no puedo esperar más.

—Ha descubierto algo sobre él. —Es más una afirmación que una pregunta. Es obvio. Es la única razón por la que Adam traería a Castle para hablar conmigo.

Algo terrible ha ocurrido. Algo terrible está a punto de ocurrir.

Lo noto.

Ahora Adam me está mirando, sin pestañear, con las manos cerradas en puños. Parece nervioso, asustado. No se me ocurre otra cosa que hacer que mirarlo. No sé cómo hacer que se sienta cómodo. Ni siquiera sé cómo sonreír en estos momentos. Me siento como si estuviera atrapada en la historia de otra persona. El infelices para siempre de otra persona.

Castle asiente, una vez, lentamente.

—Sí. Sí, hemos descubierto la naturaleza de la habilidad del señor Kent. —Camina hacia la pared, se apoya contra ella, lo que me permite ver mejor a Adam—. Creemos que ahora sabemos por qué puede tocarla, señorita Ferrars.

Adam se da la vuelta, presiona su boca con fuerza. Parece como si la mano le temblara pero, al menos, parece estar mejor que yo. Porque mis entrañas gritan y mi cabeza está ardiendo y el pánico me atenaza la garganta, asfixiándome hasta la muerte. Las malas noticias no pueden devolverse una vez se han recibido.

—¿Y qué es? —Clavo los ojos en el suelo y cuento las piedras y los sonidos y las grietas y nada.

Uno.

Dos, tres, cuatro.

Uno.

Dos, tres, cuatro.

Uno.

Dos, tres, cuatro.

—Puede... desactivar cosas —me dice Castle.

Parpadeo cinco, seis, siete, ocho millones de veces, confundida. Todos los números se me caen al suelo, sumándose y restándose y multiplicándose y dividiéndose.

—¿Qué? —le pregunto.

Esta noticia tiene que ser errónea. No parece ser algo malo.

—En realidad lo descubrimos de forma bastante accidental —explica Castle—. No estábamos teniendo mucha suerte con ninguna de las pruebas que habíamos realizado. Pero entonces un día yo estaba en medio de un entrenamiento y el señor Kent estaba intentando captar mi atención. Me tocó el hombro.

Un momento.

—Y... de repente —dice Castle, conteniendo la respiración— no pude seguir. Fue como si... como si me hubieran cortado un cable de dentro del cuerpo. Lo noté de inmediato. Quería que le hiciera caso y me desconectó sin darse cuenta, en un intento de redirigir mi atención. Nunca había visto nada igual. —Agita la cabeza—. Desde entonces hemos estado trabajando con él para ver si puede controlar su habilidad a voluntad. Y —dice Castle, entusiasmado— queremos ver si es capaz de proyectar.

»¿Sabe? En realidad no es necesario que el señor Kent esté en contacto con la piel... yo llevaba la chaqueta cuando me tocó el brazo. Eso significa que ya está proyectando, aunque sea un poco. Y creo que, si trabajamos un poco, será capaz de extender su don a una superficie más amplia.

No tengo ni idea de qué quiere decir con esto.

Intento buscar la mirada de Adam. Quiero que sea él mismo quien me explique estas cosas, pero él no levanta la vista. No habla y no lo entiendo. Esto no parece una mala noticia. De hecho, parece bastante buena, lo cual no puede ser cierto. Me giro hacia Castle.

—¿Entonces Adam puede hacer que el poder de otro... su don... lo que sea, pare? ¿Puede apagarlo?

—Parece que sí, exacto.

—¿Han hecho pruebas con alguien más?

Castle parece ofendido.

—Por supuesto. Lo hemos comprobado con todos los miembros del Punto Omega que tienen un don.

Pero hay algo que no tiene sentido.

—¿Y qué pasó cuando llegó aquí? —pregunto—. Y estaba herido. Y las chicas pudieron curarlo. ¿Por qué no desactivó sus habilidades?

—Bueno. —Castle asiente. Se aclara la garganta—. Sí. Muy astuta, señorita Ferrars. —Camina de un lado al otro de la habitación—. Aquí... se complica un poco la explicación. Después de estudiarlo mucho, hemos llegado a la conclusión de que su habilidad es una especie de... mecanismo de defensa. Una habilidad que todavía no es capaz de controlar. Es algo que ha ido funcionando con el piloto automático durante toda su vida, aunque solo sirve para desactivar otras habilidades sobrenaturales. En caso de peligro, si el señor Kent se encontraba en cualquier situación de riesgo, en cualquier situación en la que su cuerpo estuviera en estado de alerta, su habilidad se activaba automáticamente.

Se detiene. Me mira. Me mira profundamente.

—Cuando se conocieron, por ejemplo, el señor Kent estaba trabajando como soldado, en guardia, siempre atento a los riesgos que lo rodeaban. Estaba en un estado constante de *electricum*, un término que usamos para definir cuando nuestra Energía está «activada», por así decirlo, porque siempre estaba en situación de peligro. —Castle se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Además, se ha demostrado en una serie de pruebas que su temperatura corporal aumenta cuando se encuentra en un estado de *electricum*... solo un par de grados más de lo normal. Esta elevada temperatura corporal indica que está gastando más energía de lo normal. Y, en fin —dice Castle— este esfuerzo constante ha sido agotador para él. Le ha ido debilitando las defensas, el sistema inmunológico, el autocontrol.

*Su elevada temperatura corporal.*

Por eso cuando estábamos juntos la piel de Adam estaba tan caliente. Por eso siempre era tan intenso el rato que pasaba conmigo. Su habilidad estaba luchando contra la mía. Su energía servía para suavizar la mía.

Eso lo estaba agotando. Le estaba haciendo bajar las defensas.

¡Oh!

¡Dios mío!

—Su relación física con el señor Kent —dice Castle— no es asunto mío. Pero, debido a la naturaleza única de sus dones, ha sido de gran interés para mí a un nivel puramente científico. Pero debe saber, señorita Ferrars, que a

pesar de que estos nuevos progresos me fascinen, no me agradan en absoluto. Usted ha dejado claro que no cree mucho en mí, pero debe creer que nunca me deleitaría con sus problemas.

Mis problemas.

Mis problemas han llegado elegantemente tarde a la conversación, como las bestias desconsideradas que son.

—Por favor —murmuro—. Por favor, dígame cuál es el problema. Hay un problema, ¿verdad? Algo va mal. —Miro a Adam pero él sigue mirando hacia otra parte, hacia la pared, hacia cualquier cosa que no sea mi cara, y noto como me pongo de pie, tratando de captar su atención—. ¿Adam? ¿Tú lo sabes? ¿Tú sabes de qué habla? ...

—Señorita Ferrars —dice Castle rápidamente—. Le ruego que se siente. Sé que esto tiene que ser difícil para usted, pero tiene que dejarme terminar. Le he pedido al señor Kent que no hable hasta que termine de explicárselo todo. Alguien tiene que proporcionarle esta información de forma clara y racional, y me temo que él no está en condiciones de hacerlo.

Me dejo caer sobre la cama.

Castle suelta un suspiro.

—Hace un momento ha sacado un tema importante... sobre por qué el señor Kent pudo interactuar con nuestras gemelas sanadoras cuando llegó por primera vez. Fue distinto con ellas —dice Castle—. Estaba débil; sabía que necesitaba ayuda. Su cuerpo no podía y, lo más importante, no debía rechazar ningún tipo de atención médica. Era vulnerable y por lo tanto incapaz de defenderse a sí mismo aunque quisiera. Su energía estaba agotada. Se sentía seguro y estaba buscando ayuda; su cuerpo estaba fuera de cualquier peligro inmediato y, por lo tanto, no estaba asustado, ni preparado para defenderse.

Castle levanta la vista. Me mira a los ojos.

—El señor Kent ha empezado a tener problemas similares con usted.

—¿Cómo? —Jadeo.

—Me temo que todavía no sabe cómo controlar sus habilidades. Es algo en lo que esperamos poder trabajar, pero va a llevar mucho tiempo... mucha energía y concentración...

—¿Qué quiere decir —oigo que pregunto, con palabras cargadas de pánico— con que a tener problemas similares conmigo?

Castle respira ligeramente.

—Pa... parece ser que se debilita cuando está con usted. Cuanto más tiempo pasa con usted, menos amenazado se siente. Y... a mayor intimidad —dice Castle, claramente incómodo— menos control tiene sobre su cuerpo.

—Se detiene—. Está demasiado expuesto, es demasiado vulnerable a su lado. Y, en los pocos momentos en los que sus defensas han caído, ha sentido el inconfundible dolor asociado a su contacto.

Ahí está.

Ahí está cabeza, en el suelo, abierta, con el cerebro esparcido por todos lados y yo no puedo, no voy a... ni siquiera puedo... estoy aquí sentada, golpeada, entumecida, ligeramente mareada.

Horrorizada.

Adam es inmune a mí.

Adam tiene que *esforzarse* para defenderse de mí y lo estoy agotando. Estoy haciendo que enferme y que su cuerpo se debilite y si algún día se deja llevar. Si se olvida. Si alguna vez comete un error o se desconcentra o si se vuelve demasiado consciente de que está usando su don para controlar lo que yo pueda hacer...

Podría hacerle daño.

Podría *matarlo*.

## CATORCE

Castle me está mirando.

A la espera de mi reacción.

No he sido capaz de abrir la boca el tiempo suficiente como para hilvanar una frase.

—Señorita Ferrars —dice, apresurándose ahora a hablar— estamos trabajando con el señor Kent para ayudarlo a controlar sus habilidades. Va a entrenar, igual que usted, para aprender a ejercitar este aspecto excepcional de su ser. Pasará un tiempo hasta que podamos estar seguros de que está a salvo con usted, pero todo irá bien, se lo aseguro...

—No. —Me levanto—. No no no no no. —Tropiezo hacia un lado—. NO.

Me quedo mirando los pies y las manos y a las paredes y siento ganas de gritar. Quiero correr. Quiero caerme de rodillas. Quiero maldecir al mundo por maldecirme a mí, por torturarme, por quitarme lo único bueno que he conocido y trastabilló hacia la puerta, buscando una salida para escapar de esta pesadilla en que consiste mi vida y...

—Juliette, por favor...

El sonido de la voz de Adam me para el corazón. Me obligo a darme la vuelta. Para mirarlo.

Pero justo cuando encuentra mis ojos se le cierra la boca. Tiene la mano extendida hacia mí, a tres metros de distancia tratando de detenerme y tengo ganas de llorar y reír a la vez ante la terrible hilaridad de los hechos.

No va a tocarme.

No dejaré que me toque.

Nunca más.

—Señorita Ferrars —me dice Castle suavemente—. Estoy seguro de que esto es difícil de asumir ahora mismo, pero ya le he dicho que esto no es para siempre. Con suficiente entrenamiento...

—¿Cuando me tocas —le pregunto a Adam, con la voz entrecortada—, haces un esfuerzo? ¿Te agota? ¿Te consume tener que luchar constantemente conmigo y contra lo que soy?

Adam intenta responder. Intenta decir algo pero en lugar de eso se queda callado y las palabras que no pronuncia son mucho peores.

Me giro hacia Castle.

—Eso es lo que dijo usted, ¿verdad? —Ahora todavía me tiembla más la voz, estoy a punto de echarme a llorar—. Que utiliza su Energía para eliminar la mía, y que si algún día se olvida... si algún día se de-deja llevar o está demasiado vulnerable... que podría hacerle daño... que le he hecho daño...

—Señorita Ferrars, por favor...

—¡Respóndame!

—Bueno... sí —dice—, por el momento, eso es todo lo que sabemos...

—Dios mío, no... no puedo... —Vuelvo a tambalearme para llegar a la puerta pero mis piernas siguen débiles, mi cabeza sigue dando vueltas, mis ojos están borrosos y el mundo está perdiendo el color cuando noto unos brazos familiares que me abrazan por la cintura y me tiran hacia atrás.

—Juliette —dice, con insistencia—, por favor, tenemos que hablar...

—Suéltame. —Mi voz es apenas un suspiro—. Adam, por favor... no puedo...

—Castle. —Adam me corta—. ¿Cree que puede dejarnos solos un momento?

—¡Oh! —Se sobresalta—. Por supuesto —dice un poco demasiado tarde—. Por supuesto, sí, sí, claro. —Camina hacia la puerta. Vacila—. Voy a... bueno, vale. Sí. Ya sabe dónde encontrarme cuando esté listo. —Nos saluda con la cabeza, me ofrece una sonrisa un poco forzada, y sale de la habitación. La puerta se cierra tras él.

El silencio invade el espacio que nos separa.

—Adam, por favor —digo al fin, y me odio a mí misma al decirlo—. Suéltame.

—No.

Noto su respiración en la nuca y me mata estar tan cerca de él. Me mata saber que tengo que reconstruir las paredes que derribé sin dudarlo en el momento en que entró en mi vida.

—Hablemos sobre esto —dice—. No te vayas a ninguna parte. Por favor. Solo háblame.

Estoy paralizada.

—Por favor —me repite, esta vez más suave, y mi resolución sale por la puerta sin mí.

Lo sigo de vuelta a las camas. Se sienta a un lado de la habitación. Yo, al otro.

Se queda mirándome. Tiene los ojos muy cansados, muy tensos. Me mira como si llevara tiempo sin comer lo suficiente, como si no hubiera dormido desde hace semanas. Duda, se lame los labios antes de apretarlos, antes de hablar.

—Lo siento —me dice—. Siento mucho no habértelo contado. No quería que te enfadaras.

Y me dan ganas de reír y reír y reír hasta que las lágrimas me disuelvan.

—Entiendo por qué no me lo contaste —murmuro—. Tiene sentido. Querías evitar todo esto. —Señalo la habitación.

—¿No estás enfadada? —Sus ojos están terriblemente ilusionados. Me mira como si quisiera acercarse hacia mí y tengo que extender una mano para detenerlo.

La sonrisa que tengo en la cara me está matando.

—¿Cómo quieres que esté enfadada contigo? Has estado torturándote ahí abajo solo para descubrir qué te estaba pasando. Ahora mismo te estás torturando para intentar encontrar una forma de arreglarlo.

Se le ve aliviado.

Aliviado y confundido y asustado por sentirse contento al mismo tiempo.

—Pero algo va mal —dice—. Estás llorando. ¿Por qué lloras si no estás enfadada?

Ahora sí que me río. Fuerte. Me río y me coge hipo y quiero morir, lo ansío desesperadamente.

—Porque fui una idiota por pensar que las cosas podrían ser diferentes —le digo—. Por pensar que eras un golpe de suerte. Por pensar que algún día mi vida podría ser mejor de lo que era, que podría ser mejor de lo que era. —Intento volver a hablar, en lugar de eso me tapo la boca con la mano como si no pudiera creer lo que estoy a punto de decir. Me obligo a tragar el nudo que tengo en la garganta. Dejo caer la mano—. Adam. —Mi voz es franca, dolorosa—. Esto no va a salir bien.

—¿Cómo? —Está inmóvil, con los ojos como platos, y el pecho subiendo y bajando a toda prisa—. ¿De qué hablas?

—No me puedes tocar —le digo—. No me puedes tocar y ya te he hecho daño...

—No, Juliette... —Adam se ha puesto de pie, se ha abierto paso por la habitación, está de rodillas a mi lado e intenta cogerme las manos, pero tengo que apartarlas porque mis guantes quedaron destrozados en el laboratorio de investigación, y ahora llevo los dedos al descubierto.

Peligroso.



Adam se queda mirando las manos que he escondido detrás de la espalda como si le hubiera dado una bofetada.

—¿Qué haces? —pregunta, sin mirarme. Sigue mirándome las manos, casi sin respirar.

—No puedo hacerte esto. —Agito la cabeza demasiado fuerte—. No quiero ser la razón por la que te estás haciendo daño o debilitándote y no quiero que tengas que estar siempre preocupado por si puedo matarte accidentalmente.

—No, Juliette, escúchame. —Está desesperado, buscando mi rostro—. Yo también estaba preocupado, ¿vale? Yo también lo estaba. Muy preocupado. Pensé... pensé que quizás... no lo sé, pensé que quizás iría mal o que no podríamos lidiar con esto, pero hablé con Castle. Hablé con él y se lo conté todo y me dijo que lo único que tengo que hacer es aprender a controlarlo. Aprenderé cómo conectarlo y desconectarlo, aprenderé cómo funciona...

—¿Excepto cuando estés conmigo? Excepto cuando estemos juntos...

—No. ¿Cómo? No, ¡especialmente cuando estemos juntos!

—Tocarme... estar conmigo... te hace daño físicamente. Cuando estamos juntos te sube la *fiebre*, Adam, ¿no te das cuenta? Te pones enfermo si tratas de luchar contra mí...

—No me estás escuchando, por favor, te estoy diciendo que aprenderé a controlarlo...

—¿Cuándo? —le pregunto, y noto como se van rompiendo mis huesos, uno a uno.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Lo aprenderé ya, ya estoy aprendiendo...

—¿Y qué tal va? ¿Es fácil?

No abre la boca pero se queda mirándome, luchando contra algún tipo de emoción, luchando por mantener la compostura.

—¿Qué intentas decirme? —pregunta finalmente—. Quieres... —Respira con dificultad—. Quieres... Quiero decir... ¿No quieres que esto se arregle?

—Adam...

—¿Qué pretendes decir, Juliette? —Se ha puesto de pie, tiene una mano temblorosa enredada en el pelo—. ¿No... no quieres seguir conmigo?

Me pongo de pie, pestañeando para contener las lágrimas que me queman en los ojos, muriéndome por correr hacia él pero incapaz de moverme. Hablo con voz entrecortada.

—Claro que quiero estar contigo.

Suelta la mano del pelo. Me mira con los ojos muy abiertos y vulnerables, pero tiene la mandíbula tirante, los músculos tensos y el torso agitado ante el

esfuerzo de inhalar y exhalar.

—¿Entonces cuál es el problema? Porque pasa algo y no me gusta —dice con voz cautivadora—. No me gusta, Juliette, es más bien lo opuesto de lo que sea que signifique gustar, y lo que realmente quiero es abrazarte...

—No quiero hacerte daño...

—No me vas a hacer daño... —se pone delante de mí, me mira, me suplica—. Te lo juro. Todo ira bien... estaremos bien... y ahora estoy mejor. He estado trabajándolo y estoy más fuerte...

—Es demasiado peligroso, Adam, por favor. —Se lo suplico, retrocediendo, enjuagándome furiosamente las lágrimas que se deslizan por mi rostro—. Así es mejor. Es mejor para ti que te mantengas alejado de mí...

—Pero yo no quiero eso... no me estás preguntando qué es lo que quiero —dice siguiéndome a la vez que yo lo esquivo—. Quiero estar contigo y me da igual si es difícil. No me importa si lleva un poco más de trabajo, porque en eso consiste una relación, Juliette. En trabajar. Trabajar en ella todos los días. Y sí, es una mierda, es una verdadera mierda y va a ser muy duro, pero no me importa. Sigo deseándolo. Sigo deseándote.

Estoy atrapada.

Estoy atrapada entre él y la pared y no tengo adonde ir y no me iría aunque pudiera. No quiero tener que luchar contra esto aunque tenga algo dentro que me grite que está mal ser tan egoísta, que está mal dejar que esté conmigo si eso solo puede terminar haciéndole daño. Pero él me mira, me mira como si lo estuviera *matando* y me doy cuenta de que le hago más daño si intento alejarme de él.

Estoy temblando. Lo deseo de forma desesperada pero ahora sé, mejor que nunca, que lo que quiero tendrá que esperar. Y odio que tenga que ser así. Me da tanta rabia que me pondría a gritar.

Pero quizás podamos intentarlo.

—Juliette. —La voz de Adam suena ronca, entrecortada por la emoción. Tiene las manos sobre mi cintura, un poco temblorosas, y a la espera de que le dé permiso—. Por favor.

Y yo no protesto.

Ahora respira más fuerte, se inclina hacia mí, apoya la frente sobre mi hombro. Pone las manos planas en el centro de mi estómago, y las baja lentamente por mi cuerpo, lentamente, tan lentamente que jadeo.

Se produce un terremoto en mis huesos, las placas tectónicas se mueven entre el pánico y el placer mientras sus dedos se toman su tiempo para irse moviendo por mis muslos, hacia la espalda, sobre los hombros y hacia las

manos. Vacila en las muñecas. Aquí es donde termina la ropa, donde empieza la piel.

Pero respira.

Y me coge las manos.

Me quedo paralizada durante un momento, buscando en su cara cualquier señal de dolor y entonces los dos exhalamos y veo cómo intenta esbozar una sonrisa llena de optimismo, una esperanza de que puede que todo salga bien.

Pero parpadeo y sus ojos cambian.

Ahora son más profundos. Desesperados. Hambrientos. Me busca como si intentara leer las palabras que tengo grabadas en mi interior y empiezo a notar el calor de su cuerpo, el poder de sus extremidades, la fuerza de su pecho, pero no tengo tiempo de detenerlo antes de que me bese.

Me coge la parte trasera de la cabeza con la mano izquierda, aprieta la derecha alrededor de mi cintura, me acerca a él con mucha fuerza y destruye todos los pensamientos racionales que he tenido. Es intenso. Muy fuerte. Una introducción a una parte de él que no conocía y jadeo jadeo jadeo en busca de aire.

Es como una lluvia caliente, días húmedos y termostatos rotos. Teteras que gritan y máquinas de vapor furiosas y ganas de quitarte la ropa solo para notar la brisa.

Es de esos besos que te hacen darte cuenta de que el oxígeno está sobrevalorado.

Y sé que no debería estar haciéndolo. Sé que probablemente es estúpido e irresponsable después de todo lo que acabo de descubrir, pero alguien tendría que dispararme para conseguir que quisiera detenerme.

Tiro de su camisa, forcejeando para agarrarme a algo, desesperada por conseguir un salvavidas o lo que sea, algo que me ancle a la realidad pero se separa para recuperar el aliento y se arranca la camisa, la tira, me abraza y caemos sobre mi cama.

De alguna manera termino encima de él.

Se levanta para tirar de mí hacia abajo y me besa; busco su cuerpo con el cuello, las mejillas y las manos; exploro las líneas, las superficies planas, los músculos, y se tira hacia atrás; tiene la frente contra la mía y cierra los ojos con fuerza mientras dice:

—¿Cómo puede ser... que esté tan cerca de ti y me esté matando que sigas estando tan lejos?

Y recuerdo que hace dos semanas le prometí que, cuando estuviera mejor, cuando estuviera curado, memorizaría cada centímetro de su cuerpo con mis

labios.

Me imagino que este es un buen momento para cumplir la promesa.

Empiezo por la boca, me desplazo hacia la mejilla, bajo a la mandíbula, por el cuello hasta los hombros y los brazos, que me envuelven. Sus manos rozan el traje que tengo pegado como si fuera una segunda piel y él está ardiendo, muy tenso ante el esfuerzo de mantenerse calmado, pero oigo cómo su corazón late con fuerza, demasiado rápido, contra su pecho.

Contra el mío.

Recorro el ave blanca que vuela sobre su piel, el tatuaje de la única cosa imposible que espero ver en mi vida. Un pájaro. Blanco con manchas doradas como una corona en la cabeza.

Que vuele.

Los científicos dicen que los pájaros no vuelan, pero la historia dice que antes sí. Y quiero verlo algún día. Quiero tocarlo. Quiero ver que vuela como debería, como no ha podido hacer en mis sueños.

Me agacho para besar la corona dorada de su cabeza, tatuada en medio del pecho de Adam. Oigo que su respiración aumenta.

—Me encanta este tatuaje —le digo, levantando la vista para encontrar sus ojos—. No lo había visto desde que llegamos. No te había visto sin camisa desde que llegamos —le susurro—. ¿Sigues durmiendo sin camisa?

Pero Adam me responde con una extraña sonrisa, como si se riera de su propio chiste privado.

Me coge la mano de su pecho y me tira hacia abajo, así que estamos frente a frente. Me deshace la coleta y libera las ondas castañas ansiosas por caer en cascada sobre mi clavícula, mis hombros, y es extraño, porque desde que llegamos no he sentido la brisa, pero es como si el viento hubiera encontrado un hogar en mi cuerpo y se canalizara por mis pulmones, soplando en la sangre, mezclándose con mi respiración y dificultándomela.

—No consigo dormir —me dice en tan baja que tengo que hacer esfuerzos por escucharla—. No me gusta estar sin ti todas las noches. —Enreda su mano izquierda en mi pelo, y me coge con la derecha—. Dios, te he echado de menos —dice, con un susurro ronco en mi oído—, Juliette.

Ardo en llamas.

Este beso, como si nadara en melaza, este beso, como si me sumergiera en oro, como si buceara en un océano de emociones y la corriente me arrastrara demasiado como para darme cuenta de que me ahogo y nada más me importara. Ni mi mano, que parece que ya no me duele; ni esta habitación, que no es del todo mía; ni esta guerra a la que se supone que nos estamos

enfrentando; ni las preocupaciones sobre quién soy o qué soy o en qué me puedo convertir.

Esto es lo único que importa.

El ahora.

Este momento. Estos labios. Este cuerpo fuerte contra el mío y estas manos firmes que están buscando la forma de acercarme más a ellas y sé que quiero mucho más de él, lo quiero todo, quiero sentir la belleza de este amor con las yemas de los dedos y las palmas de las manos y todas las fibras y huesos de mi ser.

Lo quiero todo.

Tengo las manos en su pelo y lo atraigo hacia mí, más cerca, mucho más, hasta que prácticamente está encima de mí y él se detiene para respirar pero yo tiro de él, le beso el cuello, los hombros, el pecho, deslizo las manos por su espalda, a los lados de su torso, y esta energía, este poder que siento solo con estar con él, con tocarlo, con abrazarlo de esta forma. Me siento viva con una corriente eléctrica tan potente, tan eufórica que me noto rejuvenecida, increíble, indestructible...

Me aparto.

Me alejo tan rápido que me caigo de la cama y me golpeo la cabeza contra el suelo de piedra y me balanceo al tratar de mantenerme en pie, esforzándome por escuchar el sonido de su voz pero solo oigo las respiraciones ruidosas y paralizadas que he llegado a reconocer muy bien y no puedo pensar con claridad, no veo nada y todo está borroso y no puedo, me niego a creer que esto esté pasando...

—J-Jul... —Intenta hablar—. N-no p-pued...

Y me caigo de rodillas.

Gritando.

Gritando como nunca antes había hecho en mi vida.

## QUINCE

Adam está en el ala médica.

Está en el ala médica y me han pedido que no lo visite. Me han pedido que le deje espacio, que le dé tiempo para que se cure, ~~que lo deje en paz de una vez~~. Se pondrá bien, me dijeron Sonia y Sara. Me dijeron que no me preocupara, que todo iría bien, pero sus sonrisas eran un poco menos exuberantes que normalmente y empiezo a preguntarme si finalmente ellas también están empezando a verme como realmente soy.

Un monstruo horrible, egoísta y patético.

Hice lo que quise. Sabía más, pero lo hice igualmente. Adam no podía saberlo, no podía haberse imaginado lo que sería sufrir en mis manos. No conocía su gravedad, su cruda realidad. Según Castle, solo había notado ráfagas de mi poder. Solo había notado pequeñas puñaladas y era capaz para apartarse sin notar los efectos completamente.

Pero yo sí lo sabía.

Sabía de lo que era capaz. Sabía cuáles eran los riesgos y lo hice igualmente. Me permití olvidar, ser imprudente, codiciosa y estúpida por querer lo que no podía tener. Quería creer en los cuentos de hadas y los finales felices y las meras coincidencias. Fingía ser una persona mejor de lo que realmente soy, pero en lugar de eso conseguí mostrarme a mí misma como el monstruo que siempre me han acusado de ser.

~~Mis padres tomaron una buena decisión al deshacerse de mí.~~

Castle ni siquiera me habla.

Sin embargo, Kenji todavía espera que me presente a las seis de la mañana para lo que sea que suponga que tenemos que hacer mañana, y creo que en realidad le estoy un poco agradecida por la distracción. ¡Ojalá llegara antes! A partir de ahora mi vida será solitaria, como siempre ha sido, y es mejor que encuentre una forma de ocupar el tiempo.

De olvidar.

Esta soledad total y absoluta sigue golpeándome una y otra y otra vez. Su ausencia de mi vida, el hecho de darme cuenta de que nunca más conoceré el

calor de su cuerpo, la ternura de su roce. Este recordatorio de lo que soy y lo que he hecho y a dónde pertenezco.

Pero he aceptado los términos y condiciones de mi nueva realidad.

No puedo estar con él. No estaré con él. No me arriesgaré a volver a hacerle daño, no me arriesgaré a convertirme en la criatura a la que siempre tema, a quien le dé demasiado miedo tocar, besar, abrazar. No quiero prohibirle tener una vida normal con alguien que no vaya a matarlo accidentalmente en cualquier momento.

Así que tengo que irme de su vida. Sacarlo de la mía.

Ahora me resulta mucho más difícil. Me resulta mucho más difícil resignarme a una existencia de hielo y vacío cuando he conocido el calor, la urgencia, la ternura y la pasión; la extraordinaria tranquilidad de ser capaz de tocar a otro ser.

Es humillante.

Cómo pude pensar que podría meterme en el papel de una chica normal con un novio normal; que podría vivir las historias que había leído en tantos libros de pequeña.

Yo.

Juliette con un sueño.

Pensar en esto me basta para sentirme completamente humillada. Qué vergonzoso, pensar que podía cambiar lo que me habían dado. Que mirara al espejo y me gustara el pálido rostro que me miraba.

¡Qué triste!

Siempre quise identificarme con la princesa, la que huye y encuentra un hada madrina que la convierte en una hermosa muchacha con un futuro brillante. Me aferré a algo parecido a la esperanza, a un hilo de quizás y posiblemente y probablemente. Pero debería haber prestado atención cuando mis padres me decían que cosas como yo no tienen derecho a tener sueños. ~~Es mejor destruir las cosas como tu, me dijo mi madre.~~

Y empiezo a pensar que tenían razón. Empiezo a preguntarme si debería limitarme a estar enterrada bajo tierra, pero entonces recuerdo que técnicamente ya lo estoy. Ni siquiera he necesitado una pala.

Es extraño.

Lo vacía que me siento.

Como si pudiera haber ecos en mi interior. Como si fuera uno de esos conejos de chocolate que solían venderse durante la Pascua, esos que no eran más que un dulce cascarón que encierran un mundo de nada. Soy igual.

Encierro un mundo de nada.

Todo el mundo me odia. Los finos lazos de amistad que había empezado a formar se han destruido. Kenji está harto de mí. Castle está disgustado, decepcionado, incluso enfadado. Desde que llegué solo he causado problemas y la única persona que ha intentado ver algo bueno en mí ahora lo está pagando con su vida.

La única persona que se ha atrevido a tocarme.

Bueno. Una de las dos.

Me sorprende a mí misma pensando demasiado en Warner.

Recuerdo sus ojos y su extraña bondad y su comportamiento cruel y calculador. Recuerdo cómo me miró cuando empecé a saltar por la ventana para escapar y recuerdo el horror reflejado en su rostro cuando lo apunté con su propia pistola al corazón y entonces me pregunto por qué me preocupo por esa persona que no se parece en nada a mí ~~y aun así es tan parecida~~.

Me pregunto si tendré que volver a enfrentarme a él dentro de poco, y me pregunto cómo me recibirá. No tengo ni idea de si quiere seguir manteniéndome con vida, sobre todo después de haber intentado matarlo, y no tengo ni idea de qué podría impulsar a ~~un hombre un chico~~ una persona de diecinueve años a llevar una vida tan miserable y criminal, y entonces me doy cuenta de que me estoy mintiendo a mí misma. Porque sí lo sé. Porque quizás soy la única persona que pueda entenderlo.

Y esto es lo que he aprendido:

Sé que es un alma torturada que, igual que yo, nunca creció con la calidez de la amistad o el amor o la coexistencia pacífica. Sé que su padre es el líder de el Restablecimiento y aplaude los asesinatos de su hijo en lugar de condenarlos y sé que Warner no sabe lo que es ser normal.

~~Y yo tampoco.~~

Se ha pasado la vida luchando por cumplir con las expectativas de dominación global de su padre sin preguntarse por qué, sin tener en cuenta las repercusiones, sin detenerse el tiempo suficiente a sopesar el valor de la vida humana. Tiene un poder, una fuerza, una posición en la sociedad que le permiten hacer mucho daño y lo lleva con orgullo. Mata sin remordimiento o arrepentimiento y quiere que me una a él. Me ve como soy y espera que viva a la altura de ese potencial.

Una chica siniestra y monstruosa con un toque letal. Una chica triste y patética que no tiene nada más que ofrecerle a este mundo. Alguien que solo es buena como arma, como herramienta de tortura y de toma de control. Eso es lo que quiere de mí.



Y últimamente no estoy segura de si está equivocado. Últimamente no estoy segura de nada. Últimamente no sé nada sobre nada de lo que he creído alguna vez, ya no. Y sé lo mínimo sobre mí misma. La voz de Warner se pasea de un lado a otro en mi cabeza, y me dicen que podría ser más, que podría ser más fuerte, que podría serlo todo; que podría ser mucho más que una niña asustada.

Dice que podría ser fuerte.

Pero aun así, dudo.

Aun así, no me atrae la vida que me ofrece. No veo ningún futuro en ella. No le encuentro ningún placer. Aun así, me digo a mí misma, a pesar de todo, sé que no *quiero* hacer daño a la gente. No es algo que anhele. Y aunque todo el mundo me odie, aunque nunca dejen de odiarme, nunca me vengaré de una persona inocente. Si muero, si me matan, si me asesinan mientras duermo, al menos moriré con un poco de dignidad. Un poco de humanidad que sigue siendo completamente mía, que sigue bajo mi control. Y no voy a permitir que nadie me la arrebatte.

Por eso tengo que seguir recordando que Warner y yo somos dos mundos distintos.

Somos sinónimos pero no iguales.

Los sinónimos se conocen como si fueran antiguos compañeros, como un grupo de amigos que han visto el mundo juntos. Intercambian historias, recuerdos sobre sus orígenes y se olvidan de que, aunque sean similares, son completamente distintos, y aunque comparten unas ciertas características, uno nunca puede ser igual que el otro. Porque una noche tranquila no es igual que una silenciosa, un hombre firme no es igual que uno inalterable, y una luz radiante no es igual que una brillante porque su forma de encajar en una oración lo cambia todo.

No son lo mismo.

Llevo toda la vida luchando para ser mejor. Luchando para ser más fuerte. Porque, a diferencia de Warner, yo no quiero sembrar el terror en la tierra. No quiero hacer daño a la gente.

No quiero usar mi poder para inutilizar a nadie.

Pero entonces me miro las manos y recuerdo exactamente de qué soy capaz. Recuerdo exactamente lo que he hecho y soy plenamente consciente de lo que podría hacer. Porque es extremadamente difícil luchar contra lo que uno no puede controlar y ahora mismo ni siquiera soy capaz de controlar mi propia mente, que me agarra del pelo y me arrastra hacia la oscuridad.

## DIECISÉIS

—¿Hooooooooola?

Parpadeo y jadeo y me aparto de los dedos que chasquean delante de mi cara a la vez que vuelvo a ver enfocadas las paredes de piedra del Punto Omega, obligándome a salir de mi ensimismamiento. Consigo darme la vuelta.

Kenji me está observando.

—¿Qué? —Le lanzo una mirada llena de pánico y nervios a la vez que abro y cierro las manos sin guantes, deseando tener algo caliente con lo que envolverme los dedos. Este traje no tiene bolsillos y no conseguí salvar los guantes que destrocé en las salas de investigación. Tampoco he recibido ningunos de repuesto.

—Llegas pronto —me dice Kenji, ladeando la cabeza, observándome con ojos sorprendidos a la vez que curiosos.

Me encojo de hombros y trato de ocultar mi cara, sin querer admitir que casi no he dormido por la noche. He estado despierta desde las tres de la mañana, completamente vestida y lista para marcharme a las cuatro. Me moría por tener una excusa con la que llenarme la cabeza de cosas que no tuvieran nada que ver con mis propios pensamientos.

—Estoy entusiasmada. —Miento—. ¿Qué vamos a hacer hoy?

Mueve un poco la cabeza. Mira de reojo por encima de mi hombro y me habla.

—Eh... —Se aclara la garganta—. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—Bueno.

—¿Qué?

—Nada —dice rápidamente—. Solo que... ya sabes. —Hace un gesto caótico señalándome la cara—. No nenes muy buena cara, princesa. Tienes una cara parecida a la del primer día que apareciste en la base con Warner. Asustada y con cara de muerta y, sin ánimo de ofender, pero creo que necesitarías tomar una ducha.

Sonrío y finjo que no noto que mi cara tiembla ante el esfuerzo. Intento relajar los hombros, intento parecer normal, calmada, serena, y digo:

—Estoy bien. De verdad. —Bajo la mirada—. Es solo... hace un poco de frío aquí abajo, eso es todo. No estoy acostumbrada a ir sin mis guantes.

Kenji asiente, sigue sin mirarme.

—Bueno, vale. Se pondrá bien, ya sabes.

—¿Cómo? —Respirar. Se me da muy mal respirar.

—Kent. —Se gira hacia mí—. Tu novio... Se pondrá bien.

Una palabra, un simple y estúpido recordatorio sobre él sobresalta a las mariposas que duermen en mi estómago hasta que recuerdo que Adam ya no es mi novio. Ya no es mi nada. No puede serlo.

Y las mariposas caen muertas.

~~Esto. No puedo hacerlo.~~

—Bueno —digo con una voz demasiado fuerte, demasiado animada—. ¿No deberíamos irnos?

Kenji me lanza una mirada extraña pero no hace ningún comentario.

—Sí —dice—. Sí, claro. Sígueme.

## DIECISIETE

Kenji me lleva hasta una puerta que nunca había visto. Una puerta que pertenece a una sala en la que nunca he estado.

Oigo voces en el interior.

Kenji llama a la puerta dos veces antes de girar el pomo y la cacofonía me abrumea. Caminamos por una sala llena de gente, caras que solo he visto de lejos, gente que comparte sonrisas y carcajadas. Hay mesas individuales con sillas individuales a lo largo del amplio espacio, por lo que parece una clase. Hay una pizarra en la pared, al lado de un monitor que parpadea con información. Veo a Castle. De pie en una esquina, echándole una ojeada a una carpeta, tan concentrado que ni siquiera se percata de nuestra entrada hasta que Kenji saluda gritando.

Se le ilumina la cara.

Ya me había dado cuenta de la conexión que existe entre ellos, pero cada vez me parece más evidente que Castle siente algún tipo de cariño especial por Kenji. Una especie de cariño dulce y orgulloso que generalmente se da en los padres. Esto hace que me pregunte por la naturaleza de su relación. Dónde empezó, cómo, qué los ha unido... Esto me hace darme cuenta de lo poco que sé sobre el Punto Omega.

Miro a los rostros entusiastas de mi alrededor, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, todos de diferentes etnias, formas y tamaños. Se relacionan entre ellos como si formaran parte de una familia y noto una especie de dolor punzante en un costado, que me va agujereando hasta que me desinflo.

Parece como si mi cara estuviera presionada contra el cristal, observando la escena desde lejos, muy lejos, deseando y queriendo formar parte de algo de lo que sé que nunca voy a formar parte. A veces me olvido de que hay personas ahí fuera que consiguen sonreír cada día a pesar de todo.

Todavía no han perdido la esperanza.

De repente me siento tímida, cohibida, hasta avergonzada. La luz del día hace que mis pensamientos parezcan oscuros y tristes y yo quiero fingir que sigo siendo optimista, quiero creer que voy a encontrar una manera de vivir.

Que quizás, de alguna forma, todavía tengo alguna oportunidad en alguna parte.

Alguien silba.

—A ver, todos —dice Kenji en voz alta, ahuecando las manos alrededor de la boca—. Que todo el mundo se siente, ¿de acuerdo? Vamos a hacer una segunda orientación para todos los que no lo hayáis hecho nunca, y necesito que os vayáis acomodando. —Examina a la multitud—. Bueno, vale. Que todo el mundo se siente. Donde os vaya bien. Lily... no es necesario que... bueno, está bien, no pasa nada. Pero siéntate. Vamos a empezar en cinco minutos, ¿de acuerdo? —Levanta la palma de la mano, abierta, con los cinco dedos extendidos—. Cinco minutos.

Me escurro en el asiento vacío más cercano sin mirar a mi alrededor. Mantengo la cabeza agachada, con los ojos fijos en las piezas individuales de madera mientras todo el mundo se desploma sobre sillas a mi alrededor. Finalmente, me atrevo a mirar a la derecha. Pelo brillante y blanco y piel blanca como la nieve y unos ojos azules y cristalinos que me miran y parpadean.

*Brendart*. El chico de la electricidad.

Me sonríe. Me saluda con dos dedos.

Agacho la cabeza.

—Eh... hola —oigo que dice alguien—. ¿Qué haces aquí?

Me giro hacia la izquierda y me encuentro con un pelo rubio arenoso y con unas gafas negras de plástico aposentadas sobre una nariz torcida. Una sonrisa irónica se tuerce en un rostro pálido. *Winston*. Me acuerdo de él. Me interrogó cuando llegué al Punto Omega. Me dijo que era una especie de psicólogo. Pero resulta que también diseñó mi traje. Y los guantes que destrocé.

Creo que es una especie de genio. No estoy segura.

Ahora mismo, está mordiendo el tapón de su bolígrafo mientras me mira. Se sube las gafas sobre el puente de la nariz con el dedo índice. Recuerdo que me ha hecho una pregunta y hago un esfuerzo para responder.

—En realidad, no estoy segura —le digo—. Kenji me ha traído aquí pero no me ha dicho por qué.

Winston no parece sorprendido. Entorna los ojos.

—Él y sus malditos misterios. No sé por qué se cree que tener a la gente en suspense es tan buena idea. Es como si se pensara que su vida es una película o algo así. Siempre tan dramático en todo. Es un pesado, joder.

No sé qué se supone que debo responder a esto. ~~No puedo evitar pensar que Adam estaría de acuerdo con él y entonces no puedo evitar pensar en Adam y entonces.~~

—No le hagas caso. —Un acento inglés entra en la conversación. Me giro y veo que Brendan me sigue sonriendo—. Winston siempre es un poco estúpido a estas horas de la mañana.

—Joder, ¿qué hora es? —pregunta Winston—. Ahora mismo le daría una patada a cualquier soldado en la entrepierna a cambio de una taza de café.

—Es tu culpa que no duermas nunca, tío —replica Brendan—. ¿Te crees que puedes sobrevivir durmiendo tres horas al día? Estás pirado.

Winston deja caer el bolígrafo sobre la mesa. Se pasa una mano cansada por el pelo. Se quita las gafas y se rasca la cara.

—Son las putas patrullas. Cada maldita noche. Ahí fuera pasa algo y las cosas se están poniendo serias. ¿Todos esos soldados dando vueltas? ¿Qué coño hacen? Tengo que estar alerta todo el rato...

—¿A qué te refieres? —pregunto antes de poderme contener. Mis oídos se aguzan y mi interés se despierta. Es la primera vez que tengo la oportunidad de oír novedades sobre el exterior. Castle estaba tan obsesionado con que centrara todas mis energías en el entrenamiento que no había oído mucho más que los recordatorios constantes de que *se nos acaba el tiempo* y de que *tengo que aprender antes de que sea demasiado tarde*. Me empiezo a preguntar si puede que las cosas estén peor de lo que pensaba.

—¿Patrullas? —pregunta Brendan. Mueve una mano deliberadamente—. Bueno, es que... trabajamos por turnos, ¿sabes? En parejas... nos turnamos para vigilar por la noche —explica—. Normalmente no hay problema, es rutinario, nada muy serio.

—Pero últimamente está siendo raro —se adelanta Winston—. Como si ahora nos estuvieran buscando *de verdad*. Como si ya no fuera una teoría de locos. Saben que somos una amenaza real y parece que tienen alguna pista sobre dónde estamos. —Agita la cabeza—. Pero no puede ser.

—Sí que puede ser, tío.

—¿Cómo diantres podrían encontrarnos? Somos como el puto Triángulo de las Bermudas.

—Al parecer, no.

—Bueno, sea lo que sea, me está empezando a asustar —dice Winston—. Hay soldados por todas partes, demasiado cerca de donde estamos. Los vemos por las cámaras —me dice, percatándose de mi confusión—. Y lo más raro de todo —añade, inclinándose, bajando la voz— es que Warner siempre está con

ellos. Todas las noches. Andando por ahí, dando órdenes que no consigo oír. Y sigue teniendo el brazo lesionado. Lo lleva en cabestrillo.

—¿Warner? —Tengo los ojos como platos—. ¿Está con ellos? Y eso es... eso es... ¿poco corriente?

—Es bastante raro —dice Brendan—. Él es el CSR, Comandante Supremo y Regente, del Sector 45. En circunstancias normales delegaría esta tarea a un coronel, o incluso a un teniente. Debería centrar sus prioridades en la base, supervisando a sus soldados. —Brendan agita la cabeza—. Creo que es tonto al arriesgarse de esta forma. Estando fuera de su propio bando. Es raro que se haya podido ir tantas noches.

—Sí —dice Winston, asintiendo con la cabeza—. Exacto. —Nos señala a los dos, apuñalando el aire—. Y eso hace pensar en quién deja al mando. Este tío no se fía de nadie... para empezar, no es conocido por su destreza en las delegaciones... así que, ¿que se vaya cada noche de la base? —Se detiene—. No tiene sentido. Algo está pasando.

—¿Crees que es posible que esté buscando a ~~alguien~~ algo? —pregunto, sintiéndome asustada y atrevida.

—Sí. —Winston exhala. Se rasca a un lado de la nariz—. Es justamente lo que creo. Y me gustaría saber qué coño está buscando.

—A nosotros, obviamente —dice Brendan—. Nos está buscando.

Winston parece poco convencido.

—No lo sé —dice—, esto es diferente. Hace años que nos buscan, pero nunca antes habían hecho nada parecido. Nunca habían usado tanto personal en este tipo de misiones. Y nunca se habían acercado tanto.

—¡Vaya! —susurro, sin confiar en plantear cualquiera de mis propias teorías. Sin querer pensar demasiado en ~~quién~~ qué es exactamente lo que busca Warner. Y no dejo de preguntarme por qué estos dos chicos me hablan con tanta libertad, como si fuera digna de su confianza, como si fuera uno de ellos.

No me atrevo a hablar de ello.

—Sí —dice Winston, volviendo a coger su bolígrafo mordido—. Una locura. Pero, cambiando de tema, si hoy no conseguimos un montón de cafés, me voy a volver loco de verdad.

Observo la sala. No veo café por ninguna parte. Ni comida. Me pregunto a qué se referirá Winston.

—¿Desayunaremos antes de empezar?

—¡Qué va! —me dice—. Hoy tenemos un horario diferente de comidas. Además, tendremos un montón de cosas a elegir cuando volvamos. Nos dan a

escoger primero. Es la única ventaja.

—¿Volver de dónde?

—De fuera —dice Brendan, inclinándose en la silla. Señala al techo—. Subiremos y saldremos fuera.

—¿Qué? —Jadeo, sintiéndome verdaderamente entusiasmada por primera vez—. ¿De verdad?

—Sí. —Winston se vuelve a poner las gafas—. Y parece que están a punto de empezar a explicar qué es lo que hacemos aquí. —Señala hacia delante de la sala, y veo cómo Kenji tira un tronco enorme sobre una mesa.

—¿A qué te refieres? —pregunto—. ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, ya sabes. —Winston se encoge de hombros. Junta las manos detrás de la cabeza—. Grandes latrocinios. Robo a mano armada. Ese tipo de cosas.

Me echo a reír pero Brendan me detiene. De hecho, pone la mano sobre mi hombro y, por un momento, me siento ligeramente aterrorizada. Me pregunto si ha perdido la cabeza.

—No lo dice en broma —me dice Brendan—. Y espero que sepas cómo se usa un arma.



## DIECIOCHO

Parecemos vagabundos.

Lo cual significa que parecemos civiles.

Nos hemos trasladado de la clase al pasillo, y todos llevamos conjuntos similares, andrajosos, grisáceos y deshilachados. Todos se ajustan los trajes mientras salimos; Winston se saca las gafas de plástico, se las guarda en la chaqueta y se la abrocha. El cuello de la chaqueta le llega a la barbilla y se acurruca en ella. Lily, otra de las chicas que hay entre nosotros, se envuelve una gruesa bufanda alrededor de la boca y se pone la capucha del abrigo. Veo que Kenji se pone un par de guantes y se reajusta los pantalones de color caqui para esconder mejor la pistola que guarda dentro.

Brendan viene a mi lado.

Se saca un gorro del bolsillo, se lo coloca en la cabeza y se abrocha el abrigo hasta el cuello. Es asombroso cómo la negrura de la gorrita compensa el azul de sus ojos y los hace aún más brillantes y nítidos que antes. Me esboza una sonrisa cuando me pilla mirándolo. A continuación, me lanza un par de guantes viejos dos tallas más grandes y se agacha para apretarse los cordones de las botas.

Respiro lentamente.

Intento centrar todas mis energías en dónde estoy, en lo que hago y en lo que estoy a punto de hacer. Me obligo a no pensar en Adam, a no pensar en lo que estará haciendo o cómo se estará recuperando o qué debe sentir en estos momentos. Me pido a mí misma no obcecarme con los últimos momentos que pasé con él, la forma en que me tocaba, cómo me abrazaba, sus labios y sus manos y las respiraciones aceleradas...

No lo consigo.

No puedo evitar pensar en cómo siempre ha intentado protegerme, y en cómo estuvo a punto de perder la vida en el proceso. Siempre me defendía, siempre me vigilaba, sin darse nunca cuenta de que era yo, de que siempre fui la principal amenaza. La más peligrosa. Él siempre piensa demasiado bien de mí; me tiene en un pedestal que nunca he merecido. Seguramente nunca

pensaría que ahora soy muy consciente de mis habilidades. Que sé que podría hacer daño a cualquiera si lo quisiera.

Ahora lo sé.

Sé que podría partir a Castle en dos. Sé que podría golpear la cabeza de Kenji contra la pared. Sé que podría destruir los cimientos de la Tierra. ~~Sé que podría obligar a hacer cosas a la gente. Cosas malas. Cosas dolorosas.~~ Y eso no me hace sentir mejor. No hace que me sienta segura ni poderosa.

Me pone enferma.

Pero está claro que no necesito protección. No necesito que nadie se preocupe por mí o se arriesgue a enamorarse de mí. ~~Soy inestable. Es necesario que me eviten. Está bien que me tengan miedo.~~

~~Deberían.~~

—¡Eh! —Kenji se detiene junto a mí, me coge del codo—. ¿Estás lista?

Asiento. Le dedico una ligera sonrisa.

Llevo ropa prestada. La tarjeta que me cuelga del cuello, escondida bajo el traje, es nueva. Hoy me han dado una tarjeta RR falsa —una tarjeta del Registro de el Restablecimiento—. Es una prueba de que trabajo y vivo en las instalaciones; una prueba de que estoy registrada como ciudadana en territorio regulado. Todos los ciudadanos legales tienen una. Yo nunca he tenido, porque me dejaron tirada en un manicomio; no era necesario para alguien como yo. De hecho, estoy bastante segura de que simplemente esperaban que me muriera allí. No era necesario identificarme.

Pero esta tarjeta RR es especial.

No todas las personas del Punto Omega tienen una tarjeta falsificada. Al parecer, son extremadamente difíciles de duplicar. Son finos rectángulos hechos de un tipo de titanio muy poco común, con un código y los datos biográficos del propietario grabados con láser, y llevan un dispositivo de rastreo que localiza al ciudadano.

—Las tarjetas RR lo monitorizan todo —explicó Castle—. Son necesarias para entrar y salir de las instalaciones, para entrar y salir del lugar de trabajo. Se paga a los ciudadanos con dólares REST, los salarios se establecen en base a un algoritmo muy complicado que calcula la dificultad de la profesión, así como el número de horas de trabajo, para determinar cuánto valen sus esfuerzos. Esta moneda electrónica se distribuye en cuotas semanales y se carga automáticamente en un chip integrado en las tarjetas RR. Después, los dólares REST pueden canjearse por comida y artículos de primera necesidad en centros de suministros. Perder la tarjeta RR —dijo— implica perder la

forma de ganarse la vida, los ingresos y el estatus legal como ciudadano registrado.

»Si un soldado los detiene y les pide identificación —prosiguió Castle—, deben presentar sus tarjetas RR. No presentar la tarjeta —dijo— tendrá... consecuencias muy desagradables. Se considera que los ciudadanos que andan por ahí sin sus tarjetas son una amenaza para el Restablecimiento. Se cree que están desafiando a propósito la ley, que son personajes dignos de sospecha. Ser poco cooperativo incluso aunque solo sea porque no quieres que se rastree y monitorice cada uno de tus movimientos hace que uno parezca simpatizante de los partidos rebeldes. Y esto te convierte en una amenaza. Una amenaza —explicó— que el Restablecimiento eliminará sin reparos.

—Por lo tanto —dice, respirando profundamente—, no pueden y no van a perder su tarjeta RR. Nuestras tarjetas falsificadas no tienen ni el dispositivo de rastreo ni el chip necesario para monitorizar los dólares REST, porque no tenemos ni la tecnología ni la necesidad de ellas. ¡Pero! Esto no quiere decir que no sean valiosas como señuelos —dijo—. Y mientras que para los ciudadanos en territorio regulado las tarjetas RR forman parte de su cadena perpetua, en el Punto Omega se consideran un privilegio. Y las van a tratar como tales.

Como un privilegio.

Entre las muchas cosas que he aprendido en la reunión de esta mañana, he descubierto que estas tarjetas solo se conceden a los que tienen misiones fuera del Punto Omega. Todas las personas que hoy estaban en la sala han sido seleccionadas personalmente por ser las mejores, las más fuertes, las más dignas de confianza. Haberme invitado a estar en esa sala ha sido un movimiento audaz por parte de Kenji. Ahora me doy cuenta de que ha sido su forma de decirme que confiaba en mí. A pesar de todo, me está diciendo — como todos los demás— que soy bienvenida. Lo cual explica por qué Winston y Brendan se han sentido tan cómodos al hablar conmigo. Porque confían en el sistema del Punto Omega. Y confían en Kenji si él dice que se puede confiar en mí.

Por lo tanto, ahora soy uno de ellos.

¿Y mi primer acto oficial como miembro?

Se supone que debo hacer de ladrona.

## DIECINUEVE

Nos dirigimos hacia arriba.

Castle debería unirse a nosotros en cualquier momento para sacar el grupo de la ciudad subterránea y guiarlo hacia el mundo real. Esta será mi primera oportunidad en casi tres años de ver qué ha pasado con nuestra sociedad.

Tenía catorce años cuando me sacaron de casa por matar a un niño inocente. Me pasé dos años yendo del hospital al bufete de abogados y al centro de detención y al ala de psiquiatría hasta que finalmente decidieron encerrarme para siempre. Dejarme encerrada en el manicomio fue peor que enviarme a la cárcel; ~~más inteligente, según mis padres~~. Si me hubieran llevado a la cárcel, los guardias me habrían tenido que tratar como a un ser humano; en cambio, me pasé el último año de mi vida como un animal rabioso, atrapado en un agujero oscuro sin ningún contacto con el mundo exterior. Casi todo lo que he visto del mundo hasta ahora ha sido a través de una ventana o mientras huía para salvar mi vida. Y ahora no estoy segura de qué debo esperar.

Pero quiero verlo.

Tengo que verlo.

Estoy harta de estar ciega y estoy harta de depender de mis recuerdos y de los trozos y pedazos del presente que he conseguido reunir.

Lo único que verdaderamente sé es que el Restablecimiento lleva diez años siendo un nombre conocido.

Lo sé porque empezaron a hacer campaña cuando yo tenía siete años. Nunca olvidaré el principio de nuestro fin. Recuerdo los días en que las cosas todavía eran bastante normales, en los que la gente moría continuamente y no había suficiente comida para aquellos que tenían dinero para pagarla. Esto ocurrió antes de que el cáncer se convirtiera en una enfermedad común y que la meteorología se convirtiera en una criatura turbulenta y enojada. Recuerdo lo entusiasmado que estaba todo el mundo con el Restablecimiento. Recuerdo la esperanza en los rostros de mis profesores y los anuncios que nos obligaban a ver en medio de las clases. Recuerdo esas cosas.

Y justo cuatro meses antes de que mi yo de catorce años cometiera un crimen imperdonable, el Restablecimiento fue elegido por la gente del mundo para conducirnos hacia un futuro mejor.

Esperanza. Tenían mucha esperanza. Mis padres, mis vecinos, mis profesores y compañeros de clase. Todos esperaban lo mejor cuando apoyaron al Restablecimiento y les prometieron su apoyo infatigable.

La esperanza puede llevarnos a hacer cosas terribles.

Recuerdo ver las protestas justo antes de que me llevaran. Recuerdo ver las calles inundadas de una multitud enfurecida que pedía un reembolso de su compra. Recuerdo que el Restablecimiento tiñó de rojo de pies a cabeza a los manifestantes y les dijo que deberían haber leído la letra pequeña antes de salir de sus casas esa mañana.

Todas las ventas son definitivas.

Castle y Kenji me dejan formar parte de la expedición porque intentan darme la bienvenida al corazón del Punto Omega. Quieren que me una a ellos, que los acepte de verdad, que entienda por qué su misión es tan importante. Castle quiere que luche contra el Restablecimiento y contra lo que planean para el mundo. Los libros, los artefactos, la lengua y la historia que planean destruir; la vida vacía, simple y monocromática que quieren imponer a las generaciones venideras. Quieren hacerme ver que la tierra todavía no está tan dañada como para ser irreparable; quieren demostrarme que nuestro futuro es salvable, que las cosas pueden mejorar siempre y cuando el poder esté en las manos adecuadas.

Quieren que confíe.

*Yo quiero confiar.*

Pero a veces me asusto. Mi corta experiencia me dice que las personas que persiguen el poder no son de fiar. Las personas que tienen metas elevadas y discursos elaborados y sonrisas fáciles no han hecho nada para calmar mi corazón. Los hombres armados nunca me han hecho sentir cómoda, aunque me prometieran infinitas veces que mataban por una buena razón.

No se me ha pasado por alto que la gente del Punto Omega va muy bien armada.

Pero siento curiosidad. Siento una profunda curiosidad.

Así pues, voy camuflada con ropa vieja y raída y un gorro de lana grueso que casi me cubre los ojos. Llevo una chaqueta pesada que debía de pertenecer a un hombre y unos pantalones demasiado largos que me cubren los tobillos y prácticamente esconden mis botas de cuero. Parezco un civil. Un civil pobre y torturado que lucha por encontrar comida para su familia.

Una puerta se cierra de golpe y todos nos giramos a la vez. Castle sonríe. Mira al grupo.

Winston. Kenji. Brendan. La chica llamada Lily. Diez personas más que todavía no conozco. Yo. Somos dieciséis en total, incluyendo a Castle. Un número perfectamente par.

—Está bien, chicos —dice Castle, dando una palmada. Veo que también lleva guantes. Todos llevamos. Hoy, solo soy una chica de un grupo que lleva ropa normal y guantes normales. Hoy soy un número. Nadie importante. Una persona corriente. Solo hoy.

Es tan absurdo que me entran ganas de reír.

Pero entonces recuerdo que ayer por poco mato a Adam y de repente no sé muy bien cómo mover los labios.

—¿Preparados? —Castle mira alrededor—. No olviden lo que hemos hablado —dice. Se detiene. Nos mira minuciosamente. Nos mira a los ojos a cada uno de nosotros. Me mira durante un momento demasiado largo—. De acuerdo. Sígueme. Todos estamos en silencio mientras seguimos a Castle por los pasillos, y me quedo pensando en lo fácil que sería desaparecer con este conjunto que pasa inadvertido. Podría huir, camuflarme en el suelo y que no me encontraran jamás.

~~Como una cobarde.~~

Intento encontrar algo que decir para romper el silencio.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —pregunto en general.

—Andando —dice Winston.

Nuestros pies golpean el suelo como respuesta.

—La mayor parte de los civiles no tienen coche —explica Kenji—. Y está clarísimo que no nos pueden pillar en un tanque. Si queremos pasar desapercibidos, tenemos que hacer lo que hace la gente. Y caminar.

Mientras Castle nos guía hacia la salida, pierdo la noción de qué túneles van en qué direcciones. Cada vez me doy más cuenta de lo poco que sé sobre este lugar, de lo poco que he visto. Aunque, para ser franca, admitiré que tampoco me he esforzado mucho por investigar nada.

Tengo que hacer algo al respecto.

Cuando el terreno que noto bajo mis pies empieza a cambiar me doy cuenta de que estamos a punto de salir al exterior. Andamos cuesta arriba por un conjunto de escaleras de piedra apiladas en el suelo. Desde aquí distingo algo que parece una pequeña puerta metálica y cuadrada. Tiene un pestillo.

Estoy un poco nerviosa.

Ansiosa.

Impaciente y asustada.

Hoy veré el mundo como una civil, veré las cosas de cerca por primera vez. Veré lo que debe soportar la gente de esta nueva sociedad.

~~Lo que mis padres deben de estar viviendo dondequiera que estén.~~

Castle se detiene frente a la puerta, que parece tan pequeña que podría ser una ventana. Se gira hacia nosotros.

—¿Quiénes son? —pregunta.

Nadie responde.

Castle se señala a sí mismo de pies a cabeza. Se cruza de brazos.

—Lily —dice—. Nombre. Identificación. Edad. Sector y ocupación. Ahora.

Lily se aparta la bufanda de la boca. Su voz suena un poco robótica al decir:

—Me llamo Erica Fontaine, 1117-52QZ. Tengo 26 años. Vivo en el sector 45.

—Ocupación —repite Castle, con un dejo de impaciencia en la voz.

—Textil. Fábrica 191-XC2.

—Winston —ordena Castle.

—Me llamo Keith Hunter, 4556-65DS —dice Winston—. 34 años. Sector 45. Trabajo en el metal. Fábrica 15B-XC2.

Kenji no espera el aviso y dice:

—Hiro Yamasaki, 8891-11DX. 20 años. Sector 45. Artillería. 13ª-XC2.

Castle asiente a medida que todos se turnan para regurgitar la información grabada en sus tarjetas RR falsas. Sonríe, satisfecho. Después centra la mirada en mí hasta que todos me miran, me observan, esperan a ver si meto la pata.

—Delia Dupont —digo, y las palabras salen de mis labios más fácilmente de lo que imaginaba.

No tenemos en mente que nos detengan, pero es una precaución más por si nos pidieran identificación; tenemos que sabernos la información de nuestras tarjetas RR como si fueran propias. Kenji también nos dijo que, aunque los soldados que supervisan las instalaciones son del Sector 45, siempre son distintos de los guardias de la base. No cree que nos encontremos a nadie que nos pueda reconocer.

Pero.

Por si acaso.

Me aclaro la garganta.

—Número de identificación 1223-99SX. 17 años. Sector 45. Trabajo en el metal, fábrica 15ª-XC2.

Castle se queda mirándome un segundo demasiado largo.

Finalmente, asiente. Nos mira.

—¿Y cuáles son —dice, con una voz profunda, clara y resonante— las tres cosas que os preguntaréis a vosotros mismos antes de hablar?

Como antes, nadie responde. Aunque no porque no sepamos la respuesta.

Castle cuenta con los dedos.

—¡Primera! ¿Es necesario decir esto? ¡Segunda! ¿Es necesario que yo lo diga? ¡Y tercera! ¿Es necesario que lo diga en este momento?

Seguimos sin decir nada.

—No se habla excepto cuando sea absolutamente necesario —dice Castle—. No se ríe, no se sonríe. No se establece contacto visual con el otro si puede evitarse. No haremos ver que nos conocemos. No haremos nada que lleve a que nos miren más. No llamamos la atención. —Se detiene—. Lo entienden, ¿no? ¿Queda claro?

Asentimos.

—¿Y si algo va mal?

—Nos dispersamos. —Kenji se aclara la garganta—. Corremos. Nos escondemos. Pensamos solo en nosotros mismos. Y nunca, jamás, confesamos la ubicación del Punto Omega.

Parece que todos respiran con profundidad al mismo tiempo.

Castle empuja la puertecita. Echa un vistazo hacia fuera, nos hace un gesto para que lo sigamos, y lo hacemos. Pasamos de uno en uno, callados como las palabras que no decimos.

Hace casi tres semanas que no estoy por encima del suelo. Parece que haga tres meses.

Justo cuando mi cara choca contra el aire, noto la presión del viento contra mi piel de una forma que me resulta familiar, amonestándome. Como si el viento me regañara por haber estado ausente tanto tiempo.

Estamos en medio de un páramo congelado. El aire es frío y afilado, las hojas muertas danzan a nuestro alrededor. Los pocos árboles que se mantienen en pie se agitan con el viento, sus ramas rotas y solitarias nos piden compañía. Miro hacia la izquierda. Miro hacia la derecha. Miro hacia delante.

No hay nada.

Castle nos dijo que esta zona estaba cubierta de una exuberante y densa vegetación. Nos dijo que la primera vez que buscó un escondite para el Punto Omega, este trecho en particular era perfecto. Pero eso ocurrió hace tanto



tiempo —hace décadas— que ahora todo ha cambiado. La naturaleza misma ha cambiado. Y es demasiado tarde para cambiar de escondite.

Así que se hace lo que se puede.

Esta, dijo, es la peor parte. Aquí fuera, somos vulnerables. Es fácil que nos encuentre incluso yendo de civiles, porque estamos fuera de lugar. Los civiles no tienen nada que hacer fuera de las instalaciones; no abandonan los territorios regulados que el Restablecimiento considera seguros. Encontrarte en territorio no regulado se considera una violación de las leyes establecidas por nuestro pseudogobierno, y las consecuencias son graves.

Por lo tanto, tenemos que meternos en las instalaciones lo antes posible.

El plan es que Kenji, cuyo don le permite camuflarse, vaya por delante del resto, haciéndose invisible mientras se asegura de que tenemos el camino despejado. El resto nos quedamos atrás, con cuidado, en silencio absoluto. Nos mantenemos a pocos metros de distancia los unos de los otros, listos para correr si fuera necesario. Es extraño, teniendo en cuenta lo unida que está la comunidad del Punto Omega, que Castle no nos haya pedido que nos mantengamos juntos. Pero esto, explicó, es por el bien de la mayoría. Es un sacrificio. Uno de nosotros tiene que estar dispuesto a que lo cojan para que los otros puedan escapar.

Jugar en equipo.

Tenemos el camino despejado.

Llevamos como mínimo media hora andando pero parece que nadie vigila esta zona desértica. Pronto las instalaciones aparecen ante nosotros. Bloques y bloques y bloques de cámaras metálicas, cubos agrupados en montones por el suelo viejo y ruinoso. Me aprieto el abrigo al cuerpo cuando el viento pasa por nuestro lado dispuesto a hacer filetes nuestra carne humana.

Hace demasiado frío para estar vivo.

Llevo el traje puesto —que regula el calor de mi cuerpo— bajo la ropa y sigo helada. No puedo imaginarme lo que deben de estar sufriendo los demás en estos momentos. Me arriesgo a mirar a Brendan y veo que hace lo mismo. Cruzamos la mirada menos de un segundo pero podría jurar que me ha sonreído; un viento le abofetea las mejillas y las vuelve rosadas y rojizas celoso de sus ojos errantes.

Azules. Increíblemente azules.

Es un tono de azul muy distinto, más claro, casi transparente, pero sigue siendo muy, muy azul. Los ojos azules siempre me recuerdan a Adam. Y eso me vuelve a golpear. Me golpea muy fuerte, en el centro de mi ser.

Dolor.

—¡Rápido! —La voz de Kenji nos llega a través del viento, pero su cuerpo no está a la vista. Estamos a menos de dos metros de poner un pie en el primer conjunto de instalaciones, pero me quedo congelada y sangre, hielo y tenedores rotos recorren mi espalda.

—¡MOVEOS! —La voz de Kenji estalla de nuevo—. ¡Acercaos a las instalaciones y mantened los rostros cubiertos! ¡Hay soldados a las tres en punto!

Damos un salto a la vez, corriendo hacia delante e intentando pasar desapercibidos y pronto nos agachamos detrás de una vivienda metálica; nos agachamos haciendo ver que somos una de las muchas personas que recogen trozos de acero y de hierro de los montones de basura apiladas por el suelo.

Las instalaciones se encuentran en un gran campo de residuos. Basura, plástico y pedazos deformados de metal se esparcen por el suelo como si fuera confeti en la habitación de un niño. Todo está espolvoreado con una fina capa de nieve, como si la Tierra estuviera haciendo un pequeño intento de cubrir sus feos pedazos antes de que llegáramos. Pero este mundo es un desastre.

Levanto la mirada.

Miro por encima del hombro.

Miro a mi alrededor aunque no debería, pero no puedo evitarlo. Se supone que debería mantener los ojos en el suelo como si viviera aquí, como si no hubiera nada nuevo que ver, como si no pudiera soportar levantar la cabeza y el frío me escociera. Debería estar acurrucada sobre mí misma, encorvando los hombros como hacen los demás desconocidos para tratar de mantener el calor. Pero hay demasiadas cosas que ver. Demasiado que observar. Demasiadas cosas a las que nunca he estado expuesta.

Así que me atrevo a levantar la cabeza.

Y el viento me coge por el cuello.

## VEINTE

Warner está a poco más de cinco metros de mí.

Lleva un traje hecho a medida, muy ajustado y de un negro tan intenso que resulta casi cegador. Lleva los hombros cubiertos con un chaquetón abierto del color de los troncos recubiertos de musgo y de los bosques caducifolios, dos tonos más oscuro que sus ojos verdes; los brillantes y botones de oro son el complemento perfecto para su cabello dorado. Lleva una corbata negra. Guantes negros de piel. Botas negras brillantes.

Está impecable.

Perfecto, especialmente al estar entre suciedad y destrucción, rodeado de los colores más sombríos que puede ofrecer esta tierra. Es una imagen de esmeralda y ónice y pinos que gotean oro, perfilados con la luz del sol de forma muy engañosa. Podría brillar. Eso podría ser un halo alrededor de la cabeza. Podría ser la forma que tiene el mundo de mostrar un ejemplo de ironía. Porque Warner es hermoso en aspectos en que ni siquiera Adam lo es.

Porque Warner no es humano.

Nada en él es normal.

Mira a su alrededor, entrecerrando los ojos por la luz matutina, y el viento le abre el abrigo desabrochado lo suficiente como para que pueda ver su brazo. Vendado. En cabestrillo.

Muy cerca.

Estoy muy cerca de él.

Los soldados que merodean a su alrededor esperan órdenes, esperan algo, y no puedo apartar la vista. No puedo evitar sentir una extraña emoción al estar tan cerca de él y, sin embargo, tan lejos. Me parece casi una ventaja, poder examinarlo sin que él lo sepa.

Es un chico extraño, extraño y retorcido.

No sé si puedo olvidar lo que me hizo. Lo que me obligó a hacer. Que estuve a punto de volver a matar. Lo odiaré siempre por ello aunque estoy segura de que tendré que volver a enfrentarme a él.

Algún día.

Nunca pensé que me encontraría a Warner en las instalaciones. No sabía ni que visitara a los civiles, aunque, en realidad, nunca supe demasiado sobre qué hacía excepto los días que pasaba conmigo. No tengo la menor idea de lo que está haciendo aquí.

Al final, les dice algo a los soldados y ellos asienten, una vez, rápido. Y desaparecen.

Finjo estar concentrada en algo justo a la derecha de él, teniendo cuidado de mantener la cabeza baja e inclinada hacia un lado para que no pueda verme la cara aunque mire en mi dirección. Consigo tirar de mi gorro hasta las orejas con la mano izquierda, y con la mano derecha hago ver que clasifico basura, que recojo trozos de restos para salvar el día.

Algunas personas se ganan la vida así. Otra ocupación miserable.

Warner se pasa la mano sana por la cara, se cubre los ojos un segundo, apoya la mano en la boca y se aprieta los labios como si no pudiera resistirse a decir algo.

Sus ojos parecen... preocupados. Pero seguro que lo estoy interpretando mal.

Lo miro mientras él observa a la gente que lo rodea. Lo tengo lo suficientemente cerca como para darme cuenta de que su mirada se detiene en los niños pequeños, en la forma en que se persiguen unos a otros con una inocencia que demuestra que no tienen ni idea de la clase de mundo que han perdido. Lo único que han conocido es este lugar sombrío y oscuro.

Intento interpretar el rostro de Warner mientras los examina, pero se cuida de mantener una expresión absolutamente neutra. No revela ni una pizca de emoción. Se limita a parpadear mientras se mantiene de pie, inmóvil, como una estatua al viento.

Un perro callejero se dirige directamente hacia él.

Me quedo petrificada. Me preocupa esta desmañada criatura, este pequeño y débil animal que seguramente busca trocitos de comida, algo que evite que muera de hambre en las próximas horas. El corazón me late con fuerza en el pecho, bombea la sangre demasiado rápido, demasiado fuerte.

No sé por qué siento que está a punto de ocurrir algo terrible.

El perro echa a correr hacia las pantorrillas de Warner, como si fuera medio ciego y no pudiera ver dónde va. Jadea, con la lengua colgando a un lado como si no supiera cómo volver a meterla en la boca. Lloriquea y se queja un poco, babeando los bellísimos pantalones de Warner y yo contengo la respiración cuando el chico dorado se gira. Me espero que se saque la pistola y le dispare en la cabeza.

Ya he visto cómo se lo hacía a un ser humano.

Pero su rostro se descompone al ver al perrito, se hacen grietas en el perfecto molde de sus rasgos, la sorpresa le hace levantar las cejas y abrir más los ojos durante un momento. Lo suficiente como para que me dé cuenta de ello.

Mira a su alrededor, con ojos veloces al observar el entorno y entonces coge al animal en brazos y desaparece tras una cerca, una de esas bajas y pequeñas que se usan para separar en cuadrados las tierras para cada instalación. De repente siento la necesidad de ver qué va a hacer y me noto ansiosa, muy ansiosa, todavía incapaz de respirar.

He visto lo que Warner puede hacerle a una persona. He visto su desalmado corazón y sus insensibles ojos y su absoluta indiferencia, su comportamiento calmado, sereno e impertérrito después de matar a un hombre a sangre fría. Puedo imaginarme lo que tiene entre manos para un perro inocente.

Tengo que verlo con mis propios ojos.

Tengo que quitarme su rostro de la cabeza y esto es exactamente lo que necesito. La prueba de que está enfermo, de que es retorcido, de que está equivocado y siempre lo estará.

Ojalá pudiera levantarme, verlo. Podría ver lo que le hace a ese pobre animal y quizás conseguiría encontrar una forma de detenerlo antes de que fuera demasiado tarde pero oigo la voz de Castle, un murmullo enérgico que nos llama. Que nos dice que está despejado para que avancemos ahora que Warner ya no está a la vista.

—Avanzamos, avanzamos por separado —dice—. El plan sigue en pie. Que nadie siga a nadie. Nos vemos en el punto de encuentro. Si no lo consiguen, les dejaremos atrás. Tienen treinta minutos.

Kenji me tira del brazo, me dice que me ponga en pie, que me concentre, que mire hacia la dirección correcta. Levanto la vista lo suficiente como para ver que el resto del grupo ya se ha dispersado. Sin embargo, Kenji se niega a moverse. Maldice por lo bajo hasta que al fin me levanto. Asiento. Le digo que entiendo el plan y le hago un gesto para que se siga sin mí. Le recuerdo que no nos pueden ver juntos. Que no podemos andar en grupo o en parejas. Que no podemos destacar.

Al fin, se da la vuelta para irse.

Veo como se va. Después doy unos cuantos pasos adelante pero me giro y vuelvo a mirar hacia la esquina de la instalación, deslizándola la espalda contra el muro, escondida.

Examino la zona hasta ver la cerca donde vi a Warner por última vez; me pongo de puntillas para mirar por encima.

Y tengo que taparme la boca para no gritar.

Warner está en cuclillas en el suelo, dándole algo de comer al perro con la mano buena. El animal tiembla, acurruca el cuerpo huesudo dentro de su abrigo abierto, temblando mientras sus patas achaparradas intentan entrar en calor después de llevar tanto tiempo heladas. El perro mueve la cola con fuerza, tirándose hacia atrás para mirar a Warner a los ojos y se vuelve a meter dentro de la cálida chaqueta. Oigo que Warner se ríe.

Veo que sonrío.

Es el tipo de sonrisa que lo transforma completamente en otra persona, el tipo de sonrisa que llena sus ojos de estrellas y sus labios de resplandor y me doy cuenta de que nunca antes lo había visto así. Nunca antes le había visto los dientes... tan rectos, tan blancos, perfectos. Un exterior perfecto para un chico con un corazón muy, muy negro. Es difícil de creer que la persona a quien observo tenga las manos manchadas de sangre. Parece dulce y vulnerable... humano. Tiene los ojos achinados de tanto sonreír y las mejillas rosadas a causa del frío.

Tiene *hoyuelos*.

Fácilmente podría ser lo más hermoso que he visto en mi vida.

Ojalá nunca lo hubiera visto.

Porque algo en mi corazón se desgarrar y parece miedo, duele como el terror, sabe a pánico y ansiedad y desesperación y no sé cómo interpretar la imagen que tengo delante de mí. No quiero ver a Warner de este modo. No quiero verlo como otra cosa que un monstruo.

Esto no está bien.

Me muevo demasiado rápido y demasiado lejos en dirección equivocada, perdiendo el equilibrio estúpidamente y odiándome por perder tiempo que hubiese podido utilizar para huir. Sé que Castle y Kenji estarían dispuestos a matarme por tomar este riesgo pero ellos no entienden lo que hay en estos momentos en mi cabeza, no entienden que...

—¡Eh! —vocifera—. ¡Tú!

Miro hacia arriba sin proponérmelo, sin darme cuenta de que es la voz de Warner hasta que es demasiado tarde. Está de pie, petrificado, mirándome directamente a los ojos, con la mano buena parada a medio movimiento hasta que se le cae a un lado sin fuerzas, con la boca abierta; aturdido, atontado temporalmente.

Veo que las palabras mueren en su garganta.

Estoy paralizada, atrapada en su mirada mientras él está ahí, con el pecho muy agitado y los labios preparados para formar las palabras que seguramente me sentenciarán a muerte, y todo por culpa de mi estúpido, insensato, idiota...

—Hagas lo que hagas, no grites.

Alguien me pone una mano en la boca.

## VEINTIUNO

No me muevo.

—Te voy a soltar, ¿de acuerdo? Quiero que me cojas de la mano.

Extiendo la mano sin mirar y noto que nuestras manos enguantadas encajan. Kenji me suelta la cara.

—Eres una *idiota* —me dice, pero yo sigo mirando a Warner, que mira a su alrededor como si acabara de ver un fantasma, parpadea y se frota los ojos confundido, mirando al perrito como si el pequeño animal lo hubiera hechizado. Se agarra con fuerza un mechón de cabello rubio y lo revuelve desordenando su perfecto estado, y se marcha tan rápido que no sé cómo seguirlo.

—¿Pero qué coño te pasa? —me dice Kenji—. ¿Me estás escuchando? ¿Te has vuelto loca?

—¿Qué has hecho? ¿Por qué no nos...? ¡oh, Dios mío! —grito al mirarme el cuerpo.

Soy completamente invisible.

—De nada —espeta Kenji, arrastrándome fuera del recinto—. Y baja la voz. Ser invisible no significa que el mundo no pueda oírte.

—¿Puedes hacer estas cosas? —trato de encontrar su cara pero bien podría estar hablando con el aire.

—Sí... se le llama proyectar, ¿recuerdas? ¿No te lo explicó ya Castle? —me pregunta, con ganas de acabar la explicación a toda velocidad para volver a gritarme—. No todos pueden hacerlo... no todas las habilidades son iguales... pero quizás, si consigues dejar de ser una *tonta del culo* para no morir, es posible que pueda enseñarte algún día.

—Has vuelto a por mí —le digo, tratando de seguir el ritmo de sus rápidos pasos y sin estar para nada ofendida por su ira.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque eres una *tonta del culo* —repite.

—Lo sé. Lo siento mucho. No he podido evitarlo.



—Pues evítalo —dice con voz ronca mientras me tira del brazo—. Vamos a tener que correr para recuperar todo el tiempo que acabas de perder.

—¿Por qué has vuelto, Kenji? —le pregunto de nuevo, resuelta—. ¿Cómo sabías que seguía aquí?

—Te estaba vigilando —dice.

—¿Cómo? ¿Qué estabas...?

—Yo te vigilo —dice hablando deprisa, impaciente—. Es parte de mi trabajo. Es lo que he estado haciendo desde el primer día. Me alisté en el ejército de Warner por ti, solo por ti. Castle me envió para eso. Tú eras mi trabajo. —Tiene la voz entrecortada, rápida, impasible—. Ya te lo había dicho.

—Espera, ¿qué quieres decir con que me *vigilas*? —Vacilo, tiro de su brazo invisible para que baje un poco el ritmo—. ¿Me sigues a todas partes? ¿Incluso ahora? ¿Incluso en el Punto Omega?

Tarda un poco en responder. Cuando lo hace, lo hace a regañadientes.

—Algo así.

—Pero ¿por qué? Ya estoy aquí. Se ha acabado tu trabajo, ¿no?

—Ya hemos tenido esta conversación —dice—. ¿Lo recuerdas? Castle quería que me asegurara de que estabas bien. Me dijo que estuviera pendiente de ti... nada serio... solo... ya sabes, asegurarme de que no te daba ningún brote psicótico o algo así. —Oigo que suspira—. Has sufrido mucho. Está un poco preocupado por ti. Sobre todo ahora... después de todo lo que ha pasado. No parece que estés bien. Parece que quieras tirarte delante de un tanque.

—Nunca haría algo así —le digo, ~~y me pregunto si digería verdad~~.

—Ya —dice—. Bueno. Como quieras. Yo solo señalo lo obvio. Solo funcionas en dos niveles: o estás abatida o estás liándote con Adam... y debo decir que prefiero el abatimiento...

—¡Kenji! —Casi me arranco la mano para soltarlo. Él me estrecha los dedos.

—No te sueltes —me espeta—. Si te sueltas se rompe la conexión. —Kenji me está arrastrando hacia el medio de un espacio abierto. Estamos lo bastante lejos de las instalaciones como para que no se nos oiga, pero todavía seguimos muy lejos del punto de encuentro como para considerar que estamos a salvo. Por suerte, la nieve no está cuajando lo suficiente como para que dejemos huellas.

—¡No me puedo creer que nos espieras!

—No os estaba *espiando*, ¿vale? Joder. Cálmate. Joder, os tenéis que calmar los dos. Adam se me tiró al cuello cuando se lo dije...

—¿Qué? —Noto que las piezas del rompecabezas van encajando al fin—. ¿Por eso estaba tan irascible contigo cuando desayunamos la semana pasada?

Kenji baja un poco el ritmo. Respira profunda y largamente.

—Pensó que estaba aprovechándome de la situación. —Habla de *aprovecharse* como si fuera una palabra extraña y sucia—. Cree que me hago invisible para verte desnuda o algo así. A ver... no tengo ni idea. Ha sido un estúpido. Yo solo hago mi trabajo.

—Pero... no es así, ¿verdad? ¿No intentas verme desnuda o algo así?

Kenji resopla, conteniendo la risa.

—Escúchame, Juliette —dice entre risas—. No soy ciego, ¿vale? ¿En un nivel puramente físico? Sí, eres bastante atractiva... y ese traje que tienes que llevar en todo momento no hace daño. Pero incluso si no tuvieras todo ese rollo del «si me tocas puedes morir», no serías mi tipo. Y, aún más importante, no soy un cabronazo perverso —dice—. Me tomo mi trabajo en serio. Hago cosas importantes en este mundo de mierda, y me gusta pensar que la gente me respeta por ello. Pero tu novio Adam está demasiado cegado por sus pantalones para pensar con claridad. Quizás tendrías que hacer algo al respecto.

Bajo la mirada. Me quedo callada un instante.

—No creo que tengas que preocuparte más por eso.

—Ahh, joder. —Kenji suspira, como si no pudiera creerse que se hubiera quedado atrapado teniendo que escuchar los problemas de mi vida amorosa—. Acabo de sacar el tema, ¿no?

—Venga, Kenji. No hace falta que hablemos de eso.

Suspira irritado.

—No es que no me importe lo que estás pasando —dice—. No quiero veros deprimidos o algo así. Solo es que esta vida ya está bastante liada por sí sola —dice, con voz tensa, cansada—. Y estoy harto de verte atrapada en tu pequeño mundo todo el rato. Actúas como si todo esto, todo lo que hacemos, fuera una broma. No te lo tomas en serio...

—¿Cómo? —le corto—. No es verdad... sí que me lo tomo en serio...

—Tonterías. —Se ríe de forma breve, aguda, enfadada—. Te limitas a sentarte y pensar sobre tus *sentimientos*. Has tenido problemas. Como para echarte a llorar —dice—. Tus padres te odian y es duro y tendrás que llevar guantes el resto de tu vida porque matas a personas cuando las tocas. ¿A quién le importa? —Respira tan fuerte que lo oigo—. Por lo que sé, has

tenido comida y ropa y un sitio para mear en paz cuando te apeteciera. Eso no son problemas. A eso se le llama vivir como un rey. Y te agradecería que crecieras de una santa vez y dejaras de andar como si el mundo se hubiera cagado en tu único rollo de papel higiénico. Porque es una estupidez —suelta, casi sin contener su enfado—. Es una estupidez y es de ser un desagradecido. No tienes ni idea de lo que está pasando el resto del mundo en estos momentos. No tienes ni idea, Juliette. Y tampoco parece que te importe una mierda.

Trago saliva con mucha dificultad.

—Ahora estoy tratando —dice— de darte una oportunidad de arreglar las cosas. No paro de darte oportunidades para hacer las cosas de otra forma. Para ver más allá de la triste chica que eras, la chica triste a la que sigues aferrándote, y que consigas levantarte sola. Deja de llorar. Deja de sentarte en la oscuridad autocompadeciéndote de lo triste y sola que estás. Levántate —dice—. No eres la única persona del inundo que no quiere levantarse de la cama por la mañana. No eres la única que tiene problemas con su padre y un ADN muy jodido. Ahora puedes ser quien te dé la gana ser. Ya no estás con tus malditos padres. Ya no estás en ese puto manicomio y ya no estás atrapada siendo el experimento de Warner. Toma una decisión —dice—. Toma una decisión y deja de hacer que los demás pierdan el tiempo. Y deja de perder tu tiempo, ¿entendido?

La vergüenza se acumula en cada centímetro de mi cuerpo.

El calor me ha llegado hasta el corazón, me quema desde dentro. Estoy horrorizada, aterrada al oír la verdad en sus palabras.

—Vamos —me dice, suavizando un poco la voz—. Tendremos que correr.

Y asiento aunque no pueda verme.

Y asiento y asiento y asiento y me alegro inmensamente de que nadie pueda verme en estos momentos.

## VEINTIDÓS

—Para de tirarme cajas, idiota. Ese es mi trabajo. —Winston se ríe y coge un paquete fuertemente envuelto en celofán para tirárselo a la cabeza de otro chico. El chico que está de pie a mi lado.

Me agacho.

El otro chico refunfuña al coger el paquete, y después sonríe al mostrarle a Winston una excelente vista de su dedo corazón.

—Con clase, Sánchez —dice Winston al lanzarle otro paquete.

Sánchez. Se llama Ian Sánchez. Hace unos minutos que me he enterado, cuando él, yo y algunos otros nos hemos agrupado para formar una cadena de montaje.

En estos momentos nos encontramos en uno de los recintos oficiales de almacenamiento de el Restablecimiento.

Kenji y yo logramos alcanzar a los demás justo a tiempo. Todos nos reunimos en el punto de encuentro (que resultó ser una cuneta algo más grande de lo normal), y entonces Kenji me miró con ojos penetrantes, me señaló, sonrió y me dejó con el resto del grupo mientras él y Castle comunicaban la próxima etapa de la misión.

Que era entrar en el recinto de almacenamiento.

La ironía, sin embargo, estaba en que nos habíamos desplazado por encima del suelo para conseguir suministros y teníamos que volver bajo tierra para conseguirlos. Los recintos de almacenamiento son invisibles a todos los efectos.

Son bodegas subterráneas llenas de casi todo lo que uno pueda imaginar: comida, medicinas, armas. Todo lo necesario para sobrevivir. Castle nos lo explicó todo en la clase de orientación de esta mañana. Dijo que, si bien tener suministros enterrados bajo tierra es una forma inteligente de ocultarlo a la población civil, en realidad funciona en nuestro favor. Castle dice que puede detectar —y mover— objetos desde una gran distancia, incluso si es a ocho metros bajo tierra. Dice que cuando se acerca a alguna de las instalaciones de almacenamiento nota la diferencia inmediatamente, porque puede reconocer

la energía de cada objeto. Esto, explicó, le permite mover cosas con la mente: es capaz de tocar la energía inherente a todas las cosas. Castle y Kenji han logrado localizar cinco recintos a menos de 30 kilómetros del Punto Omega solo con andar por sus alrededores; Castle detectándolos, Kenji proyectando para mantenerlos invisibles. A menos de 80 kilómetros han localizado otros cinco.

Acceden a los recintos de almacenamiento de forma rotatoria. Nunca cogen lo mismo ni en la misma cantidad, y lo cogen de tantas instalaciones como sea posible. Cuanto más lejos esté el recinto, más intrincada se vuelve la misión. Este recinto en concreto es el más cercano y, por lo tanto, la misión es, relativamente, la más fácil. Por eso me han dejado venir.

Ya se ha hecho todo el trabajo preliminar.

Brendan ya sabe cómo confundir el sistema eléctrico para desactivar todos los sensores y las cámaras de seguridad; Kenji obtuvo la contraseña solamente con seguir a un soldado que marcó los números correctos. Todo esto nos permite tener una oportunidad durante treinta minutos para trabajar lo más rápido posible y llevar todo lo que necesitamos al punto de encuentro, donde nos pasamos la mayor parte del día esperando para cargar vehículos que se lleven las cosas.

El sistema que utilizan es fascinante.

En total hay seis furgonetas, todas ligeramente distintas en apariencia, y todas programadas para llegar en diferentes momentos. De esta forma hay menos posibilidades de que nos pillen a todos, y es más probable que al menos una de las furgonetas llegue al Punto Omega sin problemas. Castle describió unos cien planes alternativos en caso de peligro.

Sin embargo, parece que soy la única que está un poco nerviosa por lo que estamos haciendo. De hecho, excepto yo y otros tres, todos los demás han estado en este recinto varias veces así que andan por ahí como si fuera su casa. Todos van con cuidado y son eficientes, pero se sienten lo bastante cómodos como para reírse y bromear. Saben exactamente lo que tienen entre manos. Justo cuando entramos, se dividieron en dos grupos: un equipo formó una cadena de montaje y el otro cogía lo que necesitábamos.

Otros tienen tareas más importantes.

Lily tiene una memoria fotográfica que ridiculiza las fotografías. Entró antes que los demás e inmediatamente escaneó la sala, recogiendo y catalogando hasta el más ínfimo detalle. Ella se asegura de que no nos dejemos nada al salir, y de que, aparte de lo que nos llevamos, no falte nada o nada esté fuera de su lugar. Brendan es nuestro generador de emergencia. Se

las ha arreglado para cortar la energía del sistema de seguridad y seguir iluminando la oscuridad de esta gran sala. Winston supervisa los dos grupos, mediando entre los que dan y los que toman, asegurándose de que nos llevamos los artículos correctos y en su correcta cantidad. Tiene la habilidad de estirar brazos y piernas a voluntad, lo cual le permite llegar a ambos lados de la sala de forma rápida y sencilla.

Castle se encarga de llevar los suministros fuera. Se sitúa al final de la cadena de montaje, en contacto permanente con Kenji a través de la radio. Mientras el área esté despejada, solo necesita una mano para dirigir los centenares de kilos de suministros que acumulamos en el punto de encuentro.

Kenji, por supuesto, ocupa el puesto de vigilancia.

Si no fuera por él, nada de esto hubiese sido posible. Él es los ojos y los oídos de todos. Sin él, no podríamos estar tan seguros de ninguna forma, seguros de que estamos a salvo en una misión tan peligrosa.

Hoy, no por primera vez, voy dándome cuenta de por qué es tan importante.

—¡Eh! ¡Winston! ¿Puedes hacer que alguien mire si hay chocolate por aquí?

Emory, otro chico de mi cadena de montaje, sonrío a Winston como si esperara escuchar buenas noticias. Pero Emory siempre sonrío. Solo hace unas horas que lo conozco, pero lleva sonriendo desde las seis de la mañana, desde que nos hemos encontrado en la sala de orientación esta mañana. Es altísimo, muy voluminoso, y tiene un pelo afro enorme que le cae sobre los ojos a menudo. Mueve las cajas como si fueran de algodón.

Winston agita la cabeza, tratando de no reírse mientras repite la pregunta.

—¿En serio? —Le lanza una mirada al mismo tiempo que se sube las gafas a la nariz—. De todo lo que hay aquí, ¿quieres *chocolate*?

La sonrisa de Emory se desvanece.

—Cállate, tío, ya sabes que a mi madre le encanta.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad.

Winston le dice algo a alguien acerca de coger otra caja de jabón antes de volver a dirigirse a Emory.

—¿Sabes qué? Creo que nunca he visto a tu madre comiéndose un trozo de chocolate.

Emory le dice a Winston que haga algo bastante inapropiado con sus extremidades increíblemente flexibles y yo bajo la mirada hacia la caja que

Ian me acaba de pasar, deteniéndome para examinar detalladamente el envase antes de pasarlo.

—¿Sabes por qué todo esto va sellado con las letras NRM?

Ian se gira. Asombrado. Me mira como si le acabara de pedir que se desnudara.

—¡Vaya! ¡No me lo puedo creer! —dice—. ¡Tienes voz!

—Claro que tengo voz —digo, sin ningunas ganas de volver a hablar.

Ian me pasa otra caja. Se encoge de hombros.

—Bueno, ahora ya lo sé.

—Pues sí.

—Misterio resuelto.

—¿De verdad pensabas que no podía hablar? —le pregunto al cabo de un momento—. ¿Pensabas que era muda o algo así? —Me pregunto qué otras cosas se dicen sobre mí por aquí.

Ian me mira por encima del hombro y sonríe como si se intentara aguantar la risa. Mueve la cabeza pero no me contesta.

—El sello —dice— no es más que una norma. Lo sellan todo con un NRM para tenerlo controlado. No es un adorno.

—¿Pero qué significa NRM? ¿Quién lo sella?

—NRM —dice, repitiendo las tres letras como si se supusiera que las iba a reconocer—. Naciones Restablecidas del Mundo. Todo se ha globalizado, ya sabes. Todos los productos comerciales. Pero —dice— nadie lo sabe realmente. Es otra de las razones por las cuales todo este Restablecimiento es una mierda. Han monopolizado los recursos de todo el planeta y se los guardan para ellos.

Recuerdo algo de eso. Recuerdo que Adam me habló sobre esto cuando estábamos encerrados juntos en el manicomio. ~~Antes de que supiera cómo era tocarlo. Estar con él. Hacerle daño.~~ el Restablecimiento siempre ha sido un movimiento global. Pero no sabía que tuviera un nombre.

—Vale —le digo a Ian, distraída ante todos los pensamientos que me vienen a la cabeza y en los que no quiero pensar—. Claro.

Ian se detiene al entregarme otro paquete.

—¿Entonces es cierto? —me pregunta, examinándome la cara—. ¿Es verdad que no tienes ni idea de lo que ha pasado con todo?

—Sé algunas cosas —digo enojada—. Pero no conozco todos los detalles.

—Bueno —dice Ian—, si sigues acordándote de hablar cuando volvamos al Punto Omega, quizás deberías reunirte con nosotros a la hora de la comida algún día. Podemos ponerte al día.

—¿De verdad? —Me giro hacia él.

—Claro, chica. —Se ríe, me pasa otra caja—. En serio. No mordemos.



## VEINTITRÉS

A veces pienso en el pegamento.

Nadie se detiene jamás a preguntarle al pegamento cómo se sujeta. Si está harto de juntar cosas o preocupado por si se rompe o pensando en cómo pagar las facturas la semana siguiente.

Kenji es algo así.

Kenji es como el pegamento. Trabaja entre bastidores para que todo se mantenga unido y nunca me he parado a pensar en cuál debe ser su historia. Por qué se esconde tras las bromas, el incordio y los comentarios sarcásticos.

Pero tenía razón. Tenía razón en todo lo que me dijo.

Lo de ayer fue buena idea. Necesitaba escapar, salir, ser productiva. Y ahora necesito seguir su consejo y aceptarme a mí misma. Tengo que pensar con claridad. Tengo que centrarme en mis prioridades. Tengo que descubrir qué hago aquí y cómo puedo ayudar. Y si Adam me importa lo más mínimo, intentaré mantenerme al margen de su vida.

Una parte de mí desearía poder verlo; quiero asegurarme de que se pondrá bien de verdad, que se recupera correctamente, que come suficiente y que duerme por las noches. Pero otra parte de mí tiene miedo de verlo en estos momentos. Porque ver a Adam significa decirle adiós. Significa reconocer que realmente ya no puedo seguir con él y saber que tengo que buscarme una nueva vida. Sola.

Pero, al menos, en el Punto Omega tengo opciones. Y quizás, si consigo encontrar la forma de dejar de estar asustada, descubriré cómo hacer amigos. Cómo ser fuerte. Cómo dejar de revolearme en mis propios problemas.

Ahora las cosas tienen que cambiar.

Cojo la comida e intento levantar la cabeza. Hago un gesto para saludar a las caras conocidas que recuerdo de ayer. No todo el mundo sabe que ayer estuve en la salida —las invitaciones para salir a una misión fuera del Punto Omega son exclusivas—, pero parece que la gente, en general, está un poco menos tensa a mi alrededor. Creo.

Quizás sean imaginaciones mías.

Trato de encontrar un sitio donde sentarme pero entonces veo que Kenji me hace señas. Brendan, Winston y Emory están en su mesa. Noto que una sonrisa tira de mis labios mientras me acerco a ellos.

Brendan se hace a un lado del banco para hacerme sitio. Winston y Emory me saludan mientras se zampan la comida. Kenji me esboza una sonrisa, con ojos risueños ante mi sorpresa porque me reciban en su mesa.

Me siento bien. Como si las cosas pudieran ir bien.

—¿Juliette?

Y de repente parece que vaya a volcar.

Me giro muy, muy lentamente, medio convencida de que la voz que oigo es de un fantasma, porque no es posible que ya le hayan dado el alta a Adam. No esperaba tenerme que enfrentar a él tan pronto. No pensaba que tendríamos que tener esta conversación tan pronto. Ni aquí. En medio del comedor.

No estoy preparada. No estoy *preparada*.

Adam tiene muy mala cara. Está pálido. Inestable. Tiene las manos en los bolsillos, los labios apretados y los ojos cansados, torturados, como pozos profundos sin fondo. Tiene el pelo despeinado. La camiseta le aprieta el pecho, sus antebrazos tatuados parecen más pronunciados que nunca.

Quiero sumergirme en sus brazos.

En lugar de eso, estoy aquí sentada, recordándome que tengo que respirar.

—¿Podemos hablar? —me dice, mirándome como si le asustara oír mi respuesta—. ¿Solos?

Asiento, incapaz de hablar. Abandono mi comida sin mirar a Kenji, ni a Winston, ni a Brendan, ni a Emory; así que no sé qué deben de estar pensando. Tampoco me importa.

Adam.

Adam está aquí y está frente a mí y quiere hablar conmigo y tengo que decirle cosas que me van a matar, seguro.

Pero aun así lo sigo fuera. Por el pasillo. Hacia el fondo de un pasillo oscuro.

Al fin, nos detenemos.

Adam me mira como si supiera lo que voy a decir, así que no me molesto en decirlo. No quiero decir nada a menos que sea realmente necesario. Prefiero quedarme aquí de pie y mirarlo, empaparme de su visión por última vez sin decir palabra. Sin tener que decir nada en absoluto.

Traga con dificultad. Levanta la mirada. La aparta. Suspira y se rasca la nuca, junta las manos detrás de la cabeza y se gira para que no le vea la cara.

El esfuerzo hace que se le suba la camiseta por el torso y tengo que apretar los dedos para evitar tocar el pedazo de piel expuesto en la parte baja de su abdomen.

Sigue sin mirarme pero me habla.

—En serio... necesito que digas algo.

Y el sonido de su voz, desdichada y agónica, hace que quiera caerme de rodillas.

Aun así, sigo sin hablar.

Y se gira.

Me mira.

—Tiene que haber algo —dice, con las manos en el pelo, agarrándose la cabeza—. Algún tipo de compromiso... algo que pueda decirte para convencerte de que esto puede funcionar. Dime que hay *algo*.

Estoy asustadísima. Tengo tanto miedo que voy a echarme a llorar delante de él.

—Por favor —dice, y parece que esté a punto de romperse, como si estuviera acabado, como si estuviera a punto de desmoronarse al hablar—. Dime algo, te lo ruego...

Me muerdo el labio tembloroso.

Él está paralizado, me mira, espera.

—Adam —respiro, tratando de mantener la voz firme—, siempre te querré...

—No —dice—, no, no digas eso... no digas eso...

Muevo la cabeza, rápida y bruscamente, tan rápido que me estoy mareando pero no puedo parar. No puedo decir nada a menos que quiera empezar a gritar y no puedo mirarle a la cara, no puedo soportar ver lo que le estoy haciendo...

—No, Juliette.

Empiezo a alejarme, me resbalo, tropiezo con mis propios pies y llego a ciegas hasta la pared, y entonces siento que me abraza. Intento apartarlo pero es demasiado fuerte, me abraza demasiado fuerte y me dice con voz ahogada:

—Ha sido mi culpa... es culpa mía... no debería haberte besado así... intentaste decírmelo pero no te escuché y lo siento... lo siento mucho —me dice, jadeando—. Tendría que haberte escuchado. No fui lo bastante fuerte. Pero esta vez será diferente, te lo juro —me dice, escondiendo la cara en mi hombro—. Nunca me perdonaré por esto. Tú estabas dispuesta a que nos diéramos una oportunidad y yo lo he mandado todo a la mierda y lo siento, lo siento mucho...

Oficialmente me he quedado completamente abatida.

Me odio a mí misma por lo que pasó, me odio por lo que tengo que hacer, odio que no pueda eliminar su sufrimiento, que no pueda decirle que lo intentaremos, que será difícil pero conseguiremos que funcione. Porque esta no es una relación normal. Porque los problemas no se pueden arreglar.

Porque mi piel nunca va a cambiar.

Ni todos los entrenamientos del mundo eliminarían la posibilidad real de que puedo hacerle daño. O matarlo, si alguna vez nos dejamos llevar. Siempre seré una amenaza para él. Sobre todo en los momentos más tiernos, los más importantes y vulnerables. Los momentos que más deseo. Estas son las cosas que nunca podré tener con él, y él se merece mucho más que esto, mucho más que una persona torturada con tan poco que ofrecer.

Pero prefiero seguir aquí de pie y sentir cómo me abraza antes que decir nada. Porque soy débil, soy muy débil y el deseo me está matando. No consigo dejar de temblar, no veo con claridad, no veo a través de la cortina de lágrimas que me oscurecen la visión.

Y él no me suelta.

Sigue susurrándome «por favor» y tengo ganas de morirme. Pero creo que si me quedo aquí más tiempo me volveré loca. Así que levanto la mano temblando sobre su pecho y noto que se pone rígido, lo aparto, y no me atrevo a mirarlo a los ojos, no soporto verlo esperanzado, aunque sea por un segundo.

Me aprovecho de su sorpresa momentánea y de que ha aflojado los brazos para escabullirme, fuera del refugio de su calidez, lejos del latido de su corazón. Y extendiendo la mano para evitar que se vuelva a acercar.

—Adam —murmuro—. Por favor, no. No puedo... no puedo...

—Nunca ha habido nadie más —dice, sin molestarse en mantener baja la voz, sin importarle que sus palabras resuenen por los pasillos. Le tiembla la mano al taparse la boca, al arrastrarla por la cara, hasta el pelo—. Nunca habrá nadie más... Nunca querré a nadie más...

—Para... por favor, para... —No puedo respirar no puedo respirar no puedo respirar—. Tú no quieres esto... no quieres estar con alguien como yo... alguien que solo acabará haciéndote daño...

—Joder, Juliette. —Y se gira para golpear el muro con la palma de la mano, con el pecho agitado, la cabeza baja, la voz entrecortada, enfatizando cada sílaba—. Sí que me estás haciendo daño —dice—. Me muero de...

—Adam...

—No te vayas —dice, con voz tensa, cerrando los ojos con fuerza como si supiera que voy a hacerlo. Como si no pudiera soportar verlo—. Por favor —susurra, atormentado—, no huyas de esto.

—O-ojalá —le digo, temblando violentamente—, ojalá no tuviera que hacerlo. Ojalá pudiera quererte menos.

Y oigo que me llama mientras echo a correr por el pasillo. Oigo que grita mi nombre pero sigo corriendo, huyendo, pasando delante de la enorme multitud reunida fuera del comedor, que observa, que lo escucha todo. Corro para esconderme aunque sé que es imposible.

Tendré que verlo todos los días.

Deseándolo a un millón de kilómetros de distancia.

Y recuerdo las palabras de Kenji, sus exigencias de que me levante y deje de llorar y cambie, y comprendo que puede que tarde un poco más de lo que esperaba en cumplir mis promesas.

Porque ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea encontrar un rincón oscuro y llorar.

## VEINTICUATRO

Kenji es el primero que me encuentra.

Está en medio de mi sala de entrenamiento. Mira a su alrededor como si nunca antes hubiera visto este sitio, aunque sé que eso no es posible. Sigo sin saber qué hace exactamente, pero me ha quedado claro que es una de las personas más importantes del Punto Omega. Siempre está en movimiento. Siempre ocupado. Nadie, salvo ahora yo, lo ve demasiado tiempo seguido.

Es como si la mayor parte del tiempo fuera... invisible.

—Entonces —dice, moviendo lentamente la cabeza, tomándose su tiempo para andar por la habitación con las manos entrelazadas en la espalda—. Eso sí que ha sido un espectáculo. Nunca tenemos entretenimientos de este tipo bajo tierra.

Humillación.

Me envuelve. Me pinta. Me entierro en ella.

—Quiero decir, solo con... ¿la última frase? ¿«Ojalá pudiera quererte menos»? Ha sido genial. Realmente bonita. Creo que incluso a Winston se le escapó una lagrimilla...

—CÁLLATE, KENJI.

—¡Hablo en serio! —me dice, ofendido—. Ha sido... no sé. Algo bonito. No sabía que erais tan apasionados.

Me llevo las rodillas al pecho, me meto más al fondo de la esquina de esta sala, escondo la cara en los brazos.

—No te ofendas, pero no quiero ha-hablar contigo ahora mismo, ¿vale?

—No, no vale —dice—. Tenemos trabajo que hacer tú y yo. —No.

—Vamos —dice—. *Levántate*.

Me coge del codo, me pone de pie mientras yo trato de golpearlo. Me seco las mejillas furiosamente, restregando las man chas que han dejado mis lágrimas.

—No estoy de humor para tus bromas, Kenji. Vete. Déjame en paz.

—De ninguna manera —dice—, estaba hablando en broma. —Kenji coge uno de los ladrillos apilados contra la pared—. Además, el mundo no dejará

de luchar contra sí mismo únicamente porque hayas roto con tu novio.

Lo miro fijamente, con los puños temblorosos y ganas de gritar.

No parece preocupado.

—¿Y entonces qué estás haciendo aquí? —me pregunta—. ¿Te has sentado aquí intentando... qué? —Sopesa el ladrillo que tiene en la mano—. ¿Romper esto?

Me doy por vencida, derrotada. Me tumbo en el suelo.

—No lo sé —le digo. Sorbo la última lágrima. Intento limpiarme la nariz—. Castle no para de decirme que me «centre» y que «aproveche mi Energía». —Hago comillas con los dedos para ilustrar mi aportación—. Pero lo único que sé sobre mí misma es que *puedo* romper cosas... No sé por qué. Así que no sé cómo espera que repita las cosas que he hecho. Entonces no sabía lo que hacía, y tampoco sé lo que estoy haciendo ahora. No ha cambiado nada.

—Un momento —me dice Kenji, dejando caer el ladrillo para sentarse en las colchonetas que hay frente a mí. Separa las piernas, estira el cuerpo y cruza los brazos detrás de la cabeza mientras observa el techo—. ¿De qué estamos hablando? ¿Qué sucesos se supone que tienes que repetir?

Yo también me recuesto en las colchonetas; imito la postura de Kenji. Nuestras cabezas están a pocos centímetros de distancia.

—¿No te acuerdas? El hormigón que rompí en la sala de locos de Warner. La puerta metálica que atravesé cuando buscaba a Adam. —Me quedo sin voz y tengo que cerrar los ojos con fuerza para reprimir el dolor.

~~Ahora mismo no soy capaz ni de decir su nombre.~~

Kenji refunfuña. Noto que asiente con la cabeza por como se mueven las colchonetas.

—Vale. Bueno, Castle me dijo que cree que hay más que eso de tocar. Que quizás también tienes una fuerza sobrenatural extraña o algo así. —Se detiene—. ¿Te parece que es posible?

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunta, inclinando la cabeza hacia atrás para verme mejor—. Cuando te volviste un monstruo-psicópata. ¿Recuerdas si hubo algún detonante?

Niego con la cabeza.

—No lo sé. Cuando ocurre, es como... como si estuviera completamente fuera de control —intento explicarlo—. Algo cambia dentro de mi cabeza y me vuelve... me vuelve loca. Pero loca de verdad. —Lo miro pero su rostro no refleja ninguna emoción. Se limita a parpadear, esperando a que acabe.

Respiro profundamente y prosigo—. Es como si no pudiera pensar con claridad. La adrenalina me bloquea y no puedo detenerme, no puedo controlarlo. Cuando esa sensación horrible toma las riendas, una toma de corriente. Tengo que tocar algo. Tengo que liberarla.

Kenji se incorpora sobre un hombro. Me mira.

—¿Pero qué es lo que te vuelve loca? —pregunta—. ¿Qué sentías? ¿Solo te pasa cuando estás muy cabreada?

Me paro un segundo a pensar en ello.

—No. No siempre. —Vacilo—. La primera vez —le digo, con la voz un poco temblorosa— quería matar a Warner por lo que me hizo hacerle a ese niño pequeño. Estaba destrozada. Enfadada... enfadadísima... pero también estaba... muy triste. —Voy bajando la voz—. ¿Y cuando estaba buscando a Adam? —Respiro profundamente—. Estaba desesperada. Absolutamente desesperada. Tenía que salvarlo.

—¿Y qué te pasó cuando te volviste un Superman conmigo? Cuando me golpeaste contra la pared.

—Estaba asustada.

—¿Y en los laboratorios de investigación?

—Enfadada —murmuro, mirando al techo con los ojos desenfocados, recordando la furia al rojo vivo que sentía ese día—. Estaba más enfadada que nunca. Ni siquiera me imaginaba que pudiera estar así. *Tan* loca. Y me sentí culpable —añado, en voz baja—. Culpable por ser la razón por la cual Adam se encontraba allí.

Kenji respira larga y profundamente. Se incorpora para sentarse y se apoya contra la pared. No dice nada.

—¿En qué piensas? —le pregunto, cambiando de posición para sentarme como él.

—No lo sé —dice finalmente—. Pero es bastante obvio que todos estos incidentes se produjeron como resultado de emociones muy intensas. Lo que me hace pensar que el sistema debe de ser bastante sencillo.

—¿A qué te refieres?

—A que tiene que haber alguna especie de detonante —dice—. Es como que, cuando pierdes el control, tu cuerpo entra en un modo de autoprotección, ¿sabes?

—¿No?

Kenji se gira y me mira. Cruza las piernas debajo de su cuerpo. Se inclina hacia atrás apoyándose sobre las manos.



—Como si... a ver. ¿Como cuando descubrí por primera vez todo esto de la invisibilidad? Quiero decir... fue un accidente. Tenía nueve años. Estaba histérico. Me voy a saltar todos los detalles sin importancia, lo que quiero decir es esto: necesitaba esconderme y no conseguía encontrar ningún sitio. Pero estaba tan asustado que mi cuerpo, automáticamente, lo hizo por mí. Simplemente desaparecí mimetizándome con la pared. O me mezclé, o lo que sea. —Se ríe—. Me volví loco, porque no entendí nada de lo que había pasado durante diez minutos. Y después no sabía cómo volver a la normalidad. Fue una locura. De hecho, durante unos días pensé que estaba muerto.

—¡Qué dices! —Jadeo.

—Sí.

—Es una locura.

—Es lo que te acabo de decir.

—Y... ¿entonces, qué? ¿Crees que mi cuerpo activa su modo defensa cuando pierdo los papeles?

—Algo así.

—Vale. —Supongo—. Bueno, ¿y cómo se supone que puedo activar mi modo defensa? ¿Cómo descubriste tú cómo hacerlo?

Se encoge de hombros.

—Cuando me di cuenta de que no era una especie de fantasma y de que no estaba teniendo alucinaciones, de hecho se volvió algo bastante guay. Era un niño, ¿sabes? Estaba entusiasmado, como si pudiera ponerme una capa y matar a los malos o algo así. Me gustaba. Y se convirtió en una parte de mí a la que podía acceder cuando quisiera. Pero —añade— hasta que no empecé a entrenar no aprendí a controlarlo y mantenerlo durante mucho rato. Me costó mucho trabajo. Mucha concentración.

—Mucho trabajo.

—Sí... es decir, todo esto cuesta mucho de descubrir. Pero en cuanto lo acepté como una parte de mí mismo se hizo mucho más fácil de controlar.

—Bueno —le digo, recostándome de nuevo, soltando un suspiro exasperado—. Yo ya lo he aceptado. Pero eso no me ha facilitado las cosas.

Kenji se ríe a carcajadas.

—Y una mierda lo has aceptado. No has aceptado nada.

—He sido así toda mi vida, Kenji... creo que sí que lo he aceptado...

—No. —Me corta—. *Ni de coña*. Odias estar en tu propia piel. No puedes soportarlo. Eso no es aceptación. Eso es... no sé... lo contrario de la aceptación. Tú —me señala— eres lo opuesto a la aceptación.

—¿Qué intentas decirme? —le replico—. ¿Que tiene que *gustarme* ser así? —No le doy la oportunidad de responder—. No tienes ni idea de lo que es estar prisionera en mi piel... atrapada en mi cuerpo, preocupada por si respiro demasiado cerca de cualquier cosa que tenga un corazón que late. Si lo supieras, nunca me pedirías que fuera feliz viviendo así.

—Vamos, Juliette... solo digo que...

—No. Déjame aclarártelo, Kenji. Mato a gente. Los *mato*. En eso consiste mi poder «especial». No me camufló con el paisaje o muevo cosas o tengo unos brazos muy flexibles. Si me tocas demasiado tiempo te mueres. Intenta vivir así durante diecisiete años y después explícame lo fácil que es aceptarte a ti mismo.

Noto un sabor amargo en la boca.

Es algo nuevo para mí.

—Escúchame —dice, con una voz mucho más suave—. No intento juzgarte, ¿vale? solo intento señalar que es posible que estés sabotando inconscientemente tus esfuerzos para descubrir cómo activar tu poder porque *no quieres*. —Pone las manos en alto simulando una derrota—. Déjame que te dé mi opinión. A ver, obviamente tienes poderes horribles. Tocas a alguien y ¡pam!, listo. Pero también puedes romper paredes y esas cosas, ¿no? Joder, ya me gustaría aprender a hacerlo, ¡no te fastidia! Sería una pasada.

—Sí —digo, cayendo contra la pared—. Supongo que esa parte no está tan mal.

—¿Verdad? —Kenji se anima—. ¡Sería increíble! Y además... bueno, si llevaras los guantes puestos... podrías aplastar cosas sin matar a nadie. Entonces no te sentirías tan mal, ¿no?

—Supongo que no.

—Bien. Perfecto. Solo tienes que relajarte. —Se pone de pie. Coge el ladrillo que sopesaba hace un rato—. Vamos —me dice—. Levántate. Ven aquí.

Me acerco a él y me quedo mirando el ladrillo que sostiene. Me lo da como si me estuviera entregando una especie de reliquia familiar.

—Ahora —dice— tienes que ponerte cómoda, ¿vale? Tienes que dejar que tu cuerpo se ponga en contacto con su centro. Deja de bloquear tu propia Energía. Seguramente tienes un millón de bloqueos mentales en la cabeza. No puedes aguantarlo más.

—No tengo bloqueos mentales...

—Sí que los tienes. —Resopla—. Por supuesto que sí. Tienes un estreñimiento mental agudo.

—Estreñimiento ¿qué?

—Centra tu ira en el ladrillo. En el ladrillo —me dice—. Recuérdalo. Mente abierta. *Quieres* aplastar el ladrillo. Recuérdate a ti misma que es esto lo que quieres. Es tu elección. Es algo que te apetece hacer. Por diversión. Porque te apetece. Deja que tu mente y cuerpo se encarguen. ¿Sí?

Respiro profundamente. Asiento varias veces.

—Vale. Creo que...

—¡Joooder! —Suelta un silbido.

—¿Qué? —Me doy la vuelta—. ¿Qué ha pasado...?

—¿Cómo puede ser que no lo hayas notado?

—¿El qué?

—Mírate la mano.

Jadeo. Tropiezo hacia atrás. Mi mano está llena de algo que parece arena rojiza y arcilla marrón reducido a partículas diminutas. Los trozos más grandes de ladrillo se caen al suelo y dejo que los restos se deslicen por las ranuras de los dedos para poder levantar la mano culpable hacia la cara.

Miro hacia arriba.

Kenji agita la cabeza, temblando de risa.

—No tienes ni idea de la envidia que siento en estos momentos.

—¡Dios mío!

—Ya. Ya. Es muy fuerte. Piensa en ello: si puedes hacerle esto a un ladrillo, imagínate lo que puedes hacerle al cuerpo de una persona...

No debería haber dicho eso.

Ahora no. Después de lo de Adam, no. No después de intentar recoger los pedazos de mis esperanzas y sueños y agarrarlos torpemente para volverlos a juntar. Porque ahora ya no queda nada. Ahora me doy cuenta de que en alguna parte, en lo más profundo, albergaba la pequeña esperanza de que Adam y yo fuéramos a encontrar una forma de arreglar las cosas.

En alguna parte, en lo más profundo, seguía aferrada a esa posibilidad.

Y ahora se ha ido.

Porque ahora Adam no solo tiene que tenerle miedo a mi piel. Miedo de que lo toque, sino que lo coja, que lo abraza, que le dé la mano, que lo bese... cualquier cosa que haga podría hacerle daño. Tendría que tener cuidado incluso al darle la *mano*. Y este nuevo descubrimiento, esta nueva información sobre lo mortal que soy...

Me deja sin alternativa.

Voy a quedarme sola por los siglos de los siglos porque nadie está a salvo de mí.

Me caigo al suelo, mi mente zumba, mi propia mente ya no es un lugar seguro para vivir porque no puedo dejar de pensar, y no puedo dejar de querer saber, y no puedo detener nada y es como si estuviera atrapada en algo así como una colisión frontal y yo no fuera el transeúnte inocente.

Soy el tren.

El que sale disparado fuera de control.

Porque a veces te ves a ti mismo... te ves de la forma en que podrías ser... de la forma en que quizás serías si las cosas fueran distintas. Y si miras muy de cerca, lo que ves te asustará, hará que te preguntes de qué serías capaz si tuvieras la oportunidad. Sabes que tienes otra cara pero no quieres reconocerlo, una cara que no quieres que vea la luz del día. Te pasas toda la vida haciendo cuanto puedes para presionarlo y empujarlo, fuera de la vista, fuera de tu cabeza. Haces ver que una parte de ti misma no existe.

Vives así durante mucho tiempo.

Durante mucho tiempo estás a salvo.

Y después, ya no.

## VEINTICINCO

Otra mañana.

Otra comida.

Voy a desayunar para encontrarme con Kenji antes de nuestra próxima sesión de entrenamiento.

Kenji llegó ayer a una conclusión acerca de mis habilidades: cree que el poder mortal de mi tacto es una forma evolucionada de mi Energía. Que el contacto piel con piel es la forma más pura de mi habilidad... que mi verdadero don es una especie de fuerza que lo consume todo y que se manifiesta por todo mi cuerpo.

Mis huesos, mi sangre, mi piel.

Le dije que era una teoría interesante. Le dije que siempre me he visto como una versión nauseabunda de una Venus atrapamoscas y él dijo:

—¡DIOS MÍO! ¡Sí! ¡Sí! Eres exactamente eso. Joder, es verdad.

Lo bastante hermosa como para atraer a su presa, dijo.

Lo bastante fuerte como para retenerlo y destruirlo, dijo.

Lo bastante venenosa como para digerir a sus víctimas cuando la carne entra en contacto.

—Tú digieres a tu presa —me dijo, riéndose como si fuera divertido, como si fuera gracioso, como si fuera absolutamente aceptable comparar a una chica con una planta carnívora. Halagador, incluso—. ¿Lo ves? Me has dicho que cuando tocas a la gente notas como si les robaras la energía, ¿no? ¿Te hace sentir más fuerte?

No respondí.

—Entonces eres *exactamente* como una Venus atrapamoscas. Atraes su atención. Los retienes. Te los comes.

No respondí.

—Eh... —dijo—. Eres como una planta atractiva y escalofriante.

Cerré los ojos. Me tapé la boca horrorizada.

—¿Por qué es tan malo? —me dijo. Se agachó para mirarme a los ojos. Tiró de un mechón de mi pelo para que mirara hacia arriba—. ¿Por qué tiene

que ser tan horrible? ¿Por qué no ves lo maravilloso que es? —Meneó la cabeza—. Te lo estás perdiendo, ¿sabes? Sería genial si pudieras limitarte a tenerlo.

Tenerlo.

Sí.

Qué fácil sería simplemente atrapar al mundo que me rodea. Chuparle su fuerza vital y dejarlo muerto en la calle solo porque alguien me dijera que debería hacerlo. Porque alguien señala con el dedo y dice: «Esos son los malos. Esos de ahí». Mata, me dicen. Mata porque confías en nosotros. Mata porque luchas en el equipo correcto. Mata porque ellos son malos y nosotros buenos. Mata porque te lo decimos. Porque algunas personas son tan estúpidas que se creen que realmente existen líneas gruesas de neón que separan el bien del mal. Que es muy fácil hacer esta distinción e irse a dormir por la noche con la conciencia tranquila. Porque es lo correcto.

Es correcto matar a un hombre porque otro cree que no merece vivir.

Lo que realmente quiero decir es: ¿Quién diantres eres para decidir quién muere? ¿Quién eres tú para decidir quién va a morir? ¿Quién eres tu para decirme a qué padre tengo que destruir y a qué niño tengo que convertir en huérfano y qué madre tiene que quedarse sin hijo, qué hermano debería quedarse sin hermana, qué abuela debería pasarse el resto de la vida llorando a primera hora de la mañana porque el cuerpo de su nieto fue enterrado antes que el de ella?

Lo que realmente quiero decir es: ¿Quién diantres te crees que eres para decirme que es maravilloso ser capaz de matar a un ser vivo, que es interesante ser capaz de atrapar a otra alma, que es justo que elija una víctima solo porque soy capaz de matar sin un arma? Quiero decir cosas malas, mezquinas, hirientes y quiero lanzar improperios al aire y huir lejos, lo más lejos posible; quiero desaparecer en el horizonte y quiero tirarme a un lado de la carretera si eso me llevara a una cierta apariencia de libertad, pero no sé adonde ir. No tengo adonde ir.

Y me siento responsable.

Porque hay momentos en que la ira sangra hasta que no es más que un dolor en la boca del estómago y veo el mundo y me pregunto sobre su gente y en lo que se ha convertido y pienso en la esperanza y en el quizás y en el posiblemente y en la posibilidad y en la probabilidad. Pienso en vasos medio llenos y en gafas para ver el mundo con claridad. Pienso en el sacrificio. Y en el compromiso. Pienso en lo que va a ocurrir si nadie lucha. Pienso en un mundo donde nadie hace frente a las injusticias.

Y me pregunto si es posible que todos los de aquí estén en lo cierto.

En si tal vez es hora de luchar.

Me pregunto si realmente es posible justificar el asesinato como un medio para conseguir un fin y entonces pienso en Kenji. Pienso en lo que dijo. Y me pregunto si seguiría diciendo que es maravilloso si decidiera convertirlo en mi presa.

Supongo que no.

## VEINTISÉIS

Kenji ya me está esperando.

Él, Winston y Brendan se han vuelto a sentar en la misma mesa, y me siento con gesto distraído y mis ojos se niegan a centrar la mirada.

—No está —dice Kenji, metiéndose una cucharada en la boca.

—¿Qué?

—¡Oh! ¡Es fascinante mirar este tenedor, esta cuchara y esta mesa!

—¿Qué quie...? Que no está —dice, con la boca medio llena.

Winston se aclara la garganta, se rasca la parte trasera de la cabeza. Brendan se mueve en el asiento de al lado.

—¡Ah! Eh... —Al mirar a los tres chicos sentados en la mesa me sube un calor por el cuello. Quiero preguntarle a Kenji dónde está Adam, por qué no ha venido, cómo está, si está bien, si come. Quiero hacerle un millón de preguntas que no debería hacerle pero resulta evidente que ninguno de ellos quiere hablar sobre los complicados detalles de mi vida personal. Y yo no quiero ser esa chica triste y patética. No quiero dar pena. No quiero ver esa compasión en sus ojos.

Así que me siento. Me aclaro la garganta.

—¿Alguna novedad con las patrullas? —le pregunto a Winston—. ¿Va a peor?

Winston levanta la mirada acabando de masticar, sorprendido. Se traga la comida demasiado rápido y tose una vez, dos. Toma un sorbo de café —negro alquitrán—, se inclina hacia delante y parece ansioso.

—Cada vez es más raro —dice.

—¿En serio?

—Sí, ¿os acordáis de que os dije que Warner aparecía cada noche?

~~Warner. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de su sonrisa, ni su cara risueña.~~

Asentimos.

—Bueno. —Se recuesta en la silla. Levanta las manos—. ¿Anoche? Nada.

—¿Nada? —Brendan levanta las cejas—. ¿Qué quiere decir nada?



—Quiero decir que no había nadie. —Se encoge de hombros. Coge el tenedor. Lo clava en un trozo de comida—. Ni Warner ni ningún soldado. ¿Anteayer? —Nos mira—. Entre cincuenta y setenta y cinco soldados. Anoche, cero.

—¿Se lo has dicho a Castle? —Kenji ha dejado de comer. Observa a Warner con una mirada concentrada y demasiado seria. Me preocupa.

—Sí. —Winston asiente mientras se bebe otro sorbo de café—. Le he entregado mi informe hace una hora.

—¿Entonces todavía no has dormido? —le pregunto, con ojos como platos.

—Dormí ayer —dice, agitando la mano—. O anteayer, no me acuerdo. Dios, este café es asqueroso —dice, bebiéndoselo de un trago.

—Cierto. Quizás deberías dejar el café, ¿no crees? —Brendan intenta cogerle la taza.

Winston le aparta la mano de un golpe y le dedica una mirada de odio.

—No todos tenemos electricidad en las venas —dice—. No soy una puta central eléctrica como tú.

—Solo lo hice una vez...

—¡Dos!

—... y era una emergencia —dice, un poco avergonzado.

—¿De qué habláis? —pregunto.

—Este tío —dice Winston señalando a Brendan— puede recargarse el cuerpo, literalmente. No necesita dormir. ¡Es una locura! No es justo —murmura, partiendo un trozo de pan por la mitad.

Me giro hacia Brendan, con la mandíbula desencajada.

—No puede ser.

Asiente. Se encoge de hombros.

—Solo lo he hecho una vez.

—¡Dos! —repite Winston—. Y es como un maldito feto —me dice—. Ya tiene demasiada energía —joder, como todos vosotros— y encima es él el que viene con batería recargable.

—No soy un feto —balbucea Brendan, mirándome con las mejillas sonrojadas—. Es... no es... estás pirado —dice, mirando a Winston.

—Claro —dice Winston, asintiendo, con la boca llena de comida otra vez—. Estoy pirado. Estoy cabreado. —Traga—. Y estoy de un humor insoportable porque estoy cansado. Y tengo hambre. Y necesito más café. —Se aparta de la mesa. Se levanta—. Voy a por más café.

—Pensaba que habías dicho que era asqueroso.

Me mira.

—Sí, pero soy un hombre muy, muy triste, con el listón muy bajo.

—Tienes toda la razón —dice Brendan.

—Cállate, feto.

—Solo te dejan tomar una taza —señala Kenji, levantando la vista para mirar a Winston a los ojos.

—No te preocupes, siempre les digo que cojo la tuya —dice, y se va.

Kenji se ríe, y le tiemblan los hombros.

Brendan murmura «soy un feto» por lo bajo, apuñalando la comida con un renovado vigor.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto con curiosidad. Es tan rubio-blanquecino y tiene los ojos azules tan claros que no parece real. Parece un tipo de persona que nunca pudiera envejecer; que pudiera permanecer conservado para siempre en esta forma etérea.

—Veinticuatro —dice, mostrándose agradecido ante la oportunidad de confirmarlo—. De hecho, acabo de cumplirlos. La semana pasada fue mi cumpleaños.

—¡Vaya! —Estoy sorprendida. No parece mucho mayor de dieciocho años. Me pregunto cómo debe de ser celebrar un cumpleaños en el Punto Omega—. Pues feliz cumpleaños —digo, sonriéndole—. Espero... espero que tengas un muy buen año. Y... —intento pensar en algo bonito— y muchos días felices.

Se me queda mirando, divertido, me mira a los ojos fijamente. Sonríe. Me dice:

—Gracias. —Sonríe un poco más—. Muchas gracias.

Y no aparta la mirada.

Me ruborizo.

Estoy tratando de entender por qué sigue sonriéndome, por qué no para de sonreír incluso cuando aparta la mirada, por qué Kenji sigue mirándome como si intentara contener la risa y me pongo nerviosa, me siento avergonzada e intento encontrar algo que decir.

—¿Y entonces qué haremos hoy? —le pregunto a Kenji, esperando que mi voz suene neutra, normal.

Kenji deja su vaso de agua seco. Se limpia la boca.

—Hoy —me dice— voy a enseñarte a disparar.

—¿Un arma?

—Sí. —Coge su bandeja. Coge la mía también—. Espérate aquí, voy a dejar esto. —Se dispone a marcharse pero se detiene, se gira, mira a Brendan

y dice:

—Quítatelo de la cabeza, tío.

Brendan levanta la mirada, confundido.

—¿Qué?

—No pasará.

—¿Qu...?

Kenji lo mira, con las cejas levantadas.

Brendan cierra la boca. Se le sonrojan otra vez las mejillas.

—Ya lo sé.

—Uhhh —Kenji menea la cabeza y se va.

De repente a Brendan le entran prisas para empezar el día.

## VEINTISIETE

—¿Juliette? ¡Juliette!

—Por favor, despiértate...

Suelto un grito ahogado y me siento en la cama, con el corazón acelerado, mis ojos parpadean rápidos para ubicarse. Parpadeo parpadeo parpadeo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Kenji está fuera —dice Sonia.

—Te necesita —añade Sara—, ha pasado algo...

Salgo de la cama tan rápido que arrastro las sábanas. Busco a tientas en la oscuridad, tratando de encontrar mi traje —duermo con un pijama que me ha prestado Sara— y hago un esfuerzo para no entrar en pánico.

—¿Sabéis qué ocurre? —pregunto—. ¿Sabéis...? ¿Os ha dicho algo?

Sonia me ayuda a subirme el traje.

—No, solo ha dicho que era urgente, que ha pasado algo y que deberíamos despertarte de inmediato.

—Vale. Seguro que no pasa nada —les digo, aunque no sé por qué lo hago, ni por qué iba a servirles como consuelo lo que les diga.

Ojalá pudiera encender una luz, pero todas las luces están controladas por el mismo interruptor. Es uno de sus métodos para ahorrar energía —y una de las formas de conseguir mantener algo parecido a la noche y el día aquí abajo—, así que solo se usan en unas horas concretas.

Al fin logro ponerme el traje y Sara me llama mientras me dirijo hacia la puerta abrochándomelo. Tiene mis botas en la mano.

—Gracias... gracias a las dos —digo.

Asienten varias veces.

Y yo me pongo las botas y salgo corriendo de la habitación.

Choco contra algo sólido.

Algo humano. Un hombre.

Oigo esa respiración brusca, noto sus manos firmes en mi cuerpo, noto que la sangre de mi cuerpo fluye rápida por dentro.

—Adam —digo con un grito ahogado.

Él no me suelta. Oigo que su corazón late deprisa, violentamente y fuerte en el silencio que nos separa y él está demasiado quieto y tenso, como si intentara mantener una especie de control sobre su cuerpo.

—Hola —murmura, pero parece como si apenas pudiera respirar.

Mi corazón empieza a fallar.

—Adam...

—No puedo soltarte —dice, y noto que le tiemblan las manos, como si el esfuerzo por mantenerlas en un mismo lugar fuera demasiado para él—. No puedo soltarte, lo estoy intentando pero...

—Bueno, entonces es bueno que esté aquí, ¿no? —Kenji me arranca de los brazos de Adam y respira profunda e irregularmente—. Bueno, ¿ya habéis terminado? Nos tenemos que ir.

—¿Qué... qué pasa? —digo tartamudeando e intentando ocultar mi vergüenza. Ojalá Kenji no me pillara siempre justo en estos momentos de tanta debilidad. Me gustaría que me pudiera ver sintiéndome fuerte y confiada. Y entonces me pregunto cuándo empezó a preocuparme la opinión que Kenji pudiera tener de mí—. ¿Va todo bien?

—No tengo ni idea —dice Kenji mientras camina por los oscuros pasillos. Debe conocerse estos túneles de memoria, supongo, porque yo no veo nada. Prácticamente tengo que correr para mantener su ritmo—. Pero —dice— supongo que algo se habrá ido a la mierda definitivamente. Castle me ha mandado un mensaje hace unos quince minutos diciéndome que tú, Kent y yo fuéramos a su oficina lo antes posible —dice—, y eso estoy haciendo.

—Pero... ¿Ahora? ¿A media noche?

—Las cosas no se van a la mierda cuando le conviene a tu horario, princesa.

Decido callarme.

Seguimos a Kenji por una puerta solitaria al final de un túnel estrecho.

Llama a la puerta dos veces, se detiene. Llama tres veces, se detiene. Llama una vez.

Me pregunto si debería recordar esto.

La puerta se abre sola de golpe y Castle nos hace un gesto para que entremos.

—Cierren la puerta, por favor —dice desde detrás del escritorio. Parpadeo varias veces para volver a acostumbrarme a la luz que hay aquí. En el escritorio de Castle hay una lámpara de lectura clásica con la potencia necesaria para iluminar esta salita. Aprovecho para mirar a mi alrededor.

La oficina de Castle no es más que una habitación con unas cuantas estanterías y una mesa sencilla que sirve de escritorio. Todo está hecho de metales reciclados. Parece como si su escritorio antes hubiese sido una camioneta.

Hay montones de libros y papeles apilados por el suelo; diagramas, maquinaria, piezas de ordenador metidas en las estanterías, miles de cables y unidades eléctricas que asoman desde sus cuerpos metálicos; seguro que o bien está estropeado o roto o bien forma parte de algún proyecto en el que Castle está trabajando.

En otras palabras: su despacho está hecho un desastre.

No me lo esperaba de alguien tan equilibrado.

—Siéntense —nos dice. Miro a mí alrededor en busca de sillas pero solo encuentro dos cubos de basura al revés y un taburete—. Enseguida estoy con ustedes. Denme un momento.

Asentimos. Nos sentamos. Esperamos. Miramos a nuestro alrededor.

Entonces me doy cuenta de por qué a Castle no le importa lo desordenado que esté el despacho.

Parece estar haciendo algo, pero no veo qué, y en realidad me da igual. Estoy demasiado concentrada en verlo trabajar. Mueve las manos arriba y abajo, de lado a lado, y todo lo que necesita o quiere simplemente gravita sobre él. ¿Una hoja de papel específica? ¿Un bloc de notas? ¿El reloj enterrado bajo el montón de libros más alejado de su escritorio? Busca un bolígrafo y levanta la mano para cogerlo. Busca sus apuntes y levanta los dedos para encontrarlos.

No necesita ser organizado. Tiene su propio sistema.

Increíble.

Finalmente, alza los ojos. Deja el bolígrafo. Asiente. Vuelve a asentir.

—Bien. Bien. Están todos.

—Sí, señor —dice Kenji—. Me dijiste que tenías que hablar con nosotros.

—Exacto. —Castle entrelaza las manos sobre el escritorio—. Exacto. —Respira prudentemente—. El comandante supremo —dice— ha llegado a la sede del Sector 45.

Kenji suelta improperios.

Adam se queda paralizado.

Yo estoy confundida.

—¿Quién es el comandante supremo?

Castle se queda mirándome.

—El padre de Warner. —Empequeñece los ojos, me escudriña—. ¿No sabía que el padre de Warner era el comandante supremo de el Restablecimiento?

—¡Ah! —digo sin lograr imaginarme al monstruo que debe ser el padre de Warner—. Sí... sí... lo sabía —le digo—. Pero no sabía cuál era su título.

—Sí —dice Castle—. Hay seis comandantes supremos en el mundo, uno para cada una de las seis divisiones: Norteamérica, Suramérica, Europa, Asia, África y Oceanía. Cada división se divide en 555 sectores; un total de 3330 sectores en todo el mundo. El padre de Warner no solo está al cargo de este continente sino que es uno de los fundadores de el Restablecimiento, y actualmente es nuestra principal amenaza.

—Pensaba que había 3333 sectores —le digo a Castle—, no 3330. ¿Lo recuerdo mal?

—Los otros son Capitolios —me dice Kenji—. Estamos bastante seguros de que uno de ellos está en alguna parte de Norteamérica, pero nadie sabe a ciencia cierta dónde están. Pero sí —añade—, lo recuerda bien, el Restablecimiento siente una especie de fascinación por los números precisos. 3333 sectores en total y 555 sectores cada uno. Todos reciben lo mismo, independientemente del tamaño. Ellos se creen que esto demuestra lo justos que han sido al dividirlo todo, pero es una sandez.

—¡Vaya! —Sigo sorprendiéndome cada día de todo lo que todavía tengo que aprender. Miro a Castle—. ¿Y esa es la emergencia? ¿Que el padre de Warner no está en uno de los capitolios?

Castle asiente.

—Sí, ha... —Vacila. Se aclara la garganta—. Bueno. Déjeme empezar por el principio. Es imprescindible que estén al corriente de todos los detalles.

—Te escuchamos —dice Kenji, con la espalda recta, los ojos despiertos, los músculos tensos—. Adelante.

—Al parecer —dice Castle— lleva un tiempo en la ciudad. Llegó hace unas semanas de forma muy sigilosa y discreta. Parece ser que se enteró de lo que su hijo se ha llevado entre manos últimamente y no estaba muy contento al respecto. Está... —Respira profunda y firmemente—. Está bastante enfadado por lo que pasó con usted, señorita Ferrars.

—¿Connmigo? —Corazón palpitante. Corazón palpitante. Corazón palpitante.

—Sí —dice Castle—. Nuestras Fuentes dicen que está enfadado porque Warner la dejó escapar. Y, por supuesto, porque perdió a dos de sus soldados en el proceso. —Mueve la cabeza señalando a Adam y a Kenji—. Peor aún,

están circulando rumores entre los ciudadanos acerca de esta chica desertora y su extraña habilidad y están empezando a atar cabos; empiezan a darse cuenta de que hay otro movimiento, el nuestro, que se prepara para contraatacar. Esto está creando malestar y resistencia entre los civiles, que están muy dispuestos a implicarse.

—Así que —Castle junta las manos— sin lugar a dudas el padre de Warner ha venido para encabezar esta guerra y eliminar cualquier duda sobre el poder de el Restablecimiento. —Se detiene para mirarnos a cada uno de nosotros—. En otras palabras, ha venido para castigarnos a nosotros y a su hijo al mismo tiempo.

—Pero esto no cambia nuestros planes, ¿no? —pregunta Kenji.

—No exactamente. Siempre hemos sabido que la lucha sería inevitable, pero esto... cambia algunas cosas. Ahora que el padre de Warner ha llegado a la ciudad esta guerra ocurrirá mucho antes de lo esperado —dice Castle—. Y será mucho mayor de lo que predijimos. —Levanta la mirada hacia mí, muy serio—. Señorita Ferrars, me temo que vamos a necesitar su ayuda.

Lo observo fijamente, sorprendida.

—¿Mi ayuda?

—Sí.

—¿No... no sigue enfadado conmigo?

—Ya no es una niña, señorita Ferrars. No la culpo de una reacción excesiva. Kenji cree que su comportamiento reciente se ha debido a su falta de conocimiento y no a un propósito malintencionado, y yo confío en su juicio. Confío en sus palabras. Pero quiero que entienda que somos un equipo —dice— y que necesitamos su fuerza. Lo que puede hacer, su poder, es inigualable. Sobre todo ahora que ha estado trabajando con Kenji y tiene, como mínimo, algún conocimiento de lo que puede llegar a ser capaz, vamos a necesitarla. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para apoyarla... reforzaremos su traje, le daremos armas y armaduras. Y Winston... —Se detiene. Se le corta la respiración—. Winston —dice en voz más baja— acaba de terminar de hacerle un par de guantes nuevos. —Me mira a la cara—. La queremos en nuestro equipo —dice—. Y si colabora conmigo, le prometo que obtendrá resultados.

—Por supuesto —murmuro. Lo miro a los ojos, firmes y solemnes—. Claro que ayudaré.

—Bien —dice Castle—. Muy bien. —Parece consternado al apoyarse contra la silla, se pasa una mano cansada por la cara—. Gracias.



—Señor —dice Kenji—. No me gusta nada ser tan directo, pero ¿podríamos saber qué diantres pasa?

Castle asiente.

—Sí —dice—. Sí, sí, por supuesto. Di... discúlpeme. Ha sido una noche complicada.

La voz de Kenji es tensa.

—¿Qué ha pasado?

—Nos... ha mandado un mensaje.

—¿El padre de Warner? —pregunto—. ¿El padre de Warner ha mandado un mensaje? ¿Para nosotros?

Miro a Adam y a Kenji. Adam parpadea velozmente, con los labios entreabiertos por la impresión. Parece como si Kenji estuviera a punto de vomitar.

Yo estoy entrando en pánico.

—Sí —responde Castle—. El padre de Warner. Quiere que nos veamos. Quiere... que hablemos.

Kenji se pone de pie de golpe. Su rostro ha perdido el color.

—No... señor... es una trampa... no quiere hablar, sabe que miente...

—Tiene como rehenes a cuatro de nuestros hombres, Kenji. Me temo que no tenemos elección.

## VEINTIOCHO

—¿Qué? —Kenji se ha quedado sin fuerzas. Su voz suena como un chirrido horrorizado—. ¿Quién? ¿Cómo...?

—Esta noche Winston y Brendan estaban patrullando por la parte de arriba. —Castle agita la cabeza—. No sé qué ha pasado. Debe de haber sido una emboscada. Estaban fuera de alcance de las cámaras y las imágenes de seguridad solo muestran que Emory e Ian oyeron el alboroto e intentaron investigar. Después de esto ya no vemos nada más en las cintas. Emory e Ian —dice— tampoco regresaron.

Kenji se ha vuelto a sentar en la silla, con el rostro entre las manos. Levanta la vista con un repentino brote de esperanza.

—Pero Winston y Brendan... podrían encontrar un modo de escapar... ¿no? Podrían hacer algo... tienen suficiente poder entre los dos como para hacer algo, ¿no?

Castle sonríe a Kenji de forma comprensiva.

—No sé adonde los ha llevado ni cómo los están tratando. Si los ha golpeado o si ya... —vacila—... Si ya los han torturado o les han disparado... si se están desangrando, no podrán contraatacar. Y además, aunque pudieran salvarse ellos dos —dice tras una breve pausa— nunca abandonarían a los demás.

Kenji aprieta los puños contra los muslos.

—Entonces. Quiere hablar. —Adam abre la boca por primera vez.

Castle asiente.

—Lily encontró este paquete en el lugar donde desaparecieron. —Nos pasa una mochilita y nos turnamos para hurgar en ella. Dentro están las gafas rotas de Winston y la radio de Brendan. Manchadas de sangre.

Tengo que agarrarme las manos para evitar que me tiemblen.

Estaba empezando a conocerlos. Acababa de conocer a Emory y a Ian. Estaba empezando a aprender a hacer nuevas amistades, a sentirme cómoda con la gente del Punto Omega. *Desayunaba* con Brendan y Winston. Miro el

reloj colgado en la pared de Castle; son las 3:31 de la mañana. Los vi por última vez hace veinte horas.

La semana pasada fue el cumpleaños de Brendan.

—Winston lo sabía. —Oigo que digo en voz alta—. Sabía que algo iba mal. Sabía que era raro que hubiera tantos soldados por todas partes...

—Lo sé —dice Castle, moviendo la cabeza—. He estado leyendo y releiendo todos sus informes. —Se pellizca el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice. Cierra los ojos—. Estaba empezando a atar cabos. Pero es demasiado tarde. He llegado demasiado tarde.

—¿Qué crees que están planeando? —pregunta Kenji—. ¿Tienes alguna teoría?

Castle suspira. Se aparta la mano de la cara.

—Bueno, ahora sabemos por qué Warner estaba cada día fuera con sus soldados... por qué pudo irse de la base tanto tiempo durante tantos días.

—Por su padre —dice Kenji.

Castle asiente.

—Sí. En mi opinión, fue el supremo quien mandó a Warner. Quien quiso que su hijo empezara a buscarnos más agresivamente. Siempre ha sabido de nuestra existencia —expone Castle—. El supremo no es tonto. Siempre se ha creído los rumores sobre nosotros, siempre ha sabido que estábamos ahí. Pero nunca antes habíamos sido una amenaza para él. Hasta ahora —dice—. Porque ahora los civiles hablan de nosotros, se está alterando el equilibrio del poder. La gente se está activando y está depositando esperanzas en nuestra resistencia. Y en estos momentos el Restablecimiento no puede permitirse algo así.

»De todos modos —prosigue—, creo que es evidente que no han podido encontrar la entrada al Punto Omega, y se han conformado con coger rehenes esperando provocar que saliéramos por nuestra cuenta. —Castle recupera un trozo de papel de una pila. La sostiene. Es una nota—. Pero hay condiciones —dice—. El supremo nos ha dado instrucciones muy específicas sobre cómo proceder.

—¿Y? —Kenji está muy rígido.

—Van a ir ustedes tres. Solos.

Mierda.

—¿Cómo? —Adam mira a Castle boquiabierto, estupefacto. ¿Por qué nosotros?

—No ha pedido verme a mí —dice Castle—. No está interesado en mí.

—¿Y está de acuerdo con esto? —pregunta Adam—. ¿O nos va a entregar a él y ya está?

Castle se inclina hacia adelante.

—Claro que no.

—¿Tiene algún plan? —intervengo.

—El supremo quiere verles mañana a las doce en punto del mediodía. Es decir, hoy, técnicamente. En un lugar específico en zona no regulada. Los detalles se encuentran en la nota. —Respira profundamente—. Y a pesar de que sé que esto es exactamente lo que quiere, creo que todos deberíamos estar dispuestos a ir. Deberíamos ir juntos. Después de todo, para eso hemos estado entrenándonos. No me cabe duda de que sus intenciones no son buenas, dudo mucho que quiera invitaros a charlar con una taza de café en la mano. Así que creo que tendríamos que estar listos para defendernos ante un ataque. Supongo que sus hombres estarán armados y listos para combatir, y yo estoy preparadísimo para llevar a los míos a la batalla.

—¿Entonces nosotros seremos el cebo? —pregunta Kenji con las cejas juntas—. ¿Ni siquiera vamos a luchar? ¿Solo somos una distracción?

—Kenji...

—Esto es una mierda —dice Adam, y me sorprende al verlo tan afectado—. Tiene que haber otra manera. No tendríamos que jugar con sus reglas. Deberíamos aprovechar esta oportunidad para tenderles una emboscada o... no lo sé... ¿desviarlos de su objetivo o distraerlos para atacar ofensivamente! Quiero decir, joder, ¿no hay nadie que pueda estallar en llamas o algo así? ¿No tenemos a nadie que pueda hacer una locura tan grande como para desmontarlo todo? ¿Para darnos ventaja?

Castle se gira y me mira fijamente.

Parece como si Adam fuera a darle un puñetazo a Castle.

—¡Está loco de remate!

—Pues no —dice—. No, no tenemos a nadie más que pueda hacer algo tan... impresionante.

—¿Le hace gracia? —espetea Adam.

—Me temo que no intento ser gracioso, señor Kent. Y su ira no nos ayuda a resolver la situación. Usted puede no entrar en ello si lo desea, pero yo voy a pedir, respetuosamente, la ayuda de la señorita Ferrars en este asunto. Ella es la única a quien el supremo quiere ver, en realidad. En realidad, mandarlos a ustedes dos con ella fue idea mía.

—¿Cómo?

Los tres nos quedamos atónitos.

—¿Por qué yo?

—Ojalá pudiera decírselo —me dice Castle—. Ojalá supiera más cosas. Pero, por el momento, solo puedo interpretar la información que tengo lo mejor que sé, y la única conclusión a la que he llegado hasta el momento es que Warner ha cometido un error que debe arreglarse. Por alguna razón usted está en medio de todo esto. —Se detiene—. El padre de Warner —continúa— la ha pedido específicamente a usted a cambio de los rehenes. Dice que, si no llega a la hora indicada, matará a nuestros hombres. Y no tengo motivos para dudar de sus palabras. Asesinar a inocentes es algo natural en él.

—¿Y usted simplemente iba a dejarla caer en esa trampa? —Adam le da un golpe a su cubo de basura al levantarse de un salto—. ¿No iba a decir nada? ¿Iba a dejarnos asumir que ella no era el objetivo? ¿Está mal de la cabeza?

Castle se rasca la frente. Respira con calma varias veces.

—No —dice con voz comedida—. No iba a dejarla caer en nada. Estoy diciendo que *todos* lucharemos juntos, pero ustedes dos irán con la señorita Ferrars. Los tres han trabajado juntos antes, y usted y Kenji tienen experiencia militar. Están más familiarizados con las reglas, las técnicas o la estrategia que puedan usar. Nos ayudarían a mantenerla a salvo y personificarían al elemento sorpresa. Su presencia podría ser lo que nos diera ventajas en la situación. Si tanto la quieren, tendrá que encontrar la forma de arreglárselas con ustedes tres...

—O bien... o sea, no sé —dice Kenji, pareciendo indiferencia—, quizás simplemente nos pegará un tiro a los dos en la cabeza y se llevará a Juliette a rastras mientras nosotros estamos demasiado ocupados muriendo para detenerlo.

—De acuerdo —digo—. Lo haré. Iré yo.

—¿Cómo? —Adam me mira, con los ojos abiertos por el pánico—. Juliette... no...

—Sí, quizás tendrías que pensártelo un poco —lo corta Kenji, un poco nervioso.

—No hace falta que vengáis si no queréis —les digo—. Pero yo voy a ir. Castle sonríe, y en su rostro se dibuja un gesto de alivio.

—Para eso hemos venido, ¿no? —Miro a mi alrededor—. Se supone que tenemos que contraatacar. Esta es nuestra oportunidad.

Castle está radiante, los ojos le brillan con algo que parece orgullo.

—Estaremos con usted en cada paso que dé, señorita Ferrars. Puede contar con ello.

Asiento.

Y me doy cuenta de que probablemente estaba destinada a ello. Tal vez esté aquí justamente por esto.

Quizás tenga que morir.

## VEINTINUEVE

La mañana resulta confusa.

Hay mucho que hacer, mucho que organizar, mucha gente preparándose. Pero sé que, en última instancia, esta es *mi* batalla; tengo asuntos pendientes que arreglar. Sé que esta reunión no tiene nada que ver con el comandante supremo. No tiene motivos para preocuparse tanto por mí. Ni siquiera lo conozco; debería ser más que prescindible para él.

Este movimiento es de Warner.

Tiene que ser Warner quien preguntó por mí. Esto tiene algo, más bien todo, que ver con él; es una señal de humo que me dice que todavía me desea y que no se ha rendido. Y tengo que enfrentarme a él.

Me pregunto cómo ha conseguido que su padre moviera los hilos por él.

Supongo que lo descubriré pronto.

Alguien me llama.

Me detengo.

Me doy la vuelta.

*James.*

Corre hacia mí en la puerta del comedor. Tiene el pelo tan rubio, los ojos tan azules como su hermano mayor. Pero lo he echado de menos de una forma que no tiene nada que ver con lo mucho que me recuerda a Adam.

James es un niño especial. Un niño agudo. Del tipo de niño de 10 años que siempre se subestima. Y me pregunta si podemos hablar. Señala uno de los múltiples pasillos.

Asiento. Lo sigo hacia un túnel vacío.

Se detiene y se aleja un momento. Se queda allí con la mirada incómoda. Me sorprende que quiera hablar conmigo; llevo tres semanas sin hablar con él. Poco después de que llegáramos empezó a pasar tiempo con los otros niños del Punto Omega y de alguna forma nuestra relación se volvió incómoda. Dejó de sonreírme cuando me veía, dejó de saludarme en el comedor. Y ahora, después de todo lo que ha pasado con Adam —después de

nuestra exhibición pública en el túnel—, me sorprende que quiera decirme algo.

Sigue con la cabeza baja y murmura:

—Estaba enfadadísimo contigo.

Y las suturas de mi corazón empiezan a saltar. De una en una.

Levanta la mirada. Me mira como si estuviera intentando evaluar si sus palabras me han molestado, si voy a gritarle por haber sido honesto conmigo. Y no sé qué ve en mi rostro que parece desarmarlo. Se mete las manos en los bolsillos. Hace círculos en el suelo con las bambas.

—No me dijiste que habías matado a alguien.

Respiro de forma insegura y me pregunto si existirá una forma adecuada de responder a una afirmación como esa. Me pregunto si alguien más, además de James, será capaz de decirme algo así algún día. Creo que no. Así que me limito a asentir. Y a decir:

—Lo siento mucho. Debería habértelo...

—¿Y entonces por qué no lo hiciste? —me grita, dejándome impactada—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué lo sabía todo el mundo menos yo?

Me quedo helada un segundo, helada ante el dolor de su voz, la ira de sus ojos. No sabía que me considerara una amiga, y me doy cuenta de que debería haberlo sabido. James no ha conocido a mucha gente en su vida; Adam es todo su mundo. Kenji y yo fuimos las dos únicas personas a quienes conoció verdaderamente antes de llegar al Punto Omega. Y para un niño huérfano en estas circunstancias, debió de significar mucho tener amigos nuevos. Pero he estado tan preocupada por mis propios problemas que nunca se me ocurrió que a James le importaría tanto. Nunca me di cuenta de que se habría tomado mi descuido como una traición. Que los rumores que oyó de los otros niños le habrían hecho tanto daño como a mí.

Así que decido sentarme, ahí mismo, en el túnel. Le hago sitio para que se siente junto a mí. Y le digo la verdad.

—No quería que me odiaras.

Mira fijamente al suelo.

—Yo no te odio.

—¿No?

Se coge los cordones. Suspira. Mueve la cabeza.

—Y no me gustaba lo que decían de ti —dice, en voz más baja—. Los otros niños. Me decían que eras mala y desagradable y yo les decía que no. Les decía que eres tranquila y simpática. Y que tienes el pelo bonito. Y me decían que era un mentiroso.



Trago saliva, con dificultad, con el corazón compungido.

—¿Crees que tengo el pelo bonito?

—¿Por qué lo mataste? —me pregunta James, con los ojos como platos, dispuesto a ser comprensivo—. ¿Estaba intentando hacerte daño? ¿Tenías miedo?

Respiro varias veces antes de responder.

—¿Recuerdas lo que te dijo Adam sobre mí? —le digo, temblorosa—. ¿Eso de que no puedo tocar a nadie sin hacerle daño?

James asiente.

—Bien, pues eso es lo que ocurrió —le digo—. Lo toqué y murió.

—¿Pero por qué? —pregunta—. ¿Por qué lo tocaste? ¿Porque querías que muriera?

Mi cara parece de porcelana rota.

—No —le digo, negando con la cabeza—. Era joven... en realidad, solo tenía algún año más que tú. Él se había caído en el supermercado y yo intentaba ayudarlo a levantarse. —Hago una pausa larga—. Fue un accidente.

James se queda un rato en silencio.

Me mira, se mira los zapatos y las rodillas, que tiene agarradas contra el pecho, por turnos. Mira hacia al suelo y finalmente murmura:

—Siento haber estado enfadado contigo.

—Y yo siento no haberte dicho la verdad —le susurro.

Asiente. Se rasca un granito de la nariz. Me mira.

—¿Entonces podemos volver a ser amigos?

—¿Quieres ser amigo mío? —Parpadeo con fuerza para eliminar el escozor de mis ojos—. ¿No me tienes miedo?

—¿Serás mala conmigo?

—Nunca.

—¿Entonces por qué tendría que tenerte miedo?

Y me echo a reír, básicamente porque no quiero llorar. Asiento demasiadas veces.

—Sí —le digo—. Entonces volvamos a ser amigos.

—Vale —me dice, y se levanta—. Porque no quiero comer más con esos niños.

Me levanto. Me quito el polvo de la parte trasera del traje.

—Pues come con nosotros —le digo—. Puedes sentarte en nuestra mesa siempre que quieras.

—Vale. —Asiente. Vuelve a apartar la mirada. Se toca la oreja—. ¿Sabías que Adam está muy triste siempre? —Me mira con sus ojos azules.

No puedo hablar. No puedo decir nada.

—Adam dice que está triste por tu culpa. —James me mira como si estuviera esperando a que yo lo negara—. ¿También le hiciste daño por accidente? Ha estado en el ala médica, ¿lo sabías? Estaba enfermo.

Y creo que me voy a venir abajo, ahí mismo, pero por alguna razón no lo hago. No puedo mentirle.

—Sí —le digo a James—. Le hice daño accidentalmente. Pero ahora... ahora no me acerco a él. Y así no puedo volver a hacerle daño.

—¿Y entonces por qué sigue estando triste? ¿Si ya no puedes hacerle daño?

Muevo la cabeza, aprieto los labios porque no quiero llorar y no sé qué decir. Pero parece que James lo entiende.

Me abraza.

Por la cintura. Me abraza y me dice que no llore porque él confía en mí. Él cree que le hice daño a Adam accidentalmente. Y también al niño pequeño.

—Pero hoy ten cuidado, ¿vale? Y mete alguna que otra hostia.

Estoy tan estupefacta que tardo un rato en darme cuenta de que, no solo ha dicho una palabrota, sino que acaba de tocarme por primera vez. Intento retenerlo al máximo sin crear una situación incómoda, pero creo que mi corazón sigue en algún charco del suelo.

Y entonces me doy cuenta: todos lo saben.

James y yo vamos juntos hacia el comedor y noto que las miradas son distintas. Me miran con expresiones llenas de orgullo, fuerza y reconocimiento. Sin miedo. Sin sospecha. Me he convertido oficialmente en uno de ellos. Lucharé por ellos, con ellos, contra el enemigo.

Veó lo que hay en sus ojos porque empiezo a recordar la sensación que genera.

Esperanza.

Es como una gota de miel, un campo de tulipanes que florecen en primavera. Es aire fresco, una promesa susurrada, un cielo despejado, el signo de puntuación perfecto al final de una oración.

Y es la única cosa en el mundo que me mantiene a flote.

## TREINTA

—No queríamos que fuera así —me dice Castle—, pero normalmente estas cosas nunca van como uno planea.

Están equipándonos a Adam, a Kenji y a mí para la batalla. Estamos en una de las salas de entrenamiento más grandes, con cinco personas más que nunca había visto. Se encargan de las armas y armaduras. Es increíble que cada persona del Punto Omega tenga un trabajo. Todos contribuyen en algo. Todos tienen una tarea.

Todos trabajan en equipo.

—Ahora mismo seguimos sin saber *exactamente* por qué o cómo puede hacer lo que hace, señorita Ferrars, pero espero que, cuando sea el momento, su Energía aparezca. Este tipo de situaciones de gran estrés son perfectas para provocar nuestras habilidades. De hecho, el setenta y ocho por ciento de los miembros del Punto declaró haber descubierto por primera vez su habilidad estando en alguna circunstancia crítica y de alto riesgo.

Sí, evito decirle. Parece correcto.

Castle coge algo de una de las mujeres de la sala, creo que se llama Alia.

—Y no debe preocuparse por nada —dice—. Estaremos ahí mismo en caso de que suceda cualquier cosa.

No señalo que no he dicho en ninguna ocasión que esté preocupada. Al menos en voz alta, vaya.

—Estos son sus nuevos guantes —dice Castle, entregándomelos—. Pruébeselos.

Estos guantes nuevos son más cortos, más suaves: acaban justo en la muñeca y se abrochan con un botón a presión. Son más gruesos, un poco más pesados, pero se adaptan perfectamente a mis dedos. Cierro la mano en un puño. Sonrío ligeramente.

—Son increíbles —le digo—. Dijo que los había diseñado Winston, ¿verdad?

El rostro de Castle se descompone.

—Sí —dice en voz baja—. Los terminó ayer.

Winston.

Fue el primer rostro que vi cuando me llegué aquí. Su nariz torcida, las gafas de plástico, el pelo rubio como la arena y su formación en psicología. Su necesidad de café asqueroso.

Me vienen a la cabeza las gafas rotas que vimos en la mochila.

No tengo la menor idea de qué le habrá pasado.

Alia regresa con un artilugio de cuero en las manos. Parece un arnés. Me pide que levante las manos y me ayuda a ponérmelo, y veo que es una pistolera. Tiene correas de cuero gruesas que se cruzan en el centro de mi espalda, y cincuenta tiras muy finas diferentes hechas de cuero negro que se superponen alrededor de la parte más alta de mi cintura —justo debajo del pecho— como una especie de corsé inacabado. Es como un sujetador sin copas. Alia me lo tiene que abrochar y sigo sin entender exactamente qué llevo. Espero a que alguien me dé algún tipo de explicación.

Y entonces veo las armas.

—La nota no decía nada de ir desarmado —dice Castle cuando Alia le pasa dos pistolas automáticas de una forma y tamaño que reconozco. Justo ayer practiqué con esas.

Lo hice fatal.

—Y no veo razón para que no lleve ninguna —dice Castle. Me muestra dónde están las pistolas a cada lado de mi caja torácica. Me enseña cómo se guardan las pistolas, cómo abrocharlo, dónde están los cartuchos de recambio.

No me molesto en decir que no tengo ni idea de como se recarga un arma. Kenji y yo nunca llegamos a esa parte de la lección. Estaba demasiado ocupado intentando hacerme recordar que no usara un arma para gesticular mientras hacía preguntas.

—Espero que las armas de fuego sean un último recurso —me dice Castle—. Tiene armas suficientes en su arsenal personal... no debería tener que disparar a nadie. Y, en caso de que vea que está usando su don para destruir algo, le sugiero que lleve esto puesto. —Sostiene un juego de algo que parecen ser variaciones elaboradas de nudilleras de metal—. Alia las ha diseñado para usted.

Mis ojos pasan de Castle a los extraños objetos que lleva en la mano. Le doy las gracias a Alia por dedicar su tiempo en elaborar algo para mí y ella tartamudea una respuesta incoherente, sonrojándose como si no pudiera creerse que me dirijo a ella.

Estoy desconcertada.

Cojo las piezas de Castle y las inspecciono. La parte inferior está hecha de cuatro círculos concéntricos soldados entre sí, con un diámetro lo bastante grande como para encajar como un conjunto de anillos, ajustados a mis guantes. Deslizo los dedos por los agujeros y giro la mano para examinar la parte superior. Parece un pequeño escudo, un millón de piezas de bronce de cañón que me cubren los nudillos, los dedos, toda la palma de la mano. Puedo cerrar la mano y el metal se mueve con el movimiento de mis articulaciones. No es tan pesado como parece.

Me pongo la otra pieza. Cierro los dedos. Cojo las armas, atadas ya a mi cuerpo.

Fácil.

Puedo hacerlo.

—¿Le gusta? —me pregunta Castle. Nunca antes lo había visto sonreír tanto.

—Me encanta —le digo—. Todo es perfecto. Muchas gracias.

—Muy bien. Estoy muy contento. Ahora —dice—, si me disculpa, tengo que atender algunos otros detalles antes de que nos vayamos. Volveré enseguida. —Inclina la cabeza ligeramente antes de salir. Todos los demás, excepto Kenji, Adam y yo se van.

Me giro para ver cómo están ellos y un millón de palabras mudas caen de mi boca abierta.

Kenji lleva un traje.

Una especie de traje que no tiene nada que ver con el mío. Es negro de pies a cabeza, su pelo y ojos negro azabache son la combinación perfecta para el traje, amoldado a todas las curvas de su cuerpo. Parece que el traje tenga un tacto sintético, casi como si fuera de plástico; bulla bajo la luz fluorescente de la sala y parece demasiado rígido como para moverse. Pero luego lo veo estirando los brazos y moviéndose hacia delante y hacia atrás sobre la punta de los pies y de repente el traje parece fluido, como si se moviera con él. Lleva botas pero no guantes, y un arnés, como yo. Pero el suyo es distinto: lleva pistolas sencillas que le cuelgan sobre los brazos como las tiras de una mochila.

Y Adam.

Adam ~~está espectacular~~ lleva una camiseta de manga larga, azul marino y peligrosamente ceñida al pecho. No logro evitar entretenerme en los detalles de su traje, no puedo evitar recordar qué se siente cerca de él, a sus brazos. ~~Está justo en frente de mí y lo extraño como si no lo viera desde hace años.~~ Lleva pantalones de color caqui metidos dentro de las mismas botas negras

que llevaba cuando lo vi por primera vez en el manicomio, a la altura de la espinilla y elegantes, hechas de piel suave, y le quedan tan bien que es sorprendente que no se las hicieran a medida. Pero no lleva armas.

Siento tanta curiosidad que le pregunto:

—¿Adam?

Levanta la cabeza y se queda parado. Parpadea, con las cejas levantadas, boquiabierto. Sus ojos se desplazan por todo mi cuerpo, se detienen para examinar el arnés que enmarca mi pecho, las pistolas que cuelgan cerca de mi cintura.

No dice nada. Solo me mira hasta que finalmente aparta la vista, como si le hubieran dado un golpe en el estómago y no pudiera respirar. Se pasa una mano por el pelo, hace presión con la palma de la mano en la frente y dice algo sobre que vuelve enseguida.

Estoy mareada.

Kenji se aclara la garganta, haciendo ruido. Mueve la cabeza.

—¡A ver! En serio, ¿quieres matarlo?

—¿Qué?

Kenji me mira, tratándome como si fuera idiota.

—No puedes ir por ahí con tus «Oh, Adam, mírame, mira qué atractiva estoy con este traje nuevo» y con tus caídas de ojos...

—¿? —Me opongo—. ¿De qué hablas? ¡No le hago caídas de ojos! Y llevo el mismo traje de siempre...

Kenji refunfuña. Se encoge de hombros y dice:

—Bueno, pues parece otro.

—Estás mal de la cabeza.

—Solo digo que —dice, con la manos en alto haciendo ver que se rinde— ¿si fuera él? ¿Y tú fueras mi novia? ¿Y estuvieras andando por ahí de esa forma y yo no pudiera tocarte? —Aparta la vista. Vuelve a encogerse de hombros—. No siento envidia por ese pobre tío.

—No sé qué hacer —susurro—. No intento hacerle daño...

—¡Joder! Olvídate de lo que he dicho —dice, haciendo gestos con las manos—. De verdad. No es asunto mío. —Me lanza una mirada—. Y no te lo tomes como una invitación para empezar a contarme tus sentimientos más profundos.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—No voy a contarte nada sobre mis sentimientos.

—Mejor. Porque no quiero saberlo.

—¿Has tenido novia alguna vez, Kenji?

—¿Qué dices? —Parece ofendidísimo—. ¿Te parece que soy de la clase de chico que nunca ha tenido novia? ¿Me conoces?

Pongo los ojos en blanco.

—Olvida la pregunta.

—No me puedo creer lo que acabas de decir.

—Eres tú quien siempre dice que no quiere hablar de sentimientos —le espeto.

—No —dice—. He dicho que no quiero hablar de sentimientos. —Me señala—. No tengo ningún problema en hablar de los míos.

—¿Quieres hablar de tus sentimientos?

—Joder, ¡que no!

—Pe...

—Que no.

—Muy bien. —Aparto la mirada. Tiro de las correas de mi espalda—. ¿Y cómo va tu traje? —le pregunto.

—¿Qué quieres decir con cómo? —Frunce el ceño. Se pasa la mano por el traje—. Este traje es la leche.

Me aguanto la risa.

—Quería decir que por qué llevas un traje. ¿Por qué Adam no?

Se encoge de hombros.

—Adam no lo necesita. Poca gente lo necesita... eso depende del tipo de don que tengamos. En mi caso, este traje me hace la vida mucho más fácil. No siempre lo uso, pero cuando tengo que ponerme serio en una misión, ayuda mucho. Cuando tengo que camuflarme sobre algún fondo —explica— es mucho menos complicado si cambio de un color sólido —de ahí el negro— y si llevo demasiadas capas o demasiados accesorios añadidos alrededor del cuerpo tengo que concentrarme mucho más para asegurarme de que camufló todos los detalles. Si soy una sola pieza y de un solo color, me convierto en un camaleón mucho mejor. Además —añade, estirando los músculos de los brazos—, este traje me queda de puta madre.

Me concentro para no estallar en carcajadas.

—Vale, ¿y qué pasa con Adam? —le pregunto—. ¿Adam no necesita un traje o pistolas? No me parece bien.

—Sí que llevo pistolas —dice Adam al volver a la sala. Tiene los ojos fijos en las manos, que abre y cierra al levantarlas—. Pero no las puedes ver.

No puedo dejar de mirarlo, de observarlo.

—Pistolas invisibles, ¿no? —Kenji sonríe con superioridad—. Qué tierno. Creo que yo nunca pasé por esta fase.

Adam mira a Kenji.

—En estos momentos llevo nueve armas diferentes ocultas en el cuerpo. ¿Quieres elegir la que voy a usar para pegarte un tiro en la cabeza? ¿O lo hago yo?

—Era una *broma*, Kent. Joder. Hablaba en broma...

—Muy bien, todos.

Todos nos damos la vuelta al oír la voz de Castle.

Nos examina a los tres.

—¿Están listos?

—Sí —respondo.

Adam asiente.

—Acabemos con esto —dice Kenji, impaciente por empezar.

—Sígueme.



## TREINTA Y UNO

Son las 10:32 de la mañana.

Nos queda exactamente una hora y veintiocho minutos para encontrarnos con el comandante supremo.

Este es el plan:

Castle y todas las personas aptas del Punto Omega ya están en sus sitios. Se fueron hace media hora. Se esconden en los edificios abandonados que bordean la circunferencia del punto de encuentro indicado en la nota. Estarán preparados para una ofensiva en cuanto Castle dé la señal. Castle solo la dará si detecta que estamos en peligro.

Adam, Kenji y yo iremos a pie.

Kenji y Adam están familiarizados con el territorio no regulado porque, como soldados, se les exigía tener conocimiento de las partes que estaban fuera de los límites. Nadie tiene permiso para entrar en las tierras de nuestro anterior mundo. Los callejones extraños, las calles laterales, los restaurantes antiguos y los edificios de oficinas son territorio prohibido.

Kenji nos ha comentado que nuestro punto de encuentro está situado en una de las pocas áreas suburbanas que todavía se mantiene en pie; dice que la conoce bien. Al parecer, cuando era soldado lo mandaron a esa zona para hacer varios recados, siempre para dejar paquetes sin marcar en buzones abandonados. Nunca le hablaban de los paquetes, y él no fue tan estúpido como para preguntar.

Dice que es raro que alguna de estas casas viejas siga siendo funcional, sobre todo si se tiene en cuenta lo estricto que es el Restablecimiento para asegurarse de que los civiles nunca intentan regresar a su antiguo hogar. De hecho, la mayor parte de los barrios residenciales fueron derribados tras la primera toma de poder. Por eso, es muy raro encontrar zonas que hayan quedado intactas. Pero ahí está, escrito en la nota con letras mayúsculas demasiado juntas:

SYCAMORE, 1542

Nos encontraremos con el comandante supremo dentro de lo que antes fue la casa de alguien.

—¿Y qué crees que tenemos que hacer? ¿Tocas el timbre? —Kenji nos está llevando hacia la salida del Punto Omega.

Yo miro hacia delante en la tenue luz del túnel e intento concentrarme en los treinta y cinco pájaros carpinteros que hay ahora mismo en mi estómago.

—¿Qué creéis? —vuelve a preguntar Kenji—. ¿Es demasiado? Quizás solo deberíamos llamar a la puerta, ¿no?

Trato de reír, haciendo un esfuerzo poco entusiasta.

Adam está callado.

—Vale, vale —dice Kenji, poniéndose serio—. Cuando salgamos de aquí, ya conocéis el procedimiento. Nos damos las manos. Yo proyecto para que nos camuflemos los tres. Uno a cada lado. ¿Entendido?

Asiento, intentando no mirar a Adam al hacerlo.

Esta será una de las primeras pruebas de su habilidad; tendrá que ser capaz de desactivar su don mientras coja de la mano a Kenji. Si no lo consigue, la proyección de Kenji no funcionará, y Adam estará expuesto. En peligro.

—Kent —dice Kenji—, entiendes los riesgos si no consigues llevarlo acabo ¿no?

Adam asiente, resuelto. Dice que ha entrenado todos los días, que ha estado trabajando con Castle para mantener el control. Que todo irá bien.

Me mira al decirlo.

Siento como si mis emociones saltasen desde un avión.

Casi no me había dado cuenta de que estamos llegando a la superficie cuando Kenji nos hace gestos para que lo sigamos por una escalera. Pensando a la vez que subo, repasando el plan que nos hemos pasado horas elaborando una y otra vez.

Llegar hasta allí es lo fácil.

Al entrar dentro las cosas se complican.

En teoría, tenemos que fingir hacer un intercambio. Se supone que los rehenes tienen que estar con el comandante supremo, y se supone que debo supervisar su puesta en libertad. En teoría es un intercambio.

Yo por ellos.

Pero en realidad no tenemos ni idea de lo que va a pasar. No sabemos, por ejemplo, quién abrirá la puerta. No sabemos si responderá. De hecho ni siquiera sabemos si nos reuniremos dentro de la casa o fuera de ella. Tampoco

sabemos cómo van a reaccionar al ver a Adam y a Kenji o al ver el arsenal improvisado que llevamos atado.

No sabemos si empezarán a dispararnos inmediatamente.

Esta es la parte que me da miedo. No estoy tan preocupada por mí como lo estoy por Adam y Kenji. Son el giro inesperado del plan. Son el elemento sorpresa. Son el elemento inesperado que nos dará la única ventaja que podemos tener en estos momentos o el elemento inesperado que acaba muerto en cuanto se descubre. Empiezo a pensar que ha sido una muy mala idea.

Me empiezo a preguntar si es posible que esté equivocada. Que quizás no esté preparada para esto.

Pero ahora es demasiado tarde para echarse atrás.

## TREINTA Y DOS

—Esperad aquí.

Kenji nos pide que nos escondamos y saca la cabeza fuera del refugio. Ya ha desaparecido de nuestra vista, está camuflado. Nos dirá si estamos a salvo para salir.

Adam y yo nos convertimos en el silencio personificado mientras esperamos.

No puedo hablar de lo nerviosa que estoy.

Demasiado nerviosa como para pensar.

*Puedo hacerlo podemos hacerlo no tenemos otro remedio que hacerlo,* me repito a mí misma.

—Vamos —oigo la voz de Kenji por encima de nuestras cabezas. Lo seguimos por el último tramo de escalera. Hemos elegido una de las salidas alternativas del Punto Omega—, una que solo conocen siete personas, según Castle. Tomamos todas las precauciones posibles.

Adam y yo conseguimos salir con esfuerzo y enseguida noto el frío y Kenji me envuelve la cintura con la mano. Frío frío frío. Corta como mil cuchillas que rebanan la piel. Me miro los pies y no veo más que un brillo apenas perceptible donde se supone que están mis botas. Muevo los dedos delante de la cara.

Nada.

Miro alrededor de mí.

Ni rastro de Adam ni de Kenji exceptuando su mano invisible, que ahora se apoya en la parte baja de mi espalda.

*Ha funcionado.* Adam ha conseguido que funcionara. Me siento tan aliviada que tengo ganas de cantar.

—¿Me oís? —susurro, contenta de que nadie pueda verme sonriendo.

—Sí.

—Sí, estoy aquí —dice Adam.

—Buen trabajo, Kent —le dice Kenji—. Sé que no te resulta fácil.

—Estoy bien —dice Adam—. Todo bien. Vamos. —Hecho.

Somos una especie de cadena humana.

Kenji está entre Adam y yo y todos andamos a la vez, cogidos de la mano, mientras Kenji nos guía por esta zona desértica. No sé dónde estamos, y me doy cuenta de que muy pocas veces lo sé. Este mundo sigue pareciéndome muy extraño, demasiado nuevo. Pasar tanto tiempo aislada mientras el mundo se venía abajo no me ha hecho ningún favor.

Kenji se detiene.

Se queda callado.

—¿Por qué nos paramos? —pregunto.

Kenji me hace callar.

—¿No oyes eso?

—¿El qué?

Adam aguanta la respiración.

—Mierda. Viene alguien.

—Un tanque —especifica Kenji.

—Más de uno —añade Adam.

—¿Y entonces por qué seguimos aquí...?

—Un momento, Juliette, espérate un momento...

Y entonces lo veo. Un desfile de tanques bajan por la calle principal. Cuento seis en total.

Kenji suelta una serie de improperios en voz baja.

—¿Qué es esto? —pregunto—. ¿Qué problema hay?

—Solo había una razón para que Warner ordenara que salieran más de dos tanques a la vez en la misma ruta —me dice Adam.

—Se preparan para luchar.

Jadeo.

—Él lo sabe —dice Kenji—. ¡Mierda! Claro que lo sabe. Castle tenía razón. Sabe que venimos con apoyo. *Mierda*.

—¿Qué hora es, Kenji?

—Tenemos unos cuarenta y cinco minutos.

—Pues avancemos —le digo—. No tenemos tiempo para preocuparnos por lo que va a pasar. Castle está preparado... ya había previsto algo así. No pasará nada. Pero si no llegamos a esa casa a tiempo puede que hoy Winston, Brendan y los demás mueran.

—Quizás nosotros también muramos hoy —señala.

—Sí —le digo—. Eso también.

Avanzamos rápido por las calles. Velozmente. Nos lanzamos a través del claro hacia algo parecido a la civilización y entonces lo veo: los restos de un

universo dolorosamente familiar. Casitas cuadradas con pequeños patios cuadrados en los que ahora no crecen más que malas hierbas que se descomponen al viento. La hierba muerta cruje bajo nuestros pies, helada y poco atractiva. Contamos hacia atrás las casas.

Sycamore, 1542.

Tiene que ser esta. Es imposible equivocarse.

Es la única casa de toda la calle que parece completamente funcional. La pintura es reciente, limpia, de un tono azul turquesa muy bonito. Unas pocas escaleras conducen hasta el porche central, donde veo dos mecedoras de mimbre blanco y una jardinera enorme llena de flores de color azul brillante que nunca antes había visto. Veo un felpudo de bienvenida hecho de goma, campanillas de viento que cuelgan de una viga de madera, macetas de arcilla y una pala pequeña en una esquina. Es todo todo todo lo que ya no podemos tener.

Alguien *vive* aquí.

Es imposible que esto exista.

Empujo a Kenji y a Adam hacia la casa, abrumada por la emoción, olvidándome casi por completo de que ya no nos dejan vivir en este mundo antiguo y hermoso.

Alguien tira de mí.

—No es aquí —me dice Kenji—. Nos hemos equivocado de calle. *Mierda*. Nos hemos equivocado de calle... se supone que estamos dos calles más abajo...

—Pero esta casa... es... quiero decir, Kenji, aquí *vive* alguien...

—Aquí no vive nadie —dice—. Seguramente alguien la ha construido para despistarnos... de hecho, me apuesto lo que quieras a que la casa está llena de C4. Seguramente es una trampa para atrapar a gente que merodea por zonas no reguladas. Vamos. —Vuelve a tirar de mi mano—. Tenemos que darnos prisa. ¡Nos quedan siete minutos!

Y a pesar de que corremos hacia delante yo sigo mirando hacia atrás, esperando ver algún signo de vida, esperando ver a alguien saliendo a buscar el correo, esperando ver un pájaro volando.

Y puede que sea mi imaginación.

Puede que esté loca.

Pero podría jurar que acabo de ver cómo se movía una cortina en la ventana del piso de arriba.

## TREINTA Y TRES

Noventa segundos.

El verdadero número 1542 de la calle Sycamore es una casa tan ruinoso como imaginaba en un principio. Un montón de ruinas, el techo que cruje ante el peso de tantos años de abandono. Adam, Kenji y yo estamos a la vuelta de la esquina, fuera de la vista aunque técnicamente sigamos siendo invisibles. No hay nadie por ninguna parte, y toda la casa parece abandonada. Empiezo a preguntarme si esto es una broma planeada.

Setenta y cinco segundos.

—Chicos, quedaos escondidos —les digo, con una inspiración repentina—. Quiero que piense que estoy sola. Si algo va mal, podéis aparecer, ¿vale? No podemos arriesgarnos a que vuestra presencia lo líe todo demasiado rápido.

Se quedan callados un momento.

—Joder. ¡Qué buena idea! —dice Kenji—. Tendría que haberlo pensado antes.

No puedo evitar sonreír, aunque solo sea un poquito.

—Voy a soltarme.

—Eh... buena suerte —dice Kenji, con voz suave repentinamente—. Estaremos detrás de ti.

—Juliette...

Vacilo al oír la voz de Adam.

Está a punto de decir algo pero parece que cambia de opinión. Se aclara la garganta. Murmura:

—Prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo —le digo al viento, luchando contra las emociones. Ahora no. Ahora no puedo enfrentarme a esto. Tengo que concentrarme.

Así que respiro profundamente.

Doy un paso adelante.

Me suelto.

Diez segundos y trato de respirar.

*Nueve* y trato de ser valiente.  
*Ocho*, pero la verdad es que estoy muerta de miedo.  
*Siete* y no tengo la menor idea de lo que me espera detrás de esa puerta.  
*Seis* y estoy segura de que me va a dar un ataque al corazón.  
*Cinco* pero ya no hay marcha atrás.  
*Cuatro*, porque está ahí.  
*Tres*, tengo la puerta justo enfrente de mí.  
*Dos*, solo tengo que llamar.  
*Uno*, pero la puerta se abre de golpe antes de que consiga el valor para hacerlo.  
—¡Qué bien! —dice—. Llegas justo a tiempo.



## TREINTA Y CUATRO

—Esperad aquí.

—Da gusto —dice— ver que los jóvenes siguen valorando cosas como la puntualidad. Resulta muy frustrante que la gente te haga perder el tiempo.

Tengo la cabeza llena de botones perdidos, cristales rotos y puntas de bolígrafos rotos. Asiento lentamente, pestañeando como una idiota, incapaz de encontrar palabras en mi boca porque o se han perdido o nunca han existido o simplemente no sé qué decir.

No sé lo que esperaba.

Quizás pensaba que sería viejo, decrepito y ligeramente ciego. Quizás que llevaría un parche en el ojo y tendría que andar con bastón. Puede que tuviera los dientes podridos, la piel desigual y el pelo áspero y medio calvo y quizás fuese un centauro, un unicornio, un viejo brujo con sombrero puntiagudo, nada, nada, nada parecido a eso. Porque no puede ser. No es natural. Me resulta muy difícil de comprender y cualquier cosa que me esperara era equivocada; estaba completa, increíble y horriblemente equivocada.

Veo a un hombre de una belleza impresionante, pasmosa.

Y es un *hombre*.

Debe tener en torno a los 45 años, alto y fuerte, vestido con un traje que le queda injustamente bien. Tiene el pelo grueso, suave como la crema de avellanas; la mandíbula puntiaguda, las líneas de expresión completamente simétricas, los pómulos endurecidos por la vida y la edad. Pero los ojos marcan la diferencia. Son lo más espectacular que he visto en mi vida.

Son de color azul verdoso.

—Por favor —me dice, esbozando una sonrisa increíble—, adelante.

Y entonces me doy cuenta, justo en ese momento, de que de repente todo tiene sentido. Su mirada; su estatura; su actitud delicada y elegante; la facilidad con la que casi se me olvida que es malvado.

Es el padre de Warner.

Doy un paso para entrar en una especie de sala de estar. Hay sofás viejos y burdos alrededor de una mesita de café. El papel pintado está amarillento y

despegado a causa de los años. La casa desprende un fuerte olor a moho, lo cual indica que las ventanas llevan años sin abrirse, la alfombra que tengo a los pies es de color verde bosque y las paredes están adornadas con paneles de madera sin sentido. Esta casa podría describirse en una palabra: fea. Me parece ridículo que un hombre tan notable esté dentro de una casa tan horriblemente inferior.

—¡Ah! Espera —me dice—, una cosa.

—¿Qué...?

Me inmoviliza por la garganta contra la pared, con las manos cuidadosamente enfundadas en guantes de piel, preparadas para tocarme la piel y cortarme el oxígeno, asfixiándome tan fuerte que creo que voy a morir. Estoy segura de que esto es lo que se siente cuando uno muere, al estar inmovilizado por completo, sin fuerzas del cuello para abajo. Intento arañarlo, le golpeo el cuerpo con la energía que me queda pero me voy rindiendo, castigándome por mi propia estupidez, dedicando mis últimos pensamientos a condenarme a mí misma por ser tan tonta, por pensar que podría llegar aquí y conseguir algo, hasta que me doy cuenta de que me ha desabrochado las pistoleras, me ha robado las pistolas y se las ha metido en el bolsillo.

Me suelta.

Caigo al suelo.

Me pide que me siente.

Agito la cabeza, tosiendo para aliviar mis pulmones torturados, respirando con dificultad el aire sucio y rancio, jadeando de forma extraña y horrible, sufriendo espasmos por todo el cuerpo por el dolor. Llevo menos de dos minutos aquí dentro y ya me ha vencido. Tengo que averiguar qué puedo hacer, cómo conseguir salir viva de esto. Ahora no es momento de detenerse.

Cierro los ojos con fuerza durante un momento. Intento liberar mis vías respiratorias, trato de despejarme la cabeza. Cuando al fin levanto la mirada él ya se ha sentado en una de las sillas y me mira como si estuviera muy entretenido.

Casi no puedo hablar.

—¿Y los rehenes?

—Están bien. —El hombre, cuyo nombre desconozco, agita la mano en señal de despreocupación—. No les pasará nada. ¿Seguro que no quieres sentarte?

—¿Qué... —Intento aclararme la garganta y me arrepiento inmediatamente, forzándome a parpadear para contener las lágrimas traidoras que me queman los ojos—... ¿qué quieres de mí?

Se inclina hacia delante en el asiento. Junta las manos.

—¿Sabes qué? Ya no lo tengo tan claro.

—¿Cómo?

—Bueno, seguro que te has dado cuenta de que todo esto —señala con la cabeza hacia la habitación— es una simple distracción, ¿no? —Esboza una increíble sonrisa—. Seguramente te has dado cuenta de que mi objetivo final era atraer a tu gente hacia mi territorio, ¿verdad? Mis hombres esperan una sola palabra. Una palabra mía basta para que busquen y eliminen a todos tus amiguitos que esperan pacientemente en un radio de un kilómetro.

El terror me saluda.

Se ríe un poco.

—Si te crees que no sé exactamente qué es lo que pasa en mi propia *tierra*, señorita, estás muy equivocada. —Menea la cabeza—. He dejado que esos bichos raros vivan entre nosotros libremente, y ha sido error mío. Me están causando demasiados problemas y ahora es el momento de eliminarlos.

—Yo soy uno de estos bichos raros —le digo, intentando controlar mi temblorosa voz—. ¿Por qué me has traído aquí si lo único que quieres es matarnos? ¿Por qué yo? No tenías porqué tratarme diferente.

—Tienes razón. —Asiente. Se levanta. Se mete las manos en los bolsillos—. He venido con un propósito: arreglar el lío que ha montado mi hijo y poner fin a los ingenuos esfuerzos de un grupo de anormales idiotas. Para eliminarlos de este triste mundo. Pero entonces —dice, riéndose un poco— justo al empezar a trazar mis planes, mi hijo vino y me rogó que no te matara. Solo a ti. —Se detiene. Levanta la mirada—. Me *rogó* de verdad que no te matara. —Se vuelve a reír—. Fue tan patético como sorprendente.

»Y claro, entonces me di cuenta de que tenía que conocerte —me dice, sonriendo, mirándome como si estuviera cautivado—. *¡Tengo que conocer a la chica que ha hechizado a mi hijo!* me dije a mí mismo. La chica que le ha hecho perder el orgullo, la dignidad, lo suficiente como para pedirme un favor. —Se detiene—. ¿Sabías... —me dice—... que mi hijo nunca me había pedido un favor? —Ladea la cabeza. Espera a que responda.

Niego con la cabeza.

—Nunca. —Respira—. Nunca, ni una sola vez en diecinueve años me había pedido nada. Es difícil de creer ¿no te parece? —Esboza una sonrisa amplia y brillante—. Me atribuyo el mérito, por supuesto. Lo he educado bien. Le enseñé a ser autosuficiente, dueño de sí mismo, libre de las necesidades y deseos que pierden a los demás hombres. ¿Y al oír esas palabras suplicantes y vergonzosas? —Agita la cabeza—. Bueno. Es normal,

estaba intrigado. Tenía que verlo por mí mismo. Tenía que entender lo que había visto, lo que te hacía tan especial que hubiese podido causar una falta de juicio tan grande. Aunque, para serte franco —dice—, pensaba que no vendrías. —Se saca una mano del bolsillo, hace gestos al hablar—. Quiero decir, deseaba que lo hicieras. Pero pensaba que, si lo hacías, al menos vendrías con apoyo... con algún tipo de respaldo. Pero aquí estás, vestida con esa monstruosidad de licra —se ríe a carcajadas— y sola. —Me examina—. Muy estúpido —dice—. Pero valiente. Eso me gusta. Admiro la valentía.

—De todos modos, te he traído aquí para enseñarle una lección a mi hijo. Tenía intención de matarte —me dice, empezando a andar por la habitación lenta y firmemente—. Y prefería hacerlo en un lugar en el que me aseguraría de que lo viera. La guerra es desorganizada —añade, haciendo gestos con la mano—. Es fácil perder la cuenta de quién ha muerto o cómo murió y quién mató a quién, etcétera, etcétera. Quería que esta muerte fuera tan limpia y simple como el mensaje que transmitía. Después de todo, no es bueno para él que se creen apegos de este tipo. Es mi deber como padre terminar con estas tonterías.

Una roca del tamaño de mi puño se encuentra bajo mi lengua y no puedo escupirla. Me duele mucho, muchísimo, tremendamente el estómago. Este hombre es muchísimo peor de lo que me podría haber llegado a imaginar.

Al hablar, de mi boca no sale más que un jadeo, un susurro.

—¿Y entonces por qué no me matas y ya está?

Vacila.

—No lo sé. No sabía que resultarías tan encantadora. Creo que mi hijo nunca mencionó lo hermosa que eres. Y siempre es difícil matar algo hermoso. —Suspira—. Además, me has sorprendido. Has llegado puntual. Estabas dispuesta a sacrificarte por esas criaturas despreciables tan estúpidas como para dejarse atrapar.

Respira intensamente.

—Quizás podríamos quedarnos contigo. Si no resultas útil, por lo menos puedes ser una distracción. —Inclina la cabeza, pensativo—. Aunque si nos quedamos contigo, supongo que tendrás que volver al Capitolio conmigo, porque ya no puedo confiar en que mi hijo haga las cosas bien. Le he dado demasiadas oportunidades.

—Gracias por la oferta —le digo, luchando por ignorar las serpientes que nadan por mi torrente sanguíneo, el jarabe de cereza que corre hacia abajo por mi cuello—. Pero antes me tiraría por un acantilado.

El sonido de su risa se parece a un centenar de campanillas, felices, saludables y contagiosas.

—¡Vaya! —Sonríe de forma radiante, cálida y tremendamente sincera. Agita la cabeza. Llama por encima del hombro en dirección a lo que parece ser otra habitación, quizás la cocina, no estoy segura, y dice—: Hijo, ¿puedes venir, por favor?

Y solo puedo pensar en que a veces te estás muriendo, estás a punto de explotar, estás a un metro bajo tierra buscando una ventana cuando alguien vierte un líquido muy ligero sobre tu pelo y te enciende una cerilla en la cara.

Warner está aquí.

## TREINTA Y CINCO

Aparece en el portal justo enfrente de donde estoy y está exactamente como lo recordaba. Pelo dorado, piel perfecta, ojos demasiado brillantes para su tono esmeralda difuminado. Tiene un rostro hermosísimo, que ahora veo que ha heredado de su padre. Es un tipo de rostro en el que ya nadie confía: líneas y ángulos y una simetría que resulta ofensivamente perfecta. Nadie debería querer tener un rostro así. Es un rostro destinado a los problemas, al peligro, una forma de compensar el exceso de maldad de su interior y atrapar a un inocente desprevenido.

Es excesivo.

Es demasiado.

~~Me asusta.~~

Parece que sus colores son el negro, el verde y el dorado. Su traje, negro como el carbón, se adapta a su cuerpo, delgado pero musculoso, se compensa con su camisa de color blanco impoluto y se complementa con una corbata negra y sencilla anudada al cuello. Está recto, firme, es alto. Parecería imponente ante cualquier otra persona, incluso con la mano derecha en cabestrillo. Es el tipo de chico a quien solo le enseñaron a ser un hombre, a quien le dijeron que borrara el concepto de infancia de sus objetivos vitales. No se atreve a sonreír, no arruga la frente de angustia. Le han enseñado a ocultar sus emociones, a esconder sus pensamientos del mundo y a no confiar en nada ni en nadie. A tener lo que quiere a cualquier precio. Lo veo claramente.

Pero a mí me mira de otra forma.

Me mira y resulta cautivador, alarmante. Su mirada es demasiado intensa; sus ojos, demasiado profundos. Su expresión está llena de algo que no quiero reconocer. Me mira como si yo lo hubiera conseguido, como si le hubiera disparado en el corazón y lo hubiera destrozado, como si lo hubiera dejado morir después de que él me confesara su amor y yo me negara a pensar que fuera posible. Se me corta corta corta la respiración al notar la agonía en su expresión, ~~y no es algo no es nada no es nada~~ no es lo que me esperaba.

Y ahora veo la diferencia. Veo lo que ha cambiado.

No hace ningún esfuerzo por ocultarme sus sentimientos.

Mis pulmones mienten, fingen no poder expandirse para reírse a mi costa y mis dedos aletean, luchando por escapar de la cárcel de mis huesos como si llevaran diecisiete años esperando para echar a volar.

*Huye*, me dicen los dedos.

*Respira*, me repito a mí misma.

Warner como niño. Warner como hijo. Warner como chico que tiene un conocimiento limitado de su propia vida. Warner, con un padre que le dará una lección matando a aquello por lo que está dispuesto a rogar.

Warner como ser humano me aterra más que cualquier otra cosa.

El comandante supremo se impacienta.

—Siéntate —le dice a su hijo, señalando el sofá en el que estaba sentado.

Warner no me dirige la palabra.

Tiene los ojos clavados en mi rostro, en mi cuerpo, en el arnés atado a mi pecho; detiene la mirada en mi cuello, en las marcas que probablemente ha dejado su padre y percibo movimiento en su garganta, veo la dificultad que tiene para tragar saliva ante lo que ve delante suyo pero finalmente se mueve y entra en el salón. Empiezo a darme cuenta de que es clavado a su padre. Su forma de andar, la forma en que le sienta el traje, su meticulosidad en la higiene. Sin embargo no hay duda de que detesta al hombre al que no consigue dejar de emular.

—Me gustaría saber —dice el supremo— cómo conseguiste escapar exactamente. —Me mira—. Me ha entrado la curiosidad, y me ha resultado muy difícil sonsacarle estos detalles a mi hijo.

Parpadeo.

—Explícame —me dice—. ¿Cómo escapaste?

Estoy confundida.

—¿La primera vez o la segunda?

—¿Dos veces? ¡Conseguiste escapar dos veces! —Se ríe a carcajadas, se golpea la rodilla—. Es increíble. Pues las dos veces. ¿Cómo huiste las dos veces?

Me pregunto por qué intenta ganar tiempo. No entiendo por qué quiere hablar si hay tanta gente esperando para la guerra y no puedo evitar esperar que Adam, Kenji, Castle y todos los demás no se hayan muerto de frío ahí fuera. Y, aunque no tengo un plan, tengo una corazonada. Tengo el presentimiento de que puede que los rehenes estén escondidos en la cocina. Así que voy a seguirle la corriente un rato.

Le explico que la primera vez salté por la ventana. Que la segunda disparé a Warner.

El supremo ya no sonríe.

—¿Le *disparaste*?

Miro a Warner y veo que sigue clavando su ojos en mi rostro, que su boca sigue sin arriesgarse a moverse. No tengo ni idea de lo que debe de estar pensando y me entra tal curiosidad que tengo ganas de provocarlo.

—Sí —le digo, mirando a Warner a los ojos—. Le disparé. Con su propia pistola. —Se le tensa la mandíbula repentinamente y baja la mirada hacia las manos, que tiene agarradas con demasiada fuerza sobre su regazo. Parece como si se acabara de arrancar una bala del cuerpo con sus propios dedos.

El supremo se pasa una mano por el pelo, se frota la barbilla. Noto que parece inquieto por primera vez desde que he llegado y me pregunto cómo es posible que no supiera cómo escapé.

Me pregunto qué habrá explicado Warner sobre la herida de bala que tiene en el brazo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto sin poder contenerme, capturando las palabras demasiado tarde. No debería estarle haciendo este tipo de preguntas estúpidas pero odio tener que dirigirme hacia él como «el supremo», como si fuera una especie de entidad intocable.

El padre de Warner me mira, con las cejas elevadas unos centímetros de más.

—¿Que cómo me llamo?

Asiento.

—Puedes llamarme Comandante Supremo Anderson —me dice, confundido—. ¿Qué importancia tiene?

—¿Anderson? Yo creía que tu apellido era Warner.

Pensaba que tendría un nombre que podría utilizar para hacer distinción entre él y el Warner que conozco demasiado bien.

Anderson respira con dificultad, mira a su hijo con disgusto. —Está claro que no —me dice—. Mi hijo pensó que sería buena idea adoptar el apellido de su madre, porque este es el tipo de estupideces que hace. El tipo de errores —dice, haciendo una especie de declaración— que comete una y otra vez... que permite que sus emociones se interpongan en el camino del *deber*... es patético —dice, escupiendo en dirección a Warner—. Por eso mismo, aunque me gustaría dejarte vivir, querida, me temo que eres una distracción demasiado grande en su vida. No puedo permitir que proteja a una persona



que ha intentado matarlo. —Agita la cabeza—. No puedo creer que tenga que estar manteniendo esta conversación. ¡Qué vergüenza demuestra ser!

Anderson mete la mano en el bolsillo, saca una pistola, me apunta a la cabeza.

Cambia de idea.

—¡Estoy harto de arreglártelo todo siempre! —le grita a Warner, cogiéndole la mano, haciendo que se levante del sofá—. Lo empuja justo delante de mí, le pone la pistola en la mano buena.

—Dispara —le dice—. Dispárale ahora mismo.

## TREINTA Y SEIS

Warner tiene la mirada clavada en la mía.

Me mira, con ojos llenos de sentimientos, y ya no estoy segura ni de conocerlo. No estoy segura de comprenderlo, de saber qué va a hacer, y entonces levanta la pistola con la mano fuerte y firme y me apunta directamente en la cara.

—Date prisa —dice Anderson—. Cuanto antes lo hagas, antes podrás seguir adelante. Acaba con...

Pero Warner ladea la cabeza. Se gira.

Apunta a su padre.

Me quedo sin aliento.

Anderson parece apático, irritado. Se pasa una mano impaciente por la cara y saca otra pistola, mi pistola. Es increíble.

Padre e hijo, amenazando con matarse.

—Apunta en la dirección correcta, Aaron. Esto es absurdo. *Aaron*.

Por poco se me escapa la risa en medio de esta locura. Warner se llama *Aaron*.

—No tengo intención de matarla —le dice Warner ~~Aaron~~ a su padre.

—Muy bien. —Anderson vuelve a apuntarme con la pistola—. Entonces lo haré yo.

—Dispárale —dice Warner— y te meteré una bala en la cabeza.

Es un triángulo de la muerte. Warner apunta a su padre, su padre me apunta a mí. Yo soy la única que va desarmada y no sé qué hacer.

Si me muevo, moriré. Si no me muevo, moriré.

Anderson sonríe.

—¡Qué bonito! —dice. Tiene una sonrisa fácil y perezosa, coge la pistola de forma aparentemente relajada—. ¿Qué quiere decir esto? ¿Te hace parecer valiente, hijo? —Se detiene—. ¿Te hace sentir fuerte?

Warner se queda callado.

—¿Te hace querer ser mejor persona? —Se ríe entre dientes—. ¿Te ha llenado la cabeza de sueños? —Se ríe más fuerte.

»Has perdido la cabeza —dice— por una niña tonta que es demasiado cobarde incluso si la apuntan en la cara con una pistola. Esta —dice, apuntando con más énfasis en dirección a mí— es la niña tonta de quien te has enamorado. —Exhala brevemente y con fuerza—. No sé por qué me sorprende.

Hay una nueva tensión en su respiración. Una nueva tensión en la mano con la que agarra la pistola. Son los únicos indicios de que a Warner puedan afectarle remotamente las palabras de su padre.

—¿Cuántas veces... —pregunta Anderson—... has intentado matarme? ¿Cuántas veces me he despertado por la noche y te he encontrado intentando dispararme mientras dormía, incluso cuando eras pequeño? —Ladea la cabeza—. ¿Diez veces? ¿Quince, quizás? Debo admitir que he perdido la cuenta. —Mira a Warner. Vuelve a sonreír—. ¿Y cuántas veces... —dice, en voz mucho más alta—... fuiste capaz de hacerlo? ¿Cuántas veces lo conseguiste? ¿Cuántas veces... —dice—... te echaste a llorar, pidiendo perdón, aferrándote a mí como un loco...?

—Cállate —dice Warner, con voz muy alta, muy regular, con el cuerpo tan firme que da miedo.

—Eres *débil* —escupe Anderson, indignado—. Un romántico patético. ¿No quieres matar a tu propio padre? ¿Te asusta demasiado que pueda romperte tu miserable corazón?

La mandíbula de Warner se tensa.

—Dispárame —dice Anderson, con ojos danzarines, radiantes de diversión—. ¡Te he dicho *que me dispares!* —grita, agarrándole el brazo lesionado hasta apretar firmemente los dedos alrededor de la herida, torciéndole el brazo hasta que a Warner se le corta la respiración por el dolor, pestañea velozmente, intentando reprimir de forma desesperada el chillido que se está formando en su interior. La mano sana, con la que agarra la pistola, vacila un poco.

Anderson lo suelta. Lo empuja con tanta fuerza que Warner tropieza al intentar mantener el equilibrio. Tiene la cara blanca como una tiza. La sangre se va filtrando por el brazo que lleva en cabestrillo.

—Hablas demasiado —dice Anderson, moviendo la cabeza—. Pero nunca llegas hasta el final. Me *avergüenzas* —le dice a Warner, haciendo un gesto de repulsión—. Me pones *enfermo*.

Un fuerte chasquido.

Anderson le da un revés en la cara tan fuerte que Warner se balancea un momento, estando ya desequilibrado por la sangre que está perdiendo. Pero

no dice nada.

No hace ningún sonido.

Está ahí, soportando el dolor, parpadeando rápido, con la mandíbula tensa, mirando a su padre sin rastro de emoción en el rostro; la única señal de que lo acaban de abofetear es la marca roja y viva de la mejilla, la sien y parte de la frente. Pero el cabestrillo tiene ya más sangre que algodón, tiene demasiada mala cara como para poder mantenerse en pie.

Sin embargo, no dice nada.

—¿Quieres amenazarme otra vez? —Anderson respira con dificultad al hablar—. ¿Sigues creyendo que puedes defender a tu amiguita? ¿Crees que voy a permitir que tu estúpido enamoramiento se entrometa en todo lo que he construido? ¿En todo en lo que he estado trabajando? —La pistola de Anderson ya no me apunta. Se olvida de mí para apuntar con la pistola en la frente a Warner, clavándola en su piel mientras habla—. ¿Es que no te he enseñado *nada*? —grita—. ¿No has aprendido *nada* de mí?

No sé cómo explicar lo que ocurre a continuación.

Lo único que sé es que tengo la mano en su garganta y lo he empotrado contra la pared, superada por una rabia tan cegadora, ardiente, tan absorbente que creo que mi cerebro ya se ha incendiado y convertido en cenizas.

Aprieto un poco más.

Él balbucea. Jadea. Intenta alcanzar mis brazos, agarrándose el cuerpo con manos flácidas y se está poniendo rojo y azul y morado y yo disfruto de ello. Estoy disfrutando muchísimo.

Creo que sonrío.

Acerco mi cara a menos de un centímetro de su oreja y le susurro:

—Suelta el arma.

Y lo hace.

Lo suelto al mismo tiempo que cojo la pistola.

Anderson respira con dificultad, tose, intenta respirar, intenta hablar, intenta coger algo con que defenderse y me divierte su dolor. Estoy flotando en una nube de odio absoluto y concentrado hacia este hombre y hacia todo lo que ha hecho y tengo ganas de sentarme y echarme a reír hasta que las lágrimas me ahoguen en una especie de silencio satisfactorio. Ahora entiendo muchas cosas. Muchísimas.

—Juliette...

—Warner —le digo, suavemente, sin dejar de mirar el cuerpo de Anderson desplomado en el suelo enfrente de mí— necesito que ahora me dejes sola.

Sopeso la pistola en mis manos. Pruebo a poner el dedo en el gatillo. Intento recordar lo que me enseñó Kenji sobre apuntar bien. Sobre mantener las manos y los brazos firmes. Sobre estar preparada para el contragolpe, el retroceso, del arma.

Inclino la cabeza. Hago recuento de las partes de su cuerpo.

—Tú... —consigue decir Anderson al fin—, tú...

Le disparo en la pierna.

Grita. Creo que grita. Ya no puedo oír nada. Parece que mis oídos estén llenos de algodón, como si alguien intentara hablarme o gritarme pero todo estuviera apagado, y tengo que concentrarme demasiado en estos momentos como para prestar atención a lo que ocurre a mi alrededor. Lo único que noto es la reverberación del arma en mi mano. Lo único que oigo es el disparo resonando en mi cabeza. Y decido que me gustaría repetirlo.

Le disparo en la otra pierna.

Grita mucho.

Me divierte el miedo reflejado en sus ojos. La sangre que estropea la costosa tela de su traje. Quiero decirle que no resulta muy atractivo con la boca abierta de esta forma, pero entonces pienso que seguramente no le importará mi opinión. Para él no soy más que una niña tonta. Solo una niña tonta, una niña estúpida con cara bonita que es demasiado cobarde, como dijo, demasiado cobarde como para defenderse. Y... ¡ah! ¿No quería llevarme? ¿No quería llevarseme como si fuera su mascota? Entonces decido que no. No debería molestarme en compartir mis pensamientos con él. No tiene sentido gastar palabras con alguien que está a punto de morir.

Apunto a su pecho. Intento recordar dónde está el corazón. No del todo a la izquierda. Ni del todo en el centro. Justo... *ahí*.

Perfecto.

## TREINTA Y SIETE

*Soy una ladrona.*

*Le robé esta libreta y este bolígrafo a uno de mis doctores, de una de sus batas de laboratorio, cuando no miraba, y me los metí en los pantalones. Fue justo antes de que les ordenara a esos hombres que vinieran a buscarme. Esos que llevaban trajes raros, guantes gruesos y máscaras de gas con esas ventanas de plástico neblinosas que les escondían los ojos. Recuerdo que pensé que eran extraterrestres. Recuerdo pensar que tenían que ser extraterrestres porque no podían ser humanos los que me esposaron las manos detrás de la espalda, los que me ataron al asiento. Me disparaban con tasers en la piel sin parar con el único objetivo de oírme gritar, pero no lo hacía. Gemí pero no solté ni una palabra. Notaba como las lágrimas resbalaban por mis mejillas, pero no lloraba.*

*Creo que eso los hizo enfadar.*

*Me dieron una bofetada para que me despertara, aunque tenía los ojos abiertos cuando llegamos. Alguien me desató sin quitarme las esposas, me dio una patada en las rótulas y después me ordenó que me levantara. Y lo intenté. Lo intenté pero no pude, y finalmente seis manos me sacaron fuera y mi rostro estuvo sangrando sobre el hormigón durante un rato. No consigo recordar la parte en que me arrastraron hacia dentro.*

*Siempre tengo frío.*

*Me siento vacía, como si no tuviera dentro nada más que este corazón roto, el único órgano que me queda en este caparazón. Noto que los lamentos resuenan dentro de mí, que los latidos reverberan en mi esqueleto. La ciencia dice que tengo corazón, pero la sociedad dice que soy un monstruo. Y ya lo sé, por supuesto que lo sé. Sé lo que he hecho, no pido compasión.*

*Pero a veces pienso, a veces me pregunto... si fuera un monstruo, ¿ahora lo sentiría?*

*Me sentiría enfadada y despiadada y vengativa. Conozco la rabia ciega, la sed de sangre y la necesidad de reivindicación.*

*En lugar de eso siento un abismo dentro de mí que es tan profundo y oscuro que no puedo ver a través de él; no puedo ver lo que contiene. No sé lo que soy ni lo que me puede suceder.*

*No sé qué podría volver a hacer.*

## TREINTA Y OCHO

Una explosión.

El sonido de cristales que se hacen añicos.

Alguien me da un tirón hacia atrás cuando aprieto el gatillo y la bala atraviesa la ventana que hay detrás de la cabeza de Anderson.

Me doy la vuelta.

Kenji me agita, me agita tan fuerte que noto como mi cabeza se mueve hacia delante y hacia atrás, y me grita, me dice que nos tenemos que ir, que tengo que soltar el arma, y respira con dificultad mientras me dice:

—Tengo que pedirte que te alejes, ¿vale? ¿Juliette? ¿Me escuchas? Tienes que retroceder ahora mismo. Todo irá bien... estarás bien... no habrá problema... solo tienes que...

—No, Kenji... —Intento evitar que me aparte, intento mantener los pies donde estaban porque él no lo entiende. Tiene que entenderlo—. Tengo que matarlo. Tengo que asegurarme de que muere —le digo—. Dame solo unos segundos...

—No —me dice— todavía no, ahora no. —Y me mira como si estuviera a punto de desmoronarse, como si hubiera visto algo en mi rostro que desearía no haber visto, y me dice—. No podemos. Todavía no podemos matarlo. Es demasiado pronto, ¿sabes?

Pero no es lo correcto y no entiendo qué pasa, pero Kenji me coge de la mano, hace palanca para quitarme la pistola de los dedos, que no sabía que se aferraban con tanta fuerza al mango. Parpadeo. Me siento confundida y decepcionada. Me miro las manos. El traje. No entiendo de dónde sale tanta sangre.

Miro a Anderson.

Tiene los ojos en blanco. Kenji le toma el pulso. Me mira y dice:

—Creo que se ha desmayado. Y mi cuerpo empieza a temblar tan violentamente que apenas consigo mantenerme en pie.

¡Qué he hecho!



Retrocedo, intentando encontrar una pared a la que aferrarme, algo sólido que me sostenga, y Kenji me coge, me agarra muy fuerte con un brazo y me sostiene la cabeza con el otro, y tengo ganas de echarme a llorar pero por alguna razón no lo consigo. No puedo hacer otra cosa que soportar estos temblores que me sacuden todo el cuerpo.

—Tenemos que irnos —me dice Kenji, acariciándome el pelo en un gesto de ternura que sé que es raro para él. Cierro los ojos contra su hombro, intentando sacar fuerzas de su calor—. ¿Crees que estarás bien? —me pregunta—. Tendrás que ir andando conmigo, ¿vale? Y también tendremos que correr.

—Warner —digo con la respiración entrecortada, soltándome de los brazos de Kenji, con los ojos desorbitados—. ¿Dónde es...?

Está inconsciente.

Un bulto en el suelo. Los brazos atados a la espalda, una jeringuilla vacía está tirada en la alfombra a su lado.

—Yo me he ocupado de él —dice Kenji.

De repente todo me golpea a la vez. Las razones por las cuales se supone que estamos aquí, lo que intentábamos conseguir en primer lugar, lo que acabo de hacer realmente y lo que iba a hacer.

—Kenji —jadeo—. Kenji, ¿dónde está Adam? ¿Qué ha pasado? ¿Y los rehenes? ¿Está todo el mundo bien?

—Adam está bien —me asegura—. Nos hemos metido por la puerta trasera y hemos encontrado a Ian y a Emory. —Mira hacia la cocina—. Están bastante mal, pero Adam los está sacando de aquí y está intentando que se despierten.

—¿Y los demás? ¿Brendan? ¿Y... y Winston?

Kenji niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero tengo el presentimiento de que podremos encontrarlos.

—¿Cómo?

Kenji señala a Warner.

—Nos lo llevaremos como rehén.

—¿Qué?

—Es nuestra mejor opción —me dice—. Otro intercambio. Esta vez, uno de verdad. Además, no habrá ningún problema. Le quitas las armas, y este chico de oro se vuelve inofensivo. Camina hacia el cuerpo inmóvil de Warner. Le da un empujón con la punta de la bota y lo coge en brazos, colocándose encima del hombro. No puedo evitar darme cuenta de que el brazo lesionado de Warner está ya completamente empapada de sangre.

—Vamos —me dice Kenji, amablemente, examinándome como si no estuviera seguro de si ya me he estabilizado—. Salgamos de aquí... ahí fuera reina el caos y no les queda mucho tiempo para llegar hasta esta calle...

—¿Qué? —Parpadeo muy deprisa—. ¿Qué quieres decir con...?

Kenji me mira, la incredulidad se refleja en su rostro.

—La princesa. Están luchando a muerte ahí fuera...

—Pero Anderson no dio la señal... dijo que esperaban a que diera la orden...

—No —dice Kenji—. Anderson no dio la orden. Pero Castle sí.

Oh.

Dios mío.

—¡Juliette!

Adam entra corriendo a la casa, dando golpes para encontrarme hasta que corro hacia delante y me coge en brazos sin pensarlo, sin recordar que ya no hacemos estas cosas, que ya no estamos juntos, que no debería tocarme.

—Estás bien... ¡estás bien!

—VAMOS —nos grita Kenji por última vez—. Sé que es un momento emotivo y todo eso, pero tenemos que pirarnos de aquí ya. Kent, te juro que...

Pero Kenji se detiene.

Baja la mirada.

Adam está de rodillas, con una expresión de miedo y dolor y horror y rabia y terror grabado en el rostro y yo intento sacudirlo, intento conseguir que me diga qué ocurre pero él no puede moverse, está paralizado en el suelo, con los ojos clavados sobre el cuerpo de Anderson, acerca las manos para tocar el pelo que estaba tan bien peinado hace unos momentos y yo le ruego que me diga algo, que me diga qué ha pasado, pero es como si el mundo hubiese cambiado ante sus ojos, como si todo lo que siempre había pensado que era verde se hubiera vuelto marrón, como si todo lo que pensaba que estaba boca arriba estuviera boca abajo, como si nada en este mundo pudiera volver a ser justo y nada pudiera volver a ser bueno y por fin entreabre los labios.

Intenta hablar.

—Mi padre —dice—. Este hombre es mi padre.

## TREINTA Y NUEVE

—Mierda. —Kenji cierra los ojos con fuerza como si no pudiera creerse lo que está pasando.

—Mierda, mierda, *mierda*. —Cambia de posición a Warner sobre el hombro, duda entre ser delicado o hacer de soldado y habla—. Adam, tío, lo siento, pero tenemos que irnos de aquí ya...

Adam se levanta, conteniendo, imagino, mil pensamientos, recuerdos, preocupaciones e hipótesis, y lo llamo pero es como si ni siquiera pudiera oírme. Está confundido, desorientado, y yo me pregunto cómo puede ser que este hombre sea su padre si Adam me dijo que estaba muerto.

Ahora no es momento para este tipo de conversaciones.

Algo estalla a lo lejos y el impacto hace temblar el suelo, las ventanas y las puertas de la casa, y parece que Adam vuelve a la realidad. Da un salto hacia delante, me coge de la mano y salimos corriendo por la puerta.

Kenji está al mando y consigue correr a pesar de soportar el peso del cuerpo de Warner, sin fuerzas, colgándole del hombro, y *nos* grita que nos mantengamos unidos. Yo me doy la vuelta, para observar el caos que nos rodea. El sonido de los disparos está demasiado cerca demasiado cerca demasiado cerca.

—¿Dónde están Ian y Emory? —le pregunto a Adam—. ¿Los has sacado de ahí?

—Un par de los nuestros estaban luchando cerca de aquí y consiguieron apropiarse de uno de los tanques... les he dicho que los lleven de vuelta al Punto Omega —me dice, gritando para que lo oiga—. Era el transporte más seguro.

Asiento, respirando con dificultad mientras corremos muy rápido por las calles, y trato de concentrarme en los sonidos de nuestro alrededor, para intentar averiguar quién va ganando, para intentar averiguar si nos han diezmado. Doblamos la esquina.

Parece como si fuese a haber una masacre.

Cincuenta de los nuestros luchan contra quinientos soldados de Anderson, que descargan sin parar, disparando contra cualquier cosa que pudiera ser un objetivo. Castle y los demás protegen su zona, ensangrentados y heridos pero luchando lo mejor que pueden. Nuestros hombres y mujeres van armados y avanzan para enfrentarse a los disparos de la oposición; los demás luchan de la única forma que conocen: un hombre tiene las manos en el suelo y congela el suelo que pisan los soldados haciendo que pierdan el equilibrio; otro corre a tanta velocidad entre los soldados que se vuelve borroso y los confunde, los derriba y les roba las armas. Miro hacia arriba y veo a una mujer escondida en un árbol, lanzando objetos que deben de ser cuchillos o flechas uno tras otro tan rápido que los soldados no tienen tiempo de reacción antes de ser atacados desde arriba.

Y en medio de todo está Castle, con las manos extendidas sobre la cabeza, recogiendo un torbellino de partículas, escombros, tiras de acero dispersas y ramas rotas valiéndose solo del movimiento de las puntas de sus dedos. Los otros forman una pared humana a su alrededor para protegerlo mientras forma un ciclón de tal magnitud que incluso yo puedo ver que está haciendo un esfuerzo por mantenerlo controlado.

*Entonces lo suelta.*

Los soldados gritan, chillan, dan marcha atrás y se agachan para protegerse pero son demasiado lentos para escapar del caos y caen, con fragmentos de cristal y piedras y madera y metales rotos atravesados, pero sé que esta forma de defenderse no durará mucho.

Alguien tiene que decírselo a Castle.

Alguien tiene que decirle que se vaya, que huya de aquí, que Anderson ha sido abatido, hemos recuperado a dos de los de rehenes y tenemos a Warner. Tiene que llevar a nuestra gente de vuelta al Punto Omega antes de que los soldados se vuelvan más hábiles y alguien tire una bomba lo bastante potente como para destruirlo todo. Nuestra gente no podrá aguantar mucho más y tenemos la oportunidad perfecta para ponerlos a salvo.

Les explico a Adam y a Kenji lo que estoy pensando.

—¿Pero cómo? —grita Kenji en medio del caos—. ¿Cómo podemos llegar hasta él? ¡Si nos acercamos estamos muertos! Necesitamos algún tipo de distracción...

—¿Qué? —le grito.

—¡Una distracción! —me repite—. Hay que confundir a los soldados lo bastante como para que uno de nosotros coja a Castle y le dé luz verde... no tenemos mucho tiempo...

Adam intenta agarrarme, detenerme, me ruega que no haga lo que cree que voy a hacer y yo le digo que no pasará nada. Le digo que no se preocupe. Le pido que ponga a los demás a salvo y le prometo que todo irá bien pero él me coge, sus ojos me lo ruegan y tengo muchas ganas de quedarme aquí, a su lado, pero me aparto. Por fin sé lo que tengo que hacer; por fin estoy preparada para ayudar; por fin estoy ligeramente segura de que puede que esta vez consiga ser capaz de controlarlo y tengo que intentarlo.

Así que pierdo el equilibrio.

Cierro los ojos.

Me dejo ir.

Caigo de rodillas, presiono la palma de la mano contra la tierra y noto el poder que fluye a través de mí, noto que me hiela la sangre y que se mezcla con la ira, la pasión, el fuego que tengo dentro y pienso en todas las veces que mis padres me llamaron monstruo, que me dijeron que era un horrible y espantoso error, y en todas las noches que lloré hasta quedarme dormida y veo todos los rostros que querían verme muerta y después todo es como una presentación de diapositivas que dan vueltas por mi cabeza; hombres, mujeres y niños; manifestantes inocentes atropellados en las calles. Veo armas y bombas, fuego y devastación, mucho sufrimiento sufrimiento sufrimiento, y quiero chillar; quiero chillar al viento y me preparo. Cierro el puño. Tiro el brazo hacia atrás y *destrozo* lo que queda de esta tierra.

## CUARENTA

Todavía sigo aquí.

Abro los ojos y por un momento me quedo asombrada, confundida, esperando estar muerta o con daños cerebrales o, como mínimo, aplastada en el suelo, pero esta realidad se niega a desaparecer.

El mundo retumba, se agita, se mueve y cobra vida bajo mis pies y mi puño sigue en el suelo y tengo miedo de soltarlo. Estoy de rodillas, mirando hacia arriba a ambos bandos de la batalla y veo que los soldados aminoran la marcha. Veo que sus ojos miran a todos lados. Veo que sus pies resbalan al no poder mantenerse en pie, y no puedo ignorar los crujidos, los chasquidos, las grietas inconfundibles que aparecen en las calzadas; y es como si las fauces de la vida estuvieran estirándose, como si hicieran rechinar sus dientes, bostezaran para despertarse y presenciar la caída de la raza humana.

La tierra mira a su alrededor, boquiabierta ante la injusticia, la violencia, las estratagemas del poder que no se detiene ante nada ni nadie y solo se sacia con la sangre de los débiles, los gritos de los reticentes. Es como si la tierra quisiera echar un vistazo a lo que hemos estado haciendo todo este tiempo y resulta aterrador ver lo decepcionada que parece.

Adam corre.

Corre entre una multitud que sigue respirando con dificultad y busca una explicación para el terremoto que ha habido bajo sus pies y derriba a Castle, lo tira al suelo, grita a hombres y mujeres y se agacha, esquivo una bala perdida, pone en pie a Castle y nuestra gente empieza a correr.

Los soldados del bando opuesto chocan los unos con los otros y se tropiezan con una maraña de extremidades al intentar correr más rápido que los demás y me pregunto cuánto rato tengo que aguantar, cuánto tengo que seguir para que sea suficiente, y Kenji grita:

—¡Juliette!

Y me giro justo a tiempo para oír que me dice que me detenga.

Y eso hago.

El viento, los árboles y las hojas caídas se mueven y vuelven a su sitio y todo se detiene y por un momento no consigo recordar cómo se vive en un mundo que no se está viniendo abajo.

Kenji me levanta de un tirón y echamos a correr, somos los últimos del grupo en irnos y me pregunta si estoy bien, y me pregunto cómo puede ser que siga llevando en brazos a Warner; creo que tiene que ser muchísimo más fuerte de lo que parece, y pienso que a veces soy demasiado dura con él; no lo valoro lo suficiente. Empiezo a darme cuenta de que es una de mis personas favoritas del mundo y estoy contentísima de que esté bien.

Contentísima de que sea mi amigo.

Me aferro a su mano y me dejo llevar hacia un tanque abandonado a nuestro lado de la división y de repente me doy cuenta de que no veo a Adam, de que no se adonde ha ido y me desespero, lo llamo a gritos hasta que noto que me rodea la cintura con los brazos, me habla al oído, y seguimos buscando refugio mientras a lo lejos suenan los últimos tiros.

Trepamos al tanque.

Cerramos las puertas.

Desaparecemos.

## CUARENTA Y UNO

Tengo la cabeza de Warner en el regazo.

Es la primera vez que lo veo con un rostro tan suave, calmado y pacífico y por poco le acaricio el pelo antes de recordar lo incómoda que es esta situación realmente.

~~Asesino en mi regazo.~~

~~Asesino en mi regazo.~~

~~Asesino en mi regazo.~~

~~Asesino en mi regazo.~~

Miro a mi derecha.

Las piernas de Warner descansan sobre las rodillas de Adam y él parece estar tan incómodo como yo.

—Paciencia, chicos —dice Kenji, conduciendo el tanque hacia el Punto Omega—. Sé que esto es muy raro, pero no he tenido tiempo para pensar un plan mejor.

Nos mira a los dos tres pero nadie dice nada hasta que...

—¡Estoy tan contenta de que estéis bien, chicos! —Suelto estas trece sílabas como si llevaran demasiado tiempo dentro de mí, como si las hubiera sacado a la fuerza, como si las hubiera expulsado de la boca, y entonces me doy cuenta de lo preocupada que estaba por si no conseguíamos regresar con vida los tres—. ¡Estoy tan contenta de que estéis bien!

Estoy rodeada de respiraciones profundas, solemnes, regulares.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Adam—. El brazo... ¿estás bien?

—Sí. —Muevo la muñeca y trato de no hacer ninguna mueca—. Quizás me la tengan que vendar con algo un par días, pero sí, estoy bien. Estos guantes y esta cosa metálica me han ayudado, creo. —Muevo los dedos. Examino los guantes—. No tengo nada roto.

—¡Ha sido una pasada! —me dice Kenji—. Nos has salvado, en serio.

Agito la cabeza.

—Kenji... sobre lo que ha pasado... en la casa... lo siento mucho... no...

—Va, no hablemos de esto ahora, ¿de acuerdo?



—¿Qué pasa? —pregunta Adam, atento—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —dice Kenji rápidamente.

Adam lo ignora. Me mira.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Yo solo... solo... —Me cuesta hablar—. Lo que ha pasado con el padre de Wa...

Kenji empieza a soltar improperios en voz alta.

La boca se me paraliza a media palabra.

Al darme cuenta de lo que he dicho, me empiezan a arder las mejillas. Al recordar lo que dijo Adam justo antes de salir corriendo de la casa. De repente se queda pálido, aprieta los labios y mira por la pequeña ventana del tanque.

—A ver... —Kenji se aclara la garganta—. No hace falta que hablemos de esto, ¿vale? De hecho, creo que prefiero hablar sobre esto. Porque, joder, es demasiado para mí como para que...

—Todavía no sé ni cómo puede ser posible —susurra Adam. Parpadea, ahora mira hacia delante y parpadea, parpadea y parpadea— no dejo de pensar que esto tiene que ser un sueño —dice— que me lo estoy imaginando todo. Pero entonces... —Se pone las manos en la cabeza, se ríe con dificultad—. Nunca olvidaré esa cara.

—¿Nunca conociste al comandante supremo? —me atrevo a preguntarle—. ¿O viste alguna foto suya, por lo menos? ¿No tendrías que haberlo visto en el ejército?

Adam niega con la cabeza.

Kenji dice:

—Siempre ha sido... como invisible. Se obsesionó un poco con eso de ser el poder invisible.

—¿Miedo a lo desconocido?

—Algo así, sí. Oí que no quería que pusieran fotos suyas en ninguna parte... tampoco hacía discursos en público, porque pensaba que si la gente le ponía una cara se volvería vulnerable. Humano. Y le entusiasmaba que todos sintieran pánico por él. Ser el máximo poder. La máxima amenaza. Porque... ¿Cómo puedes luchar contra algo si ni siquiera lo ves? ¿Si no puedes ni encontrarlo?

—Por eso era tan importante que él estuviese ahí —digo en voz alta.

—Más o menos.

—Pero tú creías que tu padre estaba muerto —le digo a Adam—. ¿No me habías dicho que había muerto?

—Solo para que lo sepáis —interrumpe Kenji—. Sigo votando la opción *no hace falta que hablemos de esto*. Ya lo sabéis. Era para que lo supierais. Para remarcarlo.

—Creía que lo estaba —dice Adam, todavía sin mirarme—. Eso fue lo que me dijeron.

—¿Quién? —pregunta Kenji. Se sorprende a sí mismo. Hace una mueca—. ¡Mierda! Bueno, de acuerdo. *Vale*. Siento curiosidad.

Adam se encoge de hombros.

—Ahora todo empieza a encajar. Todo lo que no entendía. Lo liada que estaba mi vida con James. Cuando mi madre murió, mi padre nunca venía excepto para emborracharse o darle una paliza a alguien. Supongo que tenía otra vida completamente distinta en alguna otra parte. Por eso solía dejarnos solos siempre.

—Pero eso no tiene sentido —dice Kenji—. O sea, no la parte de que tu padre sea un cabrón, sino... todo el conjunto. Porque si Warner y tú sois hermanos, y tú tienes dieciocho años y Warner diecinueve, y Anderson siempre ha estado casado con la madre de Warner...

—Mis padres nunca se casaron —dice Adam, abriendo los ojos al decir la última palabra, como si todas las piezas acabaran de encajar.

—¿Erais hijos ilegítimos? —dice Kenji, indignado—. Quiero decir... ya sabes, sin ánimo de ofender... pero... no quiero pensar que Anderson pudiera tener una especie de historia de amor apasionada. Es una locura.

Parece como si Adam se hubiera quedado paralizado.

—¡Joder! —murmura.

—A ver... ¿por qué tener una aventura? —pregunta Kenji—. Nunca he entendido esas cosas. Si no estás bien, vete. No engañes. ¿No? —Se ríe entre dientes—. ¡Pues claro que tengo razón! No hay que ser un genio para saberlo. Bueno... —vacila— supongo que era una aventura amorosa —dice, conduciendo y mirando por el parabrisas, sin poder ver la cara de Adam—. Quizás no fue una aventura amorosa. Quizás solo fue un cabronazo que... —Se detiene, avergonzado—. Joder. ¿Veis? Por eso no hablo con la gente de sus problemas personales...

—Fue... —dice Adam, casi sin respirar—. No sé por qué nunca se casó con ella, pero sé que quería a mi madre. Los demás nunca le importamos lo más mínimo —dice—. Solo ella. Siempre ella. Todo fue por ella. Las pocas veces al mes que estaba en casa me tenía que quedar en mi habitación. Tenía que estar callado. Tenía que llamar a mi propia puerta para pedir permiso para salir, aunque fuera para ir al baño. Y normalmente él se enfadaba si mi madre

me dejaba salir. No quería verme a menos que tuviera que hacerlo. Mi madre tenía que darme de cenar a escondidas para que él no se enfadara porque me daba demasiada comida y no se guardaba nada para ella. —Sacude la cabeza—. Y todavía fue peor cuando nació James.

Adam parpadea como si se estuviera quedando ciego.

—Y cuando ella murió —dice, respirando profundamente—, cuando murió lo único que hizo fue culparme por su muerte. Siempre decía que era culpa mía que se hubiera puesto enferma, y que yo era culpable de su muerte. Que yo necesitaba demasiadas cosas, que ella no comía suficiente, que se debilitó porque estaba demasiado ocupada con nosotros, alimentándonos, dándonoslo... todo a nosotros. A mí y a James. —Levanta las cejas—. Y yo lo creí durante mucho tiempo. Creía que por eso él siempre estaba fuera. Pensaba que era una especie de castigo. Pensaba que lo merecía.

Estoy tan horrorizada que no puedo hablar.

—Y... nunca estuvo con nosotros mientras yo crecía —dice Adam— y siempre fue un cabrón. Pero cuando mi madre murió... perdió los estribos. Normalmente venía para emborracharse perdidamente. Solía obligarme a que me pusiera frente a él y así me podía tirar las botellas vacías a la cara. Y si me encogía...

Traga saliva con dificultad.

—Siempre hacía lo mismo —dice Adam, en voz más baja—. Venía. Se emborrachaba. Me pegaba una paliza. Dejó de venir cuando yo tenía catorce años. —Adam se mira las manos, con las palmas hacia arriba—. Cada mes nos mandaba dinero para que sobreviviéramos y entonces... —Se detiene—. Dos años más tarde recibí una carta de nuestro nuevo gobierno donde se me explicaba que mi padre había muerto. Me imaginé que seguramente habría vuelto a perder la cabeza y habría cometido alguna estupidez. Ser atropellado. Caerse al mar. Cualquier cosa. Me daba igual. Me alegré de que hubiera muerto pero tuve que dejar la escuela. Me alisté porque ya no nos quedaba dinero y tenía que ocuparme de James y sabía que no encontraría ningún otro trabajo.

Adam agita la cabeza.

—Nos dejó sin nada, ni un centavo, ni un pedazo de carne, y ahora estoy aquí sentado, en su tanque, huyendo de una guerra global que mi propio *padre* ha ayudado a orquestar —dice, con una risa amarga— y otra de las personas despreciables del planeta está estirada sobre mi regazo inconsciente. —Adam se echa a reír, con dificultad, incrédulo, con la mano enredada en el pelo, tirando de las raíces—. Y es mi *hermano*. De mi propia sangre.

»Mi padre tenía otra vida completamente diferente de la que no tenía la menor idea y, en lugar de estar muerto como debería, me dio un hermano que casi me mata torturándome en un matadero... —Se pasa la mano, temblorosa, por la cara, y entonces se desmorona, se viene abajo, pierde el control y le tiemblan las manos y las aprieta contra la frente y dice:

—Tiene que morir.

Yo ya no estoy respirando, ni siquiera un poco, nada, cuando dice:

—Mi padre... —dice—. Tengo que matarlo.

## CUARENTA Y DOS

~~Te contare un secreto.~~

~~No me arrepiento de lo que hice. No me arrepiento en absoluto: De hecho, si tuviera la oportunidad de volverlo a hacer sé que esta vez lo haría bien. Dispararía a Anderson justo en el corazón.~~

~~Y disfrutaría de ello.~~

## CUARENTA Y TRES

No sé ni por dónde empezar.

El dolor que siente Adam es como que te tiren un puñado de canicas a la cara, un puñado de paja metido en la garganta. Es huérfano, solo tiene un padre que lo pegaba, abusaba de él, lo abandonó para llevar a la miseria al resto del mundo y le legó un nuevo hermano que es lo contrario a él en todos los sentidos.

Warner, cuyo nombre ya no es un misterio; Adam, cuyo apellido de verdad no es Kent.

Kent es su segundo nombre, me dijo. Me contó que no quería tener nada que ver con su padre y que nunca le dijo a nadie su apellido real. Eso, como mínimo, lo comparte con su hermano.

Eso, y el hecho de que ambos tienen esa especie de inmunidad a que los toque.

Adam y Aaron Anderson.

*Hermanos.*

Estoy sentada en la habitación, a oscuras, luchando por reconciliar a Adam con su nuevo hermano, que en realidad no es más que un chico, un niño que odia a su padre y, como resultado de ello, un niño que tomó una serie de desafortunadas decisiones en la vida. Dos hermanos. Dos tipos de elecciones muy distintas.

Dos vidas muy diferentes.

Castle ha venido a verme esta mañana, ahora que todos los heridos han sido llevados al ala médica y la locura ha disminuido, y me ha dicho:

—Señorita Ferrars, ayer fue muy valiente. Quería expresarle mi gratitud, y darle las gracias por lo que hizo... por darnos su apoyo. No sé qué hubiésemos hecho sin usted.

He sonreído, he intentado aceptar el cumplido y he supuesto que había terminado, pero entonces ha continuado hablando.

—De hecho, estoy tan impresionado que me gustaría ofrecerle su primera misión oficial en el Punto Omega.

Mi primera misión oficial.

—¿Está interesada? —me ha preguntado.

Le he dicho que sí que sí que sí que por supuesto que lo estaba, que estaba muy interesada, que estaba interesadísima en tener algo que hacer al fin, algo que conseguir, y él me ha sonreído.

—Me alegro mucho de oírlo. Porque no se me ocurre nadie mejor que usted para ocupar este puesto en particular.

Le devolví la sonrisa.

El sol, la luna y las estrellas me llamaron y me dijeron:

—Deja de sonreír, por favor, porque nos estás dificultando la visión.

Y yo no los escuché y seguí sonriendo. Y entonces le he preguntado a Castle por los detalles de mi misión oficial. La que era perfecta para mí.

Y me ha dicho:

—Me gustaría que se encargara de nuestro nuevo visitante y lo interrogara.

Y he dejado de sonreír.

Me he quedado mirando a Castle fijamente.

—Yo, por supuesto, supervisaré todo el proceso —ha proseguido Castle—, así que puede venir a hacerme preguntas o explicarme sus preocupaciones cuando quiera. Pero tendremos que aprovecharnos de que está aquí, y eso quiere decir que tenemos que intentar hacer que hable. —Castle se ha quedado en silencio un momento—. Parece... parece que siente una especie de cariño extraño hacia usted, señorita Ferrars, y, permíteme, pero creo que nos vendría bien explotarlo. No creo que podamos permitirnos el lujo de ignorar cualquier ventaja que podamos tener. Cualquier cosa que nos pueda contar sobre los planes de su padre o sobre la ubicación de nuestros rehenes será de gran valor. Y no tenemos demasiado tiempo —ha dicho—. Me temo que será necesario que empiece de inmediato.

Y le pedí al mundo que se abriera, dije: mundo, por favor, ábrete, porque me gustaría caer en un río de magma y morir, solo un poquito, pero el mundo no me ha oído porque Castle seguía hablando.

—Quizás usted le puede hacer entrar en razón. Le puede decir que no queremos hacerle daño. O convencerlo para que nos ayude a recuperar a nuestros rehenes.

Y yo le he preguntado, con seguridad.

—¡Ah! ¿Está en alguna especie de calabozo? ¿Entre rejas o algo parecido?

Castle se ha puesto a reír, divertido ante mi repentina e inesperada hilaridad, y me ha dicho que no sea tonta.

—No tenemos nada parecido aquí. Nunca pensé que tendríamos ningún prisionero en el Punto Omega. Pero sí, está en una habitación, y sí, la puerta está cerrada.

—¿Y quiere que entre en su habitación? —le he preguntado—. ¿Con él? ¿A solas?

¡Calma! Claro que estaba calmada. En realidad, sentía todo lo contrario a la calma.

Y entonces la frente de Castle se ha puesto tensa, preocupado.

—¿Hay algún problema? —me ha preguntado—. Creía que, como no la puede tocar, no se sentiría amenazada como los demás. Él ya conoce sus habilidades, ¿no? Me imagino que será lo bastante listo como para mantenerse alejado de usted por su propio bien.

Ha sido gracioso, porque ahí venía: un cubo de hielo, sobre mi cabeza, goteando, chorreando, filtrándose en mis huesos. De hecho no, no ha sido gracioso porque he tenido que decir:

—Sí. De acuerdo. Sí, claro. Casi se me olvida. Claro que no puede tocarme. Tiene razón, señor Castle, ¿en qué demonios estaba pensando?

Castle se ha sentido aliviado, mucho, como si se hubiera bañado en una piscina de agua caliente cuando pensaba que estaba helada antes de tirarse.

Y aquí estoy ahora, sentada justo en la misma posición que hace dos horas, y me empiezo a preguntar cuánto tiempo más podré mantener mi secreto.



## CUARENTA Y CUATRO

Esta es la puerta.

Esta, justo enfrente de mí, aquí es donde está Warner. No hay ventanas ni forma de mirar dentro de la habitación, y empiezo a pensar que esta situación es justo lo contrario a excelente.

Sí.

Entraré en su habitación, desarmada por completo, porque las armas están en lo más profundo del depósito de armas y porque soy letal así que ¿para qué iba a necesitar un arma? Nadie en su sano juicio me pondría una mano encima, excepto Warner, por supuesto, cuyo enloquecido intento de evitar que escapara por la ventana dio como resultado este descubrimiento, el descubrimiento de que puede tocarme sin hacerse daño.

Y no le he dicho nada de esto a nadie.

En realidad pensé que quizás me lo había imaginado, hasta que Warner me besó y me dijo que me quería, y fue entonces cuando me di cuenta de que ya no podía hacer como si esto no estuviera pasando. Pero solo han pasado cuatro semanas desde ese día y no he sabido cómo sacar el tema. Pensé que quizás no tendría que sacarlo. En realidad, no *quería* sacarlo.

Y ahora, pensar en decírselo a todo el mundo, que Adam sepa que, de entre todas las personas, la que odia más del mundo, después de su padre, es la otra persona que puede tocarme... Que Warner ya lo ha hecho, que sus manos han recorrido las formas de mi cuerpo y que sus labios han conocido el sabor de mi boca, sin importar que fuera algo que yo no quería hacer, no puedo hacerlo.

Ahora no. Después de todo esto, no.

Yo soy la única culpable de esta situación. Y tengo que arreglarlo.

Cojo fuerzas y doy un paso adelante.

Fuera de la puerta de Warner hay dos hombres que nunca había visto haciendo guardia. No ayuda mucho, pero me tranquiliza un poco. Los saludo con la cabeza y ellos me devuelven el saludo con tanto entusiasmo que llego a creer que me han confundido con alguien.

—Muchas gracias por haber venido —dice uno de ellos, con los ojos tapados por un flequillo rubio, largo, greñado—. Desde que se ha despertado se ha vuelto loco, no para de tirar cosas e intentar romper las paredes, y amenaza con matarnos a todos. Solo quiere hablar contigo y solo se ha calmado cuando le hemos dicho que estabas viniendo.

—Hemos tenido que sacar todo el mobiliario —añade el otro guardia, con los ojos marrones muy abiertos por la incredulidad—. Lo estaba rompiendo *todo*. Ni siquiera ha comido nada de lo que le hemos dado.

Lo contrario a excelente.

Lo contrario a excelente.

Lo contrario a excelente.

Consigo esbozar una sonrisa y les digo que veré lo que puedo hacer para que se relaje. Ellos asienten, ilusionados al creer que soy capaz de algo de lo que en realidad no soy y abren la puerta.

—Llama a la puerta para avisarnos de que te vas —me dicen—. Si nos llamas, abriremos la puerta.

Asiento para decirles que sí, que claro, que por supuesto, e intento no pensar que en estos momentos estoy más nerviosa que cuando iba a encontrarme con su padre. Estar a solas con Warner en la misma habitación... estar a solas con él sin saber lo que puede hacer o de lo que es capaz, y me siento muy confundida porque ya no sé ni quién es.

Podría ser cien personas diferentes.

Es la persona que me forzó a torturar a un niño pequeño. También es un niño tan aterrorizado y atormentado psicológicamente que intentó matar a su padre mientras dormía. Es el chico que disparó en la frente a un soldado desertor; el chico a quien un hombre en quien creía que podía confiar le enseñó a ser un asesino frío y despiadado. Veo a Warner como un niño que intenta desesperadamente que su padre lo acepte. Lo veo como el líder de un sector entero, ansioso por conquistarme, por usarme en contra de mi voluntad. Lo veo dándole de comer a un perro callejero. Lo veo torturando a Adam casi hasta matarlo. Y después lo oigo diciéndome que me quiere, noto que me *bese* con una pasión y desesperación tan inesperadas que no sé no sé no sé a quién voy a encontrarme.

No sé quién será esta vez. Qué parte de sí mismo va a mostrarme hoy.

Pero entonces pienso que esta vez será distinta. Porque está en mi territorio, y si algo va mal siempre puedo pedir ayuda.

No va a hacerme daño.

Espero.

## CUARENTA Y CINCO

Entro.

La puerta se cierra de golpe, y no reconozco en absoluto al Warner que encuentro dentro de la habitación. Está sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, las piernas estiradas, los pies cruzados a la altura de los tobillos. Solo lleva unos calcetines, una camiseta blanca y unos pantalones negros. Su abrigo, sus zapatos y su sofisticada camisa están tirados en el suelo. Tiene el cuerpo atlético y musculoso, casi no le cabe el pecho dentro de la camiseta; el pelo despeinado, seguramente por primera vez en la vida.

Pero no me mira. Ni siquiera levanta la cabeza cuando me acerco. No se inmuta.

Se me olvida cómo respirar.

Entonces:

—¿Tienes idea... —dice, en voz baja—... de las veces que he leído esto? —Levanta la mano, no la cabeza, y sostiene un rectángulito desteñido entre dos dedos.

Y me pregunto cómo es posible recibir tantos puñetazos en el estómago a la vez.

Mi libreta.

Tiene mi libreta.

Claro.

No puedo creer que se me olvidara. Él fue el último que tocó mi libreta, la última persona que la vio. Me la cogió al descubrir que la había escondido en el bolsillo del vestido cuando estábamos en la base. Fue justo antes de escapar, justo antes de que Adam y yo saltáramos por la ventana y huyéramos. Justo antes de que se diera cuenta de que podía tocarme.

Y ahora sé que ha leído mis pensamientos más dolorosos, mis confesiones más angustiosas, todo lo que escribí mientras estaba total y absolutamente aislada, segura de que moriría en esa celda, segura de que nadie leería lo que había escrito, sé que ha leído estos murmullos desesperados de mi mente.

Me siento absoluta e insoportablemente desnuda.

Petrificada.

Vulnerable.

Abre la libreta al azar. Examina la página hasta detenerse. Finalmente, mira hacia arriba, con los ojos más nítidos, brillantes y del color verde más bonito que le he visto hasta ahora y mi corazón late tan deprisa que ya ni siquiera lo siento.

Y empieza a leer.

—No —grito, pero es demasiado tarde.

*Me siento aquí cada día —dice— ya hace ciento setenta y cinco días que lo hago. A veces me levanto y me estiro, y noto los huesos rígidos, las articulaciones entumecidas, mi pisoteado espíritu atrapado dentro de mi ser. Muevo los hombros, parpadeo, cuento los segundos que se acercan sigilosamente por las paredes, los minutos que tiemblan debajo de mi piel, las respiraciones que tengo que acordarme de hacer. A veces abro la boca, solo un poquito; toco la parte posterior de mis dientes con la lengua y la unión de mis labios y camino alrededor de este pequeño espacio, paso los dedos por las grietas del hormigón y me pregunto qué sentiría si hablara en alto y me oyera alguien. Contengo la respiración, escucho atenta a cualquier cosa, cualquier sonido de vida y me pregunto por la belleza, por la imposibilidad de poder oír a otro ser humano que respire a mi lado.*

Aprieta el puño contra la boca un momento y prosigue.

*—Me detengo. Me quedo quieta. Cierro los ojos y trato de recordar el mundo que hay más allá de estas paredes. Me pregunto qué sentiría al saber que estoy soñando, que esta vida aislada solo existe dentro de mi propia mente.*

*—Y me... —murmura, recitando las palabras de memoria, con la cabeza apoyada contra la pared, los ojos cerrados—. Me pregunto por ello, pienso en eso todo el rato. Qué pasaría si me suicidara. Porque nunca lo sé seguro, todavía no sé la diferencia, nunca estoy segura de si estoy viva o no. Así que me siento aquí. Me siento aquí cada día.*

Me he quedado clavada en el suelo, congelada en mi propia piel, incapaz de moverme hacia delante o hacia atrás por miedo a despertarme y darme cuenta de que está ocurriendo de verdad. Puede que me muera de vergüenza, por culpa de esta invasión de mi privacidad, y quiero correr y correr y correr y correr y correr.

—*Corre, me decía a mí misma* —Warner ha vuelto a coger la libreta.

—Por favor —le ruego—. Por favor, para...

Mira hacia arriba, me mira como si pudiera verme, como si pudiera ver mi interior, como si quisiera que *yo* mirara en *su* interior y baja la vista, se aclara la garganta, vuelve a empezar, lee en mi diario:

—Corre, me decía a mí misma. Corre hasta que los pulmones se te colapsen, hasta que el viento azote y rompa tu ropa raída, hasta que seas algo borroso que se mezcla con el paisaje de fondo.

»Corre, Juliette, corre más deprisa, corre hasta que se te rompan los huesos y se te partan las espinillas y se te atrofien los músculos y tu corazón muera porque siempre ha sido demasiado grande para tu pecho y lata demasiado deprisa demasiado tiempo y corre.

»Corre corre corre hasta que no oigas pisadas detrás de ti. Corre hasta que suelten sus bates y sus gritos se disuelvan en el aire. Corre con los ojos abiertos y la boca cerrada y contén el río que corre detrás de tus ojos. Corre, Juliette.

»Corre hasta que te caigas muerta.

»Asegúrate de que tu corazón deja de latir antes de que te alcancen. Antes de que te toquen.

»Corre, me decía.

Tengo que cerrar los puños hasta sentir dolor, apretar la mandíbula hasta sentir la tensión, cualquier cosa para eliminar esos recuerdos. No quiero recordar. No quiero volver a pensar en esas cosas. No quiero pensar en todo lo que escribí en estas páginas, todo lo que Warner sabe ahora sobre mí, qué debe pensar de mí. Solo pienso en lo patética, desolada y desesperada que debo parecerle. ~~No sé por qué me importa.~~

—¿Sabes? —dice, cerrando el diario y apoyando la mano encima. Para protegerlo. Mirándolo—. No pude dormir durante días después de leer estas páginas. Quería saber quiénes te persiguieron por las calles, de quiénes huías. Quería encontrarlos —dice, muy suavemente— y arrancarles los miembros, de uno en uno. Quería matarlos de formas que te habría horrorizado oír.

Me pongo a temblar y le susurro:

—Por favor, por favor, devuélvemela.

Se toca los labios con la punta de los dedos. Inclina la cabeza un poco hacia atrás. Esboza una extraña y triste sonrisa.

—Tienes que saber que me arrepiento mucho. De... —Traga saliva—... de haberte besado de esa forma. Tengo que decirte que no sabía que me dispararías por ello.

Y me doy cuenta de algo.

—Tu brazo... —Respiro, asombrada. Ya no lo lleva en cabestrillo. Lo mueve sin dificultad. No tiene moratones, ni hinchazón, ni cicatrices visibles.

Sonríe frágilmente.

—Sí —dice—. Cuando me desperté y me encontré en esta habitación lo tenía curado.

Sonia y Sara. Lo han ayudado. Me pregunto por qué razón alguien de aquí tendría un acto de generosidad así.

Hago un esfuerzo por dar un paso atrás.

—Por favor —le suplico—. Mi libreta, yo...

—Te prometo —dice— que nunca te habría besado si no hubiese pensado que querías que lo hiciera.

Me quedo tan sorprendida, tan asombrada, que por un momento me olvido de la libreta. Miro a sus intensos ojos. Consigo calmar mi voz.

—Te dije que te *odiaba*.

—Sí —dice. Asiente—. Bueno, te sorprendería la cantidad de personas que me lo dicen.

—No lo creo.

Retuerce los labios.

—Intentaste matarme.

—Eso te divierte.

—Sí —dice, sonriendo cada vez más—. Me parece fascinante. —Se detiene—. ¿Sabes por qué?

Lo miro fijamente.

—Porque lo único que me decías —explica— era que no querías hacerle daño a nadie. No querías *matar a gente*.

—No quiero.

—¿Excepto a mí?

Me quedo sin letras. Sin palabras. Alguien me ha robado todo mi vocabulario.

Siguen rompiéndome los huesos con palos y piedras, pero estas palabras, estas palabras van a matarme.

—Para ti resultó muy fácil tomar esa decisión —dice—. Muy simple. Tenías una pistola. Querías huir. Apretaste el gatillo. Y eso fue todo.

Soy una hipócrita. Tiene razón.

Me digo a mí misma una y otra vez que no tengo ningún interés en matar a nadie, pero de alguna forma, cuando quiero, encuentro la forma de justificarlo, de racionalizarlo.

Warner. Castle. Anderson.

Quise matarlos a todos ellos. Y lo hubiese hecho.

*Qué me está pasando.*

He cometido un grave error al venir. Al aceptar esta misión. Porque no puedo estar a solas con Warner. Así, no. Estar a solas con él implica hacer que me duela mi interior de formas que no quiero comprender.

Tengo que irme.

—No te vayas —susurra, dirigiendo la mirada otra vez hacia la libreta—. Por favor —me dice—. Siéntate conmigo. Quédate conmigo. Solo quiero verte. No hace falta que digas nada.

Una parte de mi enloquecido y confuso cerebro quiere sentarse junto a él, escuchar lo que tenga que decirme hasta que me acuerdo de Adam y de lo que pensaría si lo supiera, lo que diría si estuviera aquí y viera que tengo interés en pasar tiempo con la persona que le disparó en la pierna, le rompió las costillas y lo colgó en una cinta transportadora en un matadero abandonado, dejando que se desangrara por momentos.

Debo de estar loca.

Sin embargo, no me muevo.

Warner se relaja contra la pared.

—¿Quieres que te lea?

Muevo la cabeza sin parar, murmurando.

—¿Por qué me haces esto?

Y parece que esté a punto de responderme, pero cambia de idea. Aparta la mirada. Levanta los ojos hacia el techo y sonríe un poquito.

—Sabes que me gustaría —dice— contarte la primera vez que nos vimos. Había algo diferente en ti. Algo muy tierno en tus ojos. Puro. Como si todavía no hubieras aprendido a esconder tu corazón del mundo. —Asiente, asiente para él mismo por algo pero desconozco el porqué—. Descubrirlo —dice, con la voz suave, mientras acaricia la tapa de mi libreta— fue muy —frunce el ceño como si estuviera confundido, angustiado— fue muy doloroso. —Al fin me mira y parece una persona diferente. Como si intentara tragarse algo

amargo, como si tratara de resolver una ecuación complicadísima—. Fue algo así como cuando conoces a un amigo por primera vez.

~~¿Por qué me tiemblan las manos?~~

Respira profundamente. Mira hacia abajo.

—Estoy muy cansado, querida. Estoy increíblemente cansado.

~~¿Por qué mi corazón no deja de latir tan deprisa?~~

—¿Cuánto tardarán en matarme? —me pregunta al cabo de un momento.

—¿Matarte?

Me mira fijamente.

Me sorprendo al hablar.

—No vamos a matarte —le digo—. No queremos hacerte daño. Solo queremos utilizarte para recuperar a nuestros hombres. Te tenemos como rehén.

Warner abre los ojos como platos y tensa los hombros.

—¿Qué?

—No tenemos ninguna razón para matarte —le explico—. Solo tenemos que negociar por tu vida...

Warner suelta una fuerte carcajada. Agita la cabeza. Me mira de esa forma que solo he visto una vez antes, como si fuera algo muy dulce que ha decidido comerse.

~~Esos hoyuelos.~~

—Querida, dulce y preciosa niña —dice—. Tu equipo ha sobrestimado enormemente el afecto que siente mi padre por mí. Siento decírtelo, pero tenerme aquí no os va a dar los resultados que esperáis. Dudo que mi padre ni siquiera se haya dado cuenta de que he desaparecido. Así que me gustaría pedirlos por favor que, o me matéis, o me soltéis. Pero os suplico que no me hagáis perder el tiempo retenido aquí.

Busco palabras y frases de repuesto en mis bolsillos pero no encuentro nada, ni un adverbio, ni una preposición, ni siquiera algún gerundio, porque no existe respuesta para una petición tan descabellada.

Warner sigue sonriéndome, sacudiendo los hombros en un silencioso regocijo.

—Ese no es un argumento válido —le respondo—. A nadie le gusta ser un rehén...

Respira con dificultad. Se pasa una mano por el pelo. Se encoge de hombros.

—Tus hombres pierden el tiempo —dice—. Secuestrarme nunca va a daros ventaja. Eso —asegura— te lo garantizo.



## CUARENTA Y SEIS

Hora de comer.

Kenji y yo estamos sentados a un lado de la mesa, Adam y James al otro.

Llevamos media hora aquí sentados, hablando sobre mi conversación con Warner. He obviado convenientemente las partes sobre mi diario, aunque empiezo a preguntarme si debería haberlo mencionado. También empiezo a preguntarme si debería sincerarme sobre el hecho de que Warner puede tocarme. Pero cada vez que miro a Adam me siento incapaz de hacerlo. Ni siquiera sé por qué Warner puede tocarme. Quizás Warner es la casualidad que pensaba que era Adam. Quizás todo esto es una especie de broma cósmica que se ríe a mi costa.

Todavía no sé qué hacer.

Pero por alguna razón me resulta demasiado personal y bochornoso compartir los detalles adicionales de mi conversación con Warner. Por ejemplo, no quiero que nadie sepa que Warner dijo que me quiere. No quiero que nadie sepa que tiene mi diario o que lo ha leído. Adam es la única persona que conoce su existencia y él tuvo la amabilidad de respetar mi intimidad. Él fue quien salvó mi diario en el manicomio, quien me lo devolvió desde el primer momento. Me dijo que nunca había leído lo que había escrito. Me dijo que se imaginaba que serían pensamientos muy íntimos y que no quería entrometerse.

En cambio, Warner ha registrado mi mente.

Ahora me siento mucho más inquieta a su lado. El mero hecho de pensar en estar cerca de él me hace sentir ansiosa, nerviosa, vulnerable. Odio que conozca mis secretos. Mis pensamientos secretos.

No tendría que ser él quien conozca esas cosas sobre mí.

Tendría que ser él. El que se sienta frente a mí. El de los ojos azules y el pelo marrón oscuro y las manos que me han tocado el corazón y el cuerpo. ~~Lo quiero, siempre lo querré.~~

Y ahora creo que no está bien.

Está cabizbajo, con las cejas dibujadas, con las manos juntas sobre la mesa. No ha tocado la comida ni ha dicho palabra desde que he hecho un resumen de mi encuentro con Warner. Kenji ha estado igual de callado. Todo el mundo está más serio desde la reciente batalla; perdimos a algunos miembros del Punto Omega.

Respiro hondo y vuelvo a intentarlo.

—¿Y qué os parece? —les pregunto—. Lo que dijo sobre Anderson. —Tomo la precaución de no volver a usar la palabra sobre todo si está James. No sé qué le ha explicado Adam a James sobre el tema, si es que le ha dicho algo, y entrometerme no es asunto mío. Aún peor, Adam no ha dicho nada desde que volvimos, y ya han pasado dos días—. ¿Creéis que tiene razón al decir que a Anderson le dará igual si lo hemos cogido como rehén?

James se retuerce en el asiento, masticando la comida con los ojos entrecerrados, mirándonos como si quisiera memorizar todo lo que decimos.

Adam se rasca la frente.

—Puede que eso —dice finalmente— sí que tenga algo de cierto.

Kenji frunce el ceño, se cruza de brazos, se inclina hacia delante.

—Sí. Es un poco raro. No hemos sabido nada de él, y ya han pasado cuarenta y ocho horas.

—¿Qué opina Castle? —pregunto.

Kenji se encoge de hombros.

—Está estresado. Ian y Emory estaban bastante mal cuando los encontramos. Creo que siguen inconscientes, aunque Sonia y Sara han estado trabajando día y noche para ayudarlos. Creo que le preocupa que no recuperemos a Winston ni a Brendan.

—Tal vez —dice Adam— su silencio se debe al hecho de que dispararas a Anderson en las dos piernas. Puede que se esté recuperando.

Casi me ahogo con el agua que estaba intentando beber. Miro a Kenji para ver si va a corregir la suposición de Adam, pero ni siquiera se inmuta. Así que me quedo callada.

Kenji asiente.

—Claro. Sí. Casi se me olvida. —Se detiene—. Tiene sentido.

—¿Le disparaste en las piernas? —pregunta James, mirando en dirección a Kenji con ojos como platos.

Kenji se aclara la garganta pero se cuida de no mirarme. Me pregunto por qué me protege en esto. Por qué cree que es mejor no decir la verdad sobre lo que ocurrió.

—Sí —dice, y se mete una cucharada en la boca.

Adam respira hondo. Se sube las mangas de la camisa, examina una serie de círculos concéntricos tatuados en sus antebrazos, recuerdos militares de su vida anterior.

—Pero ¿por qué? —le pregunta James a Kenji.

—¿Por qué, qué, chiquillo?

—¿Por qué no lo mataste? ¿Por qué solo le disparaste en las piernas? ¿No dijiste que era el peor? ¿Que era la razón de que tuviéramos tantos problemas en estos momentos?

Kenji se queda callado un momento. Agarra la cuchara, la mete en la comida. Al final, la suelta. Le hace gestos a James para que venga hacia nuestro lado de la mesa. Me muevo para dejarle espacio.

—Ven aquí —le dice a James, apretujándolo contra la parte derecha de su cuerpo. James lo abraza por la cintura y Kenji pone la mano sobre su cabeza para despeinarlo.

No sabía que tuvieran una relación tan estrecha.

Siempre se me olvida que los tres comparten habitación.

—Vale. ¿Estás preparado para una lección? —le dice a James.

James asiente.

—Es algo así: Castle siempre nos enseña que no podemos limitarnos a cortar la cabeza, ¿sabes? —Duda, ordena sus pensamientos—. Porque, si solo matamos al enemigo, ¿después qué? ¿Qué pasaría?

—La paz en el mundo —dice James.

—Error. Sería un caos total. —Kenji menea la cabeza. Se frota la punta de la nariz—. Y es mucho más difícil combatir el caos.

—¿Y entonces cómo se gana?

—Bueno —dice Kenji—. Esa es la cuestión. Solo podemos eliminar al líder de la oposición cuando estemos listos para asumir el control... cuando haya un nuevo líder preparado para remplazar al anterior. La gente necesita a alguien a quien dar su apoyo, ¿sabes? Y todavía no estamos listos. —Se encoge de hombros—. Se suponía que iba a ser una lucha contra Warner... Eliminarlo a él no hubiese sido un problema. Pero eliminar a Anderson supondría sumir a todo el país en la anarquía absoluta. Y anarquía significa que podría ser que otra persona, posiblemente alguien incluso peor, tomara el poder antes que nosotros.

James responde algo pero no lo oigo.

Adam me mira fijamente.

Me mira sin esconderse. No aparta la vista. No dice nada. Mueve los ojos de los míos a mi boca, centrándose en mis labios demasiado rato. Al final se

gira durante un segundo pero vuelve a clavarme los ojos. Más profundos. Más hambrientos.

Me empieza a doler el corazón.

Observo un movimiento rígido en su garganta. Su pecho que sube y baja. La tensión de su mandíbula y la forma en que se sienta tan quieto. No dice nada, nada en absoluto.

~~Siento la necesidad de tocarlo.~~

—Eres un sabelotodo. —Kenji se ríe entre dientes, agita la cabeza por algo que James acaba de decir—. Ya sabes que no me refería a eso. En cualquier caso —dice—, todavía no estamos preparados para una locura como esta. Eliminaremos a Anderson cuando estemos listos para tomar el relevo. Es la única forma de que funcione.

Adam se levanta bruscamente. Empuja su bol de comida intacto y se aclara la garganta. Mira a Kenji.

—Y por eso no lo mataste cuando lo tenías delante.

Kenji se rasca incómodo la parte trasera de la cabeza.

—Escúchame tío, si hubiera sabido que...

—Olvidalo —le corta Adam—. Me hiciste un favor.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Kenji—. ¡Eh, tío! ¿Adonde vas?

Pero Adam ya se está alejando.

## CUARENTA Y SIETE

Voy tras él.

Sigo a Adam por un pasillo vacío cuando sale del comedor, aunque sé que no debería. Sé que no debería hablarle, que no debería alentar mis sentimientos por él, pero estoy preocupada. No puedo evitarlo. Está metiéndose en sí mismo, se encierra en un mundo en el que no puedo entrar y no puedo culparlo por ello. Solo puedo imaginarme cómo debe de sentirse en estos momentos. Los últimos descubrimientos bastarían para volver completamente loco a alguien más débil. Y aunque hemos conseguido trabajar juntos últimamente, siempre ha sido en situaciones de tanto estrés que casi no hemos tenido tiempo para pensar en nuestros problemas personales.

Y tengo que saber que está bien.

No puedo dejar de preocuparme por él.

—¿Adam?

Se detiene al oír mi voz. Se le tensa la espalda por la sorpresa. Se gira y en cuestión de segundos veo que su rostro cambia del deseo a la confusión y de ahí a la preocupación.

—¿Qué pasa? —me pregunta—. ¿Estáis todos bien?

De repente está frente a mí, con sus casi dos metros de altura, y me inundan recuerdos y sentimientos que he intentado olvidar. Intento recordar por qué quería hablar con él. Por qué le dije que no podíamos estar juntos. Por qué iba a abstenerme de la oportunidad de estar cinco segundos al día en sus brazos.

—¡Juliette! ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Y yo siento la necesidad de decir que sí, que sí, que han pasado cosas horribles, y me siento mareada, tan mareada y cansada que solo quiero desplomarme en sus brazos y olvidarme del mundo. En lugar de eso, consigo mirar hacia arriba, consigo mirarlo a los ojos. Son de un tono azul muy oscuro y evocador.

—Estoy preocupada por ti —le digo.

Y sus ojos cambian de inmediato, se vuelven incómodos e inaccesibles. Consigue fingir una débil sonrisa.

—Estás preocupada por mí. —Suelta un fuerte suspiro. Se pasa una mano por el pelo.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien...

Mueve la cabeza con incredulidad.

—¿Qué haces? —dice—. ¿Me tomas el pelo?

—¿Cómo?

Se golpea los labios con el puño. Mira hacia arriba. Me mira como si no supiera qué decir y entonces dice, con la voz tensa, herida y confundida:

—Me has dejado. Dejaste de luchar por nosotros... por nuestro futuro juntos. Básicamente metiste la mano y me arrancaste el corazón, ¿y ahora me preguntas si estoy bien? ¿Cómo diantres quieres que esté bien, Juliette? ¿Qué clase de pregunta es esa?

Me tambaleo.

—No quería... —Trago saliva con dificultad—. Hablaba de tu... de tu padre... pensaba que quizás... Dios mío, lo siento... tienes razón, soy una estúpida... no tendría que haber venido, no tendría que...

—Juliette —me dice, desesperado, cogiéndome por la cintura mientras yo retrocedo. Cierro los ojos con fuerza—. Por favor —dice—, dime qué se supone que debo hacer. ¿Cómo tengo que sentirme? Intento estar bien pero me viene una cosa tras otra... Dios, lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero me resulta muy difícil y te echo —se le corta la voz—, te echo de menos —dice, como si esas palabras fueran cuchillos que se le clavan—. Te echo tanto de menos que todo esto me está matando.

Le agarro de la camisa con los dedos.

Mi corazón golpea en silencio, derramando todos mis secretos.

Veo lo difícil que le resulta mirarme a los ojos, lo difícil que le resulta hablar y me susurra:

—¿Todavía me quieres?

Y tenso todos los músculos de mi cuerpo para no tocarlo, ni besarlo, ni abrazarlo.

—Adam... claro que sigo queriéndote...

—¿Sabes? —dice, con la voz áspera por la emoción—. Nunca antes había tenido algo así. Casi no recuerdo a mi madre, además de ella solo estábamos James, el cabronazo de mi padre y yo. Y James siempre me ha querido a su manera, pero tú... contigo... —Titubea. Mira hacia abajo—. ¿Cómo quieres

que vuelva atrás? —pregunta en voz baja—. ¿Cómo quieres que olvide lo que es estar contigo? ¿Que me quieras?

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que pruebo el sabor de mis propias lágrimas.

—Tú me dices que me quieres —dice—. Y yo sé que te quiero. —Levanta la cabeza y me mira a los ojos—. ¿Entonces por qué no podemos estar juntos?

Y no sé qué otra cosa decir.

—Lo siento, lo siento, no tienes ni idea de cuánto lo siento...

—¿Por qué no podemos intentarlo? —Me coge de los hombros, y sus palabras suenan insistentes, angustiadas; nuestros rostros están peligrosamente cerca—. Estoy dispuesto a aceptar lo que sea, te lo prometo, solo quiero saber que te tengo en mi vida...

—No podemos —le digo, frotándome la cara, tratando de evitar que las lágrimas me sigan humillando—. No será suficiente, Adam, y lo sabes. Un día correremos un riesgo estúpido o tomaremos una decisión equivocada. Un día creemos que no pasará nada y pasará. Y esto no va a acabar bien.

—Pero míranos —dice—. Podemos hacer que funcione... puedo estar cerca de ti sin besarte... solo tengo que entrenar unos cuantos meses más...

—Tus entrenamientos no servirán para nada —le corto, y sé que ahora se lo tengo que contar todo. Sé que tiene derecho a saber lo mismo que yo—. Porque cuanto más entreno, mejor descubro lo peligrosa que soy. Y no puedes acercarte a mí. Ya no se trata solo de mi piel. Podría hacerte daño solo con darte la mano.

—¿Cómo? —Parpadea varias veces—. ¿De qué hablas?

Respiro profundamente. Presiono la palma de mi mano contra la pared del túnel y clavo los dedos en la pared para arrastrarlos por la piedra. Golpeo la pared con el puño y cojo un puñado de piedras rugosas, las aplasto con la mano y dejo que la arena se cuele entre mis dedos y caiga en el suelo.

Adam me mira. Asombrado.

—Yo disparé a tu padre —le digo—. No sé por qué Kenji me ha encubierto. No sé por qué no te ha dicho la verdad. Pero estaba tan cegada por esta... esta *rabia* absorbente... que quería matarlo. Y lo torturé —susurro—. Le disparé en las piernas porque estaba tomándome mi tiempo. Porque quería disfrutar de ese último momento. De esa última bala que iba a dispararle en el corazón. Y estuve a punto. Estuve a punto pero Kenji —le digo—, Kenji tuvo que apartarme. Porque vio que me había vuelto loca.

»Estoy fuera de control. —Mi voz suena como un chirrido, una disculpa descompuesta—. No sé cuál es mi problema ni qué me pasa, ni siquiera sé

todavía de lo que soy capaz. Y no sé cuánto va a empeorar esto. Cada día aprendo algo nuevo sobre mí misma y cada día me quedo más aterrorizada. He hecho cosas horribles a algunas personas —murmuro. Me trago el sollozo que se empieza a formar en mi garganta—. Y no estoy bien —le digo—. No estoy bien, Adam. No lo estoy, y no es seguro para ti que estés cerca de mí.

Me mira fijamente, tan aturdido que se ha olvidado de hablar.

—Ahora ya sabes que los rumores son ciertos —susurro—. Estoy loca. Y soy un monstruo.

—No... —Respira—. No...

—Sí.

—No —dice, desesperado—. Eso no es cierto, tú eres más fuerte... sé que tú... te conozco —dice—. Conozco tu corazón desde hace diez años —continúa— y he visto lo que has tenido que vivir, lo que has tenido que soportar, y no voy a renunciar a ti por esto, no por algo así...

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿Cómo puedes creer después de todo... después de todo esto...?

—Tú —me dice, cogiéndome más fuerte— eres una de las personas más valientes y fuertes que he conocido. Tienes el mejor corazón, las mejores intenciones... —Se detiene. Respira con dificultad y temblando—. Eres la mejor persona que he conocido —me dice—. Has pasado por las peores experiencias posibles y has sobrevivido a ellas con la humanidad intacta. ¿Cómo demonios... —dice, con la voz entrecortada— quieres que te deje escapar? ¿Cómo puedo alejarme de ti?

—Adam...

—No —niega con la cabeza—. Me niego a creer que este sea el fin de nuestra relación. No si todavía me quieres. Porque vas a superarlo —dice— y yo te estaré esperando cuando estés lista. No me voy a ir a ninguna parte. No habrá ninguna otra persona para mí. Eres la única persona a quien he querido y esto nunca —dice— va a cambiar.

—¡Qué emotivo!

Adam y yo nos quedamos helados. Nos giramos lentamente hacia la inoportuna voz.

Ahí está.

Warner está justo enfrente de nosotros, con las manos atadas detrás de la espalda, los ojos resplandecientes de ira, dolor y repulsión. Castle va detrás de él y lo guía hacia donde sea, dondequiera que vayan y mira hacia donde Warner se ha parado, quieto, con la mirada fija en nosotros, y Adam parece un bloque de mármol, sin moverse, sin esforzarse por respirar, hablar o



apartar la mirada. Estoy bastante segura de que quemó tanto que me he abrasado.

—¡Estás tan hermosa cuando te sonrojas! —me dice Warner—. Pero ojalá no malgastaras tu cariño en alguien que tiene que suplicar por tu amor. —Ladea la cabeza hacia Adam—. ¡Qué triste! —dice—. Esto debe ser terriblemente vergonzoso.

—Eres un cabrón enfermo —le dice Adam, con la voz como el acero.

—Al menos conservo la dignidad.

Castle mueve la cabeza, exasperado. Empuja a Warner hacia delante.

—Por favor, vuelvan a su trabajo —nos grita, al alejarse con Warner—. Están perdiendo un tiempo muy valioso ahí fuera.

—¡Vete a la mierda! —le grita Adam a Warner.

—Que me vaya a la mierda —responde Warner— no significa que algún día seas digno de ella.

Y Adam no responde.

Se limita a mirar, con los ojos fijos, cómo Warner y Castle desaparecen al doblar la esquina.

## CUARENTA Y OCHO

James viene con nosotros a la sesión de entrenamiento de antes de la cena.

Desde que volvimos de la misión ha venido mucho con nosotros, y parece que todos somos más felices cuando está él. Hay algo en su presencia que resulta cautivador, acogedor, tranquilizante. Me alegro mucho de que vuelva a estar con nosotros.

Le he enseñado lo fácil que me resulta romper cosas ahora.

Los ladrillos no son nada. Es como si aplastara un pedazo de pastel. Los tubos de metal se doblan en mis manos como pajitas de plástico. La madera es un poco complicada porque si la rompo de forma incorrecta puedo clavarme una astilla o dos, pero ya casi nada me resulta difícil. Kenji ha estado pensando en nuevas formas de probar mis capacidades; últimamente ha intentado ver si puedo proyectar... si puedo concentrar mi Energía desde lejos.

Parece ser que no todas las habilidades están hechas para la proyección. Lily, por ejemplo, tiene esa extraordinaria memoria fotográfica. Pero nunca sería capaz de proyectar esa habilidad en otra persona.

La proyección es lo más difícil que he intentado hacer con creces. Es complicadísima y requiere de un esfuerzo tanto mental como físico. Tengo que controlar completamente mi mente, y tengo que saber cómo se comunica exactamente mi cerebro con el hueso invisible de mi cuerpo que es responsable de mi don. Y eso significa que tengo que saber cómo localizar la fuente de mi habilidad... y cómo enfocarla en un punto de poder concentrado al que pueda acceder desde cualquier parte.

Me duele el cerebro.

—¿Puedo intentar romper algo yo también? —pregunta James. Coge uno de los ladrillos de la pila y lo sopesa en la mano—. Quizás soy súper fuerte como tú.

—¿Te has sentido súper fuerte alguna vez? —le pregunta Kenji—. Bueno, ya sabes, como si fueras más fuerte de lo normal.

—No —dice James—, pero nunca he intentado romper nada. —Parpadea—. ¿Crees que podría ser como vosotros? ¿Qué quizás yo también tengo algún poder?

Kenji lo examina. Parece estar ordenando las ideas de su cabeza.

—Es posible, claro. Está claro que tu hermano tiene algo en el ADN, por lo que puede que tú también lo tengas.

—¿De verdad? —James pega saltos arriba y abajo.

Kenji se ríe entre dientes.

—No lo sé. Solo digo que es posi... ¡No! —grita—. ¡James!

—¡Vaya! —James hace muecas de dolor, deja caer el ladrillo en el suelo y aprieta el puño al ver la herida sangrante que tiene en la palma de la mano—. Creo que he apretado demasiado y se me ha escapado... —dice, haciendo esfuerzos por contener el llanto.

—¿Eso crees? —Kenji menea la cabeza, respirando rápidamente—. Maldita sea, no puedes ir por ahí rajándote la mano de esa forma. Vas a hacer que me dé un infarto. Vamos, ven —dice, más suavemente—. Déjame que lo mire.

—No pasa nada —dice James, con las mejillas sonrojadas, escondiéndose la mano detrás de la espalda—. No es nada. Se irá pronto.

—Un corte así no va a desaparecer tan fácilmente —dice Kenji—. Déjame verlo...

—Espera —lo interrumpo, atrapada por la seria mirada de James, por la forma en que parece concentrarse en el puño que esconde—. James... ¿qué quieres decir con que «se irá»? ¿Quiere decir que se curará? ¿Solo?

James me mira y parpadea.

—Bueno, sí —dice—. Siempre se cura muy rápido.

—¿El qué? ¿El qué se cura muy rápido? —Kenji también lo mira fijamente, ya ha comprendido mi teoría y me mira, repitiendo «¡Joder!» una y otra vez.

—Cuando me hago daño —dice James, mirándonos como si estuviéramos locos—. Por ejemplo, si te cortas —le dice a Kenji—, ¿no acaba curándose?

—Depende del tamaño del corte —le dice Kenji—. Pero para un corte como este. —Niega con la cabeza— voy a tener que limpiártelo y asegurarme de que no se ha infectado. Después te tendré que poner una gasa y algún ungüento para evitar que te quede una cicatriz. Y después —dice— tardará por lo menos un par de días en formar costra. Y entonces empezará a curarse.

James parpadea como si nunca hubiese oído algo tan absurdo.

—Déjame verte la mano —le dice Kenji.

James vacila.

—No pasa nada —le digo—. Solo tenemos curiosidad.

Muy, muy lentamente, James nos enseña su mano cerrada. Todavía más lentamente, abre los dedos, observando nuestras reacciones todo el rato. Y justo donde hace un momento había un corte enorme, solo hay piel perfectamente rosada y un poquito de sangre.

—¡La madre que me parió! —Kenji respira asombrado—. Lo siento —me dice, pegando un salto para coger el brazo de James, incapaz de contener la sonrisa— pero tengo que llevar a este chico al ala médica. ¿Sí? Podemos seguir mañana...

—Pero ya no estoy herido —protesta James—, estoy bien...

—Ya lo sé, chico, pero seguro que querrás venir conmigo.

—¿Por qué?

—¿No te gustaría —dice, llevándose a James hacia la puerta— empezar a pasar algún rato con dos chicas muy guapas...?

Y se van.

Y yo me echo a reír.

Estoy sola sentada en medio de la sala de entrenamiento y oigo dos golpes en la puerta que me resultan familiares.

Ya sé quién será.

—Señorita Ferrars.

Me giro de golpe, no porque me sorprenda oír la voz de Castle sino porque me sorprende su entonación. Tiene los ojos entrecerrados, los labios tensos, los ojos le brillan con intensidad con esta luz.

Está muy, muy enfadado.

Mierda.

—Siento lo del pasillo... —le digo— no...

—Ya hablaremos de sus demostraciones de cariño públicas y extremadamente inapropiadas en otro momento, señorita Ferrars, pero ahora tengo una pregunta importante que hacerle y le pido que sea honesta, tan honesta como le sea físicamente posible.

—¿Qué... —Casi no puedo respirar—... qué pasa?

Castle entrecierra los ojos.

—Acabo de tener una conversación con el señor Aaron Warner, que dice que puede tocarla sin consecuencia alguna, y que usted conoce dicha información.

Y pienso, «¡Vaya! Lo he conseguido. He conseguido morir de una apoplejía a los diecisiete años».

—Tengo que saber —dice Castle apresuradamente— si esta información es verdad y tengo que saberlo ahora mismo.

Mi lengua está llena de pegamento, se me ha quedado pegada a los dientes, los labios, el paladar, y no puedo hablar, ni moverme, y estoy segura de que acabo de sufrir una convulsión, o un aneurisma, o un paro cardíaco o algo igual de horrible, pero no puedo explicárselo a Castle porque no puedo mover la mandíbula ni un centímetro.

—Señorita Ferrars. —Tiene la boca tan tensa que me preocupa que se le pueda romper—. No creo que entienda lo importante que es esta pregunta. Necesito su respuesta, y la necesitaba hace treinta segundos.

—Eh... eh...

—Hoy, necesito una respuesta ahora mismo, en este preciso instante...

—Sí. —Me ahogo, me sonrojo desde el cráneo, estoy terriblemente avergonzada, abochornada, horrorizada de todas las formas posibles y solo soy capaz de pensar en Adam Adam Adam, en cómo Adam se tomará esta información *ahora*, en por qué tiene que pasar esto *ahora*, en por qué Warner ha abierto la boca y tengo ganas de matarlo por haber compartido un secreto que tenía que contar yo, que tenía que esconder yo, que tenía que atesorar yo.

Castle parece como un globo enamorado de una chincheta que se acercó demasiado y esta lo hubiera herido para siempre.

—¿Entonces es cierto?

Bajo la mirada.

—Sí, es cierto.

Se cae al suelo a mi lado, asombrado.

—¿Cómo crees que puede ser posible?

Porque Warner es hermano de Adam, pienso, pero no se lo digo.

Y no se lo cuento porque es el secreto de Adam y él tiene que decidir cuándo contarle y no hablaré de ello hasta que él lo haga, aunque siento la necesidad de contarle a Castle que la conexión debe de encontrarse en su sangre, que ambos deben de compartir el mismo tipo de Energía o oh oh oh.

Dios mío.

Oh, no.

Warner es uno de los nuestros.

## CUARENTA Y NUEVE

—Eso lo cambia todo.

Castle ni siquiera me mira.

—Esto... a ver... significa muchas cosas —dice—. Tendremos que contárselo todo y tendremos que hacerle pruebas para asegurarnos, pero estoy bastante seguro de que es la única explicación posible. Y será bienvenido si quiere refugiarse aquí si así lo desea... tendré que darle una habitación normal, dejarlo vivir entre nosotros como uno más. No puedo tenerlo como un prisionero, por lo menos...

—¿Qué?... ¿Pero por qué, Castle? ¡Casi mata a Adam! ¡Y a Kenji!

—Tiene que comprender... que puede que estas noticias cambien su visión de la vida completamente. —Castle agita la cabeza, tapándose casi toda la boca con una mano, con los ojos como platos—. Puede que no se lo tome bien... puede que se sienta entusiasmado... que pierda la cabeza por completo... o que se levante siendo un hombre nuevo al día siguiente. Le sorprendería lo que provocan este tipo de revelaciones en las personas.

»El Punto Omega siempre será un lugar de refugio para la gente como nosotros —prosigue—. Es un juramento que me hice a mí mismo hace muchos años. No podría negarle comida ni cobijo si, por ejemplo, su padre decidiera desterrarlo.

Esto no puede estar ocurriendo.

—Pero no entiendo... —dice Castle de repente, mirándome—. ¿Por qué no nos dijo nada? ¿Por qué no nos dio esta información? Es importante para nosotros saberlo y esto no la condena de ninguna forma...

—No quería que Adam lo supiera —admito en voz alta por primera vez, con la voz rota en seis pedazos de vergüenza ensartados—. Es que... —Niego con la cabeza—. No quería que lo supiera.

Castle siente realmente pena por mí.

—Ojalá pudiera guardar su secreto, señorita Ferrars, pero aunque quisiera, no estoy seguro de que Warner lo hiciera.

Me concentro en las colchonetas del suelo. Le pregunto con una vocecita:

—¿Por qué se lo ha contado? ¿Por qué surgió esto en la conversación?

Castle se frota la barbilla, pensativo.

—Me lo dijo por voluntad propia. Me ofrecí a acompañarlo en sus trayectos diarios... llevarlo al baño, etcétera... porque quería hacer un seguimiento y hacerle preguntas sobre su padre y averiguar lo que sabía sobre nuestros rehenes. Parecía estar perfectamente. De hecho, se le veía mucho mejor que la primera vez. Era obediente, casi educado. Pero su actitud cambió radicalmente después de toparse con ustedes dos en el pasillo... —Su voz se va apagando, mira hacia arriba, su cabeza trabaja rápidamente para encajar todas las piezas y me mira boquiabierto, de una forma que le es completamente ajena, de una forma que revela que está completa y absolutamente desconcertado.

No sé si debería sentirme ofendida.

—Está enamorado de usted —susurra Castle, con una voz que revela que empieza a entenderlo todo. Suelta una carcajada fuerte y rápida. Agita la cabeza—. La hizo prisionera y se enamoró de usted durante el proceso.

Miro las colchonetas como si fueran lo más fascinante que he visto en mi vida.

—¡Vaya, señorita Ferrars! —me dice Castle—. No envidio su situación. Ya entiendo por qué esta situación le resulta incómoda.

Tengo ganas de decirle «No tiene ni idea, Castle. No tiene ni idea porque ni siquiera sabe toda la historia. No sabe que son hermanos, hermanos que se odian, hermanos que parecen estar de acuerdo solo en una cosa, y esa cosa resulta ser matar a su propio padre».

Pero no digo nada de esto. De hecho, no digo nada.

Me siento en las colchonetas con las manos en la cabeza e intento averiguar qué más podría ir mal. Me pregunto cuántos errores más voy a tener que cometer hasta que las cosas vuelvan a su lugar.

Si es que lo hacen alguna vez.

## CINCUENTA

Me siento muy humillada.

Llevo toda la noche dándole vueltas y me he dado cuenta esta mañana. Seguro que Warner se lo ha contado a Castle a propósito. Porque está jugando conmigo, porque no ha cambiado, porque sigue intentando conseguir que haga lo que él quiera. Sigue intentando que me convierta en su proyecto y sigue intentando hacerme daño.

No lo voy a permitir.

No voy a permitir que Warner me mienta, ni que manipule mis sentimientos para conseguir lo que quiere. No me puedo creer que sintiera pena por él, que sintiera debilidad, ternura por él cuando lo vi con su padre, que lo creyera cuando me explicó lo que pensaba sobre mi diario. Soy una estúpida ingenua.

Fui tonta al pensar que quizás podría ser capaz de experimentar las emociones humanas.

Le comenté a Castle que quizás deberíamos añadir a alguien más a esta misión ahora que sabe que Warner puede tocarme; le comenté que ahora puede ser peligroso. Pero se rio y se rio y se rio.

—Oh, señorita Ferrars, estoy bastante, *bastante* seguro de que podrá defenderse. De hecho, seguramente está mucho mejor preparada contra él que el resto. Además —añadió—, esta es la situación perfecta. Si está realmente enamorado de usted, debería aprovecharse de la situación de alguna forma. Necesitamos su ayuda —continuó, volviendo a ponerse serio—. Necesitamos toda la ayuda posible y ahora mismo usted es la única persona que puede ser capaz de conseguir las respuestas que necesitamos. Por favor —dijo—, intente averiguar todo lo que pueda. Lo que sea. Las vidas de Winston y Brendan están en peligro.

Y tiene razón.

Así que dejo a un lado mis propias preocupaciones porque Winston y Brendan están ahí fuera, heridos en alguna parte, y tenemos que encontrarlos. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano por ayudar.



Lo que significa que tengo que volver a hablar con Warner.

Tengo que limitarme a tratarlo como el prisionero que es. Se acabaron las conversaciones paralelas. No caeré ante sus esfuerzos por confundirme. No volverá a pasar. Seré mejor. Más inteligente.

Y quiero que me devuelva la libreta.

Los guardias me abren su puerta y entro, cierro la puerta de golpe tras de mí y me preparo para soltarle el discurso que me había preparado, pero me quedo paralizada.

No sé qué me esperaba.

Puede que pensara que me lo encontraría intentando hacer un agujero en la pared o que estaría tramando la muerte de cada una de las personas del Punto Omega o no sé, no sé, no sé nada porque solo sé cómo enfrentarme a alguien enfadado, a una criatura insolente, a un monstruo arrogante, y no sé qué hacer ante esto.

Está durmiendo.

Alguien le ha puesto un colchón, un simple rectángulo de calidad media, delgado y desgastado pero, por lo menos, mejor que el suelo, y está estirado encima con un bóxer negro y nada más.

Su ropa está en el suelo.

Los pantalones, camisa y calcetines están un poco húmedos, arrugados; queda claro que los ha lavado a mano y los ha puesto a secar. La chaqueta está cuidadosamente doblada sobre las botas y los guantes están puestos uno al lado del otro encima de la chaqueta.

No se ha movido ni un milímetro desde que he llegado.

Descansa de lado, de espaldas a la pared, con el brazo izquierdo bajo la cara, el derecho en el torso, el cuerpo perfecto desnudo, fuerte, suave y con ligero olor a jabón. No sé por qué no puedo dejar de mirarlo. No sé qué nos pasa cuando dormimos que hace que nuestras caras parezcan suaves e inocentes, tranquilas y vulnerables, e intento apartar la mirada pero no puedo. Estoy perdiendo mi objetivo de vista, me estoy olvidando de todas las cosas valientes que me dije a mí misma antes de entrar. Porque hay algo en él, siempre ha habido algo misterioso en él que no comprendo. Ojalá pudiera ignorarlo, pero no puedo.

Porque lo miro y me pregunto si es posible que sea yo. ¿Quizás soy yo la ingenua?

Pero veo estratos, tonos dorados y verdosos y a alguien a quien nunca se le ha dado la oportunidad de ser humano y me pregunto si yo misma estoy siendo tan cruel como mis opresores al decidir que la sociedad está en lo

cierto, que algunas personas están demasiado alejadas, que a veces no hay vuelta atrás, que hay gente en el mundo que no se merece una segunda oportunidad y no puedo no puedo no puedo.

No puedo evitar estar en desacuerdo.

No puedo dejar de creer que es demasiado pronto para dejar de luchar por alguien a los diecinueve años, que a los diecinueve se está al principio de la vida, que es demasiado pronto para decirle a alguien que nunca llegará a nada excepto a sembrar el mal en el mundo.

No puedo evitar preguntarme cómo hubiese sido mi vida si alguien me hubiese dado una oportunidad.

Así que retrocedo. Me doy la vuelta dispuesta a salir.

Lo dejo dormir.

Me quedo parada.

Veo mi libreta sobre el colchón, junto a su mano extendida, y parece que sus dedos la acaben de soltar. Es la oportunidad perfecta para recuperarla si consigo ser lo bastante sigilosa.

Me acerco de puntillas, agradeciendo eternamente que las botas que llevo fueran diseñadas para no hacer ningún ruido. Pero cuanto más me acerco a su cuerpo, más me llama la atención algo que tiene en la espalda.

Algo borroso, de forma rectangular y de color negro.

Me acerco más.

Parpadeo.

Entorno los ojos.

Me inclino.

Es un tatuaje.

No hay imágenes. Solo una palabra. Una palabra escrita en el centro de la parte superior de su espalda. Con tinta.

## *ENCENDER*

Y tiene la piel llena de cicatrices.

La sangre me sube a la cabeza tan rápido que empiezo a sentir que me desmayo. Estoy mareada. Como si ahora mismo pudiera volcar todo el contenido de mi estómago. Quiero aterrorizarme, quiero sacudir a alguien, quiero saber cómo comprender las emociones que me asfixian porque no puedo ni imaginarme, no puedo ni imaginarme, no puedo ni *imaginarme* lo que debe de haber soportado para llevar tanto dolor en la piel.

Toda su espalda es un mapa de sufrimiento.

Gruesas y delgadas y desiguales y terribles. Cicatrices como caminos que no llevan a ninguna parte. Cortes y rajadas desiguales que no comprendo, marcas de tortura que nunca me hubiese esperado. Son las únicas imperfecciones de su cuerpo, imperfecciones escondidas que esconden sus propios secretos.

Y me doy cuenta, aunque no por primera vez, de que no tengo ni idea de quién es Warner realmente.

—¿Juliette?

Me quedo petrificada.

—¿Qué haces aquí? —Tiene los ojos muy abiertos, despiertos.

—He... he venido para hablar contigo...

—¡Dios! —dice con dificultad, apartándose de mí—. Me siento muy halagado, querida, pero podrías haberme dado la oportunidad de ponerme los pantalones, como mínimo. —Sus ojos no paran de mirar de mí a los pantalones que hay en el suelo como si no supiera que hacer. Parece decidido a no darme la espalda.

—¿Te importaría? —dice, señalando la ropa que tengo junto a mis pies y simulando una indiferencia que no consigue esconder el temor de sus ojos—. Hace frío aquí.

Pero yo lo miro fijamente, lo miro de arriba abajo, asombrada ante lo perfecto que parece si solo lo ves por delante. Fuerte, esbelto, tonificado y musculoso sin ser muy corpulento. Tiene la piel clara sin ser pálida, teñida por el sol lo justo para parecer saludable sin ningún esfuerzo. El cuerpo del chico perfecto.

Las apariencias pueden mentir.

Pueden ser una mentira terrible.

Me mira fijamente a los ojos, con unos ojos que son como llamas verdes que no se apagan y mueve el pecho arriba y abajo rapidísimo, rapidísimo, rapidísimo.

—¿Qué te ha pasado en la espalda? —oigo que susurro.

Pierde el color de la cara. Aparta la mirada, se pasa la mano por la boca, la barbilla y la nuca.

—¿Quién te ha hecho daño? —le pregunto, en voz baja. Empiezo a reconocer la extraña sensación que noto justo antes de hacer algo terrible. Como ahora. Ahora noto que podría matar a alguien por esto.

—Juliette, por favor, la ropa...

—¿Fue tu padre? —le pregunto, un poco más alto—. ¿Te lo hizo él?

—No importa —me corta Warner, frustrado.

—¡Claro que importa!

Se queda callado.

—Ese tatuaje... —le digo— esa palabra...

—Sí —dice, en voz baja. Se aclara la garganta.

—No... —Parpadeo—. ¿Qué quiere decir?

Warner menea la cabeza, se pasa una mano por el pelo.

—¿Es de un libro?

—¿Qué más te da? —pregunta, volviendo a apartar la mirada—. ¿Por qué de repente te interesa tanto mi vida?

No lo sé, quiero decirle. Quiero decirle que no lo sé pero no es cierto.

Porque lo siento. Porque siento los clics, las vueltas y los crujidos de un millón de llaves que abren un millón de puertas en mi cabeza. Como si al fin me diera permiso a mí misma para ver lo que pienso realmente, lo que siento, como si estuviera descubriendo mis propios secretos por primera vez. Y entonces busco sus ojos, busco sus rasgos por algo que ni siquiera puedo nombrar. Y me doy cuenta de que ya no quiero ser su enemiga.

—Ya está —le digo—. Esta vez no estoy contigo en la base. No voy a convertirme en tu arma y nunca me harás cambiar de opinión al respecto. Supongo que ya lo sabes. —Observo el suelo—. ¿Entonces por qué seguimos luchando? ¿Por qué sigues intentando manipularme? ¿Por qué sigues intentando que caiga en tus trampas?

—No tengo ni idea —dice, mirándome como si no estuviera seguro de que soy real—. No sé de qué me hablas.

—¿Por qué le contaste a Castle que me puedes tocar? No era un secreto para compartir.

—Bueno. —Respira profundamente—. Claro. —Parece volver a sus cabales—. Escúchame, querida, ¿podrías por lo menos pasarme la chaqueta si vas a quedarte aquí para hacerme todas estas preguntas?

Le paso la chaqueta. La coge. Se sienta en el suelo. Y, en lugar de ponérsela, se cubre el regazo.

—Sí, le dije a Castle que podía tocarte. Tenía derecho a saberlo.

—¡Eso no era asunto suyo!

—Por supuesto que sí —dice Warner—. Todo este mundo que ha creado aquí abajo se nutre de información como esta. Y tú estás aquí, vives entre ellos. Tenía que saberlo.

—No hace falta.

—¿Por qué es tan importante? —pregunta, estudiando mis ojos con esmero—. ¿Por qué te molesta tanto que alguien sepa que te puedo tocar?

¿Por qué tiene que ser un secreto?

Me esfuerzo por encontrar las palabras que no me van a salir.

—¿Te preocupa Kent? ¿Crees que para él será un problema saber que puedo tocarte?

—No quería que se enterara de esta forma...

—¿Pero qué más da? —insiste—. Parece que te preocupas mucho por algo que no supone ningún cambio en tu vida personal. No lo hará si sigues defendiendo que solo sientes odio hacia mí. Porque eso dijiste, ¿no? Que me odias.

Me doblo en el suelo enfrente de Warner. Me pongo las rodillas en el pecho. Me concentro en la piedra bajo mis pies.

—No te odio.

Creo que se queda sin respiración.

—Creo que a veces te comprendo —le digo—. De verdad. Pero justo cuando creo que al fin te entiendo, me sorprendes. Y nunca sé quién eres o en quién te vas a convertir. —Miro hacia arriba—. Pero sé que ya no te odio. Lo he intentado —le digo—. Con todas mis fuerzas. Porque has hecho muchísimas cosas horribles. A gente inocente. A *mí*. Pero ahora te conozco demasiado. He visto demasiadas cosas. Eres demasiado humano.

Su pelo es muy dorado. Sus ojos, muy verdes. Al hablar, su voz parece tormentosa.

—¿Me estás diciendo que quieres que seamos amigos?

—N-no lo sé. —Esta posibilidad me deja petrificada por completo—. No me lo había planteado. Solo digo que no lo sé. —Vacilo, respiro—. No sé cómo seguir odiándote. Aunque quiera. Me encantaría y sé que debería, pero no puedo.

Aparta la mirada.

Y sonríe.

Este es el tipo de sonrisa que me hace olvidar cómo hacer las cosas, excepto parpadear y parpadear, y no comprendo qué me pasa. No entiendo por qué no consigo convencer a mis ojos de que se centren en otra cosa.

No sé por qué mi corazón está perdiendo la cabeza.

Toca mi libreta como si no se diera cuenta de que lo está haciendo. Recorre la tapa con los dedos una vez, dos, y se detiene al ver hacia dónde se dirigen mis ojos.

—¿Has escrito todas estas palabras tú? —Vuelve a tocar la libreta—. ¿Todas?

Asiento.

—Juliette.

Dejo de respirar.

—Me encantaría. Ser tu amigo —dice— me gusta la idea.

Y no sé qué ocurre en mi cerebro.

Quizás sea porque está destrozado y yo lo bastante loca como para creer que puedo arreglarlo. Quizás sea porque me veo a mí misma, veo a la Juliette de tres, cuatro, cinco, seis, diecisiete años, abandonada, descuidada, maltratada, agredida por culpa de algo que escapa a su control y veo a Warner como alguien igual que yo, alguien que nunca ha tenido una oportunidad en la vida. Pienso en cuánto lo odia todo el mundo, en que odiarlo es un hecho aceptado mundialmente.

Warner es horrible.

No hay discusión, ni reservas, ni preguntas que hacer. Ya se ha decidido que es un ser humano despreciable que se nutre del asesinato, el poder y la tortura a los demás.

Pero quiero saber. Necesito saber. Tengo que saber.

Si es así de simple.

¿Qué pasaría si un día cometo un error? ¿Y si un día me paso de la raya y nadie quiere ayudarme a contenerme? ¿Entonces qué pasa conmigo?

Lo miro a los ojos. Respiro profundamente.

Y corro.

Corro hacia la puerta de salida.

## CINCUENTA Y UNO

*Solo un momento.*

*Solo un segundo, un minuto más, dame una hora más, o quizás un fin de semana para pensar si no es tanto, si no es demasiado duro, si es lo que siempre pedimos, si es una simple petición.*

*Pero los momentos los segundos los minutos las horas los días y los años acaban convirtiéndose en un gran error, una oportunidad extraordinaria que se nos ha escurrido por entre los dedos porque no pudimos decidirnos, no pudimos comprenderlo, necesitábamos más tiempo, no sabíamos qué hacer.*

*Ni siquiera sabemos lo que hemos hecho.*

*No tenemos ni idea de cómo llegamos hasta aquí cuando lo único que queríamos era levantarnos por la mañana, irnos a dormir por la noche y puede que tomarnos un helado de camino a casa, y esa decisión, esa opción, esa oportunidad desataba todo lo que sabíamos y lo que habíamos creído y ¿qué hacemos?*

*¿Qué hacemos desde aquí?*

## CINCUENTA Y DOS

Las cosas se están poniendo feas.

La tensión entre los ciudadanos del Punto Omega aumenta a cada hora que pasa. Hemos intentado contactar con los hombres de Anderson en vano, no sabemos nada de su bando ni de sus soldados, y no tenemos noticias de nuestros rehenes. Pero los civiles del sector 45, el sector del que estaba a cargo Warner, el que solíamos vigilar, se están empezando a inquietar cada vez más. Se están esparciendo demasiado rápido los rumores acerca de nosotros y de nuestra resistencia.

El Restablecimiento trató de encubrir las noticias sobre nuestra reciente batalla diciendo que se había tratado de un ataque corriente contra miembros de partidos rebeldes, pero la gente cada vez está más despierta. Empiezan a estallar protestas y algunos de ellos se niegan a trabajar, haciendo frente a las autoridades, intentando escapar de las instalaciones y corriendo hacia territorio no regulado.

Nunca termina bien.

Ha habido demasiadas pérdidas y Castle empieza a sentirse ansioso por hacer algo. Todos presentimos que volveremos a salir, y pronto. No hemos recibido ninguna información que afirme que Anderson esté muerto, lo cual indica que probablemente solo esté esperando el momento oportuno, o quizás Adam tenga razón y solo se esté recuperando. Pero sea cual sea el motivo, el silencio de Anderson no puedo significar nada bueno.

—¿Qué hace aquí? —me dice Castle.

Acabo de coger la cena. Me acabo de sentar en la mesa de siempre con Adam, Kenji y James. Parpadeo, confundida.

—¿Qué ocurre? —pregunta Kenji.

—¿Va todo bien? —añade Adam.

—Le pido disculpas, señorita Ferrars, no quería interrumpirla. Confieso que me ha sorprendido ligeramente verla aquí. Pensaba que estaba realizando su tarea —me dice Castle.



—¡Ah! —Me alarmo. Miro hacia la comida y hacia Castle de nuevo—. Eh... bueno, sí, en efecto... pero ya he hablado dos veces con Warner... de hecho, lo vi justo ayer...

—¡Vaya! ¡Qué buena noticia, señorita Ferrars! ¡Qué buena noticia! —Castle junta las manos, con cara de alivio—. ¿Y qué ha descubierto? —Se le ve tan esperanzado que empiezo a avergonzarme de mí misma.

Todos me miran y no sé qué hacer. No sé qué decir.

Niego con la cabeza.

—¡Vaya! —Castle deja caer las manos. Mira hacia abajo. Asiente—. ¿Así que considera que sus dos visitas son más que suficiente? —No me mira—. ¿Qué opina profesionalmente sobre ello, señorita Ferrars? ¿Considera que es preferible que se tome su tiempo en esta situación en concreto? ¿Que Winston y Brendan esperarán relajados cómodamente hasta que encuentre un momento en su apretada agenda para interrogar a la única persona que puede ayudarnos a encontrarlos? ¿Cree que...?

—Voy ahora mismo. —Cojo mi bandeja y me levanto de un salto, dando un traspié durante el proceso—. Lo siento... es que... voy ahora mismo. Os veo a la hora del desayuno, chicos —murmuro, y salgo corriendo por la puerta.

Oigo la risa de Kenji mientras me alejo.

Parece que no soy muy buena para los interrogatorios.

Tengo muchas preguntas que hacerle a Warner pero ninguna de ellas guarda relación con la ubicación de los rehenes. Cada vez que me digo a mí misma que haré las preguntas correctas, Warner consigue distraerme de algún modo. Es como si supiera lo que voy a preguntar y ya estuviera preparado para redirigir la conversación.

Es confuso.

—¿Llevas algún tatuaje? —me pregunta, sonriendo al apoyarse contra el muro en camiseta interior; con los pantalones puestos, los calcetines puestos y sin zapatos—. Hoy en día parece ser que todo el mundo lleva tatuajes.

Nunca pensé que tendría una conversación así con Warner.

—No —le digo—. Nunca he tenido la oportunidad de hacerme uno. Además, no creo que nadie quisiera acercarse tanto a mi piel.

Se mira las manos con atención. Sonríe.

—Quizás algún día.

—Quizás —le digo.

Pausa.

—¿Y qué hay de tu tatuaje? —le pregunto—. ¿Por qué?

Sonríe más ampliamente. Otra vez los hoyuelos. Mueve la cabeza.

—¿Y por qué no?

—No lo entiendo. —Inclino la cabeza hacia él, confundida—. ¿Quieres recordarte a ti mismo que vas a quemarte?

Sonríe, contiene una carcajada.

—No siempre un conjunto de letras forman una palabra, querida.

—Eh... ¿Qué quieres decir con eso?

Respira profundamente. Se sienta erguido.

—Y... —dice—. ¿Solías leer mucho?

Me pilla desprevenida. Es una pregunta extraña, y por un momento no puedo evitar preguntarme si se trata de una trampa. Si admitir tal cosa podría crearme problemas. Y entonces me acuerdo de que Warner es *mi* rehén, y no al revés.

—Sí —le digo—, leía mucho.

Su sonrisa se transforma en un gesto más serio, calculado. Su rostro no conserva emoción alguna.

—¿Y cuándo tenías oportunidad de leer?

—¿Qué quieres decir?

Se encoge lentamente de hombros, mira al vacío.

—Me parece raro que una chica que lleva toda la vida completamente aislada haya tenido acceso a muchos libros. Sobre todo en este mundo.

Me quedo callada.

Él también.

Respiro varias veces antes de responderle.

—Nu... nunca tuve la oportunidad de elegir mis libros —le digo, y no sé por qué me pone tan nerviosa decirlo en voz alta, por qué tengo que recordarme a mí misma no hablar con murmullos—. Leía todo lo que estaba disponible. En mis escuelas siempre había bibliotecas pequeñas y mis padres tenían algunas cosas en casa. Y después... —Vacilo—. Después, me pasé un par de años en ~~hospitales y centros psiquiátricos~~ y un centro de detención de menores. —Mi rostro se enciende en el momento perfecto, siempre dispuesto a sentirse avergonzado de mi pasado, de quién he sido y sigo siendo.

Pero es extraño.

Mientras que una parte de mí se esfuerza por ser sincera, la otra se siente cómoda al hablar con Warner. Segura. Confiada.

Porque ya lo sabe todo sobre mí.

Conoce todos los detalles de mis diecisiete años. Tiene todos mis informes médicos, está al corriente de todos mis incidentes con la policía y de

la dolorosa relación que tengo tuve con mis padres. Y ahora también ha leído mi libreta.

No podría contarle nada sobre mi vida que lo sorprenda; nada de lo que he hecho le causará un impacto o le horrorizará. No me preocupa que me juzgue o huya de mí.

Darme cuenta de esto hace que se me estremezcan los huesos, puede que más que cualquier otra cosa.

~~Y me da cierta sensación de alivio.~~

—Siempre había libros a mi alrededor —prosigo, incapaz de detenerme por alguna razón, con la mirada clavada en el suelo—. En el centro de detención. Muchos eran viejos y no tenían tapas, así que no siempre conocía el título o el autor. Leía todo lo que encontraba. Cuentos de hadas, misterio, historia y poesía. No me importaba lo que fuera. Los releía una y otra y otra vez. Los libros... me ayudaron a no perder la cabeza por completo. —Me detengo, conteniéndome para no hablar mucho más. Horrorizada al ver cuánto quiero confiar en él. En Warner.

El horrible, horrible Warner que intentó matar a Adam y a Kenji. Que me convirtió en su juguete.

Odio sentirme tan segura con él para hablar con tanta libertad. Odio que, de entre todas las personas, Warner sea la única con quien puedo ser totalmente honesta. Siempre tengo la sensación de que tengo que proteger a Adam de mí misma, de la horrible historia de mi vida. Nunca quiero asustarlo o contarle demasiado por miedo a que cambie de opinión y se dé cuenta del error que ha cometido al confiar en mí, al darme su cariño.

Pero con Warner no hay nada que esconder.

Quiero ver su cara; quiero saber lo que piensa ahora que me he abierto a él y le he ofrecido una visión personal de mi pasado, pero no consigo mirarlo a la cara. Así que me quedo aquí sentada, congelada, con los hombros cargados de humillación, y él no dice nada, no se mueve ni un milímetro, no emite ningún sonido. Pasan los segundos, invaden la habitación de golpe y quiero aplastarlos; quiero cogerlos y metérmelos en los bolsillos lo bastante como para detener el tiempo.

Finalmente, él interrumpe el silencio.

—A mí también me gusta leer —dice.

Levanto la cabeza, sorprendida.

Se ha apoyado contra la pared, con una mano en el pelo. Se pasa la mano por las doradas capas una vez. Baja la mano. Me mira a los ojos. Tiene los ojos increíblemente verdes.

—¿Te gusta leer? —le pregunto.

—Estás sorprendida.

—Pensaba que el Restablecimiento iba a destruir todas esas cosas. Pensaba que era ilegal.

—Lo son, y lo serán —dice, moviéndose un poco—. Muy pronto. Ya han destruido algunas, de hecho. —Por primera vez, parece sentirse incómodo—. Parece irónico —dice— que empezara a leer de verdad justo cuando se planificó destruirlo todo. Me ordenaron que revisara algunas listas, que diera mi opinión sobre qué guardaríamos, qué nos quitaríamos de encima, qué reciclaríamos para usar en las campanas, en planes de estudios futuros...

—¿Y crees que está bien? —le pregunto—. Destruir lo que queda de la cultura... todas las lenguas... todos esos textos. ¿Estás de acuerdo con esto?

Vuelve a jugar con mi libreta.

—Hay... muchas cosas que yo haría de otra forma —dice— si yo estuviera al mando. —Respira hondo—. Pero un soldado no siempre tiene que estar de acuerdo para obedecer.

—¿Qué cosas harías de otra forma? —le pregunto—. Si estuvieras en el poder.

Se ríe. Suspira. Me mira, sonrío con el rabillo del ojo.

—Haces demasiadas preguntas.

—No puedo evitarlo —le digo—. Pareces otra persona. Todo lo que dices me sorprende.

—¿Y eso?

—No lo sé —le digo—. Estás más... relajado. Un poco menos loco.

Se ríe en silencio, de esa forma en que se le mueve el pecho sin hacer ningún sonido.

—Mi vida se ha basado únicamente en la lucha y la destrucción. ¿Y estar aquí? —Mira a su alrededor—. Estar alejado de los deberes y responsabilidades. La muerte —dice, con los ojos fijos en la pared— es como tomarse unas vacaciones. No hay que pensar todo el rato. No tengo que hacer nada, ni hablar con nadie, ni estar en ninguna parte. Nunca había tenido tantas horas para hacer algo tan simple como *dormir* —dice, sonriendo—. Es un lujo. Creo que me gustaría que me tuvieran secuestrado más a menudo —añade, hablando consigo mismo.

Y no puedo evitar observarlo.

Observo su rostro de una forma que nunca me había atrevido a hacer y me doy cuenta de que no tengo la menor idea de lo que debe de haber sido vivir su vida. Una vez me dijo que no tenía ni idea, que no podía entender las

extrañas reglas de este mundo, y ahora empiezo a pensar que estaba en lo cierto. Porque no sé nada acerca de ese tipo de existencia sangrienta y reglada. Y de repente quiero saberlo.

De repente, quiero entenderlo.

Examino sus movimientos, el esfuerzo que hace por parecer despreocupado, relajado. Pero veo lo calculador que es. Que existe una razón para cada movimiento y reajuste de su cuerpo. Siempre escucha, siempre toca con una mano el suelo, la pared, mira hacia la puerta, examina su forma, las bisagras, el pomo. Observo cómo se tensa —un poquito— al oír ruidos, arañazos metálicos, voces apagadas fuera de la habitación. Es obvio que siempre está alerta, que siempre está inquieto, listo para luchar, para reaccionar. Y eso hace que me pregunte si ha conocido la tranquilidad. La seguridad. Si ha conseguido dormir por la noche alguna vez. Si ha conseguido ir a alguna parte sin mirar constantemente por encima de su hombro.

Tiene las manos entrelazadas.

Juguetea con un anillo que lleva en la mano izquierda, le da vueltas y más vueltas y más vueltas sobre su dedo meñique. No me puedo creer que haya tardado tanto tiempo en darme cuenta de que lo lleva; es una pieza sólida de jade, de un tenue color verdoso que combina a la perfección con los ojos. Y de repente, recuerdo haberlo visto antes.

Solo una vez.

La mañana después de que hiriera a Jenkins. Cuando Warner vino a su habitación a recogerme. Me pilló mirándole el anillo y se puso los guantes rápidamente.

Es un *déjà vu*.

Me pilla mirándole las manos y cierra la izquierda rápidamente, tapándosela con la derecha.

—¿Qué...?

—Solo es un anillo —dice—. No es nada.

—¿Por qué lo escondes si no es nada? —Ahora tengo mucha más curiosidad que hace un momento, muchas más ganas de partirlo en dos para descubrir qué demonios le pasa por la cabeza.

Suspira.

Abre y cierra los dedos. Se mira las manos, con las palmas hacia abajo y los dedos extendidos. Se quita el anillo del meñique y lo sostiene bajo la luz fluorescente; lo mira. Es una pequeña O verde. Al final, me mira a los ojos. Deja caer el anillo sobre la palma de su mano y la cierra.

—¿No me lo vas a decir? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué no?

Se frota un lado del cuello, lo masajea para eliminar la tensión en la parte inferior, la parte que se une con la parte superior de la espalda. No puedo evitar mirarlo. No puedo evitar preguntarme cómo sería que alguien te hiciera un masaje para eliminarte el dolor del cuerpo de esa forma. Sus manos parecen muy fuertes.

Ya casi se me había olvidado de qué estábamos hablando cuando dice:

—Hace casi diez años que llevo este anillo. Antes lo llevaba en el dedo índice. —Me mira y vuelve a apartar los ojos—. Y no hablo sobre ello.

—¿Nunca?

—No.

—Vaya. —Me muerdo el labio inferior. Decepcionada.

—¿Te gusta Shakespeare? —me pregunta.

Un cambio de tema extraño.

Niego con la cabeza.

—Lo único que sé sobre él es que me robó el nombre y lo deletreó mal.

Warner se me queda mirando un segundo y se echa a reír, como un vendaval fuerte y descontrolado, tratando de contenerse sin lograrlo.

De repente me siento incómoda, nerviosa ante este chico extraño que se ríe, lleva anillos secretos y me pregunta sobre libros y poesía.

—No pretendía ser graciosa —consigo decirle.

Pero sus ojos siguen llenos de sonrisas al decirme:

—No te preocupes. Yo no supe mucho de él hasta hace aproximadamente un año. Sigo sin entender la mitad de lo que dice, así que creo que nos desharemos de la mayor parte de su obra, aunque escribió un verso que me encantó.

—¿Cómo era?

—¿Te gustaría verlo?

—¿Verlo?

Pero Warner ya se ha puesto de pie, se desabrocha los pantalones y yo me pregunto qué debe de estar pasando, preocupada por si me está engañando con un diabólico juego de los suyos, cuando se detiene. Ve mi rostro horrorizado.

—No te preocupes, querida. No me estoy desnudando, te lo prometo. Solo es otro tatuaje.

—¿Dónde? —le pregunto, petrificada, sin querer y queriendo apartar la mirada.

No me responde.

Lleva los pantalones desabrochados, colgándole de la cintura. Deja ver los bóxers que lleva debajo. Tira repetidas veces de la banda elástica de los calzoncillos hasta encontrarlo justo debajo del hueso de la cadera.

Yo me sonrojo desde la raíz del pelo.

Nunca antes había visto una parte tan íntima del cuerpo de un chico, y no puedo apartar la mirada. Mis encuentros con Adam siempre fueron a oscuras e interrumpidos; nunca vi tanto, no porque no quisiera, sino porque nunca tuve la oportunidad. Ahora las luces están encendidas y Warner está delante de mí y yo estoy atrapada, intrigada por el contorno de su cuerpo. No puedo evitar darme cuenta de la forma en que su cintura se estrecha a la altura de las caderas y desaparece dentro de un pedazo de tela. Me gustaría saber qué se siente al conocer a otra persona sin estas barreras.

Al conocer a alguien de forma tan profunda y privada.

Me gustaría estudiar los secretos que se esconden en sus codos y los susurros atrapados debajo de sus rodillas. Me gustaría seguir el contorno de su silueta con los ojos y la punta de mis dedos. Me gustaría trazar ríos y valles a lo largo de los músculos curvados de su cuerpo.

Estos pensamientos me escandalizan.

Siento un calor desesperado en la boca del estómago que me gustaría ignorar. Noto mariposas en el pecho que me gustaría poder explicar. Siento un dolor en mi interior que no estoy dispuesta a nombrar.

~~Hermoso.~~

~~Es muy hermoso.~~

Debo de haberme vuelto loca.

—Es interesante —dice—. Parece muy... pertinente, creo. Aunque lo escribiera hace tanto tiempo.

—¿Cómo?

Aparto los ojos de su mitad inferior, intentando evitar de forma desesperada que mi imaginación se detenga en los detalles. Vuelvo a mirar las palabras tatuadas en su piel y me concentro.

—¡Oh! —digo—. Sí.

Son dos líneas. Con una letra hecha como con una máquina de escribir grabada en la parte inferior del torso.

el cielo está vacío.

y todos los demonios están aquí.

—Sí. Interesante. Sí. Por supuesto.

Creo que necesito estirarme.

—Los libros —dice, subiéndose los bóxers y la cremallera de los pantalones— se destruyen fácilmente. Pero las palabras sobrevivirán mientras la gente pueda recordarlas. Los tatuajes, por ejemplo, son muy difíciles de olvidar. —Se abrocha el botón—. Creo que hoy en día hay algo en la transitoriedad de la vida que nos obliga a grabar nuestra piel con tinta —dice—. Nos recuerda que el mundo nos ha marcado, que seguimos vivos. Que nunca olvidaremos.

—¿Quién?

No conozco a este Warner. Jamás seré capaz de reconocer a este Warner. Sonríe para sus adentros. Vuelve a sentarse.

—Nadie más tiene que saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé quién soy —dice—. Y eso me basta.

Me quedo en silencio un momento. Frunzo el ceño mirando al suelo.

—Debe de ser genial ir por la vida con tanta confianza en uno mismo.

—Tú también estás segura de ti misma. Eres tenaz y resistente. Muy valiente. Muy fuerte. Tu belleza no es humana. Podrías conquistar el mundo.

Se me escapa la risa, levanto la cabeza y lo miro.

—Lloro demasiado. No me interesa conquistar el mundo.

—Eso —dice— es algo que nunca voy a comprender. —Niega con la cabeza—. Solo estás asustada. Te asusta aquello que no te resulta familiar. Te preocupa demasiado decepcionar a la gente. Reprimes tu propio potencial —dice— por culpa de lo que crees que los demás esperan de ti... porque todavía sigues las reglas que te han dado. —Me mira, con firmeza—. Ojalá no lo hicieras.

—Ojalá tú dejaras de esperar que use mi poder para matar a gente.

Se encoge de hombros.

—Nunca te he dicho que tengas que hacerlo. Pero es algo que acabará pasando; es algo inevitable en una guerra. Matar es imposible de evitar, estadísticamente hablando.

—Me tomas el pelo, ¿no?

—En absoluto.

—Siempre puedes evitar la muerte de las personas, Warner. Evitas matarlos si no vas a la guerra.

Su sonrisa es tan radiante que ni siquiera presto atención.

—Me encanta que digas mi nombre —dice—. No sé por qué.

—No te llamas Warner —remarco—. Te llamas Aaron.



Su sonrisa va de oreja a oreja.

—Dios, me encanta.

—¿Tu nombre?

—Solo cuando lo dices tú.

—¿Aaron o Warner?

Cierra los ojos. Apoya la cabeza contra la pared. Hoyuelos. De repente me sorprende lo que estoy haciendo. Estoy aquí sentada, pasando el rato con Warner como si tuviéramos muchas horas que perder. Como si no existiera ningún mundo horrible ahí fuera. No entiendo cómo consigo distraerme tanto y me prometo a mí misma que esta vez no permitiré que la conversación se me vaya de las manos. Pero cuando abro la boca me dice:

—No voy a devolverte la libreta.

Se me cierra la boca de golpe.

—Sé que quieres que lo haga —dice— pero me temo que tendré que guardármela para siempre. —La sostiene, me la enseña. Sonríe. Y se la guarda en el bolsillo. El único sitio que nunca me atrevería a alcanzar.

—¿Por qué? —No puedo evitar preguntarlo—. ¿Por qué es tan importante para ti?

Se queda demasiado rato mirándome. Sin responderme.

*—Durante los días más oscuros tienes que buscar un poco de brillo, durante los días más fríos tienes que buscar un poco de calor; durante los días más sombríos tienes que mirar adelante y bada arriba y durante los días más tristes tienes que mantener los ojos abiertos y dejar que lloren. Y después dejar que se sequen. Para darles la oportunidad de limpiar el dolor y que se vuelvan a sentir frescos y cristalinos.*

—No puede ser que te lo sepas de memoria —murmuro.

Se recuesta de nuevo. Vuelve a cerrar los ojos.

*—Nada en la vida tendrá sentido para mí, pero no puedo dejar de intentar recoger el cambio y esperar que sea suficiente para pagar por nuestros errores.*

—¿Eso también lo escribí yo? —le pregunto, incapaz de creerme que pueda estar recitando las mismas palabras que cayeron de mis labios hacia las puntas de mis dedos y sangraron sobre una página. Sigo sin ser capaz de creerme que esté enterado de mis pensamientos íntimos, sentimientos que capturé con una mente torturada y que martilleé en forma de oraciones que introduje en párrafos, ideas que sujeté con signos de puntuación que solo servían para determinar dónde acababa un pensamiento y empezaba otro.

Este chico rubio guarda mis secretos en la boca.

—Has escrito muchas cosas —me dice, sin mirarme—. Sobre tus padres, tu infancia, tus experiencias con otra gente. Has hablado sobre la esperanza y la redención, y sobre cómo sería ver un pájaro que vuela. Has escrito sobre el sufrimiento. Y sobre lo que se siente al pensar que eres un monstruo. Sobre lo que se siente cuando todos te juzgan antes de que les hayas dicho dos palabras. —Coge aire profundamente—. Gran parte de ello ha sido como verme a mí mismo en un papel —susurra—. Como leer todo lo que nunca he sabido explicar.

Ojalá mi corazón se callara se callara se callara se callara.

—Cada día me lamento —dice, con una voz que apenas parece un susurro—. Me lamento por haber creído lo que oí sobre ti. Y también por hacerte daño cuando pensaba que te estaba ayudando. No puedo disculparme por ser quien soy —dice—. Esa parte de mí ya está acabada, arruinada. Perdí la fe en mí mismo hace ya mucho tiempo. Pero siento no haberte comprendido mejor. Todo lo que hice, lo hice porque quería ayudarte a ser más fuerte. Quería que usaras tu ira como herramienta, como un arma que te ayudara a aprovechar la fuerza que hay en tu interior; quería que fueras capaz de luchar contra el mundo. Te provoqué a propósito —dice—. Te presioné demasiado, demasiado fuerte, hice cosas para horrorizarte e indignarte y lo hice todo a propósito. Porque así es como me enseñaron a hacerme más fuerte ante el horror de este mundo. Así es como me enseñaron a defenderme. Y quería enseñarte. Sabía que potencialmente podías ser más, mucho más. Veía la grandeza en ti.

Me mira. Me mira de verdad.

—Seguirás adelante y harás cosas increíbles —dice—. Siempre lo he sabido. Creo que solo quería formar parte de ello.

Y lo intento. Intento recordar con todas mis fuerzas todas las razones que me llevan a tener que odiarlo, intento recordar todas las cosas horribles que le he visto hacer. Pero me siento torturada porque entiendo demasiado bien lo que significa que te torturen. Hacer cosas porque no sabes hacerlas de otra forma. Hacer cosas porque crees que están bien, porque nunca te enseñaron lo que está mal.

Porque es muy difícil ser amable con el mundo si lo único que has sentido es rabia.

Porque es muy difícil ver la bondad en el mundo si lo único que has conocido es el terror.

Y quiero decirle algo. Algo profundo y absoluto y memorable, pero parece que él lo comprende. Me ofrece una extraña y temblorosa sonrisa que no le llega a los ojos pero dice mucho.

Entonces...

—Di a tu grupo —dice— que se prepare para la guerra. A menos que los planes hayan cambiado, mi padre ordenará un ataque contra los civiles pasado mañana y será una masacre. También será vuestra única oportunidad de salvar a vuestros hombres. Están cautivos en alguna parte de los pisos inferiores de la sede del Sector 45. Me temo que es lo único que puedo decirte.

—¿Cómo has...?

—Ya sé por qué has venido, querida. No soy estúpido. Sé por qué te están forzando a pasar tiempo conmigo.

—¿Y por qué me das esta información tan libremente? —le pregunto—. ¿Qué motivos tienes para ayudarnos?

Percibo un ligero cambio en su mirada, pero no dura lo bastante como para que lo analice. Y, a pesar de que su expresión es prudentemente neutra, algo en el espacio que nos separa parece diferente de repente. Cargado.

—Ve —dice, cerrando los ojos—. Tienes que contárselo ahora mismo.

## CINCUENTA Y TRES

Adam, Kenji, Castle y yo estamos instalados en su oficina intentando pensar una estrategia.

Anoche me fui directa hacia Kenji, quien me llevó con Castle, para contarle lo que me había dicho Warner. Castle se sintió aliviado y horrorizado al mismo tiempo, y creo que todavía no ha digerido la información.

Me dijo que iría a ver a Warner por la mañana, para hacer un seguimiento, para ver si Warner estaba dispuesto a explicarse mejor (no lo estaba), y que Kenji, Adam y yo teníamos que reunirnos con él en su despacho a la hora de comer.

Así que ahora estamos todos en esta pequeña habitación, junto con otras siete personas. Las caras que veo en la habitación son muchas de las que vi cuando fuimos a los almacenes de el Restablecimiento; lo cual significa que son importantes, esenciales en este movimiento. Y eso hace que me pregunte si alguna vez formaré parte del grupo central de Castle en el Punto Omega.

No puedo evitar sentirme un poco orgullosa. Un poco emocionada al ser alguien en quien él confía. Feliz de estar ayudando.

Y esto me hace pensar en cuánto he cambiado en un periodo tan breve de tiempo. En lo diferente que se ha vuelto mi vida, en lo fuerte y débil que me siento en estos momentos. Me pregunto si las cosas hubieran sido distintas si Adam y yo hubiésemos encontrado una forma de estar juntos. Si alguna vez me habría aventurado a salir de la seguridad que él introdujo en mi vida.

Pienso en muchas cosas.

Pero cuando levanto la vista y lo pillo mirándome, todas mis preguntas desaparecen; y me quedo solo con el sufrimiento de echarlo de menos. Me quedo esperando que no aparte la mirada cuando yo levanto la cabeza.

Esta ha sido mi horrible elección. Yo me lo he buscado.

Castle está sentado en su escritorio, con los codos apoyados sobre la mesa, la barbilla apoyada sobre sus manos entrelazadas. Tiene el ceño fruncido, los labios apretados, los ojos fijos sobre los papeles que tiene delante.

Lleva cinco minutos sin decir nada.

Finalmente, levanta la cabeza. Mira a Kenji, que está sentado delante de él, entre Adam y yo.

—¿Qué opinas? —dice—. ¿Ofensiva o defensiva?

—Guerra de guerrillas —dice Kenji sin dudarlo—. No hay más.

Respiración profunda.

—Sí —dice Castle—. Yo también lo había pensado.

—Tenemos que estar divididos —dice Kenji—. ¿Quieres asignar los grupos o me encargo yo?

—Yo haré los grupos preliminares. Me gustaría que te los miraras y sugirieras cambios, si es necesario.

Kenji asiente.

—Perfecto. Y las armas...

—Yo me encargo de eso —dice Adam—. Me aseguraré de que todo esté limpio, cargado y preparado. Ya estoy familiarizado con la sala de armas.

No tenía ni idea de eso.

—Bien. Excelente. Asignaremos un grupo encargado de intentar llegar a la base para encontrar a Winston y a Brendan; los demás se repartirán por las instalaciones. Nuestra misión es simple: salvar al mayor número posible de civiles. Solo eliminaremos a los soldados cuando sea absolutamente necesario matarlos. Nuestra lucha no es contra los hombres, sino contra los líderes... no debemos olvidarnos de eso. Kenji —dice—, me gustaría que supervisaras los grupos que entran en las instalaciones. ¿Te parece bien?

Kenji asiente.

—Yo dirigiré el grupo en la base —dice Castle—. De la misma forma que tú y el señor Kent seréis los más indicados para infiltraros en el Sector 45, me gustaría que estuvierais con la señorita Ferrars; los tres sabéis trabajar bien juntos y podríamos usar vuestras fuerzas en tierra. Ahora —dice, extendiendo los papeles que tiene delante— llevo toda la noche estudiando estos planes de acc...

Alguien golpea la ventanita de cristal de la puerta de Castle. Es un hombre más bien joven que no había visto antes, con unos ojos brillantes de color castaño claro y con el pelo tan corto que no distingo de qué color es. Tiene los ojos cerrados; la frente tensa, apretada.

—¡Señor! —está gritando, ha estado gritando, como puede verse, pero su voz parece apagada y eso hace que me dé cuenta de que esta sala tiene que estar insonorizada, aunque sea un poco.

Kenji salta de la silla, abre la puerta de golpe.

—¡Señor! —El hombre está sin aliento. Está claro que ha venido hasta aquí corriendo—. Señor, por favor...

—¿Samuel? —Castle se pone en pie, se desplaza alrededor del escritorio, se echa hacia delante para agarrar al chico del hombro, tratando de fijar la vista—. ¿Qué ocurre? ¿Cuál es el problema?

—Señor —repite Samuel, de forma más normalizada, habiendo recobrado la respiración casi por completo—. Tenemos un... un problema.

—Cuéntemelo todo... Ahora no es momento de callarse si ha ocurrido algo...

—No tiene nada que ver con la superficie, señor, pero... —Me lanza una mirada durante una fracción de segundo—. Nuestro... visitante... no coopera, señor, está... está dando muchos problemas a los guardias...

—¿Qué tipo de problemas? —Castle entrecierra los ojos. Samuel baja la voz.

—Ha llegado a abollar la puerta, señor. Ha conseguido abollar la puerta de acero, señor, y está amenazando a los guardias y ellos empiezan a preocuparse...

—No.

—Necesito su ayuda —dice Castle sin mirarme—. Sé que no quiere hacerlo, pero es la única persona a quien va a escuchar y no podemos permitirnos una distracción así, por lo menos por ahora. —Su voz suena tan débil y tensa que parece que pudiera resquebrajarse—. Por favor, haga lo que esté en sus manos para contenerlo, y cuando considere que es seguro que una de las chicas entre, puede que encontremos una forma de sedarlo sin poner a nadie en peligro en el proceso.

Casi por accidente, mis ojos se desvían hacia Adam. No parece contento.

—Juliette. —Castle aprieta la mandíbula—. Por favor. Vaya ahora mismo. Asiento. Me giro dispuesta a irme.

—Prepárense —añade Castle mientras me alejo por la puerta, con una voz demasiado suave para lo que viene a continuación—. A menos que nos hayan engañado, mañana el supremo masacrará a civiles desarmados, y no podemos permitirnos el lujo de pensar que Warner nos haya dado una información falsa. Saldremos de madrugada.

## CINCUENTA Y CUATRO

Los guardias me dejan entrar en la habitación de Warner sin decir nada.

Echo un vistazo rápido por el espacio, que ahora está parcialmente amueblado, con el corazón palpitante, los puños apretados, la sangre corriendo corriendo corriendo. Algo va mal. Algo ha ocurrido. Anoche Warner estaba perfectamente cuando lo dejé y no logro imaginar qué puede haberlo llevado a perder la cabeza de esta forma, pero me aterroriza.

Alguien le ha dado una silla. Ahora veo cómo puede haber abollado la puerta de acero. No deberían de haberle dado una silla.

Warner está sentado sobre ella, de espaldas a mí. Desde donde estoy yo, solo se le ve la cabeza.

—Has vuelto —dice.

—Claro que he vuelto —le digo, acercándome—. ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

Se ríe. Se pasa una mano por el pelo. Mira hacia el techo.

—¿Qué ha pasado? —Ahora ya estoy muy preocupada—. ¿Estás... te ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Tengo que salir de aquí —dice—. Tengo que irme. No puedo quedarme aquí más tiempo.

—Warner...

—¿Sabes lo que me ha dicho? ¿Te ha contado lo que me dijo?

Silencio.

—Esta mañana ha entrado en mi habitación. Ha entrado aquí y me ha dicho que quería hablar conmigo. —Warner se vuelve a reír, fuerte, demasiado fuerte. Agita la cabeza—. Me ha dicho que puedo cambiar. Me ha dicho que puede que tenga un *don* como toda la gente de aquí... que quizás tenga una *habilidad*. Me ha dicho que puedo ser diferente, querida. Me ha dicho que cree que puedo ser diferente si yo quiero.

Castle se lo ha contado.

Warner se levanta pero no se gira del todo y veo que no lleva camisa. Incluso parece no importarle que pueda verle las cicatrices de la espalda, la

palabra *ENCENDER* tatuada en el cuerpo. Tiene el pelo alborotado, desordenado, le cae en la cara y lleva la cremallera del pantalón subida pero el botón desabrochado y nunca antes lo había visto tan desaliñado. Presiona la pared de piedra con las palmas de las manos, los brazos extendidos; encorva el cuerpo, baja la cabeza como si estuviera rezando. Tiene todo el cuerpo tenso, apretado, los músculos le presionan la piel. Su ropa está apilada en el suelo y su colchón está en medio de la habitación y la silla en la que estaba sentado hace un momento está de cara a la pared, mirando a la nada y me doy cuenta de que ha empezado a perder la cabeza.

—¿Te lo puedes creer? —me pregunta, y sigue sin mirarme—. ¿Puedes creerte que piense que puedo levantarme una mañana y ser diferente? ¿Cantar canciones alegres y dar dinero a los pobres y pedirle al mundo que me perdone por lo que he hecho? ¿Tú crees que esto es posible? ¿Tú crees que puedo cambiar?

Finalmente se gira y me mira, con ojos risueños, con ojos como esmeraldas que brillan al atardecer y hace una mueca para reprimir una sonrisa.

—¿Crees que podría ser diferente? —Da unos cuantos pasos hacia mí y no sé por qué esto afecta a mi respiración. Ni por qué no encuentro mi boca.

—Solo es una pregunta —me dice, y está justo delante de mí y no sé cómo ha llegado hasta aquí. Sigue mirándome, con la mirada fija y desconcertante, brillante, ardiente de algo que no puedo distinguir.

Mi corazón no se va a detener, se niega a dejar de saltar saltar saltar.

—Dime, Juliette. Me encantaría saber qué piensas realmente sobre mí.

—¿Por qué? —Poco más que un susurro en un intento de ganar algo de tiempo.

Los labios de Warner esbozan una sonrisa antes de abrirse, un poquito, lo suficiente como para contraerse formando un gesto extraño y curioso que permanece en sus ojos. No responde. No dice nada. Solo se acerca, me examina y yo estoy paralizada, con la boca totalmente llena de los segundos en los que no habla y estoy luchando contra todos los átomos de mi cuerpo, contra cada estúpida célula de mi cuerpo por sentirme tan atraída por él.

¡Oh!

¡Dios mío!

~~Siento una terrible atracción por él.~~

La culpa crece amontonada dentro de mí, se asienta en mis huesos, me rompe por la mitad. Es un cable trenzado alrededor de mi cuello, una oruga



que se arrastra por mi estómago. Es la noche, la medianoche y el crepúsculo de la indecisión. Son demasiados secretos que ya no guardo.

~~No entiendo por qué quiero esto.~~

Soy una persona horrible.

Y es como si él *viera* lo que pienso, como si notara los cambios en mi cabeza, porque de repente es diferente. Su energía se reduce, sus ojos se vuelven profundos, afligidos, tiernos; sus labios son suaves y siguen un poco abiertos y ahora el aire de esta habitación se ha vuelto demasiado tenso, se ha llenado demasiado de algodón y siento que la sangre corre por mi cabeza, choca contra todas las zonas racionales de mi cerebro.

Ojalá alguien me recordara cómo se respira.

—¿Por qué no puedes responder a mi pregunta? —Me mira tan profundamente a los ojos que me sorprende que no haya cedido ante tal intensidad y entonces, justo en ese momento, me doy cuenta de que todo él es intenso. Nada en él resulta manipulable o fácil de compartimentar. Es demasiado. Todo en él resulta excesivo. Sus emociones, sus actos, su ira, su hostilidad.

~~Su amor.~~

Es peligroso, eléctrico, imposible de contener. Por su cuerpo se propaga una energía tan extraordinaria que puede palparse incluso cuando está calmado. Tiene presencia.

Pero yo he desarrollado una extraña y aterradora fe en quién es Warner verdaderamente y en lo que puede llegar a ser. Quiero encontrar al chico de diecinueve años que alimentaría a un perro callejero. Quiero creer en el chico con una infancia atormentada y un padre maltratador. Quiero comprenderlo. Quiero liberarlo.

Quiero pensar que es más que el molde en el que le obligaron a meterse.

—Creo que puedes cambiar —oigo que digo—. Creo que todo el mundo puede cambiar.

Y sonrío.

Sonríe lenta y encantadoramente. Es de esas sonrisas que acaban en una carcajada que le ilumina el rostro y le hace suspirar. Cierra los ojos. Parece conmovido, entretenido.

—¡Qué adorable! —dice—. ¡Es insoportablemente adorable! Porque lo crees de verdad.

—Claro que sí.

Finalmente me mira y susurra:

—Pero estás equivocada.

—¿Cómo?

—Yo no tengo corazón —dice con palabras frías, vacías, hacia sí mismo—. Soy un hijo de puta desalmado y un ser cruel y violento. No me importan los sentimientos de la gente. No me importan sus temores o su futuro. No me importa lo que quieren o si tienen familia o no, y no me arrepiento de ello —dice—. Nunca me he arrepentido de nada de lo que he hecho.

Tardo un rato en encontrar mi cabeza.

—Pero a mí me pediste perdón —le digo—. Me pediste perdón justo anoche...

—Tú eres diferente —dice, cortándome—. Tú no cuentas.

—No lo soy —le digo—. Solo soy otra persona, como todas las demás. Y has demostrado que tienes la capacidad de sentir remordimiento. Compasión. Sé que puedes ser amable...

—Yo no soy así. —De repente su voz se vuelve dura, demasiado fuerte—. Y no voy a cambiar. No puedo borrar los diecinueve miserables años de mi vida. No puedo borrar los recuerdos de lo que he hecho. No puedo levantarme una mañana y decidir vivir de esperanzas y sueños ajenos. De las promesas de otra persona por un futuro más brillante.

»Y no voy a mentirte —dice—. Nunca me han importado lo más mínimo los demás y no hago sacrificios ni me comprometo. No soy bueno, ni justo, ni decente, y nunca lo seré. No puedo serlo. Porque intentar ser alguna de estas cosas sería vergonzoso.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —Quiero sacudirlo—. ¿Cómo puede avergonzarte intentar ser mejor?

Pero no me escucha. Se ríe.

—¿Te lo imaginas? ¿Sonriendo a los niños pequeños y llevando regalos a las fiestas de cumpleaños? ¿Me imaginas ayudando a un desconocido? ¿O jugando con el perro del vecino?

—Sí —le digo—. Sí que puedo. —Ya lo he visto, aunque eso no se lo digo.

—No.

—¿Por qué no? —insisto—. ¿Por qué es tan difícil de creer?

—Este tipo de vida —dice— no es posible para mí.

—Pero ¿por qué?

Warner abre y cierra los cinco dedos antes de pasárselos por el pelo.

—Porque lo siento así —dice, en voz más baja—. Siempre he podido sentirlo así.

—¿Sentir el qué?

—Lo que la gente piensa sobre mí.

—¿Cómo?

—Sus sentimientos... su energía... no sé qué es —dice, frustrado, tirándose hacia atrás, negando con la cabeza—. Siempre lo he podido notar. Sé que la gente me odia. Sé lo poco que le importo a mi padre. Conozco la agonía del corazón de mi madre. Sé que tú no eres como los demás. —Su voz se entrecorta—. Sé que no me mientes cuando dices que no me odias. Que quieres pero no puedes. Porque en tu corazón no tienes malas intenciones, no hacia mí, y si las hubiera lo sabría. Al igual que sé —me dice, con voz ronca y controlada— que sentiste algo cuando nos besamos. Sentiste lo mismo que yo y te avergüenzas de ello.

El pánico me gotea por todas partes.

—¿Cómo puedes saber eso? —le pregunto—. C-cómo... no puedes *saber* este tipo de cosas...

—Nadie me ha mirado como lo haces tú —susurra—. Nadie me habla como lo haces tú, Juliette. Tú eres diferente —dice—. Eres muy diferente. Tú me entiendes. Pero el resto del mundo no quiere mis simpatías. No quiere mis sonrisas. Castle es el único hombre del mundo que ha sido la excepción que confirma la regla, y su afán por confiar en mí y aceptarme solo demuestra la debilidad de esta resistencia. Aquí nadie sabe lo que hace y solo conseguirán que los masacren a todos...

—No es verdad... no puede ser verdad...

—Escúchame —dice Warner, con prisas—. Tienes que entenderlo... las únicas personas que importan en este miserable mundo son las que tienen poder de verdad. Y tú —dice—, tú tienes poder. Tienes el tipo de fuerza que podría agitar el mundo... que podría conquistarlo. Y quizás todavía es demasiado pronto, quizás necesitas más tiempo para reconocer tu propio potencial, pero yo siempre estaré esperándote. Siempre te querré a mi lado. Porque nosotros dos... nosotros dos —dice, y se detiene. Parece que se haya quedado sin aliento—. ¿Puedes imaginártelo? —Me mira a los ojos con decisión, con las cejas juntas. Me examina—. Claro que puedes —susurra—. Piensas en ello en todo momento.

Respiro con dificultad.

—Este no es tu lugar —dice—. No encajas con esta gente. Ellos te arrastrarán y harán que te maten.

—¡No tengo otra elección! —Ahora ya estoy enfadada, indignada—. Prefiero quedarme aquí con los que intentan ayudar... ¡Con los que intentan marcar la diferencia! Como mínimo no matan a gente inocente...

—¿Te crees que tus nuevos amigos no han matado a nadie antes? —grita Warner, señalando a la puerta—. ¿Te crees que Kent nunca ha matado a nadie? ¿Que Kenji nunca ha disparado una bala en el cuerpo de un desconocido? ¡Eran soldados! —dice—. ¡Vi cómo lo hacían con mis propios ojos!

—Intentaban sobrevivir —le digo, temblando, esforzándome por ignorar el horror de mi propia imaginación—. Su lealtad nunca se debió al Restablecimiento...

—Mi lealtad —dice— no se debe al Restablecimiento. Mi lealtad se debe a aquellos que saben cómo vivir. Solo tengo dos opciones en este juego, querida. —Respira con dificultad—. Matar. O que me maten.

—No —le digo, retrocediendo, sintiendo náuseas—. No tiene por qué ser así. No tienes por qué vivir así. Podrías huir de tu padre, de esa vida. No tienes por qué ser lo que él quiere que seas...

—El daño —dice— ya está hecho. Para mí es demasiado tarde. Ya he aceptado mi destino.

—No... Warner...

—No te estoy pidiendo que te preocupes por mí —dice—. Sé exactamente cómo será mi futuro y lo acepto. Estoy bien viviendo en soledad. No me da miedo pasar el resto de mi vida conmigo como único compañero. La soledad no me da miedo.

—No tienes por qué tener esta vida —le digo—. No tienes por qué estar solo.

—No voy a quedarme aquí —dice—. Solo quería que lo supieras. Encontraré la forma de salir de aquí y me iré tan pronto como me sea posible. Mis vacaciones —dice— han terminado oficialmente.

## CINCUENTA Y CINCO

Tic tac.

Castle ha convocado una reunión improvisada para informar a todo el mundo sobre la batalla de mañana; quedan menos de doce horas para que nos vayamos. Nos hemos reunido en el comedor porque es el lugar más cómodo para que podamos sentarnos todos.

Hemos hecho una última comida, hemos tenido conversaciones un poco forzadas, dos tensas horas llenas de breves momentos de risa tonta que parecían más bien ahogos. Las últimas en entrar en la sala han sido Sara y Sonia, que me han visto y me han saludado brevemente antes de sentarse al otro lado del comedor. Entonces Castle ha empezado a hablar.

Todos tendremos que luchar.

Todos los hombres y mujeres en buenas condiciones físicas. Los ancianos que no puedan participar en la batalla se quedarán con los más pequeños, lo cual incluye a James y a su grupo de amigos.

Ahora mismo James está aplastándole la mano a Adam.

Anderson va a por la gente, dice Castle. La gente está despertándose y protestando contra el Restablecimiento más que nunca. Nuestra batalla les ha dado esperanzas, nos dice Castle. Solo habían oído rumores acerca de una resistencia, y la batalla verificó estos rumores. Cuentan con que los apoyemos, con que los respaldemos y ahora, por primera vez, lucharemos con nuestros dones en la intemperie.

En las instalaciones.

Donde los civiles nos verán tal como somos.

Castle dice que nos preparemos para un ataque por ambas partes. Dice que, a veces, sobre todo cuando la gente está asustada, no reaccionarán de forma positiva hacia nosotros. Preferirán el terror que ya conocen antes que el que desconocen o no pueden explicar, y nuestra presencia, nuestra exposición pública, podría traernos nuevos enemigos.

Tenemos que estar preparados para ello.

—¿Y entonces por qué tenemos que preocuparnos? —grita una mujer desde el fondo de la sala. Se levanta y veo su pelo negro y liso, como una hoja de tinta que termina en su cintura. Le brillan los ojos bajo las luces fluorescentes—. Si van a odiarnos —dice—, ¿por qué tenemos que defenderlos? ¡No tiene sentido!

Castle respira profundamente.

—No podemos culparlos a todos por la insensatez de uno.

—Pero no es solo uno, ¿no? —dice una nueva voz metiendo baza—. ¿Cuántos de ellos van a volverse en nuestra contra?

—No tenemos forma de saberlo —dice Castle—. Podría ser uno. O ninguno. Solo les advierto para que sean precavidos. No pueden olvidarse de que estos civiles son inocentes e irán desarmados. Los están matando por ser desobedientes... solo por alzar la voz y pedir un trato justo. Están muertos de hambre y han perdido sus casas, sus familias. Seguro que pueden verse reflejados en ellos. Muchos de ustedes siguen teniendo familiares perdidos, desperdigados por el país, ¿no es cierto?

Entre la multitud se oye un murmullo generalizado.

—Tienen que imaginarse que se trata de su madre. De su padre. De sus hermanos y hermanas. Están sufriendo y están abatidos. Tenemos que hacer lo que podamos por ayudarles. Es la única forma. Somos su única esperanza.

—¿Y qué hay de nuestros hombres? —Otra persona se levanta. Debe rondar los cuarenta y pico años de edad, redondo y robusto, más alto que los demás—. ¿Quién nos garantiza que recuperaremos a Winston y a Brendan?

Castle baja la mirada un segundo. Me pregunto si habré sido la única que se ha dado cuenta del dolor que ha pasado por su mirada.

—No tenemos garantías, amigo. Nunca las hay. Pero lo haremos lo mejor que podamos. No nos rendiremos.

—¿Y entonces qué ganábamos con coger a Warner como rehén? —protesta—. ¿Por qué no lo matamos? ¿Por qué lo dejamos vivir? ¡No nos ha hecho ningún bien y se está alimentando con nuestra comida y usando los recursos que deberían ser para nosotros!

La multitud estalla en un frenesí exasperante, furioso, lleno de emociones. Todos gritan a la vez cosas como: «¡Mátalo!» y «Eso le dará una lección al supremo» y «Tenemos que hacer una declaración» y «Se merece morir».

Noto una presión repentina en el corazón. Casi me pongo a hiperventilar y me doy cuenta, por primera vez, de que pensar en que Warner esté muerto me resulta de todo menos atractivo.

Me horroriza.

Miro a Adam en busca de una reacción distinta y no sé qué me esperaba. Me siento tonta al sorprenderme ante la tensión de sus ojos, de su frente, de sus labios rígidos. Soy una estúpida por haber esperado de Adam otra cosa que no sea odio. Claro que Adam odia a Warner. Por supuesto.

Warner intentó matarlo.

Y está claro que él también quiere que Warner muera.

Creo que me voy a marear.

—¡Por favor! —grita Castle—. ¡Sé que están molestos! Es difícil enfrentarse a mañana, pero no podemos canalizar nuestra hostilidad hacia una sola persona. Tenemos que usarla como combustible para la batalla y tenemos que mantenernos unidos. No podemos permitir que nada nos divida. ¡Ahora no!

Seis tictacs de silencio.

—¡Yo no voy a luchar hasta que él esté muerto!

—¡Esta noche lo matamos!

—¡Vayamos a por él ahora mismo!

La multitud parece un rugido de cuerpos enojados, resueltos, rostros desagradables que dan mucho miedo, salvajes y retorcidos por una rabia inhumana. No me había dado cuenta de que la gente del Punto Omega guardara tanto resentimiento.

—¡DETÉNGANSE! —Castle levanta las manos, con ojos ardientes. Todas las mesas y sillas de la sala empiezan a agitarse. La gente mira a su alrededor, dispersa, asustada y desconcertada.

Siguen siendo reticentes a minar la autoridad de Castle, al menos por ahora.

—Nuestro rehén —empieza Castle— ha dejado de serlo.

Imposible.

No puede ser.

No es posible.

—Ha venido esta noche —dice Castle— y ha pedido asilo en el Punto Omega.

Mi cerebro grita furioso contra las doce palabras que Castle acaba de confesar.

No puede ser cierto. Warner dijo que se iba a ir. Dijo que iba a encontrar una forma de salir.

Pero el Punto Omega todavía está más sorprendido que yo. Incluso Adam tiembla de ira a mi lado. Me da miedo mirarlo a la cara.

—¡SILENCIO! ¡POR FAVOR! —Castle tiende la otra mano para sofocar el estallido de protestas—. Hemos descubierto recientemente que él también tiene un don. Y dice que quiere unirse a nosotros. Dice que mañana luchará con nosotros. Dice que luchará contra su padre y nos ayudará a encontrar a Brendan y a Winston.

El caos.

El caos.

El caos estalla por todas partes.

—¡Miente!

—¡Que lo demuestre!

—¿Cómo se puede confiar en él?

—¡Ha traicionado a su gente! ¡También nos traicionará a nosotros!

—¡No lucharemos con él!

—¡Yo lo mataré antes!

Castle entrecierra los ojos, que destellan bajo las luces fluorescentes, y mueve las manos como batidores, recogiendo todos los platos, cucharas y tazas de cristal de la sala y los deja ahí, en el aire, esperando a que alguien se atreva a hablar, a gritar, a discrepar.

—No lo van a tocar —dice en voz baja—. Hice el juramento de ayudar a los miembros de nuestra especie y no voy a romperlo ahora. ¡Piensen en ustedes mismos! —grita—. ¡En el día en que lo descubrieron! ¡Piensen en la soledad, el aislamiento, el terror que los invadió! ¡Piensen en cómo los apartaron de sus familiares y amigos! ¿No creen que podría haber cambiado? ¿Cómo han cambiado *ustedes*, amigos? ¡Júzguenlo ahora! ¡Juzgan a uno de los suyos, que pide amnistía!

Castle parece indignado.

—Si hace algo que comprometa a alguno de ustedes, si hace una sola cosa que desmienta su lealtad... entonces son libres de juzgarlo. Pero antes le damos una oportunidad, ¿o no? —Ya no se preocupa de ocultar su enojo—. ¡Dice que nos ayudará a encontrar a nuestros hombres! ¡Dice que luchará contra su padre! ¡Tiene información valiosa que podemos usar! ¿Por qué tenemos que estar dispuestos a perder esta oportunidad? ¡No es más que un crío de diecinueve años! ¡Solo es uno y nosotros somos muchos más!

La multitud se queda callada, susurran unos con otros y oigo partes de conversaciones y cosas como «ingenuo» y «absurdo» y «nos va a matar a todos», pero nadie alza la voz y me siento aliviada. No me puedo creer lo que siento en estos momentos y me gustaría que no me importara en absoluto lo que le ocurra a Warner.



Ojalá deseara su muerte. Ojalá no sintiera nada por él.

Pero no puedo. No puedo. No puedo.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta alguien. Una voz nueva, calmada, que intenta ser racional.

La voz que se sienta a mi lado.

Adam se levanta. Traga saliva, con dificultad.

—¿Cómo sabe que tiene un don? ¿Le ha hecho pruebas?

Y me mira, Castle me mira, me está mirando como si quisiera que hablara y yo me siento como si hubiera absorbido todo el aire de esta sala, como si me hubieran tirado en una tina de agua hirviendo, como si nunca más pudiera volver a encontrarme el pulso y suplico ruego deseo y espero que no vaya a decir las palabras que dice a continuación, pero lo hace.

Por supuesto que lo hace.

—Sí —dice Castle—. Sabemos que, como usted, puede tocar a Juliette.

## CINCUENTA Y SEIS

Es como pasarse seis meses intentando respirar.

Como olvidarse de cómo mover los músculos y revivir todos los momentos nauseabundos de tu vida y luchar por sacar todas las astillas de debajo de tu piel. Es como esa vez que te levantaste y te caíste en la madriguera de un conejo y una chica rubia con un vestido azul no paraba de pedirte direcciones pero tú no podías decírselas, no las sabías, intentabas hablar pero tu garganta estaba llena de nubes de lluvia y es como si alguien hubiera cogido el océano, lo hubiese llenado de silencio y lo hubiese derramado entero en esta sala.

Así es.

Nadie habla. Nadie se mueve. Todos miran fijamente.

Hacia mí.

A Adam.

A Adam mirándome a mí.

Tiene los ojos como platos, parpadea muy deprisa, su rostro cambia de la confusión a la ira, al dolor y a la confusión, a una gran confusión y un poco de traición, de sospecha, de mucho más que confusión y una dosis extra de dolor y yo estoy boquiabierta como un pez justo antes de morir.

Me gustaría que dijera algo. Me gustaría que preguntara, o me acusara, o pidiera *algo*, pero no dice nada; solo me observa, me mira fijamente, y veo cómo se apaga la luz de sus ojos, cómo la ira deja paso al dolor y a la extraordinaria incredulidad que debe de estar sintiendo en estos momentos y se sienta.

No mira hacia mí.

—Adam...

Se levanta. Se levanta. Se levanta y se va de la sala y yo me pongo de pie, lo sigo por la puerta y oigo el caos que estalla cuando me levanto, cómo la multitud vuelve a dispersarse por la ira y casi me doy un golpe contra él, respiro con dificultad y él se da la vuelta y me dice:

—No lo entiendo. —Su mirada está muy herida, es muy profunda, muy azul.

—Adam, yo...

—Te ha tocado. —No es una pregunta. Casi no puede ni mirarme a los ojos y parece casi avergonzado por las palabras que dice a continuación—. Te ha tocado la piel.

Ojalá solo fuera eso. Ojalá fuera así de simple. Ojalá pudiera eliminar esta electricidad de mi sangre y a Warner de mi cabeza y ¿por qué estoy tan confundida?

—Juliette.

—Sí —le digo, casi sin mover los labios. La respuesta a esa no-pregunta es sí.

Adam se lleva los dedos a la boca, mira hacia arriba, aparta la mirada, emite un extraño sonido de incredulidad.

—¿Cuándo?

Se lo explico.

Le explico cuándo ocurrió, cómo empezó todo; le cuento que llevaba uno de los vestidos que Warner siempre me hacía llevar, que él intentaba detenerme antes de que saltara por la ventana, que me rozó la pierna con la mano y que me tocó y no pasó nada.

Le cuento que intenté fingir que todo era producto de mi imaginación hasta que Warner nos atrapó de nuevo.

No le cuento que Warner me dijo que me echaba de menos, que me dijo que me quería y que me besó, que me besó con una intensidad salvaje e imprudente. No le cuento que simulé devolver las muestras de afecto de Warner para poder meter las manos en su abrigo y sacar la pistola de su bolsillo interior. No le cuento que me sentí sorprendida, impactada, tranquila ante lo que sentí en sus brazos, ni que rechacé esas extrañas sensaciones porque odiaba a Warner, porque estaba tan horrorizada porque había disparado a Adam que quería matarlo.

Adam solo sabe que casi lo hice. Que casi lo maté.

Y ahora Adam parpadea, digiere las palabras que le estoy diciendo, sin saber las cosas que me he callado.

~~Realmente, soy un monstruo.~~

—No quería que lo supieras —consigo decir—. Pensé que esto complicaría nuestra relación... después de todo lo que hemos tenido que pasar... pensé que sería mejor ignorarlo y no sé. —Titubeo, no consigo encontrar palabras—. Ha sido una tontería. He sido tonta. Debería habértelo

contado y lo siento. Lo siento mucho. No quería que te enteraras de esta forma.

Adam respira con dificultad, se frota la parte trasera de la cabeza y se pasa una mano por el pelo antes de decir:

—No... No lo entiendo... Quiero decir... ¿Sabemos por qué puede tocarte? ¿Es como yo? ¿Puede hacer lo mismo que yo? No... Dios, Juliette, y has estado pasando todo este tiempo a solas con él...

—No ha pasado nada —le digo—. Solo he hablado con él y nunca ha intentado tocarme. Y no tengo ni idea de por qué puede tocarme. Todavía no ha empezado a hacerse pruebas con Castle.

Adam suspira, se pasa una mano por la cara y dice, en voz tan baja que solo yo puedo escucharlo:

—No sé ni por qué me sorprende. Compartimos el mismo ADN, joder. — Maldice por lo bajo. Otra vez—. ¿Nunca podré tomarme un respiro? — pregunta, alzando la voz, hablándole al aire—. ¿Llegará algún día, algún momento, en que no me tiren nada a la cara? Dios. Parece que esta locura no se va a acabar nunca.

Quiero decirle que no creo que ocurra.

—Juliette.

Me quedo paralizada ante el sonido de su voz.

Cierro los ojos con fuerza, mucha fuerza, negándome a creer lo que oyen mis oídos. Warner no puede estar aquí. Claro que no está aquí. *No puede ser* que esté aquí fuera, pero entonces lo recuerdo. Castle ha dicho que ya no era un rehén.

Castle debe de haberlo dejado salir de su habitación.

¡Oh!

¡Oh, no!

Esto no puede ser verdad. Warner no está tan cerca de mí ni de Adam en estos momentos, ahora no, otra vez no, así no, después de todo, esto no puede estar ocurriendo. Pero Adam mira por encima de mi hombro, detrás de mí, a la persona a la que intento ignorar con todas mis fuerzas y no puedo levantar la vista. No quiero ver lo que está a punto de ocurrir.

Al hablar, la voz de Adam parece ácido.

—¿Qué coño haces aquí?

—Me alegro de volver a verte, Kent. —Puedo oír que Warner sonríe—. Tenemos que ponernos al día, ya sabes, sobre todo después de este descubrimiento. No sabía que teníamos tantas cosas en común.

En realidad, no tienes ni idea, quiero decirle en voz alta.

—Cabronazo de mierda —le dice Adam, en voz baja, moderada.

—Qué forma de hablar tan inapropiada. —Warner menea la cabeza—. Solo aquellos que no pueden expresarse de forma inteligente recurrirían a unas sustituciones tan ordinarias de su vocabulario. —Se detiene—. ¿Será porque te intimidó, Kent? ¿Te estoy poniendo nervioso? —Se ríe—. Parece que estás haciendo esfuerzos por mantener la compostura.

—Te voy a... —Adam se adelanta para coger a Warner por el cuello pero Kenji les da un golpe, a ambos, los aparta con una mirada de repulsión absoluta.

—¿Qué coño pretendéis? —Sus ojos echan chispas—. No sé si te has dado cuenta, pero estáis justo en la puerta y estáis haciendo que estos niños se caguen de miedo, Kent, así que voy a tener que pedirte que te calmes de una puta vez. —Adam intenta abrir la boca pero Kenji lo corta—. Escúchame, no tengo ni idea de qué hace Warner fuera de su habitación, pero eso no es asunto mío. Castle está al mando aquí, y tenemos que respetarlo. No puedes ir por ahí matando a gente solo porque te apetezca.

—¡Este es el mismo tipo que intentó torturarme hasta la muerte! —grita Adam—. ¡Hizo que sus hombres te apalearan! ¿Y yo tengo que vivir con él? ¿Y luchar con él? ¿Hacer ver que no pasa nada? Castle se ha vuelto...

—Castle sabe lo que hace —espeta Kenji—. No hace falta que opines al respecto. Aceptarás su decisión.

Adam levanta las manos al aire, furioso.

—No me lo creo. ¡Es una broma! ¿Quién hace algo así? ¿Quién trata a los rehenes como si estuvieran en una especie de retiro? —vuelve a gritar, sin hacer ningún esfuerzo por mantener la voz baja—. Podría regresar y revelar todos los detalles de este lugar... ¡podría revelar nuestra ubicación exacta!

—Eso es imposible —dice Warner—. No tengo ni idea de dónde estamos.

Adam se gira hacia Warner tan rápido que yo me giro a la misma velocidad, para ver lo que ocurre. Adam grita, dice algo, parece como si fuera a atacar a Warner aquí y ahora, y Kenji trata de detenerlo pero yo casi no puedo ver lo que ocurre a mi alrededor. La sangre me golpea demasiado fuerte en la cabeza y mis ojos están olvidándose de parpadear porque Warner me está mirando, solo a mí, con la mirada tan fija, tan decidida, tan profundamente sobrecogedora que paraliza por completo.

El pecho de Warner sube y baja, tan fuerte que puedo percibirlo desde donde estoy. No presta atención al alboroto que tiene a su lado, al caos del comedor o a Adam tratando de apalearlo en el suelo; no se ha movido ni un

centímetro. No apartará la mirada y sé que soy yo quien tiene que hacerlo por él.

Giro la cabeza.

Kenji le está gritando a Adam que se tranquilice por algo y yo me acerco, cojo a Adam de la mano, le regalo una sonrisa y él se calma.

—Vamos —le digo—. Volvamos dentro. Castle todavía no ha terminado y tenemos que oír lo que está diciendo.

Adam se esfuerza por recuperar el autocontrol. Respira profundamente. Asiente brevemente y deja que lo guíe hacia delante. Me concentro en Adam para hacer ver que Warner no está aquí.

A Warner no le gusta mucho mi plan.

Está frente a nosotros, bloqueándonos el paso y lo miro a pesar de mis esfuerzos y entonces veo algo que nunca antes había visto. No a este nivel, no de esta forma.

Dolor.

—Muévete —le espeta Adam, pero Warner parece no darse cuenta de ello.

Me está mirando. Mira mi mano cogida del brazo cubierto de Adam y la agonía de sus ojos me rompe las rodillas y no puedo hablar, no debería hablar, no sabría qué decir aunque pudiera hablar y entonces dice mi nombre en un susurro. Lo repite.

—Juliette...

—¡Muévete! —le vuelve a gritar.

Adam pierde el control esta vez y empuja a Warner con fuerza suficiente como para tirarlo al suelo. Pero Warner no se cae. Se tambalea un poco hacia atrás, pero de alguna forma el movimiento activa algo en su interior, una especie de ira latente que está ansioso por dejar salir y se echa hacia delante, listo para hacer daño y yo intento descubrir qué puedo hacer para detenerlo, intento planear algo y cometo una estupidez.

Soy lo bastante estúpida como para ponerme en medio.

Adam me coge para intentar apartarme pero yo ya estoy presionando el pecho de Warner con la palma de mi mano y no sé en qué estoy pensando pero no pienso en nada y parece que ese es el problema. Estoy aquí, atrapada entre las milésimas de segundo que separan a dos hermanos dispuestos a aniquilarse y ni siquiera soy yo quien consigue hacer algo.

Es Kenji.

Los coge a ambos de los brazos e intenta separarlos pero el sonido repentino que sale de su garganta es una tortura y un horror que me gustaría

poder arrancar de mi cabeza.

Está abatido.

Está en el suelo.

Se está ahogando, jadea, se retuerce en el suelo hasta quedarse sin fuerzas, hasta que casi no puede ni respirar y entonces se queda quieto, demasiado quieto, y creo que yo grito, no paro de tocarme los labios para ver de dónde proviene este sonido y me caigo de rodillas. Intento sacudirlo para que se despierte pero no se mueve, no responde y no tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir.

No tengo ni idea de si Kenji está muerto o no.

## CINCUENTA Y SIETE

Estoy llorando.

Algunos brazos me levantan del suelo y oigo voces y sonidos que no trato de reconocer porque lo único que sé es que esto no puede estar pasando, a Kenji no, no puede pasarle a mi divertido y enrevesado amigo que guarda secretos detrás de sus sonrisas y me suelto de las manos que me sujetan y estoy ciega, salgo huyendo hacia el comedor y cientos de rostros borrosos se difuminan en el fondo porque la única persona a quien quiero ver lleva una chaqueta azul marino y tiene la cabeza llena de rastas atadas en una coleta.

—¡Castle! —Grito. Sigo gritando. Puede que me haya caído al suelo, no estoy segura, pero lo que sí sé es que me empiezan a doler las rótulas y me da igual, me da igual, me da igual...—. ¡Castle! Es Kenji... está... por favor...

Nunca antes había visto correr a Castle.

Atraviesa la habitación a una velocidad inhumana, me adelanta y va hacia el pasillo. Toda la gente de la sala está de pie, agitada, algunos gritan, presos por el pánico, y yo sigo a Castle hacia el túnel y Kenji sigue ahí. Sigue sin fuerzas. Quieto.

Demasiado quieto.

—¿Dónde están las chicas? —grita Castle—. ¡Que alguien traiga a las chicas! Sostiene la cabeza de Kenji contra el pecho e intenta coger en brazos el pesado cuerpo de Kenji y nunca lo había oído hablar de esta forma antes, ni siquiera cuando hablaba de los rehenes, ni siquiera cuando hablaba sobre lo que Anderson había hecho a los civiles. Miro a mi alrededor y veo a los miembros del Punto Omega junto a nosotros; el dolor está grabado en su rostro y muchos de ellos han empezado a llorar, se agarran los unos a los otros y me doy cuenta de que nunca he reconocido plenamente a Kenji. No había comprendido la magnitud de su autoridad. Nunca había visto realmente lo que significa para la gente de esta sala.

Ni cuánto lo quieren.

Parpadeo y Adam es una de las cincuenta personas distintas que intentan ayudar a llevarse a Kenji y ahora corren, se aferran a la esperanza y alguien



dice:

—¡Han ido al ala médica! ¡Le están preparando una cama! —Y se produce como una estampida, todo el mundo corre tras ellos, todos tratan de averiguar qué ocurre y nadie me mira, nadie me mira a los ojos y yo me alejo, fuera de la vista, en una esquina, a oscuras. Pruebo las lágrimas que caen en mi boca, cuento cada una de las gotas saladas porque no comprendo qué ha ocurrido, cómo ha ocurrido, cómo puede haber ocurrido porque yo no lo estaba tocando, no podía estar tocándolo por favor por favor por favor no puedo haberlo tocado y entonces me quedo petrificada. Se me forman carámbanos en los brazos al darme cuenta:

No llevo los guantes puestos.

Me los olvidé. Esta noche he ido tan deprisa para llegar aquí que salté de la ducha y me olvidé los guantes en la sala y no puede ser verdad, no es posible que haya podido hacer algo así, que se me hayan olvidado, que pueda ser responsable de otra muerte y y y.

Me caigo al suelo.

—Juliette.

Miro hacia arriba. Doy un salto.

—Apártate de mí —y me muevo, intento contener las lágrimas pero me desvanezco en la nada porque creo que debe ser eso. Este debe ser mi castigo final. Me merezco este dolor, me merezco haber matado a uno de mis únicos amigos en el mundo y tengo ganas de marchitarme y desaparecer para siempre—. Vete...

—Juliette, por favor —dice Warner, acercándose. Su rostro aparece entre las sombras. Este túnel está medio iluminado y no sé adonde lleva. Solo sé que no quiero estar a solas con Warner.

Ahora no. Nunca más.

—Te he dicho que te alejes de mí. —Me tiembla la voz—. No quiero hablar contigo. Por favor... ¡Déjame en paz!

—No puedo dejarte así —dice—. ¡Y menos si estás llorando!

—Puede que no entiendas esta emoción —le espeto—. ¡Quizás no te importa porque para ti matar gente no significa nada!

Respira con dificultad. Demasiado rápido.

—¿De qué me hablas?

—¡Hablo de Kenji! —exploto—. ¡Yo lo he hecho! ¡Es culpa mía! Es culpa mía que Adam y tú os enfrentarais y es culpa mía que Kenji apareciera para deteneros y es culpa mía... —Se me entrecorta la voz, una, dos veces—. ¡Es culpa mía que se haya muerto!

Warner abre mucho los ojos.

—No digas tonterías —dice—. No está muerto.

Estoy agónica.

Lloro por lo que he hecho y porque, por supuesto, él está muerto, no lo vio, ni siquiera se movía y yo lo maté y Warner se queda en silencio absoluto. No dice nada mientras yo lo insulto de forma terrible y horrible y lo acuso de ser demasiado insensible como para entender qué significa estar afligido. No me doy cuenta de que me ha cogido en brazos hasta que estoy acurrucada en su pecho y no lucho contra ello. No lucho en absoluto. Me aferro a él porque necesito este calor, echo de menos sentir unos brazos fuertes que me abrazan y empiezo a darme cuenta de la rapidez con que he empezado a depender de las propiedades curativas de un buen abrazo.

He echado esto de menos con todas mis fuerzas.

Y él se limita a abrazarme. Me acaricia el pelo, me acaricia la espalda con una mano suave y oigo que su corazón late de una forma extraña y enloquecida demasiado rápido como para parecer humano.

Me tiene completamente agarrada.

—Tú no lo has matado, querida.

—Quizás tú no has visto lo mismo que yo.

—Estás malinterpretando la situación por completo. Tú no hiciste nada para hacerle daño.

Muevo la cabeza contra su pecho.

—¿Qué quieres decir?

—No has sido tú. Sé que no has sido tú.

Me aparto. Lo miro a los ojos.

—¿Cómo puedes saber algo así?

—Porque —dice— no has sido tú quien le ha hecho daño a Kenji. He sido yo.

## CINCUENTA Y OCHO

—No está muerto —dice Warner—, aunque está gravemente herido. Creo que serán capaces de reanimarlo.

—¿De qué... —Estoy entrando en pánico, el pánico invade mis huesos— ... de qué me hablas?

—Por favor —dice Warner—. Siéntate. Te lo explicaré. —Se sienta en el suelo y da palmaditas en el suelo, a su lado. No sé qué otra cosa hacer y mis piernas están oficialmente demasiado débiles como para mantenerme en pie.

Mis miembros se desploman en el suelo, tenemos las espaldas recostadas contra la pared, solo hay un delgado centímetro de aire entre su cuerpo y el mío.

Pasan uno, dos, tres segundos.

—No quise creer a Castle cuando me contó que puede que yo también tenga un... un *don* —dice Warner. Habla en voz tan baja que tengo que esforzarme por oírlo a pesar de que solo estamos a unos centímetros de distancia—. Una parte de mí esperaba que estuviera intentando volverme loco en su propio beneficio. —Suspira brevemente—. Pero pensándolo bien, tenía bastante sentido. Castle también me habló de Kent —dice Warner—. Sobre cómo puede tocarte y cómo han descubierto el porqué. Por un momento pensé que podría ser que tuviera la misma habilidad. Igual de patética. Igual de inútil. —Se ríe—. Fui muy reacio a creérmelo.

—No es una habilidad inútil —me oigo decir.

—¿En serio? —Se gira para mirarme. Nuestros hombros casi se tocan—. Dime, querida. ¿Qué puede hacer?

—Puede desactivar cosas. Habilidades.

—Es cierto —dice—, ¿pero cómo va ayudarle eso a él? ¿En qué puede ayudarle desactivar el poder de su propia gente? Es absurdo. Es un *desperdicio*. No va a ayudar para nada en esta guerra.

Me enfurezco. Decido ignorarlo.

—¿Y qué tiene que ver esto con Kenji?

Aparta la vista otra vez. Suaviza la voz.

—¿Me creerías si te dijera que puedo notar tu energía en estos momentos?  
¿Que puedo notar su tono y su peso?

Lo miro fijamente, examino su rostro y el tono sincero y vacilante de su voz.

—Sí —le digo—. Creo que te creo.

Warner sonrío de una forma que parece entristecerlo.

—Puedo sentir —dice, respirando profundamente— las emociones que sientes más profundamente. Y como te conozco, puedo contextualizar esos sentimientos. Por ejemplo, sé que el miedo que sientes en estos momentos no está dirigido a mí sino a ti misma, y a lo que crees que le has hecho a Kenji. Noto tus dudas... tu reticencia a creer que no ha sido culpa tuya. Noto tu tristeza, tu aflicción.

—¿Lo notas de verdad? —pregunto.

Asiente sin mirarme.

—Nunca imaginé que eso fuera posible —le digo.

—Yo tampoco... no fui consciente de ello —dice—. No por mucho tiempo. De hecho, pensaba que era normal ser tan consciente de las emociones humanas. Pensé que quizás yo era más perceptivo que la mayoría. Es uno de los factores por los cuales mi padre dejó que me encargara del Sector 45 —me dice—. Porque tengo una habilidad asombrosa para detectar si alguien esconde algo, se siente culpable o, aún más importante, si miente. —Se detiene—. Por eso —dice— y porque no tengo miedo de llegar hasta las últimas consecuencias si la ocasión lo requiere.

»Hasta que Castle no me sugirió que podría haber algo más no empecé a analizarlo. Casi me vuelvo loco. —Menea la cabeza—. Seguí dándole vueltas, pensando en formas de probar y desmentir sus teorías. Y aun habiéndolo reflexionado cuidadosamente, lo desestimé. Y aunque siento un poco... por ti, no por mí... que Kenji haya sido lo bastante estúpido como para intervenir esta noche, creo que en realidad fue bastante afortunado. Porque ahora por fin tengo pruebas. Pruebas de que estaba equivocado. De que Castle... —dice— tenía razón.

—¿Qué quieres decir?

—Yo te he quitado la energía —me dice— y no sabía que pudiera hacerlo. Lo he sentido muy vivamente cuando los cuatro estábamos conectados. Adam era inaccesible, lo cual, por cierto, explica por qué nunca sospeché de su deslealtad. Sus sentimientos siempre estaban escondidos; bloqueados. Yo fui un ingenuo y asumí que no era más que un robot, desprovisto de cualquier tipo de personalidad o intereses. Se me escapó y fue

culpa mía. Confiaba demasiado en mí mismo como para ser capaz de prever un fallo en mi sistema.

Y quiero decirle, ¿entonces la habilidad de Warner no es tan inútil, no?

Pero no lo hago.

—Y Kenji —dice Warner al cabo de un momento. Se rasca la frente. Se ríe un poco—. Kenji fue... muy inteligente. Mucho más inteligente de lo que esperaba... lo cual, como puede verse, fue justamente su táctica. Kenji —dice, soltando un suspiro— se preocupó de ser una amenaza evidente en lugar de pasar desapercibido.

—Siempre se metía en problemas... me pedía más raciones de comida, luchaba contra los demás soldados, se saltaba el toque de queda. Rompía las reglas para llamar la atención. Para engañarme y que lo viera como alguien simplemente irritante. Siempre sentí que había algo raro en él, pero lo atribuí a su comportamiento ruidoso y escandaloso y a su incapacidad de seguir las reglas. Lo consideré un pobre soldado. Alguien que nunca ascendería. Alguien que siempre sería considerado una pérdida de tiempo. —Menea la cabeza. Levanta las cejas en el suelo—. Brillante —dice, pareciendo impresionado—. Fue brillante. Su único error —añade Warner al cabo de un momento— fue ser tan abiertamente amigo de Kent. Y ese error casi le cuesta la vida.

—¿Y entonces qué? ¿Esta noche has intentado acabar con el? —Sigo muy confundida, trato de intentar volver a encauzar la conversación—. ¿Le hiciste daño a propósito?

—A propósito, no. —Warner niega con la cabeza—. De hecho no sabía lo que hacía. Al principio no. Solo había *notado* la energía; no sabía que pudiera cogerla. Pero he tocado la tuya solo con tocarte a ti... en nuestro grupo había tanta adrenalina que la tuya prácticamente se ha abalanzado sobre mí. Y cuando Kenji me ha agarrado del brazo —dice—, tú y yo seguíamos conectados. Y... de alguna forma he conseguido redirigir tu poder hacia él. Ha sido algo bastante accidental pero he notado cómo ocurría. He notado cómo tu poder irrumpía en mí. Y salía de mí. —Mira hacia arriba. Me mira a los ojos—. Ha sido lo más extraordinario que he sentido en mi vida.

De no ser porque ya estoy sentada, pensaría que me he caído.

—¿Entonces puedes coger... puedes coger el poder de los demás? —le pregunto.

—Parece que sí.

—¿Y estás seguro de que no le hiciste daño a Kenji a propósito?

Warner se ríe, me mira como si acabara de decir algo muy gracioso.

—Si hubiese querido matarlo, lo habría hecho. Y no hubiese necesitado una operación tan complicada para lograrlo. No me interesa el teatro —dice—. Si quiero hacerle daño a alguien, no necesito mucho más que mis dos manos.

Estoy boquiabierta en silencio.

—Estoy realmente sorprendido —dice Warner— de que puedas contener tanto sin encontrar formas de liberar el exceso. Casi no podía soportarlo. Pasarlo de mi cuerpo al de Kenji no fue únicamente algo que hice voluntariamente sino que era necesario. No podía soportar tal intensidad por mucho tiempo.

—¿Y yo no puedo hacerte daño? —Parpadeo, estupefacta—. ¿En absoluto? ¿Mi poder simplemente *entra* en tu cuerpo? ¿Solo lo absorbes?

Asiente.

—¿Quieres verlo?

Y le digo que sí con la cabeza y los ojos y los labios y nunca en mi vida me había dado tanto miedo sentirme tan entusiasmada.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunto.

—Nada —dice, en voz baja—. Solo tienes que tocarme.

Mi corazón late, golpetea, se enfurece, corre por todo mi cuerpo y yo intento concentrarme. Intento mantener la calma. No pasará nada, me digo a mí misma. No pasará nada. Solo es un experimento. No es necesario emocionarse por poder tocar a alguien otra vez, me repito a mí misma.

~~Pero, ¡vaya! Estoy entusiasmada.~~

Extiende su mano desnuda.

La cojo.

Espero sentir algo, alguna sensación de debilidad, de agotamiento de mi energía, algún signo de que algo se está transmitiendo de mi cuerpo al suyo pero no siento nada. Me siento exactamente igual que antes. Pero observo el rostro de Warner al cerrar los ojos y hacer un esfuerzo por concentrarse. Después noto que su mano aprieta la mía y que respira con dificultad.

Abre los ojos de golpe y la mano que tiene libre se dirige hacia el suelo.

Yo tiro hacia atrás, presa del pánico. Me inclino hacia un lado, mis manos me sujetan por detrás. Debo de estar alucinando. Debo de estar imaginándome el agujero del suelo a menos de dos centímetros de donde Warner está sentado. Debo de haberme imaginado que la palma de su mano apretaba demasiado y atravesaba el suelo. Debo de estármelo imaginando todo. Todo esto. Estoy soñando y seguro que despierto pronto. Tiene que ser esto.

—No te asustes...

—¿C-cómo... —tartamudeo—...? ¿cómo lo has hecho?

—No te asustes, querida, no pasa nada, te lo prometo... para mí también es algo nuevo...

—¿Mi... mi poder? No... ¿No sientes ningún dolor?

Niega con la cabeza.

—Al contrario. Es la descarga de adrenalina más increíble... nunca había sentido nada igual. De hecho, me noto un poco mareado —dice— de la mejor forma posible. —Se ríe. Se sonríe a sí mismo. Se pone las manos en la cabeza. Mira hacia arriba—. ¿Podemos repetirlo?

—No —digo demasiado rápido.

Sonríe.

—¿Seguro?

—No... es que... no puedo creerme que puedas tocarme. Que realmente... quiero decir... —Meneo la cabeza—. ¿No hay truco? ¿No hay peros? ¿Me tocas y nadie se hace daño? Y no solo nadie se hace daño sino que ¿*disfrutas* con ello? ¿Te *gusta* lo que sientes cuando me tocas?

Parpadea, me mira como si no estuviera seguro de cómo responder a mi pregunta.

—¿Y bien?

—Sí —dice, en un susurro.

—¿Sí qué?

Oigo lo rápido que late su corazón. De hecho puedo oírlo en el silencio que nos separa.

—Sí —dice—. Me gusta.

Es imposible.

—No tiene que darte miedo tocarme —añade—. No me harás daño. Solo me das fuerzas.

Me gustaría reírme de esa forma extraña, aguda y delirante que demuestra que una persona ha perdido el juicio. Porque este mundo, creo, tiene un sentido del humor terrible. Parece estar riéndose de mí permanentemente. A mi costa. Para hacerme siempre la vida infinitamente más complicada. Para arruinarme mis mejores planes haciendo que todas las decisiones sean complicadísimas. Para hacer que todo sea muy confuso.

No puedo tocar al chico a quien amo.

Pero puedo tocar al chico que intentó matar al que amo para darle más fuerzas.

Quiero decirle al mundo que aquí nadie se está riendo.

—Warner. —Miro hacia arriba, dándome cuenta de repente—. Tienes que contárselo a Castle.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—¡Porque tiene que saberlo! ¡Eso explicaría el estado de Kenji y nos podría ayudar mañana! Mañana lucharás con nosotros y podría ser útil que...

Warner se ríe.

Se ríe, se ríe y se ríe, le brillan los ojos, incluso en la penumbra. Se ríe hasta que la risa se convierte en una respiración profunda, en un suspiro suave, hasta que se disuelve en una sonrisa divertida. Y entonces me sonrío hasta sonreírse a sí mismo, hasta que mira hacia abajo y su mirada se posa en mi mano, la que reposa sin fuerzas sobre mi regazo, y vacila un instante antes de que sus dedos rocen la delgada y suave piel que me recubre los nudillos.

No respiro.

No hablo.

Ni siquiera me muevo.

Vacila como si estuviera esperando a ver si me aparto, y debería hacerlo, sé que debería pero no lo hago. Así que me coge la mano. La examina. Recorre las líneas de mi mano con los dedos, los pliegues de mis articulaciones, el punto sensible entre mis dedos pulgar e índice y me toca de forma tan suave, delicada y tierna, me gusta tanto que me duele, me duele de verdad. Y en estos momentos mi corazón no puede soportar algo así.

Aparto la mano con un movimiento brusco y torpe, ruborizándome, notando que se me acelera el pulso.

Warner no se inmuta. No levanta los ojos. Ni siquiera parece sorprendido. Se limita a mirarse sus manos, ahora vacías.

—¿Sabes? —dice con una voz tan extraña como suave—. Creo que Castle es poco más que un tonto optimista. Se esfuerza en acoger a demasiada gente y le va a salir el tiro por la culata, simplemente porque es imposible gustar a todo el mundo. —Se detiene—. Es el ejemplo perfecto del tipo de persona que no conoce las reglas de este juego. Alguien que piensa demasiado con el corazón y se aferra desesperadamente a una idea fantástica de esperanza y de paz. Eso nunca le ayudará —suspira—. De echo, acabará con él. Estoy seguro.

—Pero hay algo en ti —dice Warner—, algo en tu forma de desear las cosas. —Menea la cabeza—. Tan ingenuo que resulta curiosamente adorable. Te gusta creer en la gente cuando habla —dice—. Prefieres la bondad. —Sonríe, un poco. Mira hacia arriba—. Me hace gracia.

De repente me siento como una idiota.



—Mañana no vas a luchar con nosotros.

Ahora Warner sonríe abiertamente, con ojos muy cálidos.

—Me iré.

—Te irás. —Estoy bloqueada.

—No pertenezco a este lugar.

Meneo la cabeza.

—No lo entiendo... ¿Cómo puedes irte? Le dijiste a Castle que mañana lucharías con nosotros... ¿Él sabe que te irás? ¿Lo sabe alguien? —le pregunto, buscando su rostro—. ¿Qué planes tienes? ¿Qué vas a hacer?

No responde.

—¿Qué vas a *hacer*, Warner?

—Juliette —susurra, con ojos insistentes y atormentados de repente—. Tengo que pedirte al...

Alguien está corriendo por los túneles.

Dice mi nombre.

*Adam.*

## CINCUENTA Y NUEVE

Me levanto de un salto, frenético, y le digo a Warner que volveré en un momento.

Le pido que no se vaya todavía, que no vaya a ninguna parte, que volveré en un momento, pero no espero su respuesta porque me pongo de pie y echo a correr hacia el pasillo iluminado y casi choco contra Adam. Él me sujeta y me abraza, muy cerca, olvidándose como siempre de no tocarme de esta forma y está nervioso y me dice: «¿Estás bien?» y «Lo siento» y «Te he estado buscando por todas partes» y «Pensaba que bajarías al ala médica» y «No ha sido culpa tuya, espero que sepas que...»

Sigue golpeándome la cara, el cráneo, la columna vertebral saber lo mucho que me importa. Lo mucho que le importo a él. Estar así de cerca de él me recuerda dolorosamente todos los esfuerzos que he tenido que hacer para alejarme de él. Respiro profundamente.

—Adam —pregunto—, ¿cómo está Kenji?

—Sigue inconsciente —me dice—, pero Sara y Sonia creen que se pondrá bien. Se pasarán la noche en vela con él, para asegurarse de que se recupera completamente. —Se detiene—. Nadie sabe lo que ha pasado —dice—, pero no has sido tú. —Sus ojos me dejan paralizada—. Lo sabes, ¿verdad? Ni siquiera lo has tocado. Yo sé que no.

Y a pesar de que abro la boca un millón de veces para decir «Ha sido Warner. Warner lo ha hecho. Él le ha hecho esto a Kenji, tienes que encontrarlo y atraparlo y detenerlo y ¡nos está mintiendo a todos! ¡Mañana se escapará!», no digo nada y no sé por qué.

No sé por qué lo encubro.

Creo que una parte de mí teme decirlo en voz alta, teme hacerlo realidad. Sigo sin saber si Warner se irá de verdad o no, o cómo conseguirá escapar... ni siquiera sé si es posible. Y aún no sé si puedo hablarle a alguien sobre la habilidad de Warner, no sé si quiero contarle a Adam que, mientras él y el resto del Punto Omega se ocupaban de Kenji, yo estaba escondida en un túnel

con Warner, nuestro enemigo y rehén, cogida de su mano y probando su nuevo poder.

Me gustaría no estar tan confundida.

Me gustaría que mi interacción con Warner dejara de hacerme sentir tan culpable. Aunque técnicamente ya no estemos juntos, siento que de alguna forma estoy traicionando a Adam cada vez que estoy con él, cada vez que hablo con él. Mi corazón sigue ligado a Adam; me siento atada a él, como si tuviera que compensarle por todo el dolor que le he causado. No quiero ser la razón del dolor en sus ojos, otra vez no, y de alguna forma he decidido que guardar secretos es mi única forma de evitar hacerle daño. Pero en el fondo, sé que no está bien. En el fondo, sé que esto puede acabar mal.

Pero no sé qué más puedo hacer.

—¿Juliette? —Adam sigue abrazándome con fuerza, sigue estando muy cerca, cariñoso y maravilloso—. ¿Estás bien?

Y no sé qué me empuja a preguntarlo, pero de repente siento la necesidad de saberlo.

—¿Vas a decírselo algún día?

Adam se aparta, un centímetro.

—¿El qué?

—A Warner. ¿Le contarás la verdad algún día? ¿Sobre vosotros dos?

Adam parpadea estupefacto, asombrado por mi pregunta.

—No —dice finalmente—. Nunca.

—¿Por qué no?

—Porque se necesita mucho más que sangre para ser familia —dice—. Y yo no quiero tener nada que ver con él. Me gustaría poder verlo morir y no sentir ninguna compasión ni remordimiento. Es la definición de manual de un monstruo —me dice Adam—. Como mi padre. Y prefiero estar muerto antes que reconocerlo como hermano.

De repente siento como si fuera a caerme.

Adam me coge de la cintura, intenta que fije la vista.

—Sigues en estado de shock —dice—. Tienes que comer algo... o quizás beber un poco de agua...

—No pasa nada —le digo—. Estoy bien. —Me permito disfrutar de un último segundo en sus brazos y me aparto, con necesidad de respirar. Sigo intentando convencerme de que Adam tiene razón, de que Warner ha hecho cosas terribles y espantosas y de que no debería perdonarlo. No debería sonreírle. Ni siquiera debería hablarle. Y entonces siento ganas de gritar

porque creo que mi cabeza no puede soportar la doble personalidad que parece que estoy desarrollando últimamente.

Le pido a Adam un minuto. Le digo que necesito ir al baño antes de ir al ala médica y él dice que vale, que me esperará.

Dice que me esperará hasta que esté lista.

Y yo vuelvo de puntillas hacia el túnel oscuro para decirle a Warner que tengo que irme, que no voy a volver después de todo, pero cuando entorno los ojos en la oscuridad no veo nada.

Miro a mi alrededor.

Ya se ha ido.

## SESENTA

No hace falta hacer nada para morir.

Podemos estar escondidos en un armario bajo las escaleras durante toda la vida y nos encontrará igualmente. La muerte aparecerá con una capa invisible y moverá una varita mágica y nos llevará lejos cuando menos lo esperemos. Borrará todos los trazos de nuestra existencia en la Tierra y hará todo ese trabajo de forma gratuita. No pedirá nada a cambio. Saludará ante el público durante nuestro funeral y aceptará los elogios ante un trabajo bien hecho y después desaparecerá.

Vivir es algo más complejo. Hay algo que siempre tenemos que hacer.

Respirar.

Inspirar y espirar, tenemos que respirar cada día y a cada hora minuto y momento nos guste o no. Incluso cuando tenemos previsto asfixiar nuestras esperanzas y sueños, seguimos respirando. Incluso cuando nos desvanecemos y vendemos nuestra dignidad al hombre de la esquina, respiramos. Respiramos cuando nos equivocamos, respiramos cuando acertamos, respiramos incluso cuando resbalamos en un alféizar y sufrimos una muerte prematura. No puede dejar de hacerse.

Así que respiro.

Cuento todos los escalones que he subido hacia la soga que cuelga del techo de mi existencia y cuento el número de veces que he sido estúpida y me quedo sin números.

Hoy Kenji ha estado a punto de morir.

Por mi culpa.

Sigue siendo culpa mía que Adam y Warner se enfrentaran. Sigue siendo culpa mía que me interpusiera entre ellos. Sigue siendo culpa mía que Kenji sintiera la necesidad de apartarlos y, de no haber estado atrapada en medio, a Kenji no le habría pasado nada.

Aquí estoy. Mirándolo fijamente.

Casi no respira y yo le suplico. Le suplico que haga lo único que importa. La única cosa que importa. Necesito que no se rinda pero no me escucha. No

puede escucharme y necesito que se ponga bien. Necesito que se recupere. Necesito que respire.

Le necesito.

Castle no tenía mucho más que decir.

Todos estaban alrededor, algunos metidos en el ala médica, otros al otro lado del cristal, observando en silencio. Castle hizo un breve discurso sobre la necesidad de que nos mantengamos unidos, de que seamos una familia y que si no nos tenemos los unos a los otros, ¿a quién tenemos? Dijo que todos tenemos miedo, por supuesto, pero ahora es el momento de apoyarnos los unos a los otros. Ahora es el momento de unirse y luchar. Ahora es el momento, dijo, de recuperar nuestro mundo.

—Ahora nos toca vivir —dijo.

—Retrasaremos la salida de mañana el tiempo suficiente para que podamos desayunar juntos por última vez. No podemos luchar divididos —dijo—. Tenemos que tener fe en nosotros y en los demás. Tómense un poco más de tiempo mañana por la mañana para encontrar la paz con ustedes mismos. Nos iremos después de desayunar. Todos a una.

—¿Y Kenji? —preguntó alguien, y me sobresalté al oír una voz familiar.

James. Estaba de pie con los puños apretados, con marcas de lágrimas por la cara, y le temblaba el labio inferior aunque hacía esfuerzos por ocultar el dolor en su voz.

Mi corazón se partió en dos.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Castle.

—¿Va a luchar mañana? —preguntó James, tragándose las últimas lágrimas, con puños que empezaban a temblar—. Él quiere luchar mañana. Me dijo que mañana quiere luchar.

El rostro de Castle se arrugó al aunar esfuerzos. Se tomó su tiempo para responder.

—Eh... me temo que Kenji no va a poder ir con nosotros mañana. Pero quizás —dijo—, quizás tú podrías quedarte y hacerle compañía, ¿no?

James no respondió. Se quedó mirando fijamente a Castle. Y después miró a Kenji. Parpadeó varias veces antes de empujar a la multitud y subirse a la cama de Kenji. Se acurrucó a su lado y pronto se quedó dormido.

Todos nos lo tomamos como una señal para irnos.

Bueno. Todos excepto Adam, Castle, las chicas y yo. Me resulta interesante que todo el mundo se refiera a Sonia y a Sara como «las chicas», como si fueran las únicas chicas de este lugar. Y no lo son. No sé cómo se

ganaron este apodo y, aunque una parte de mí quiere saberlo, la otra está demasiado cansada como para preguntarlo.

Me acomodo en mi asiento y me quedo mirando a Kenji, que hace esfuerzos por inhalar y exhalar. Apoyo la cabeza en mi puño, luchando contra el sueño que va abriéndose paso hacia mí. No me merezco dormir. Debería pasarme toda la noche aquí para vigilarlo. Lo haría, si pudiera tocarlo sin arrancarle la vida.

—Ustedes dos deberían irse a la cama.

Me despierto sobresaltada, doy un respingo, sin darme cuenta de que me he quedado dormida un momento. Castle me mira de forma tierna y extraña.

—No estoy cansada —miento.

—Váyase a la cama —me dice—. Mañana será un día importante. Tiene que dormir.

—Yo puedo acompañarla —dice Adam. Se mueve dispuesto a levantarse—. Y después puedo volver a...

—Por favor —le corta Castle—. Váyase. Yo me quedo con las chicas sin ningún problema.

—Pero usted tiene que dormir más que nosotros —le digo.

Castle sonríe tristemente.

—Me temo que esta noche no voy a dormir.

Se gira para mirar a Kenji, y sus ojos forman una arruga de felicidad o dolor o algo intermedio.

—¿Sabían... —nos dice Castle—... que conozco a Kenji desde que era niño? Lo encontré poco después de construir el Punto Omega. Creció aquí. Cuando lo vi por primera vez estaba viviendo en un carrito de supermercado viejo que había encontrado a un lado de la carretera. —Castle hace una pausa—. ¿Alguna vez os ha contado esta historia?

Adam vuelve a sentarse. De repente me siento muy despierta.

—No —decimos los dos al unísono.

—¡Vaya! Perdónenme. —Castle menea la cabeza—. No debería haceros perder el tiempo con estas cosas —dice—. Creo que tengo demasiadas cosas en la cabeza en estos momentos. Me estoy olvidando de qué historias debo guardarme para mí.

—No... por favor... me gustaría saberlas —le digo—. De verdad.

Castle se mira las manos. Sonríe ligeramente.

—No hay mucho que contar —dice—. Kenji nunca me ha contado qué les ocurrió a sus padres, y yo intento no preguntar. Lo único que tenía era un nombre y una edad. Me lo encontré de forma bastante casual. Solo era un

niño sentado en un carrito de supermercado. Alejado de la civilización. Era pleno invierno y solo llevaba una camiseta vieja y unos pantalones de chándal demasiado grandes para él. Parecía que se estaba congelando, que necesitaba comida y un lugar donde dormir. No podía irme —dice Castle—. No podía dejarlo allí como si nada. Así que le pregunté si tenía hambre.

Se detiene, haciendo memoria.

—Kenji se quedó en silencio treinta segundos como mínimo. Solo me miraba fijamente. Por poco me voy, pensando que lo había asustado. Pero entonces, finalmente, se me acercó, me cogió la mano, la puso sobre su palma y la agitó. Con fuerza. Y entonces me dijo:

—Hola, señor. Me llamo Kenji Kishimoto y tengo nueve años. Encantado de conocerlo. —Castle suelta una carcajada, sus ojos brillan con una emoción que delata su sonrisa—. Debía de estar muriéndose de hambre, pobrecito. Siempre —dice Castle, mirando hacia el techo—, siempre ha tenido una personalidad muy fuerte y decidida. Mucho orgullo. Un chico imparable.

Nos quedamos en silencio un rato.

—No sabía —dice Adam— que tuvieran una relación tan estrecha.

Castle se levanta. Nos mira y sonrío de forma radiante y firme.

—Sí. Bueno, estoy seguro de que se pondrá bien. Por la mañana se habrá recuperado, así que ustedes dos deberían dormir un rato de verdad.

—¿Está segu...?

—Sí, por favor, váyanse a la cama. Yo estaré bien aquí con las chicas, lo prometo.

Nos levantamos. Nos levantamos y Adam consigue coger en brazos a James de la cama de Kenji sin despertarlo. Y nos vamos.

Echo un vistazo hacia atrás.

Veo que Castle se derrumba sobre la silla, apoya la cabeza sobre las manos y se inclina de rodillas. Veo que extiende una mano temblorosa y la deja caer sobre la pierna de Kenji y me pregunto cuántas cosas todavía desconozco sobre las personas con las que vivo. Lo poco que he querido acercarme para formar parte de su mundo.

Y sé que quiero cambiarlo.



## SESENTA Y UNO

Adam me acompaña a la habitación.

Hace una hora que han apagado las luces y, a excepción de las tenues luces de emergencia que brillan cada pocos metros, todo lo demás está oscuro. La oscuridad es absoluta y, aun así, los guardias que patrullan se las arreglan para vernos y advertirnos de que nos dirijamos directamente a nuestras habitaciones separadas.

Adam y yo no nos decimos nada hasta que llegamos a la boca del ala de las mujeres. Hay demasiada tensión y demasiadas preocupaciones acalladas entre nosotros. Demasiados pensamientos sobre hoy y mañana y todas las semanas que hemos pasado juntos. Todavía desconocemos muchas cosas sobre lo que nos está ocurriendo y lo que finalmente nos va a ocurrir. El mero hecho de mirarlo, de estar tan cerca y tan lejos de él, resulta doloroso.

Haría lo que fuera por eliminar la distancia que separa nuestros cuerpos. Quiero besar todas las partes de su cuerpo y saborear el aroma de su piel, la fuerza de sus extremidades, de su corazón. Quiero envolverme en la calidez y la tranquilidad de la que dependo totalmente.

Pero.

Por otra parte, me he dado cuenta de que mantenerme alejada de él me ha forzado a confiar en mí misma. A dejar de sentir miedo y encontrar mi propia forma de superarlo. He tenido que entrenar sin él, luchar sin él, enfrentarme a Warner y a Anderson y a mi caos mental sin tenerlo a mi lado. Y ahora me siento diferente. Me siento más fuerte desde que nos hemos distanciado.

Y no sé qué quiere decir de eso.

Lo único que sé es que nunca estaré a salvo si confío en otra persona, si necesito una confirmación reiterada de quién soy y en quién puedo llegar a convertirme. Puedo amarlo, pero no puedo depender de él para que sea mi columna vertebral. No puedo ser yo misma si necesito que alguien me sostenga constantemente.

Tengo la cabeza hecha un lío. Todos los días me siento confundida, insegura, preocupada por si voy a cometer un nuevo error, preocupada por si

pierdo el control, preocupada por si fracaso. Pero debo trabajar en ello. Porque durante el resto de mi vida siempre voy a ser más fuerte que el resto de las personas que me rodeen.

Pero como mínimo ya no tendré que tener miedo.

—Estarás bien, ¿no? —me pregunta Adam, rompiendo al fin en silencio que nos separa. Levanto la vista y veo que me mira con ojos preocupados, que intenta interpretarme.

—Sí —le digo—. Sí. Estaré bien. —Le sonrío de forma tensa, pero me siento mal al estar tan cerca de él y no poder tocarlo.

Adam asiente. Vacila.

—Ha sido una noche muy dura.

—Y mañana también va a ser un día muy duro —susurro.

—Sí —dice en voz baja, y sigue mirándome como si intentara encontrar algo, como si buscara una respuesta a una pregunta que no ha hecho y me pregunto si será que ahora ve algo diferente en mis ojos.

Esboza una sonrisa.

—Debería irme —y señala a James, arropado en sus brazos. Asiento, sin saber exactamente qué más hacer. Ni qué decir. ¡Cuánta incertidumbre!

—Lo superaremos —dice Adam, respondiendo a mis pensamientos silenciosos—. Todo. Todo irá bien. Y Kenji se pondrá bien. —Me toca el hombro, deja que sus dedos recorran mi brazo y se detengan justo antes de llegar a mi mano descubierta.

Cierro los ojos, intento saborear el momento.

Y entonces sus dedos me rozan la piel; mis ojos se abren de golpe y el corazón se agita en mi pecho.

Me mira como si pudiese haber hecho mucho más que tocarme la mano si no llevara a James en brazos.

—Adam...

—Voy a encontrar una forma... —me dice—. Voy a encontrar la forma de que esto funcione. Te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo.

Tengo miedo de hablar. Tengo miedo de lo que pueda decir, de lo que pueda hacer; tengo miedo de la esperanza que está naciendo dentro de mí.

—Buenas noches —me susurra.

—Buenas noches —le digo.

Empiezo a creer que la esperanza es algo peligroso y aterrador.

## SESENTA Y DOS

Cuando entro en mi habitación estoy tan cansada que me pongo medio inconsciente la camiseta sin mangas y los pantalones de pijama que uso para dormir. Sara me los regaló. Me recomendó que me cambiara el traje para dormir; ella y Sara consideran que es importante que mi piel esté en contacto directo con aire fresco.

Estoy a punto de ponerme debajo de las sábanas cuando oigo que llaman a la puerta suavemente.

*Adam* es lo primero que pienso.

Pero entonces abro la puerta. Y la cierro rápidamente.

Debo estar soñando.

—¿Juliette?

Oh, Dios mío.

—¿Qué *haces* aquí? —le regaño en voz baja a través de la puerta.

—Tengo que hablar contigo.

—Justo ahora. Tienes que hablar conmigo justo ahora.

—Sí. Es importante —dice Warner—. He oído que Kent te decía que las gemelas estarán en el ala médica esta noche y me he imaginado que sería un buen momento para que habláramos a solas.

—¿Has oído la conversación que he tenido con Adam? —Empiezo a entrar en pánico, preocupada por si ha escuchado demasiado.

—No tengo ningún interés en tu conversación con Kent —dice, de repente en un tono monótono y neutro—. Me fui en cuanto supe que estarías sola esta noche.

—¡Vaya! —Respiro—. ¿Y cómo has entrado aquí sin que te detuvieran los guardias?

—Quizás deberías abrir la puerta para que te lo explique.

Me quedo quieta.

—Por favor, querida, no voy a hacerte ningún daño. Ya deberías saberlo a estas alturas.

—Te doy cinco minutos. Después tengo que irme a dormir, ¿vale? Estoy muy cansada.

—De acuerdo —dice—. Cinco minutos.

Respiro profundamente. Abro la puerta de golpe. Lo miro.

Está sonriente. Parece no sentir ningún remordimiento. Meneo la cabeza.

Pasa por delante de mí y se sienta en mi cama directamente.

Yo cierro la puerta, recorro la habitación y me siento en la cama de Sonia, dándome cuenta de golpe de lo que llevo puesto y de lo terriblemente expuesta que me siento. Me cruzo de brazos sobre la delgada capa de algodón aferrada a mi pecho, aunque estoy segura de que no puede verme, y me esfuerzo por hacer caso omiso del aire frío. Siempre se me olvida lo bien que me ha ido hasta el momento mi traje para regular mi temperatura corporal bajo tierra.

Winston lo diseñó para mí de forma genial.

Winston.

Winston y Brendan.

¡Espero que estén bien!

—Y bien... ¿Qué ocurre? —le pregunto a Warner. No veo nada en la oscuridad; apenas logro distinguir la forma de su silueta—. Antes te has ido, cuando estábamos en el túnel. A pesar de que te pedí que me esperaras.

Varios latidos silenciosos.

—Tu cama es mucho más cómoda que la mía —dice en voz baja—. Tienes almohada. ¿Y una manta de verdad? —Se ríe—. ¡Vivís como reyes en estas habitaciones! Os tratan bien.

—Warner. —Ahora me he puesto nerviosa. Estoy inquieta. Preocupada. Tiemblo un poco y no de frío—. ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido?

Nada.

Todavía nada.

Una respiración tensa.

—Quiero que vengas conmigo.

El mundo deja de girar.

—Cuando mañana me vaya quiero que vengas conmigo. Antes no he tenido la oportunidad de acabar de hablar contigo y he pensado que mañana sería un mal momento para pedírtelo.

—Quieres que vaya contigo. —Ya no sé si respiro.

—Sí.

—Quieres que huya contigo. —Esto no puede ser verdad.

Una pausa.

—Sí.

—No me lo puedo creer. —Meneo la cabeza sin parar—. Te has vuelto loco por completo.

Casi puedo ver cómo sonrío en la oscuridad.

—¿Dónde está tu cara? Parece que esté hablando con un fantasma.

—Estoy aquí al lado.

—¿Dónde?

Me levanto.

—Aquí.

—Sigo sin poderte ver —dice, pero de repente su voz está mucho más cerca que antes—. ¿Tú me ves?

—No —miento, y trato de ignorar la tensión repentina, la electricidad que resuena en el aire que nos separa.

Doy un paso hacia atrás.

Noto sus manos sobre mis brazos, noto su piel contra mi piel y contengo la respiración. No me muevo ni un milímetro. No digo nada mientras sus manos bajan hacia mi cintura, por la delgada tela que hace un pobre intento de cubrir mi cuerpo. Roza con los dedos la suave piel de mi espalda, justo debajo del dobladillo de la camiseta y pierdo la cuenta de las veces que el corazón me ha dado un vuelco.

Lucho para que el oxígeno llegue a mis pulmones.

~~Lucho por mantener quietas las manos.~~

—¿Existe la posibilidad —susurra— de que no percibas el fuego que hay entre nosotros? —Sus manos vuelven a viajar hacia mis brazos, me toca suavemente, desliza los dedos por debajo de los tirantes de mi camiseta y me destroza, me duele en lo más profundo, es un pulso que late en todos los centímetros de mi cuerpo y estoy tratando de convencerme a mí misma de no perder la cabeza cuando noto que se me caen los tirantes y todo se detiene.

El aire es frío.

Mi piel está asustada.

Incluso mis pensamientos susurran.

*Dos, cuatro, seis* segundos sin acordarme de respirar.

Y entonces noto sus labios sobre mi hombro, suaves, ardientes y tiernos, tan dulces que casi podría pensar que es la brisa quien me besa y no un chico.

Otra vez.

Esta vez en la clavícula, y es como si estuviera soñando, como si estuviera reviviendo las caricias de un recuerdo olvidado y es como un dolor que busca ser calmado, como una olla humeante en agua helada, como una mejilla

sonrojada contra una almohada fría en una calurosa calurosa calurosa noche y pienso *sí*, pienso *esto*, pienso *gracias gracias gracias* antes de recordar que su boca está sobre mi cuerpo y que no estoy haciendo nada por evitarlo.

Se aparta.

Mis ojos se niegan a abrirse.

Me toca el labio inferior con el dedo.

Traza la forma de mi boca, las curvas el contorno y mis labios se abren aunque yo les haya pedido que no lo hicieran y se acerca. Lo siento mucho más cerca, llena el aire que me rodea hasta que no queda más que él y el calor de su cuerpo, el olor a jabón y a algo que no puedo identificar, algo que es dulce y no lo es, algo real y caliente, algo que huele a él, que le pertenece, como si se decantara de la botella en la que me estoy ahogando y no me doy cuenta de que me estoy inclinando hacia él, aspirando el aroma de su cuello hasta que descubro que ya no tiene los dedos en mis labios porque sus manos me rodean la cintura y me dice:

—Tú. —Y lo dice susurrando, empuja esta palabra letra a letra en mi piel y vacila.

Entonces.

Más suavemente.

Esta vez su pecho se mueve con más fuerza. Esta vez sus palabras parecen jadeos.

—Me *destruyes*.

Voy cayendo a pedazos en sus brazos.

Mis puños están llenos de céntimos desafortunados y mi corazón es una gramola que exige unos pocos centavos y en mi cabeza van girando monedas de veinticinco en cara o cruz cara o cruz cara o cruz cara o cruz.

—Juliette —dice, y articula mi nombre sin apenas hablar, y vierte lava fundida en mis extremidades y nunca jamás me hubiese imaginado que podría derretirme hasta morir.

—Te deseo —dice—. Lo quiero todo de ti. Te quiero por dentro y por fuera y dejándote sin respiración y muriéndote por mí como yo me muero por ti. —Lo dice como si tuviera un cigarrillo encendido en la garganta, como si quisiera untarme en miel caliente—. Nunca ha sido un secreto. Nunca he intentado ocultártelo. Nunca he pretendido querer menos.

—Tú... tú me dijiste que querías ser mi a-amigo...

—Sí —dice, y traga saliva—. Lo dije. Lo digo. Quiero ser tu amigo. —Asiente y noto el ligero movimiento en el aire que nos separa—. Quiero ser el amigo de quien te enamoras desesperadamente. El que tienes en tus brazos y

en tu cama y en el mundo privado que tienes atrapado en tu cabeza. Quiero ser ese tipo de amigo —dice—. El que memoriza las cosas que dices así como la forma de tus labios al decirlas. Quiero conocer todas las curvas, todas las pecas, todos los estremecimientos de tu cuerpo, *Juliette*...

—No —jadeo—. No... no digas eso...

No sé qué voy a hacer si sigue hablando, no sé qué voy a hacer y no confío en mí misma.

—Quiero saber dónde tocarte —dice—. Quiero saber cómo tocarte. Quiero saber cómo convencerte de que esboces una sonrisa que sea solo para mí. —Noto como su pecho sube y baja, arriba y abajo y arriba y abajo—. Y sí —dice—. Quiero ser tu amigo. Quiero ser el mejor amigo que tengas en el mundo.

No puedo pensar.

No puedo *respirar*.

—¡Quiero tantas cosas! —susurra—. Quiero tu mente. Tu fuerza. Quiero ser digno de tu tiempo. —Roza con los dedos el dobladillo de mi camiseta—. Quiero que esto suba. —Tira de la cinturilla de mis pantalones—. Y que esto baje. —Toca con la punta de los dedos mis costados—. Quiero sentir que tu piel arde. Quiero sentir cómo tu corazón late junto al mío y quiero saber que late por mí, porque me deseas. Porque no quieres —dice, y respira—, no quieres que me detenga nunca. Quiero todos los segundos. Todos los centímetros de tu piel. Lo quiero todo.

Y me caigo muerta en el suelo.

—Juliette.

No entiendo cómo puede ser que siga oyéndolo si estoy muerta, ya estoy muerta, me he muerto una y otra y otra vez.

Traga saliva, con dificultad, con el pecho agitado, sus palabras son un susurro tembloroso sin aliento.

—Estoy... estoy locamente enamorado de ti...

Estoy clavada en el suelo, dando vueltas a la vez que me mantengo en pie, mareada en lo más profundo de mi sangre y mis huesos y respiro como si fuera la primera persona que ha aprendido a volar, como si hubiese estado respirando el oxígeno que solo encuentras en las nubes y lo intento, pero no sé cómo evitar que mi cuerpo reaccione ante él, ante sus palabras, ante el dolor de su voz.

Me toca la mejilla.

Suave, muy suavemente, como si no estuviera seguro de si soy real, como si tuviera miedo de acercarse demasiado y que ¡puf! ha desaparecido, acaba

de desvanecerse. Me roza un lado de la cara con cuatro dedos, lentamente, muy lentamente antes de deslizados detrás de mi cabeza, atrapados en esa zona intermedia justo encima de mi cuello. Su dedo pulgar me roza el pómulo.

Sigue mirándome, mirándome a los ojos en busca de ayuda, de orientación, de alguna señal de protesta, como si estuviera seguro de que voy a ponerme a gritar o a llorar o a correr pero no lo voy a hacer. No creo que pudiera aunque quisiera, pero no quiero. Quiero quedarme aquí. Justo aquí. Quiero quedarme paralizada en este instante.

Se acerca más, solo un centímetro. Levanta su mano libre para acariciarme el otro lado de la cara.

Me sostiene como si estuviera hecha de plumas.

Me coge la cara y se mira las manos como si no pudiera creerse que ha atrapado a ese pájaro que siempre había estado tan desesperado por echar a volar. Le tiemblan las manos, un poco, lo suficiente como para que note el ligero temblor en mi piel. El chico de las armas y los esqueletos en el armario se ha ido. Estas manos que me sostienen nunca han llevado un arma. Estas manos nunca han tocado la muerte. Estas manos son perfectas, cariñosas y tiernas.

Y se inclina, con mucho cuidado. Respira y deja de respirar y los corazones latén entre nosotros dos y está demasiado cerca, está demasiado cerca y ya no siento las piernas. No puedo sentir mis dedos, ni el frío, ni el vacío de esta habitación porque solo lo siento a él, por todas partes, llenándolo todo, y susurra:

—Por favor. Por favor, no me dispaes por esto.

Y me besa.

Sus labios son más suaves que cualquier cosa que haya conocido, suaves como una primera nevada, como morder algodón de azúcar, como deshacerse y flotar y no pesar en el agua. Es dulce, dulce sin esfuerzo alguno.

Y entonces cambia.

—*Dios mío.*

Me vuelve a besar, esta vez con más fuerza, desesperado, como si tuviera que poseerme, como si se muriera por memorizar la sensación de mis labios contra los suyos. Su sabor me está volviendo loca; es todo calor y deseo y hierba buena y quiero más. Justo cuando empiezo a atraerlo hacia mí, a acercarlo a mí, se aparta.

Respira como si hubiera perdido la cabeza y me mira como si alguna cosa se hubiera roto en su interior, como si se hubiera despertado y hubiese



descubierto que sus pesadillas solo eran eso, que nunca habían existido, que solo había sido un sueño que parecía demasiado real pero ahora está despierto y a salvo y todo va a ir bien y...

Me estoy cayendo.

Me estoy cayendo a trozos y soy un desastre.

Él me busca, busca algo en mis ojos, un sí o un no, quizás una señal para seguir adelante y lo único que quiero es ahogarme en él. Quiero que me bese hasta desplomarme en sus brazos, hasta que haya abandonado mis huesos y haya flotado hacia un nuevo espacio que solo nos pertenece a nosotros.

Sin palabras.

Solo sus labios.

Otra vez.

Profunda e insistentemente, como si ya no pudiera tomarse su tiempo, como si hubiera demasiadas cosas que quiere sentir y no hubiera suficientes años para experimentarlo todo. Sus manos se deslizan a lo largo de mi espalda, descubriendo todas las curvas de mi cuerpo y me besa en el cuello, en la inclinación de mis hombros y su respiración se hace más fuerte, más rápida, de repente sus manos se enredan en mi pelo y yo doy vueltas, me siento mareada, me muevo y llego hasta su nuca y me aferro a él y noto un calor helado, un dolor que ataca a todas las células de mi cuerpo. Es un deseo tan desesperado, una necesidad tan exquisita que rivaliza con todo, con todos los momentos felices que nunca pensé que conocería.

Estoy contra la pared.

Me besa como si el mundo estuviera rodando por un precipicio, como si intentara aferrarse a algo y hubiera decidido sujetarse a mí, como si estuviera hambriento de vida y amor y nunca se hubiera imaginado que le gustaría tanto estar tan cerca de alguien. Como si fuera la primera vez que siente algo más que hambre y no supiera cómo saciarse, como si no supiera comer dando pequeños bocados, como si no supiera hacer nada nada nada con moderación.

Mis pantalones se caen al suelo y sus manos son las responsables de ello.

Estoy en sus brazos en ropa interior y una camiseta sin mangas que no ayuda mucho a mantener mi decencia y él me aleja para mirarme, para empaparse de mí y me dice «¡eres tan guapa!», me dice «eres increíblemente guapa» y vuelve a abrazarme y me levanta, me lleva a mi cama y de repente estoy apoyada en las almohadas y él se sienta a horcajadas sobre mis caderas y ya no lleva la camiseta puesta y no tengo ni idea de dónde ha ido a parar. Lo único que sé es que miro hacia arriba, a sus ojos, y pienso que no querría cambiar nada de este instante.

Tiene cientos de miles de millones de besos y me los está dando todos a mí.

Me besa el labio superior.

Me besa el labio inferior.

Me besa justo debajo de la barbilla, en la punta de la nariz, por toda la frente, las sienes, las mejillas, todo el contorno de la mandíbula. Después el cuello, detrás de las orejas, por la garganta y *sus manos se deslizan* por mi cuerpo.

Todo su cuerpo se mueve con el mío, desaparece cuando se mueve hacia abajo y de repente su pecho merodea por encima de mis caderas; de repente ya no puedo verlo. Solo puedo distinguir la parte superior de su cabeza, la curva de sus hombros, el movimiento inestable hacia arriba y hacia abajo de su espalda al inspirar y exhalar. Desliza las manos hacia abajo y alrededor de mis muslos desnudos y vuelve a subirlas, por las costillas, por mi zona lumbar y otra vez hacia abajo, justo por mis caderas. Recorre con los dedos la cinturilla elástica de mi ropa interior y yo respiro con dificultad.

Sus labios me tocan el estómago descubierto.

Solo me besa ligeramente pero algo en mi cabeza se detiene. Su boca es un cepillo de plumas ligeras sobre mi piel en una parte que no veo muy bien. Mi cabeza habla en un millar de lenguajes distintos que no comprendo.

Y me doy cuenta de que está subiendo por mi cuerpo.

Va dejando un rastro de fuego por mi torso, un beso tras otro, y lo cierto es que no creo que pueda aguantar esto mucho más; no creo que puede ser capaz de sobrevivir a ello. Un gemido se está preparando en mi garganta, me pide que lo libere y mis dedos se enredan en su pelo y tiro de él hacia arriba, a mí, sobre mí.

Tengo que besarle.

Levanto el brazo para pasarle las manos por el cuello, por encima del pecho y a lo largo del cuerpo y me doy cuenta de que nunca había sentido esto, a este nivel, como si cada instante estuviera a punto de estallar, como si cada una de nuestras respiraciones pudiera ser la última, como si cada roce fuera suficiente para incendiar el mundo. Me estoy olvidando de todo, me olvido del peligro y el horror y el terror del mañana y ni siquiera puedo recordar *por qué* me olvido, *qué* olvido, parece que hay algo que ya he olvidado. Es imposible prestar atención a algo que no sean sus ojos, ardientes; su piel, desnuda; su cuerpo, perfecto.

Es completamente inmune a que lo toque.

Se preocupa de no aplastarme, apoya los codos a ambos lados de mi cabeza, y creo que le estoy sonriendo porque él me sonríe a mí, pero me sonríe como si estuviera petrificado; respira como si se hubiera olvidado de que tiene que hacerlo, me mira como si no estuviera seguro de cómo hacer esto, vacila como si no estuviera seguro de dejar que le vea de esta forma. Como si no supiera cómo ser tan vulnerable.

Pero aquí está.

Y aquí estoy yo.

Presiona su frente contra la mía, su piel está enrojecida por el calor, su nariz toca la mía. Cambia su peso a un brazo, con la mano libre me acaricia suavemente la mejilla, me coge la cara como si fuera de cristal y me doy cuenta de que sigo conteniendo la respiración y no recuerdo la última vez que exhalé.

Sus ojos se desplazan hacia mis labios y retroceden otra vez. Su mirada es intensa, está hambrienta, me siento abrumada ante una emoción que nunca pensé que pudiera sentir. Nunca pensé que pudiera ser tan completo, tan humano, tan real. Pero ahí está. Justo ahí. Una emoción pura, escrita en su rostro como si la hubieran arrancado de su pecho.

Me está entregando su corazón.

Y dice una palabra. Susurra algo. Insistentemente.

—Juliette.

Cierro los ojos.

—No quiero que vuelvas a llamarme Warner.

Abro los ojos.

—Quiero que me conozcas —dice, sin aliento, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Contigo no quiero ser Warner —dice—. Quiero que sea diferente. Quiero que me llames Aaron.

Y estoy a punto de decir que sí, que por supuesto, que lo entiendo completamente, pero durante este momento de silencio hay algo que me genera confusión; algo en este instante y en la forma en que siento su nombre sobre mi lengua me desbloquea otras partes del cerebro y hay algo, algo que me empuja y tira de mi piel tratando de recordármelo, tratando de decírmelo y *me abofetea en la cara* me da un puñetazo en la mandíbula, me abandona en el océano.

—Adam.

Mis huesos están llenos de hielo. Todo mi cuerpo siente la necesidad de vomitar. Salgo a trompicones de debajo de él y me aparto y por poco me caigo al suelo y este sentimiento, este sentimiento, este *sentimiento*

abrumador de odio absoluto hacia mí misma se me clava en el estómago como un cuchillo demasiado afilado, demasiado grueso, demasiado letal para mantenerme en pie y me abrazo a mí misma; intento no echarme a llorar y digo no no no esto no puede pasar esto no puede estar pasando yo quiero a Adam, mi corazón es de Adam, no puedo hacerle esto.

Y Warner me mira como si lo hubiese vuelto a disparar, como si le hubiese introducido una bala en el corazón con mis propias manos y se levanta pero casi no puede mantenerse en pie. Le tiembla el cuerpo y me mira como si quisiera decir algo pero cada vez que intentara hablar no pudiera.

—Lo s-siento —tartamudeo—. Lo siento mucho... no quería que pasara... no podía *pensar*...

Pero no me escucha.

Agita la cabeza una y otra y otra vez y se mira las manos como si estuviera esperando el momento en que alguien le dice que esto no es real y susurra:

—¿Qué me pasa? ¿Estoy soñando?

Estoy muy mareada y confundida, porque lo quiero, lo quiero a él y también quiero a Adam, y quiero demasiado y nunca me había sentido tan monstruosa como esta noche.

Su dolor se refleja tan nítidamente en su rostro que me está matando.

Lo noto. Noto que me está matando.

Intento apartar la mirada con todas mis fuerzas, olvidarlo, descubrir la forma de borrar lo que acaba de ocurrir pero solo puedo pensar en que la vida es como un columpio roto, como un niño que no ha nacido, como un puñado de espoletas. Todo es posible y potencial, pasos equivocados y correctos hacia un futuro que ni siquiera se nos ha garantizado y yo, yo estoy muy equivocada. Todos mis pasos son equivocados, siempre están mal. Soy la encarnación del error.

Pero esto nunca debería haber ocurrido.

Ha sido un error.

—¿Estás eligiéndolo a él? —me pregunta Warner, apenas sin respirar, parece que va a caerse en cualquier momento—. ¿Es eso lo que acaba de ocurrir? ¿Estás eligiendo a Kent en lugar de a mí? Porque creo que no entiendo lo que acaba de ocurrir y necesito que digas algo, que me digas qué coño está pasando ahora mismo...

—No —digo con la respiración entrecortada—. No, no estoy eligiendo a nadie... no estoy... n-no estoy...

Pero sí que lo estoy haciendo. Y ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí.

—¿Por qué? —dice—. ¿Porque es la elección más segura para ti? ¿Porque crees que estás en deuda con él? Estás cometiendo un error —dice, en voz más fuerte—. Estás asustada. No quieres optar por la decisión difícil y estás huyendo de mí.

—Puede que n-no quiera estar contigo.

—¡Yo sé que sí quieres! —estalla.

—Te equivocas.

Dios mío, qué estoy diciendo, ni siquiera sé de dónde he sacado estas palabras, de dónde vienen o de qué árbol las he arrancado. Crecen en mi boca y a veces contengo un adverbio o un pronombre con fuerza y a veces son palabras amargas, a veces son dulces, pero ahora mismo todo sabe a romance y a arrepentimiento y a resuellos mentirosos que pasan por mi garganta en llamas.

Warner sigue mirándome fijamente.

—¿De verdad? —Lucha por controlar su temperamento y da un paso hacia delante, demasiado cerca, y veo su cara con demasiada claridad, veo sus labios con demasiada claridad, veo la ira y el dolor y la incredulidad grabados en su rostro y no estoy segura de si debería seguir manteniéndome en pie. Creo que mis piernas no podrán sostenerme mucho más tiempo.

—S-sí. —Arranco otra palabra del árbol que miente en mi boca, que miente miente miente en mis labios.

—Así que estoy equivocado. —Dice la frase en voz baja, muy, muy baja—. Estoy equivocado al pensar que me quieres. Que quieres estar conmigo. —Me roza los hombros y los brazos con los dedos; sus manos se deslizan por mis costados, recorriendo mi cuerpo entero y yo cierro la boca con fuerza para evitar que la verdad salga pero no puedo, no puedo, no puedo, porque la única verdad que conozco ahora mismo es que estoy a punto de volverme loca.

—Dime una cosa, querida —susurran sus labios sobre mi mandíbula—. ¿También estoy ciego?

Voy a morirme de verdad.

—¡No voy a ser tu juguete! —Se aparta de mí—. ¡No voy a permitir que te burles de lo que siento por ti! Podía respetar tu decisión de dispararme, Juliette, pero hacerme esto... hacer... hacerme lo que acabas de hacer... —Casi no puede respirar. Se pasa una mano por la cara, las dos manos por el pelo, como si quisiera gritar, romper algo, como si estuviera a punto de volverse loco de verdad. Cuando por fin habla, su voz es un susurro áspero—. Así actúa un cobarde —dice—. Pensaba que tú eras mucho mejor.

—No soy una cobarde...

—¡Entonces sé honesta contigo misma! —dice—. ¡Sé honesta conmigo! ¡Dime la verdad!

Mi cabeza rueda por el suelo, gira como el corcho de una botella, da vueltas y vueltas y vueltas y no puedo detenerlo. No puedo hacer que el mundo se detenga y mi confusión evoluciona rápidamente de culpa a ira y de repente bulle se propaga sube hacia la superficie y lo miro. Aprieto mis manos temblorosas.

—La verdad —le digo— ¡es que nunca sé qué pensar de ti! Tus actos, tu comportamiento... ¡nunca eres coherente! ¡Primero eres malísimo conmigo y luego eres amable y luego me dices que me quieres y después le haces daño a la gente que más me importa!

»Y eres un mentiroso —le espeto, alejándome de él—. Dices que no te importa lo que haces... dices que no te importan los demás ni te importa lo que les hayas hecho pero no me lo creo. Creo que te estás escondiendo. Creo que tu yo de verdad se esconde debajo de toda la destrucción y creo que tú eres mejor que esta vida que has elegido para ti mismo. Creo que puedes cambiar. Creo que podrías ser distinto. ¡Y me das pena!

Estas palabras estas estúpidas estúpidas palabras no paran de salir de mi boca.

—Lamento tu horrible infancia. Lamento que tengas un padre tan miserable y despreciable y lamento que nadie te haya dado una oportunidad. Lamento las horribles decisiones que has tomado. Lamento que te sientas atrapado por ellas, que creas que eres un monstruo que no puede cambiar. Pero sobre todo... —le digo— ¡sobre todo lamento que no tengas piedad de ti mismo!

Warner se encoge de dolor como si le hubiera dado una bofetada en la cara.

El silencio que nos separa ha masacrado un millar de segundos inocentes y, cuando al fin habla, apenas puedo oír su voz, llena de incredulidad.

—Sientes compasión por mí.

Mi respiración se detiene. Mi decisión vacila.

—Crees que soy una especie de proyecto estropeado que puedes reparar.

—No... no quería...

—¡No tienes ni *idea* de lo que acabas de decir! —Da un paso adelante con palabras furiosas—. No tienes ni idea de lo que he visto, de lo que he tenido que formar parte. No tienes ni idea de lo que soy capaz ni de cuánta

compasión me merezco. Yo conozco mi propio corazón —espeta—. Me conozco. ¡No te atrevas a sentir compasión por mí!

Mis piernas han dejado de funcionar definitivamente.

—Pensaba que podrías quererme por quien soy —dice—. ¡Pensaba que serías la única persona de este mundo dejado de la mano de Dios que me aceptaría tal como soy! Pensaba que tú, de entre todas las personas, lo entenderías. —Su rostro está justo en frente de mí cuando dice—. Me he equivocado. Me he equivocado por completo.

Se aparta. Coge su camiseta y se gira dispuesto a irse y debería dejar que se fuera, debería dejar que saliera por la puerta y de mi vida pero no puedo, lo cojo del brazo, lo empujo hacia mí.

—Por favor... no quería decir eso...

Se gira.

—¡No quiero tu *compasión*!

—No estaba intentando hacerte daño...

—La verdad —dice— es un doloroso recordatorio de por qué prefiero vivir entre mentiras.

No puedo soportar su mirada, el dolor miserable y horrible que intenta ocultar. No sé qué decir para arreglarlo. No sé cómo retractarme de mis palabras.

No quiero que se vaya.

Así no.

Parece que vaya a hablar; cambia de opinión. Respira con dificultad, aprieta los labios como si quisiera evitar que las palabras se le escaparan y me dispongo a decir algo. Me dispongo a volverlo a intentar cuando respira de forma temblorosa.

—Adiós, Juliette.

Y no sé por qué me duele tanto, no entiendo la ansiedad que me ha sobrevenido repentinamente, y tengo que saberlo, tengo que hacerle la pregunta que no es una pregunta.

—No volveré a verte.

Veo que intenta encontrar las palabras, veo que se gira hacia mí y se da la vuelta y por una fracción de segundo veo lo que ha ocurrido, veo esa diferencia en sus ojos, el brillo emocionado que nunca hubiese soñado que él fuera capaz de tener y lo sé, entiendo por qué no va a mirarme y no puedo creerlo. Quiero caerme al suelo mientras él lucha contra sí mismo, lucha por hablar, por tragarse el temblor de su voz.

—Espero que no.

Y eso es todo.

Se va.

Me quedo partida en dos y se ha ido.

Se ha ido para siempre.



## SESENTA Y TRES

El desayuno es un calvario.

Warner ha desaparecido y ha dejado huellas de caos a su paso.

Nadie sabe cómo escapó, cómo consiguió salir de su habitación y salir de aquí, y todos culpan a Castle. Todo el mundo dice que fue tonto al confiar en Warner, al darle una oportunidad, al creer que podía haber cambiado.

*Enfado* se queda corto para el nivel de violencia que hay ahora mismo aquí.

Pero no voy a ser yo quien le cuente a todo el mundo que Warner ya había salido de su habitación anoche. No voy a ser yo quien les cuente que seguramente no tuvo que hacer muchos esfuerzos para encontrar la salida. No les voy a explicar que no es estúpido.

Estoy segura de que lo descubrió con bastante facilidad. Estoy segura de que encontró una forma de esquivar a los guardias.

Ahora todo el mundo está preparado para luchar, pero por razones equivocadas. Quieren matar a Warner por varias razones, primero: por todo lo que ha hecho; en segundo lugar: por traicionar su confianza. Más preocupante aún, todos temen que pueda revelar nuestra información más confidencial. No tengo ni idea de qué consiguió descubrir Warner sobre este lugar antes de irse, pero nada de lo que ocurra ahora puede ser bueno.

Nadie ha tocado su desayuno.

Estamos todos vestidos, armados, preparados para enfrentarnos a lo que podría ser una muerte inmediata, y solo siento un bloqueo completo. Ayer no dormí en toda la noche, con el corazón y la mente atormentados y enfrentados y no siento mis extremidades, no puedo probar la comida que tengo delante y no puedo ver con claridad, no me puedo concentrar en lo que se supone que estoy oyendo. Solo puedo pensar en todas las bajas ~~y en los labios de Warner sobre mi cuello, en sus manos por mi cuerpo, el dolor y la pasión de sus ojos y en las múltiples maneras en que hoy podría morir. Solo puedo pensar en Warner, tocándome, besándome, torturándome con su corazón y Adam,~~ sentado a mi lado, sin saber lo que he hecho.

Seguramente ni siquiera tendrá importancia después de lo que ocurra hoy.

Quizás hoy me maten y quizás toda la agonía de los pasados diecisiete años haya sido en vano. Quizás desaparezca de la faz de la Tierra, para siempre, y mis angustias adolescentes habrán sido una ocurrencia tardía y absurda, un recuerdo ridículo.

Pero quizás sobreviva.

Quizás sobreviva y tenga que enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Quizás tenga que dejar de mentirme a mí misma. Quizás tenga que tomar una decisión.

Tengo que enfrentarme al hecho de que siento cosas por una persona que no tiene reparos en disparar una bala en la cabeza de otro hombre. Tengo que considerar la posibilidad de que me esté convirtiendo en un monstruo de verdad. Una criatura horrible y egoísta que solo se preocupa por sí misma.

Quizás Warner tenía razón desde el principio.

Quizás es cierto que él y yo estamos hechos el uno para el otro.

Casi todo el mundo ha salido ya del comedor. La gente se despide por última vez de los mayores y los jóvenes que se van a quedar aquí. Esta mañana James y Adam se han despedido durante un largo rato. Adam y yo nos tenemos que ir en unos diez minutos.

—¡Maldita sea! ¿Quién se ha muerto?

Me doy la vuelta al oír su voz. Kenji está de pie. En esta sala. Está al lado de nuestra mesa y parece que vaya a caerse en cualquier momento, pero está *despierto*. Está vivo.

Respira.

—¡Joder! —Adam está boquiabierto—. ¡Estoy flipando!

—Me alegro de verte, Kent. —Kenji esboza una sonrisa torcida. Me saluda con la cabeza—. ¿Lista para darle a alguien por saco?

Lo embisto.

—¡Bueno... eh... gracias, sí... a ver... eh...! —Se aclara la garganta. Intenta deshacerse de mí y yo me estremezco, me aparto. Voy cubierta por completo excepto en la cara; llevo los guantes y los nudillos reforzados, y el traje abrochado hasta el cuello. Kenji no suele apartarse de mí.

—Eh, a ver... quizás deberías esperar un tiempo antes de volverme a tocar, ¿no crees? —Kenji intenta sonreír, intenta hacer ver que bromea, pero yo noto el peso de sus palabras, la tensión y el ligero miedo que intenta esconder con todas sus fuerzas—. Casi no puedo ni mantenerme en pie todavía.

Noto que la sangre sale de mi cuerpo, me debilita las rodillas y tengo que sentarme.

—No fue ella —dice Adam—. Sabes que ni siquiera te tocó.

—En realidad no lo sé —dice Kenji—. Y no la estoy culpando... solo digo que puede ser que esté proyectando y no lo sepa, ¿vale? Porque por lo último que sé, no creo que tengamos más explicaciones para lo que pasó anoche. Está claro que no fuiste tú —le dice a Adam—, y, joder, por lo que sabemos, que Warner pueda tocar a Juliette podría ser solo una casualidad. Todavía no sabemos nada sobre él. —Se detiene. Mira a su alrededor—. ¿No? A menos que anoche Warner se sacara algún tipo de conejo mágico del culo mientras yo estaba ocupado muriéndome.

Adam frunce el ceño. Yo no digo palabra.

—Bien —dice Kenji—. Eso es lo que pensé. Así que creo que es mejor que, a menos que sea absolutamente necesario, me mantenga alejado. —Se gira hacia mí—. ¿No? Sin ánimo de ofender, ¿eh? O sea, es que he estado a punto de morir. Creo que podrías darme un respiro.

Casi no oigo mi voz al decir:

—Sí, claro. —Intento reírme.

Intento descubrir por qué no les cuento nada sobre Warner. Por qué sigo protegiéndole. ~~Seguramente sea porque yo soy tan culpable como él.~~

—Bueno, por cierto —dice Kenji—. ¿Cuándo nos vamos?

—Estás loco —le dice Adam—. Tú no irás a ninguna parte. —Y una mierda.

—¡Si casi no puedes mantenerte en pie! —le responde Adam.

Y tiene razón. Está claro que Kenji se apoya en la mesa para aguantarse.

—Prefiero morir ahí que quedarme aquí sentado como un idiota.

—Kenji...

—Eh —me interrumpe Kenji—. Me he enterado de que Warner se piró de aquí anoche. ¿Qué ha pasado?

Adam emite un extraño sonido. No es exactamente una carcajada.

—Sí —dice—. Quién sabe. Nunca creí que fuera buena idea tenerlo aquí como rehén. Y aún fue una idea más estúpida confiar en él.

—Así que primero te metes con mi idea y después con la de Castle, ¿no?  
—Kenji levanta una ceja.

—Fueron malas decisiones —dice Adam—. Malas ideas. Y ahora tenemos que pagar por ello.

—Bueno, ¿y cómo iba yo a saber que Anderson estaría tan dispuesto a dejar que su hijo se pudriera en el infierno?

Adam se estremece y Kenji se retracta.

—Espera... lo siento, tío... no quería decirlo de esta forma...

—Olvidalo —le corta Adam. De repente su rostro se endurece, se enfría, se bloquea—. Quizás deberías volver al ala médica. Nos vamos a ir dentro de poco.

—No me iré a ninguna parte excepto fuera de aquí.

—Kenji, por favor...

—Que no.

—Estás comportándote de forma irracional. Esto no es ninguna broma —le digo—. Hoy va a morir gente.

Pero se ríe de mí. Me mira como si hubiese dicho algo gracioso.

—Lo siento pero ¿intentas enseñarme *algo* sobre la realidad de la guerra? —Menea la cabeza—. ¿Te has olvidado de que fui soldado del ejército de Warner? ¿Tienes idea de las locuras que hemos visto? —Se señala a sí mismo y a Adam—. Sé exactamente lo que va a pasar hoy. Warner estaba *loco*. Si Anderson es dos veces más malo que su hijo, vamos a navegar en un río de sangre. No puedo dejaros colgados así.

Me he quedado atrapada en una frase. Una palabra. Solo quiero hacer una pregunta. ¿Era tan malo de verdad...?

—¿Quién? —Kenji me mira fijamente.

—Warner. ¿Era realmente tan despiadado?

Kenji se ríe a carcajadas. Más fuerte. El doble de fuerte. Prácticamente se desternilla.

—¿Despiadado? Juliette, este tío está enfermo. Es un animal. No creo que sepa ni lo que significa ser humano. Si es verdad que existe un infierno, creo que fue diseñado especialmente para él.

Es muy difícil quitarse esta espada del estómago.

Se oyen muchos pasos.

Me doy la vuelta.

Todo el mundo tiene que salir de los túneles en fila para intentar mantener el orden al salir de este mundo subterráneo. Kenji, Adam y yo somos los únicos guerreros que todavía no se han unido al grupo.

Nos ponemos de pie.

—Eh... ¿y Castle sabe lo que vas a hacer? —Adam mira a Kenji—. No creo que le parezca bien que salgas hoy.

—Castle quiere que sea feliz —dice Kenji con total naturalidad—. Y si me quedo aquí no lo seré. Tengo trabajo que hacer. Gente a quien salvar. Chicas a quienes impresionar. Lo respetaría.

—¿Y qué pasa con el resto? —le pregunto—. Todo el mundo estaba preocupadísimo por ti... ¿Los has visto? ¿Para decirles, por lo menos, que estás bien?

—¡Qué va! —dice Kenji—. Seguramente hubiesen flipado si hubiesen sabido que me iba a levantar. He pensado que era mejor mantenerlo en secreto. No quiero asustarlos. Y Sonia y Sara... pobrecitas... lo han pasado fatal. Están exhaustas por mi culpa, y siguen hablando de salir hoy. Quieren luchar aunque van a tener mucho trabajo que hacer cuando acabemos con el ejército de Warner. He intentado convencerlas de que se queden pero son muy tozudas cuando quieren. Tienen que guardarse sus fuerzas —dice— y ya han desperdiciado demasiadas conmigo.

—No las han desperdiciado... —trato de decirle.

—En cualquier caso... —dice Kenji—. ¿Podemos ponernos en marcha ya? Ya sé que todos queréis pillar a Anderson —le dice a Adam—, pero... ¿si fuera por mí? Me encantaría pillar a Warner. Pegarle un tiro a ese pedazo de cabrón y acabar con él.

Algo me golpea en el estómago tan fuerte que creo que me voy a marear. Veo manchas, hago esfuerzos por mantenerme en pie, intento ignorar la imagen de Warner muerto, de su cuerpo teñido de rojo.

—¿Estás bien? —Adam me aparta hacia un lado. Me mira la cara con detenimiento. Entrecierra los ojos, apretándolos preocupado.

—Sí —le miento. Asiento demasiadas veces. Meneo la cabeza una o dos veces—. He dormido poco esta noche, eso es todo, pero estaré bien.

Él duda.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy —vuelvo a mentir. Me detengo. Le cojo de la camisa—. Eh... ten cuidado, ¿vale?

Exhala un pesado suspiro. Asiente una vez.

—Sí. Tú también.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Nos interrumpe Kenji—. Hoy es el día de nuestra muerte, señoritas.

Adam le da un pequeño empujón.

—¡Pero bueno! Así que ahora abusas de un pobre lisiado, ¿eh? —Kenji tarda un momento en recuperar el equilibrio antes de pegarle un puñetazo a Adam en el brazo—. Reserva tu ansiedad para el campo de batalla, tío. La vas a necesitar.

Un agudo silbido suena a lo lejos.

Es hora de irse.

## SESENTA Y CUATRO

Está lloviendo.

El mundo llora a nuestros pies a la expectativa de lo que estamos a punto de hacer.

Se supone que debemos dividirnos en grupos, para luchar en pequeños grupos y que no nos puedan matar a todos a la vez. No somos suficientes como para luchar ofensivamente, así que tenemos que ser cautelosos. Y, a pesar de sentir una punzada de culpa al admitirlo, me alegro mucho de que Kenji haya decidido venir con nosotros. Hubiésemos sido mucho menos fuertes sin él.

Pero tenemos que huir de la lluvia.

Ya estamos bastante empapados, y mientras que Kenji y yo por lo menos llevamos trajes que nos ofrecen un mínimo de protección contra los elementos, Adam no lleva más que ropa básica de algodón fresco, y me preocupa que no vayamos a durar mucho en estas condiciones. Todos los miembros del Punto Omega ya se han dispersado. El área más cercana al Punto sigue siendo una extensión de tierra yerma que nos hace vulnerables al salir.

Por suerte, tenemos a Kenji. Los tres somos invisibles.

Los hombres de Anderson no están lejos de aquí.

Todo lo que sabemos es que, desde que Anderson ha llegado, ha hecho lo imposible por destacar su poder y el férreo control de el Restablecimiento. Ha silenciado todas las voces opositoras, sin importar que fueran débiles o pobres, sin importar que fueran poco amenazadoras o inofensivas. Está enojado porque hemos iniciado la rebelión y ahora intenta hacer una proclama. Quiere destruirnos a todos.

Los pobres civiles están atrapados en su fuego amigo.

Disparos.

Nos movemos automáticamente hacia el sonido que resuena a lo lejos. No decimos nada. Sabemos lo que tenemos que hacer y cómo debemos actuar. Nuestra única misión es llegar lo más cerca posible de la devastación y

deshacernos del mayor número de soldados de Anderson que podamos. Protegemos a los inocentes. Apoyamos a nuestros compañeros del Punto.

Intentamos no morir con todas nuestras fuerzas.

Distingo las instalaciones que empiezan a aparecer a lo lejos, pero la lluvia dificulta la visión. Todos los colores se difuminan, se funden en el horizonte, y tengo que esforzarme por discernir lo que hay delante de nosotros. Toco las armas atadas a las pistoleras que llevo en la espalda instintivamente y por un momento me acuerdo de mi último encuentro con Anderson —mi único encuentro con ese horrible y despreciable hombre— y me pregunto qué le habrá pasado. Me pregunto si puede que Adam estuviera en lo cierto al decir que quizás Anderson estaba gravemente herido, que quizás sigue intentando recuperarse. Me pregunto si Anderson aparecerá en el campo de batalla. Me pregunto si puede ser que sea demasiado cobarde como para luchar en sus propias guerras.

Los gritos nos revelan que nos estamos acercando.

El mundo que nos rodea es un paisaje borroso de tonos azules y grises y tonos moteados, y los pocos árboles que quedan en pie tienen un centenar de ramas temblorosas y asustadizas que se desgarran de sus troncos, que suben hacia el cielo como si rezaran, que piden socorro ante la tragedia a la que están arraigadas. Eso me basta para sentir pena por las plantas y animales que han sido obligados a ser testigos de nuestros actos.

Nunca lo pidieron.

Kenji nos guía hacia las afueras de las instalaciones y nos movemos hacia delante para alinearnos contra la pared de una de las casitas cuadradas acurrucados bajo el poco techo que sobresale y nos concede, al menos durante un momento, un indulto ante el granizo que está cayendo del cielo.

El viento roe las ventanas, lucha contra las paredes. La lluvia explota contra el techo como palomitas de maíz sobre un panel de vidrio.

El mensaje del cielo es claro: estamos cabreados.

Estamos cabreados y os castigaremos y os haremos pagar por la sangre que derramáis tan libremente. No vamos a quedarnos de brazos cruzados, nunca más, nunca jamás. Vamos a hundiros, nos dice el cielo.

*¿Cómo habéis podido hacerme esto?* Susurra en el viento.

*Os lo he dado todo,* nos dice.

*Nada volverá a ser como antes.*

Me pregunto por qué sigo sin ver ningún rastro del ejército. No veo a nadie más del Punto Omega. No veo a nadie. De hecho, empiezo a sentir que esta instalación está demasiado tranquila.

Cuando estoy a punto de sugerir que nos vayamos oigo que una puerta se abre de golpe.

—Esta es la última del grupo —grita alguien—. Estaba escondida por aquí. —Un soldado arrastra hacia fuera del recinto al que nos acercamos a una mujer que llora y grita, que pide clemencia y pregunta por su marido, y el soldado le grita que se calle.

Tengo que evitar que las emociones se derramen de mis ojos, de mi boca.

No hablo.

No respiro.

Otro soldado aparece de alguna parte que no puedo ver. Grita algún mensaje de aprobación y hace un movimiento con las manos que no comprendo. Noto que Kenji se tensa a mi lado.

Algo va mal.

—Métela con los demás —grita el segundo soldado—. Y así esta área quedará despejada.

La mujer está histérica. Chilla, araña al soldado, le dice que ella no ha hecho nada malo, que no lo entiende, que dónde está su marido, que ha buscado a su hija por todas partes y que qué ocurre; llora, grita, da manotazos al hombre que la coge como si fuera un animal.

Él aprieta el cañón de la pistola contra su cuello.

—Si no te callas, te dispararé ahora mismo.

Ella gime una vez, dos, y se queda sin fuerzas. Se ha desmayado en sus brazos y el soldado parece asqueado al apartarla de nuestra vista y llevársela hacia dondequiera que estén metiendo a los demás. No tengo ni idea de lo que ocurre. No entiendo qué está pasando.

Los seguimos.

El viento y la lluvia caen a un ritmo constante y hay ruido y distancia suficientes entre nosotros y los soldados, así que me siento segura para hablar. Aprieto la mano de Kenji. Sigue siendo el pegamento entre Adam y yo, proyectando sus poderes para hacernos invisibles a todos.

—¿Sabes qué ocurre? —le pregunto.

No responde de inmediato.

—Los están reuniendo —dice al cabo de un momento—. Están haciendo grupos de gente para matarlos a la vez.

—La mujer...

—Sí. —Oigo que se aclara la garganta—. Sí, ella y quienesquiera que crean que pueden estar relacionados con las protestas. No solo matan a los incitadores —me dice—. También matan a sus amigos y familiares. Es la



mejor forma de mantener a la gente a raya. Nunca falla asustar a los pocos que dejan con vida.

Tengo que tragarme el vómito que amenaza con dominarme.

—Tiene que haber una forma de sacarlos de ahí —dice Adam—. Quizás podríamos eliminar a los soldados que están a cargo.

—Sí, pero escuchad chicos, ya sabéis que voy a tener que soltaros, ¿no? Estoy perdiendo fuerzas; mis energías se desvanecen más rápido de lo normal. Así que seréis visibles —dice Kenji—. Seréis un objetivo más fácil.

—¿Y qué otra opción tenemos? —pregunto.

—Podríamos intentar eliminarlos como si fuéramos francotiradores —dice Kenji—. No hace falta que entremos en combate directo. Tenemos esta opción. —Se detiene—. Juliette, tú nunca antes te has encontrado en una situación parecida. Quiero que sepas que respeto tu decisión de permanecer fuera de la línea de fuego. No todo el mundo puede soportar lo que puede que veamos si seguimos a estos soldados. No pasa nada.

Noto un gusto metálico en la boca al mentir.

—No te preocupes.

Se queda callado un instante.

—Bueno... está bien... pero no tengas miedo de usar tus habilidades para defenderte —me dice—. Ya sé que no te gusta hacer daño a nadie y todo eso, pero estos tíos no van a perder el tiempo. Intentarán matarte.

Asiento aunque sé que no puede verme.

—Está bien —digo—. De acuerdo. —Pero el pánico me invade—. Vamos —murmuro.

## SESENTA Y CINCO

No siento las piernas.

Hay veintisiete personas en fila, una al lado de otra en medio de un gran campo estéril. Hombres y mujeres y niños de distintas edades. De diferente tamaño. Todos están delante de lo que podría llamarse un pelotón de fusilamiento formado por seis soldados. La lluvia nos envuelve, dura y enfadada, bombardeándolo todo y a todos con lágrimas tan duras como mis huesos. El viento está totalmente desesperado a nuestro alrededor.

Los soldados están decidiendo qué hacer. Cómo matarlos. Cómo deshacerse de los veintisiete pares de ojos que miran hacia el frente. Algunos sollozan, otros tiemblan de miedo y dolor y horror, otros siguen completamente quietos, enfrentándose a la muerte estoicamente.

Uno de los soldados dispara un tiro.

El primer hombre cae al suelo y siento como si me hubieran azotado en la espalda. Hay tantas emociones que corren hacia dentro y fuera de mí en el lapso de unos pocos segundos que temo desmayarme; me aferro a mi consciencia con una desesperación animal y trato de contener las lágrimas, trato de ignorar el dolor que me atraviesa.

No entiendo por qué nadie se mueve, por qué no nos movemos, por qué ninguno de los civiles se mueve, aunque sea para salirse de la fila y se me ocurre, me doy cuenta de que correr, intentar escapar o intentar defenderse no es una opción viable. Están completamente dominados. Van desarmados. No llevan municiones de ningún tipo.

Pero yo sí.

Yo tengo un arma.

De hecho, tengo dos.

Este es el momento, aquí es donde tenemos que soltarnos, aquí luchamos solos, solo nosotros tres, tres niños ya adultos que luchan por salvar veintiséis rostros o que morirán en el intento. Tengo los ojos clavados en una niña que no puede ser mucho mayor que James, con los ojos muy abiertos, aterrorizados, con los pantalones mojados de miedo, y me rompe el corazón,

me mata, y le digo a Kenji que estoy preparada mientras trato de alcanzar la pistola con la mano.

Cuando veo que el mismo soldado enfoca su arma hacia la siguiente víctima, Kenji nos suelta.

Tres pistolas alzadas, listas para disparar, y escucho las balas antes de que se liberen en el aire; veo que una llega al cuello de un soldado y no sé si habrá sido la mía.

Ahora no importa.

Todavía quedan cinco soldados a los que enfrentarse, y ahora pueden vernos.

Echamos a correr.

Esquivamos las balas que se dirigen hacia nosotros y veo que Adam cae al suelo, veo que dispara con una precisión perfecta pero sigue sin encontrar su objetivo. Busco a Kenji y descubro que ha desaparecido, de lo cual me alegro; tres soldados caen casi de forma inmediata. Adam se aprovecha de la distracción de los soldados que quedan y abate al cuarto. Yo disparo al quinto desde atrás.

No sé si lo he matado.

Pedimos a la gente a gritos que nos siga, los volvemos a llevar a las instalaciones, les gritamos que permanezcan agachados, que permanezcan escondidos; les decimos que van a llegar refuerzos y que haremos todo lo posible por protegerlos, y ellos intentan acercarse a nosotros, tocarnos, agradecérselo y darnos la mano pero no hay tiempo. Tenemos que llevarlos a algún sitio que parezca seguro y desplazarnos hacia dondequiera que se estén llevando a cabo el resto de asesinatos en masa.

Sigo sin olvidarme del hombre a quien no pudimos salvar. No me he olvidado del número veintisiete.

No quiero que eso vuelva a ocurrir.

Salimos huyendo por los kilómetros de tierras que ahora se destinan a estas instalaciones, sin molestarnos en mantenernos escondidos o elaborar un plan definitivo. Todavía no hemos hablado. No hemos hablado de lo que hemos hecho ni de lo que puede que hagamos y solo sabemos que tenemos que seguir adelante.

Seguimos a Kenji.

Él se abre camino a través de un conjunto de recintos demolidos y sabemos que algo ha salido terriblemente mal. No hay señales de vida por ninguna parte. Los pequeños recintos metálicos destinados a alojar a los

civiles están completamente destruidos y no sabemos si había gente dentro cuando esto ocurrió.

Kenji nos dice que tenemos que seguir buscando.

Nos adentramos más en terreno regulado, esos pedazos de tierra dedicados a servir como viviendas para las personas, hasta que oímos una ráfaga de pasos, el sonido de algo metálico que se mueve suavemente.

Los tanques.

Funcionan con electricidad, por lo que son menos llamativos al desplazarse por las calles, pero estoy lo bastante familiarizada con estos tanques como para reconocer este zumbido eléctrico. Y Adam y Kenji también.

Seguimos el sonido.

Luchamos contra el viento que intenta alejarnos y es como si lo supiera, como si el viento intentara protegernos de lo que nos espera al otro lado de este recinto. No quiere que lo veamos. No quiere que muramos hoy.

Algo estalla.

Un voraz incendio lo destruye todo a menos de quince metros de donde nos encontramos. Las llamas lamen la tierra, se beben el oxígeno, y de repente incluso la lluvia es incapaz de apagar los destrozos. El fuego azota y se balancea en el viento, y muere justo debajo, sometido por el cielo.

Tenemos que ir dondequiera que esté el fuego. Algo ha ocurrido.

Nuestros pies intentan adherirse en el suelo fangoso y no noto el frío al correr, no noto la humedad, solo siento la adrenalina que corre por mis extremidades, que me obliga a avanzar, agarrando la pistola demasiado fuerte, lista para apuntar, para disparar.

Pero cuando llegamos a las llamas casi suelto el arma.

Casi me caigo al suelo.

Casi no puedo creer lo que veo.

## SESENTA Y SEIS

Muerte muerte muerte por todas partes.

Hay tantos cuerpos mezclados y enredados en el suelo que no sé si son nuestros o de ellos, y empiezo a preguntarme qué significa esto, empiezo a dudar de mí misma y del arma que llevo en la mano y no puedo evitar preguntarme acerca de estos soldados, me pregunto si pueden ser como Adam, como un millón de almas torturadas y huérfanas que tenían que sobrevivir y aceptaron el único trabajo que pudieron encontrar.

Mi conciencia ha declarado la guerra contra sí misma.

Contengo las lágrimas y la lluvia y el horror y sé que tengo que mover las piernas, sé que tengo que seguir adelante y ser valiente, tengo que luchar me guste o no porque no puedo dejar que esto ocurra.

Me derriban desde atrás.

Alguien me tira al suelo y mi rostro queda enterrado en el suelo y doy patadas, intento gritar pero noto que me arrebatan el arma de la mano, noto un codazo contra mi columna vertebral y sé que Adam y Kenji se han ido, sé que están en medio de la batalla y sé que estoy a punto de morir. Sé que se ha acabado y que no parece real; de alguna forma, parece como si fuera una historia que está contando otra persona, como si la muerte fuera algo extraño y distante que solo parece sucederle a gente que no conoces y seguro que no me pasa a mí, ni a ti, ni al resto de nosotros.

Pero aquí está.

Siento una pistola en la parte trasera de mi cabeza y una bota que me presiona la espalda y mi boca llena de barro y un millón de momentos sin valor que nunca viví de verdad y todo esto está frente a mí. Lo veo muy claramente.

Alguien me da la vuelta.

La misma persona que me puso una pistola en la cabeza ahora me apunta a la cara, me examina como si intentara interpretarme y estoy confundida, no comprendo estos ojos grises y enojados ni la rigidez de su boca, porque no

aprieta el gatillo. No me está matando y esto, más que cualquier otra cosa, es lo que me paraliza.

Tengo que quitarme los guantes.

Mi captor grita algo que no entiendo porque no me está hablando a mí, no mira hacia mí porque está llamando a alguien y aprovecho este momento de distracción para quitarme el refuerzo de acero de los nudillos de mi mano izquierda y tirarlo al suelo. Tengo que quitarme el guante. Tengo que quitarme el guante porque es mi única oportunidad de sobrevivir, pero la lluvia ha mojado demasiado el cuero y se pega a mi piel, negándose a salir con facilidad, y el soldado se gira demasiado rápido. Ve lo que estoy intentando hacer y me tira de los pies, me hace una llave y me pone la pistola en la cabeza.

—Sé lo que intentas hacer, pequeño monstruo —dice—. He oído hablar de ti. Si te mueves un centímetro te mato.

Por alguna razón, no le creo.

No creo que tenga órdenes de dispararme, porque si él quisiera, ya lo habría hecho. Pero está esperando algo. Está esperando algo que no comprendo y tengo que actuar rápidamente. Necesito un plan pero no sé qué hacer y lo único que hago es arañarle el brazo cubierto, el músculo con el que tiene envuelto mi cuello y me sacude, me grita que pare de retorcerme y me aprieta más para dejarme sin aire y tengo los dedos agarrados a su antebrazo, para intentar que deje de agarrarme como si fuera un tornillo y no puedo respirar y tengo mucho miedo, y de repente no tengo muy claro si no quiere matarme y no me doy cuenta de lo que he hecho hasta que oigo cómo grita.

Le he roto todos los huesos del brazo.

Se cae al suelo, suelta la pistola para cogerse el brazo, y grita con un dolor tan insoportable que por poco siento tentaciones de tener remordimientos por lo que he hecho.

En lugar de eso, corro.

Cuando solo he avanzado un par de metros, tres soldados más chocan contra mí, alertados por lo que le he hecho a su compañero, y me ven la cara y se les ilumina al reconocermelo. Uno de ellos me resulta vagamente familiar, como si hubiese visto su greñado pelo castaño antes y me doy cuenta: ellos me conocen. Estos soldados me conocieron cuando Warner me tuvo cautiva. Warner me había convertido en un auténtico espectáculo. Claro que iban a reconocer mi cara.

Y no me sueltan.

Los tres me aprietan la cara contra el suelo, me sujetan de brazos y piernas hasta que estoy bastante segura de que han decidido arrancármelos. Trato de defenderme, trato de tener la cabeza en su sitio para concentrar mi energía, y justo cuando estoy a punto de devolvérselo, un fuerte golpe en la cabeza casi me deja inconsciente por completo.

Los sonidos se entremezclan, las voces se están convirtiendo en un gran caos de ruidos y no veo en color, no sé lo que me pasa pero ya no siento las piernas. Ni siquiera sé si estoy andando o si se me están llevando pero sí que noto la lluvia. Noto que cae deprisa por mi rostro hasta que oigo el sonido de metal sobre metal, oigo un zumbido eléctrico que me resulta familiar y la lluvia se detiene, desaparece del cielo y solo sé dos cosas, de hecho, solo de una de ellas tengo absoluta certeza.

Estoy en un tanque.

Voy a morir.

## SESENTA Y SIETE

Oigo campanillas de viento.

Oigo campanillas de viento que suenan histéricamente a causa de un viento tan violento que resulta ser una amenaza legítima y lo único en lo que pienso es que los sonidos tintineantes me resultan tremendamente familiares. Mi cabeza sigue dando vueltas pero tengo que mantenerme lo más despierta posible. Tengo que saber adonde me llevan. Tengo que tener alguna noción de dónde estoy. Necesito tener algún punto de referencia y estoy haciendo esfuerzos por poner la cabeza en orden sin que se note que no estoy inconsciente.

Los soldados no hablan.

Tenía la esperanza de reunir, por lo menos, un poco de información de las conversaciones que pudieran tener, pero no se dicen nada. Son como máquinas, como robots programados para llevar a cabo una tarea específica, y me sorprende, siento curiosidad, no entiendo por qué me han sacado del campo de batalla para matarme. Me pregunto por qué mi muerte tiene que ser especial. Me pregunto por qué me sacan del tanque hacia el caos de las campanillas de viento enojadas y me atrevo a abrir los ojos tan solo un poco y me quedo sin aliento.

Es la casa.

Es la casa, la casa del territorio no regulado, la que estaba pintada de un tono azul turquesa perfecto y la única casa tradicional y en funcionamiento en un radio de 800 kilómetros. Es la misma casa que Kenji me dijo que debía ser una trampa, la casa en la que estaba tan segura de encontrar al padre de Warner, y entonces me golpea. Un mazazo. Un tren bala. Una ráfaga de comprensión en la cabeza.

Anderson tiene que estar aquí. Debe de querer matarme con sus propias manos.

Soy su entrega especial.

Incluso tocan el timbre.



Oigo pies que se arrastran. Oigo crujidos y gemidos. Oigo el chasquido del viento contra el mundo y entonces veo mi futuro, veo a Anderson torturándome hasta la muerte de todas las formas posibles y me pregunto cómo voy a salir de esta. Anderson es demasiado listo. Seguramente me encadenará al suelo y me cortará manos y pies de uno en uno. Probablemente querrá disfrutar de esto.

Él mismo abre la puerta.

—¡Vaya! Señores. Muchísimas gracias —dice—. Por favor, síganme. — Y noto que el soldado que me lleva cambia su peso bajo mi húmedo, débil y repentinamente pesado cuerpo. Empiezo a sentir cómo un escalofrío me cala en los huesos y me doy cuenta de que he estado corriendo bajo la lluvia demasiado rato.

Estoy temblando y no de miedo.

Estoy ardiendo y no de ira.

Estoy tan delirante que no estoy segura de si podría defenderme bien aunque tuviera fuerzas para hacerlo. Resulta increíble pensar en las múltiples formas en que hoy podría encontrar el fin de mis días.

Anderson huele intensamente a tierra; puedo olerlo aunque esté en brazos de otra persona, y el aroma es inquietantemente agradable. Cierra la puerta detrás de nosotros justo después de pedir a los soldados que a qué esperan para volver a su trabajo. Lo cual básicamente viene a ser una orden para que vayan a matar a más gente.

Creo que estoy empezando a alucinar.

Veo una acogedora chimenea de esas sobre las que solo he leído. Veo un agradable comedor con sofás mullidos y afelpados y una gruesa alfombra oriental que adorna el suelo. Veo la repisa de la chimenea con imágenes que no logro reconocer desde aquí y Anderson me pide que me despierte, me dice que necesito tomar un baño, que me he ensuciado mucho, ¿no?, y que eso no me irá bien, ¿no? Que necesita que esté despierta y completamente centrada o eso no será divertido, dice, y creo que me estoy volviendo loca.

Noto el ruido ruido ruido de pasos pesados que suben una escalera y me doy cuenta de que mi cuerpo se mueve con ellos. Oigo que una puerta chirría al abrirse, oigo que otros pies se arrastran y se dicen cosas que no logro distinguir. Alguien le dice algo a alguien y me dejan caer sobre un suelo frío y duro.

Oigo que lloriqueo.

—Ten cuidado de no tocarle la piel. —Es la única frase que logro descifrar de un tirón. Todo lo demás son «baño» y «dormir» y «por la

mañana» y «no, no creo» y «muy bien» y oigo que otra puerta se cierra. La que está justo al lado de mi cabeza.

Alguien está intentando quitarme el traje.

Recupero la consciencia tan rápido que me duele; noto que algo me abrasa el cuerpo, me sube por la cabeza hasta que me golpea directamente a los ojos y sé que ahora mismo soy una mezcla de muchas cosas. No recuerdo la última vez que comí algo y llevo más de veinticuatro horas sin dormir de verdad. Estoy empapada, mi cabeza palpita de dolor, me han retorcido y pisado el cuerpo, y siento un millón de tipos diferentes de dolor. Pero no voy a permitir que ningún hombre desconocido me quite la ropa. Prefiero morir.

Pero la voz que oigo no es masculina. Suena suave y amable, maternal. Me habla en una lengua que no comprendo pero quizás solo es que mi cabeza no es capaz de comprender nada. Emite suaves sonidos, me frota la espalda con las manos haciendo pequeños círculos. Oigo un torrente de agua y noto que el calor me envuelve y es muy caliente, parece vapor, y creo que debo de estar en un cuarto de baño, o en una bañera, y no puedo evitar pensar que no me he duchado con agua caliente desde que estuve en el cuartel general con Warner.

Trato de abrir los ojos pero no lo consigo.

Parece como si tuviera dos yunques puestos sobre mis párpados, como si todo fuera negro y desordenado y confuso y agotador y solo pudiera ver las circunstancias generales de mi situación. Veo a través de poco más que hendiduras; solo veo la porcelana brillante de lo que supongo que debe ser una bañera y ando a gatas a pesar de las quejas que escucho y trepo.

Me desplomo dentro del agua caliente completamente vestida, con los guantes, las botas y el traje puestos y siento un placer increíble que no esperaba experimentar.

Mis huesos empiezan a descongelarse y mis dientes van disminuyendo el castañeteo y mis músculos empiezan a aprender a relajarse. Mi cabello flota alrededor de mi cara y noto que me hace cosquillas en la nariz.

Me hundo bajo la superficie.

Me quedo dormida.

## SESENTA Y OCHO

Me despierto en una cama hecha de nubes y llevo ropa de chico.

Estoy calentita y cómoda pero sigo sintiendo el crujir de los huesos, el dolor de cabeza, la confusión que me nubla la mente. Me levanto. Miro a mi alrededor.

Estoy en la habitación de alguien.

Estoy enredada en unas sábanas azules y naranjas decoradas con pequeños guantes de béisbol. Hay un pequeño escritorio con una sillita a un lado y unos cuantos cajones, una colección de trofeos de plástico dispuestos en filas perfectamente alineadas en la parte superior. Veo una puerta de madera sencilla con un pomo de latón típico que debe de conducir afuera; veo unos cuantos espejos correderos que deben de esconder un armario. Miro a mi derecha y encuentro una mesita de noche con un despertador y un vaso de agua y lo cojo.

Resulta casi vergonzoso lo rápido que me trago el contenido.

Salto de la cama y veo que llevo unos pantalones cortos de deporte azul marino tan abajo de la cintura que me temo que se me van a caer. Llevo una camiseta gris con una especie de logo y nado entre la tela que me sobra. No llevo calcetines. Ni guantes. Ni ropa interior.

No tengo nada.

Me pregunto si tendré permiso para salir y decido que merece la pena intentarlo. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo aquí. No tengo ni idea de por qué no estoy muerta todavía.

Me quedo paralizada enfrente de las puertas de espejo.

Me han lavado bien el pelo y me cae en ondas gruesas y suaves por la cara. Tengo la piel brillante y, a excepción de unos pocos rasguños, he salido relativamente ilesa. Tengo los ojos muy abiertos; son una extraña y vibrante mezcla de colores verdes y azules que me miran, sorprendidos y sorprendentemente impertérritos.

Pero el cuello.

El cuello es un caos de color púrpura, un gran moratón que decolora el resto de mi aspecto por completo. No me había dado cuenta de lo cerca que estuve de morir asfixiada ayer, creo que fue ayer, y ahora noto lo que me duele tragar. Respiro con dificultad y empujo los espejos. Tengo que encontrar una forma de salir de aquí.

La puerta se abre cuando la toco.

Miro por el pasillo en busca de alguna señal de vida. No tengo ni idea de qué hora es ni en qué me he metido. No sé si hay alguien más en esta casa aparte de Anderson, y quien fuera que me ayudó en el cuarto de baño, pero tengo que evaluar mi situación. Tengo que averiguar exactamente ante qué grado de peligro me enfrento antes de idear un plan para luchar por salir de aquí.

Trato de bajar las escaleras de puntillas, en silencio.

No sirve para nada.

Las escaleras crujen y gimen bajo mi peso y casi no tengo tiempo ni de dar marcha atrás antes de oír que me llama por mi nombre. Está abajo.

Anderson está abajo.

—No seas tímida —dice. Oigo el crujido de algo que parece papel—. Tengo comida para ti y sé que debes estar muriéndote de hambre.

De repente el corazón late en mi garganta. Me pregunto si tengo elección, qué opciones tengo que considerar y decido que no puedo esconderme de él en su propio escondite.

Bajo con él.

Es igual de hermoso que antes. Pelo perfecto y elegante, ropa nueva, limpia, planchada con destreza. Está sentado en el salón en uno de los mullidos sillones con una manta sobre el regazo. Veo un bastón precioso, de aspecto rústico, tallado cuidadosamente sobre el reposabrazos. Lleva un montón de papeles en la mano.

Huelo café.

—Por favor —me dice, sin sorprenderse en absoluto ante mi aspecto extraño y salvaje—. Siéntate.

Eso hago.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

Levanto la mirada. No respondo.

Asiente.

—Sí, bueno, estoy seguro de que te sorprende enormemente verme aquí. Esta casita es preciosa, ¿no? —Mira a su alrededor—. La conservé poco después de trasladar a mi familia a lo que ahora es el Sector 45. Después de

todo, se suponía que este sector iba a ser mío. Resultó ser el lugar ideal para guardar a mi esposa. —Agita una mano.

»Al parecer, las instalaciones no le van muy bien —dice, como si supusiera que sé de qué me habla.

¿Guardar a su esposa?

No sé por qué dejo que me sorprenda nada de lo que sale de su boca. Parece que Anderson se da cuenta de mi confusión. Parece entretenido.

—¿Es que mi chico locamente enamorado no te ha hablado de su querida madre? ¿No te habló repetidas veces sobre su patético amor por la criatura que le dio la vida?

—¿Cómo? —Es la primera palabra que digo.

—Estoy verdaderamente sorprendido de que no sepas nada —dice Anderson, sonriendo como si no lo estuviera en absoluto—. ¿No se molestó en mencionar que tiene una madre enferma y débil que vive en esta casa? ¿No te dijo que esa fue la razón por la que quería este puesto, en este sector, tan desesperadamente? ¿No? ¿No te contó nada de esto? —Ladea la cabeza—. ¡Vaya! ¡Estoy muy sorprendido! —vuelve a mentir mientras sonrío.

Trato de mantener el pulso estable, trato de averiguar por qué demonios me está contando esto, trato de ir un paso por delante de él, pero está haciendo un muy buen trabajo para sacarme de quicio.

—Cuando fui elegido comandante supremo —prosigue— iba a dejar aquí a la madre de Aaron y me lo iba a llevar a él al Capitolio. Pero el niño no quería abandonar a su madre. Quería cuidar de ella. No quería dejarla. Necesitaba estar con ella como un niño tonto —dice, alzando la voz al final, perdiendo el autocontrol un momento. Traga saliva. Recupera la compostura.

Y yo espero.

Espero el yunque que está preparando para tirarme a la cabeza.

—¿Te dijo cuántos soldados más querían estar al mando del Sector 45? ¿Cuántos candidatos teníamos para elegir? ¡Él solo tenía dieciocho años! —Se ríe—. Todos creyeron que se había vuelto loco. Pero yo le di una oportunidad —dice Anderson—. Creí que podría ser bueno para él asumir una responsabilidad como esa.

Sigo a la espera.

Suspira profundamente, satisfecho.

—¿Y te contó —dice Anderson— lo que tuvo que hacer para demostrar que se lo merecía?

Ahí va.

—¿Te contó lo que le hice hacer para ganárselo?

Me siento muerta por dentro.

—No —dice Anderson, con ojos brillantes, demasiado brillantes—. Sospecho que no quiso mencionar esta parte, ¿me equivoco? Me imagino que no incluyó ese capítulo de su pasado, ¿no?

No quiero oírlo. No quiero saberlo. No quiero seguir escuchando...

—No te preocupes —dice Anderson—. No voy a fastidiarlo. Es mejor dejar que él mismo comparta esos detalles contigo.

Ya no estoy tranquila. No estoy tranquila y oficialmente he empezado a entrar en pánico.

—Regresaré a la base dentro de muy poco —dice Anderson, revisando los papeles, sin parecer importarle estar haciendo un monólogo delante de mí—. No soporto estar bajo el mismo techo que su madre mucho rato... por desgracia, no me llevo bien con los enfermos... pero al final ha resultado que este es un campamento práctico en estas circunstancias. Lo he usado como base militar desde la que supervisar lo que ocurre en las instalaciones.

La batalla.

La lucha.

El derramamiento de sangre y Adam y Kenji y Castle y todos los que he dejado atrás.

*Cómo podría olvidarlo.*

Pasan por mi cabeza posibilidades horribles y terroríficas. No sé lo que ha pasado. Si están bien. Si saben que sigo viva. Si Castle consiguió recuperar a Brendan y a Winston.

Si ha muerto alguien que conozco.

Miro por todas partes con ojos enloquecidos. Me pongo de pie, convencida de que todo esto es una trampa compleja, que puede que alguien me ataque por detrás o que alguien esté en la cocina esperando con un cuchillo de carnicero, y no puedo respirar, jadeo y trato de ver qué puedo hacer qué puedo hacer qué puedo hacer.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me has traído? ¿Por qué no me has matado todavía?

Anderson me mira. Ladea la cabeza.

—Estoy muy enfadado contigo, Juliette. Muy, muy descontento —dice—. Has hecho algo que está muy mal.

—¿Qué? —parece ser la única pregunta que sé formular—. ¿De qué me hablas? —En un instante de poca cordura me pregunto si sabrá lo que pasó con Warner. Casi puedo notar cómo me sonrojo.

Pero él respira profundamente. Coge el bastón apoyado contra su silla. Se ayuda de toda su parte superior del cuerpo para levantarse. Tiembla, incluso usando el bastón en el que se apoya.

Está inválido.

—Tú me has hecho esto. Conseguiste dominarme. Me disparaste en las piernas. Casi me disparas en el corazón. Y secuestraste a mi hijo.

—No —jadeo—, eso no fue...

—Tú me has hecho esto —me interrumpe—. Y ahora quiero mi recompensa.

## SESENTA Y NUEVE

Respirar. Tengo que acordarme de seguir respirando.

—Es bastante raro —dice Anderson— que fueras capaz de hacerlo tú sola. Solo había tres personas en esa habitación —dice—. Tú, mi hijo y yo. Mis soldados estaban rastreando toda esa zona por si encontraban a alguien más que pudiese haber venido contigo, y me dijeron que estabas completamente sola. —Se detiene—. En realidad pensaba que vendrías con un grupo, como puedes ver. No pensaba que serías tan valiente como para reunirme conmigo a solas. Y entonces me desarmaste sin ayuda y recuperaste a los rehenes. Tuviste que llevarte a dos hombres —sin contar a mi hijo— a un lugar seguro. Cómo lograste hacerlo se me escapa.

Y lo veo claro: la elección es simple.

O bien le cuento la verdad sobre Kenji y Adam y corro el riesgo de que Anderson vaya tras ellos o me arriesgo.

Miro a Anderson a los ojos.

Asiento.

—Tú me llamaste niñita estúpida. Dijiste que era demasiado cobarde para defenderme a mí misma.

Por primera vez, parece incómodo. Parece darse cuenta de que posiblemente podría volverle a hacer lo mismo, ahora mismo si quisiera.

Y creo que sí, probablemente podría. ¡Qué maravillosa idea!

Pero por el momento, siento una extraña curiosidad por ver qué quiere de mí. Por qué me habla. No me preocupa atacarlo de inmediato; sé que ahora mismo estoy en una posición de ventaja sobre él. Debería poderlo aventajar fácilmente.

Anderson se aclara la garganta.

—Tenía pensado volver al Capitolio —dice. Respira profundamente—. Pero está claro que mi trabajo aquí todavía no ha terminado. Tu gente me está poniendo las cosas infinitamente más difíciles y cada vez es más complicado matar a todos los civiles. —Se detiene—. Bueno, no, de hecho no es cierto.



No es difícil matarlos, pero cada vez tiene menos sentido. —Me mira—. Si los matara a todos, no tendría a nadie a quien mandar, ¿no?

Se ríe. Se ríe como si acabara de decir algo gracioso.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto.

Respira profundamente. Sonríe.

—Debo admitir, Juliette, que estoy muy impresionado. Tú sola fuiste capaz de vencerme. Tuviste la precaución de pensar en secuestrar a mi hijo. Salvaste a dos de los tuyos. ¡Generaste un terremoto para salvar al resto de tu equipo! —Se ríe. Ríe ríe y ríe.

No me molesto en decirle que solo dos de estas cosas son ciertas.

—Ahora veo que mi hijo tenía razón. *Podrías* ser muy valiosa para nosotros, sobre todo ahora. Conoces el interior de su sede general mejor de lo que Aaron es capaz de recordar.

Así que Warner ha visto a su padre.

Le ha contado nuestros secretos. Por supuesto. No sé por qué estoy tan sorprendida.

—Tú —me dice Anderson— podrías ayudarme a destruir a todos tus amiguitos. Podrías decirme todo lo que necesito saber. Podrías contármelo todo acerca de los demás bichos raros, de lo que son capaces, de cuáles son sus puntos fuertes y sus debilidades. Podrías llevarme a su escondite. Podrías hacer todo lo que yo te pidiera.

Quiero escupirle en la cara.

—Preferiría *morir* —le digo—. Preferiría que me quemaran viva.

—¡Vaya! Lo dudo mucho —dice. Apoya el peso sobre el bastón para mantenerse mejor en pie—. Creo que cambiarías de opinión si de verdad tuvieras la oportunidad de sentir cómo la piel de tu cara se derrite. Pero —dice— no soy cruel. Aunque desde luego no lo descartaré como opción, si realmente estás tan interesada.

Horrible, horrible persona.

Sonríe, ampliamente, satisfecho ante mi silencio.

—Sí, no lo creo.

La puerta se abre de golpe.

No me muevo. No me giro. No sé si quiero ver lo que está a punto de pasar pero entonces veo que Anderson saluda al visitante. Lo invita a pasar. Le pide que salude a su nuevo invitado.

Warner entra en mi ángulo de visión.

De repente siento debilidad hasta en los huesos, me siento mareada y un poco avergonzada. Warner se queda callado. Lleva su traje perfecto con su

pelo perfecto y es exactamente igual que el Warner que conocí por primera vez; la única diferencia se encuentra ahora en su mirada. Me mira en un estado de shock que lo hace tan débil que parece estar enfermo.

—Chicos, os acordáis el uno del otro, ¿verdad? —Anderson es el único que se ríe.

Warner respira como si hubiera subido unas cuantas montañas, como si no pudiera comprender lo que ve o por qué lo está viendo y me mira fijamente al cuello, hacia donde debe de estar el feo moratón que me mancha la piel y en su rostro aparece una mueca que parece de ira y horror y pena. Baja la vista hacia mi camiseta, mis pantalones cortos, y se queda boquiabierto el tiempo suficiente como para que me dé cuenta de ello antes de contenerse y eliminar toda emoción de su rostro. Hace esfuerzos por mantener la compostura, aunque veo que su pecho sube y baja con rapidez. Al hablar, su voz no es tan fuerte como solía ser.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—La he traído para nosotros —dice Anderson.

—¿Para qué? —pregunta Warner—. Dijiste que no la querías...

—Bueno —dice Anderson, pensativo—. No es del todo cierto. Por supuesto, podría beneficiarme de tenerla de nuestra parte, pero en el último momento he decidido que ya no me interesa en absoluto. —Agita la cabeza. Se mira las piernas. Suspira—. ¡Es tan frustrante estar discapacitado de esta forma! —dice, volviéndose a reír—. ¡Parece increíble lo frustrante que es! Pero —dice, sonriendo— como mínimo he encontrado una forma rápida y fácil de solucionarlo. De volver a la normalidad, como suele decirse. Será una especie de magia.

Algo en su mirada, la sonrisa enferma de su voz, la forma en que dice la última frase, me pone enferma.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, temiendo oír la respuesta.

—Me sorprende que tengas que preguntármelo, querida. A ver, francamente, ¿de verdad creíste que no me daría cuenta del hombro nuevo de mi hijo? —Se ríe—. ¿Te pensabas que no me parecería extraño verlo volver a casa ileso y además completamente curado? Sin cicatrices, ni dolor, ni debilidad... ¡como si nunca le hubiesen disparado! Es un milagro —dice—. Un milagro que, según cuenta mi hijo, llevaron a cabo dos de tus bichos raros.

—No.

El horror empieza a crecer dentro de mí, me ciega.

—¡Oh sí! —Mira a Warner—. ¿No es cierto, hijo?

—No —digo con un grito ahogado—. ¡Dios mío! ¿Qué les has hecho? ¿DÓNDE ESTÁN...?

—Cálmate —me dice Anderson—. Están perfectamente bien. Solo las he capturado, como hice contigo. Necesito que sigan vivas y sanas si van a curarme, ¿no crees?

—¿Tú lo sabías? —Me giro hacia Warner, desesperada—. ¿Tú has tenido la idea? ¿Tú sabías...?

—No... Juliette —dice— te lo juro... no ha sido idea mía...

—Os estáis poniendo nerviosos por nada —dice Anderson, señalándonos con una mano perezosa—. Ahora mismo tenemos cosas más importantes en las que centrarnos. Asuntos más urgentes que tratar.

—¿De qué... —pregunta Warner—... hablas? —Parece que no respire.

—De justicia, hijo. —Anderson me mira fijamente—. Estoy hablando de justicia. Me gusta la idea de restablecer las cosas. De volver a poner orden en el mundo. Y estaba esperando a que llegaras para enseñarte exactamente a qué me refiero. Esto —dice— es lo que debería haber hecho en un primer momento. —Mira a Warner—. ¿Me estás escuchando? Presta atención. ¿Me estás mirando?

Saca una pistola.

Y me dispara en el pecho.

Me ha estallado el corazón.

Me caigo hacia atrás, tropiezo con mis propios pies hasta caer al suelo, mi cabeza se da contra el suelo alfombrado, mis brazos hacen poco por frenar la caída. Es un dolor que nunca había experimentado, un dolor que nunca pensé que pudiera sentir, que nunca me hubiese llegado a imaginar. Es como si hubiera estallado una bomba en mi corazón, como si me hubieran prendido fuego de dentro hacia fuera, y de repente todo se ralentiza.

Así que esto, creo, es lo que se siente al morir.

Parpadeo y parece que me cueste una eternidad. Veo una serie de imágenes desenfocadas frente a mí, colores y cuerpos y luces que se balancean y movimientos forzados, todo borroso. Los sonidos son deformes, incoherentes, demasiado altos y demasiado bajos para poder oír con claridad. A través de mis venas brotan corrientes heladas, eléctricas, como si cada una de las partes de mi cuerpo se hubiera quedado dormida e intentara volver a levantarse.

Tengo un rostro enfrente de mí.

Intento concentrarme en la forma, los colores, intento que todo recupere la forma pero es demasiado difícil y de repente no puedo respirar, de repente

siento como si mi garganta estuviera llena de cuchillos, como si mis pulmones estuvieran perforados y, cuanto más parpadeo, menos puedo ver. Al poco solo soy capaz de respirar con mucha dificultad, jadeos diminutos que me recuerdan a mi infancia, cuando los doctores me dijeron que sufría ataques de asma. Sin embargo, se equivocaban; mi falta de aliento no tenía nada que ver con el asma. Tenía que ver con el pánico y la ansiedad y la hiperventilación. Pero lo que siento en estos momentos se parece mucho a lo que sentí entonces. Es algo así como intentar tomar oxígeno a través de una pajita delgadísima. Como si los pulmones se estuvieran cerrando, como si se hubiesen ido de vacaciones. Noto que me invade el mareo, que me invade el sentimiento de delirio. Y el dolor, el dolor, el dolor. El dolor es terrible. El dolor es lo peor. Parece que el dolor nunca vaya a detenerse.

De repente me quedo ciega.

Más que ver la sangre la noto, noto que escapa de mi cuerpo al parpadear y parpadear y parpadear en un intento desesperado de recuperar la visión. Pero no veo otra cosa que una neblina blanca. No oigo otra cosa que golpes en los tímpanos y el breve, breve, breve y frenético jadeo jadeo jadeo de mi propia respiración y noto calor, mucho calor, y la sangre de mi cuerpo sigue siendo fresca y cálida y forma un charco debajo de mí, a mi alrededor.

La vida escapa de mi cuerpo y me hace pensar en la muerte, me hace pensar en la corta vida que he tenido y en lo poco que he vivido. En que pasé la mayor parte de los años encogida de miedo, sin mantenerme nunca en pie por mí misma, intentando ser siempre lo que otra persona quería. Llevo diecisiete años intentando adaptarme a un molde que esperaba que hiciera sentir cómodos, seguros y a salvo a los demás.

Y nunca funcionó.

Habré muerto sin lograr nada. Sigo sin ser nadie. No soy más que una niña tonta que se desangra en el suelo de un hombre loco.

Y creo que, si pudiera volver a hacerlo, lo haría de manera muy diferente.

Lo haría mejor. Haría algo por mí misma. Cambiaría las cosas en este mundo tan triste.

Y me gustaría empezar matando a Anderson.

Es una lástima que esté a punto de morir.

## SETENTA

Abro los ojos.

Miro a mi alrededor y me sorprendo ante esta extraña versión del más allá. Es raro que Warner siga aquí, que siga sin poder moverme, que siga sintiendo un dolor tan grande. Más extraño aún es ver a Sonia y a Sara enfrente de mí. Ni siquiera pretendo comprender su presencia en esta imagen.

Oigo cosas.

Los sonidos empiezan a tener más claridad y, como no puedo levantar la cabeza para mirar a mi alrededor, en lugar de eso intento concentrarme en lo que dicen.

Están discutiendo.

—¡Tenéis que hacerlo! —grita Warner.

—Pero no podemos... no podemos t-tocarla... —dice Sonia, conteniendo las lágrimas—. No tenemos forma de ayudarla...

—No me puedo creer que se esté muriendo —dice Sara con dificultad—. No pensaba que estuvieras diciendo la verdad...

—¡No se está muriendo! —dice Warner—. ¡No se va a morir! Por favor, escuchadme, os lo pido —dice, desesperado—, sí que podéis ayudarla... os lo he intentado explicar —dice—, lo único que tenéis que hacer es tocarme, y yo puedo quitaros vuestro poder... puedo servir como conexión, puedo controlar y redirigir vuestra energía... Por favor, escuchadme...

—No puede ser —dice Sonia—. No puede... Castle nunca nos dijo que pudieras hacerlo... nos lo hubiese dicho si pudieras hacerlo...

—Dios mío, por favor, escuchadme —dice, con la voz entrecortada—. No trato de engañaros...

—¡Nos has secuestrado! —gritan ambas al unísono.

—¡No fui yo! Yo no os secuestré...

—¿Cómo vamos a confiar en ti? —dice Sara—. ¿Cómo podemos saber que no fuiste tú quien se lo hizo?

—¿Por qué os da igual? —Ahora respira con dificultad. ¿Cómo puede ser que os dé igual? ¿Por qué os da igual que se esté desangrando? Pensaba que

erais amigas...

—¡Claro que nos importa! —dice Sara, con la voz quebrada en la última palabra—. ¿Pero ahora cómo podemos ayudarla? ¿Adonde la podemos llevar? ¿A quién se la podemos llevar? Nadie puede tocarla y ya ha perdido mucha sangre... mírala...

Una respiración brusca.

—¿Juliette?

Muchos pasos pisotean pisotean el suelo. Se abalanzan sobre mí. Todos los sonidos chocan unos con otros, vuelven a colisionar, dan vueltas alrededor de mí. No me puedo creer que siga viva.

No sé cuánto tiempo llevo aquí estirada.

—¿Juliette? JULIETTE...

La voz de Warner es una cuerda a la que quiero aferrarme. Quiero cogerla y atarla alrededor de mi cintura y quiero que él me saque de este mundo paralizado en el que me encuentro atrapada. Quiero decirle que no se preocupe, que no pasa nada, que todo irá bien porque lo he aceptado, ahora estoy preparada para morir, pero no puedo. No puedo decir nada. Sigo sin poder respirar, casi no consigo que mis labios recuerden las palabras. Lo único que puedo hacer es respirar de esta forma tormentosa y preguntarme por qué diantres mi cuerpo sigue sin rendirse.

De repente Warner se sienta a horcajadas sobre mi cuerpo sangriento, teniendo cuidado de no tocarme con ninguna parte del cuerpo, y me remanga la camiseta. Consigue cogerme de las manos descubiertas.

—Te pondrás bien. Lo arreglaremos... ellas me ayudarán a arreglarlo y tú... tú te pondrás bien. —Respira profundamente varias veces—. Estarás perfecta. ¿Me oyes? Juliette, ¿puedes oírme?

Parpadeo. Parpadeo y parpadeo y parpadeo en su dirección y me doy cuenta de que sus ojos siguen fascinándome. Ese tono verdoso tan deslumbrante.

—Cogedme de las manos las dos —les grita a las chicas, con las manos aún cogidas firmemente a mis hombros—. ¡Ahora! ¡Por favor! Os lo ruego...

Y por alguna razón le escuchan.

Tal vez ven algo en él, algo en su rostro, en sus facciones. Tal vez vean lo que yo veo desde esta perspectiva inconexa y borrosa. La desesperación de su rostro, la angustia grabada en sus formas, el modo en que me mira, como si se fuera a morir si lo hago yo.

Y no puedo evitar pensar que este es un regalo de despedida del mundo interesante.

Que, como mínimo, al final, no he muerto sola.

## SETENTA Y UNO

Vuelvo a estar ciega.

El calor invade mi ser con tal intensidad que se ha apoderado literalmente de mi visión. No puedo sentir nada más que calor, calor, un calor abrasador que me invade los huesos, los nervios, la piel, las células.

Todo arde.

Al principio creo que es el mismo calor en el pecho, el mismo dolor del agujero en que se encontraba mi corazón, pero luego me doy cuenta de que en realidad este calor no duele. Es una especie de dolor calmante. Muy potente, muy intenso, pero de alguna forma bienvenido. Mi cuerpo no quiere rechazarlo. No quiere alejarse de él, no está buscando una forma de protegerse de él.

Cuando el fuego me alcanza los pulmones, noto que mi espalda se levanta del suelo. De repente mis respiraciones son enormes, intensas, aceleradas, tomo bocanadas de aire como si fuera a llorar si no las tomo. Bebo oxígeno, lo devoro, me ahogo en él, lo asimilo lo más rápido posible, todo mi cuerpo palpita al esforzarse por volver a la normalidad.

Siento como si me estuvieran cosiendo el pecho, como si la carne se estuviera regenerando, curándose a una velocidad inhumana y parpadeo y respiro y muevo la cabeza y trato de ver pero sigue estando borroso, sigue siendo poco claro pero cada vez me resulta más fácil. Noto los dedos de mis manos y pies y que mis extremidades están vivas y de hecho oigo que mi corazón vuelve a latir y de repente los rostros que tengo encima se hacen nítidos.

De pronto el calor ha desaparecido.

Las manos se han ido.

Me dejo caer de nuevo en el suelo.

Y todo se oscurece.



## SETENTA Y DOS

Warner duerme.

Lo sé porque está durmiendo a mi lado. Está tan oscuro que necesito parpadear varias veces hasta comprender que ahora no estoy ciega. Echo una ojeada por la ventana y veo que la luna está completamente llena y baña de luz esta pequeña habitación.

Sigo aquí. En la casa de Anderson. En la que seguramente había sido la habitación de Warner.

Y él duerme sobre la almohada que tengo a mi lado.

Sus rasgos son muy suaves y etéreos bajo la luz de la luna. Su rostro parece aparentemente tranquilo, modesto e inocente. Y pienso en lo imposible que parece que esté aquí, estirado junto a mí. Que yo esté aquí, estirada junto a él.

Que estemos estirados juntos en su cama de la infancia.

Que me haya salvado la vida.

*Imposible* es una palabra estúpida.

Me muevo un poquito y Warner reacciona inmediatamente, se sienta, con el pecho agitado y parpadeando. Me mira, ve que estoy despierta, que tengo los ojos abiertos, y se queda de piedra.

¡Me gustaría decirle tantas cosas! ¡Tengo tantas cosas que decirle! Ahora tengo muchas cosas que hacer, que revisar, que decidir.

Pero, por ahora, solo tengo una pregunta.

—¿Dónde está tu padre? —susurro.

Warner tarda un poco en recuperar la voz.

—Ha vuelto a la base. Se fue justo después... —Vacila, se mueve con dificultad un momento—... Justo después de dispararte.

Increíble.

Me dejó sangrando en el suelo de su salón. ¡Menudo regalo le dejó a su hijo para limpiar! ¡Menuda lección le hizo aprender a su hijo! Enamórate, y tendrás que ver cómo disparan a tu amor.

—¿Entonces no sabe que estoy aquí? —le pregunto a Warner—. ¿No sabe que estoy viva?

Él niega con la cabeza.

—No.

Y pienso: Buenas noticias. Es mucho mejor que crea que estoy muerta.

Warner sigue mirándome fijamente. Me mira y me mira y me mira como si quisiera tocarme pero tuviera miedo de acercarse demasiado. Finalmente, susurra:

—¿Estás bien, querida? ¿Cómo te encuentras?

Y yo sonrío para mis adentros, y pienso en todas las formas en que podría responder a esta pregunta.

Pienso en que mi cuerpo está más cansado, más derrotado y más consumido que en toda mi vida. Pienso en que llevo dos días sin tomar nada más que un vaso de agua. En que nunca me había sentido tan confundida acerca de las personas, acerca de lo que parecen ser y de lo que en realidad son, y pienso en que estoy aquí estirada, compartiendo cama en una casa que nos dijeron que ya no existía, con una de las personas más odiadas y temidas del Sector 45. Y pienso en cómo puede ser que esa criatura terrorífica pueda llegar a ser tan tierna, en cómo me salvó la vida. En que su propio padre me disparó en el pecho. En que hace tan solo unas horas yo estaba tendida sobre un charco de mi propia sangre.

Pienso en que mis amigos seguramente siguen atrapados en la batalla, en que Adam debe de estar sufriendo al no saber dónde estoy ni lo que me ha pasado. En que Kenji sigue tirando de muchos otros. En que puede que Brendan y Winston sigan perdidos. En que puede que todas las personas del Punto Omega estén muertas. Y esto me hace pensar.

Me siento mejor que nunca.

Me sorprende ver lo diferente que me siento ahora. Lo diferentes que sé que van a ser las cosas. ¡Tengo tanto que hacer! ¡Tantas cuentas que saldar! Muchos amigos necesitan mi ayuda.

Todo ha cambiado.

Porque en otros tiempos yo solo era una niña.

Hoy sigo siendo una niña, pero esta vez tengo una voluntad de hierro y dos puños de acero y he envejecido cincuenta años. Ahora por fin tengo una prueba. Por fin he descubierto que soy lo bastante fuerte, que quizás mi toque sea lo bastante osado, que puede que esta vez pueda hacer lo que debo.

Ahora soy una potencia.

Una desviación de la naturaleza humana.

Soy una prueba viviente y viva de que la naturaleza está hecha polvo oficialmente, tiene miedo de lo que ha hecho, de ver en qué se ha convertido.

Y yo soy más fuerte. Y estoy más enfadada.

Estoy preparada para hacer algo de lo que claramente me voy a arrepentir pero esta vez no me importa. Se ha acabado el ser amable. Se han acabado los nervios. Ya nada me da miedo.

Mi futuro será caótico.

Y no voy a llevarme los guantes.

## AGRADECIMIENTOS

Quiero amigos que perdonen y desconocidos generosos y horas de sueño ininterrumpido. Quiero los arándanos más dulces, las mejores conversaciones, los abrazos más cálidos, y ladrones que te roben la tristeza. Quiero auroras boreales y carcajadas; quiero el infinito y todo lo que conduce a él y lo quiero todo para ti. Mi mejor amigo. Mi marido. Eres mi color favorito, mi estación favorita, mi día de la semana favorito. Quiero todo lo que vale la pena tener en este mundo para regalártelo a ti.

A mi madre. A mi padre. A mis hermanos. A mi familia. Os quiero cuando reís. Os quiero cuando lloráis. Os quiero cuando reís y lloráis con cada taza de té que hemos terminado juntos. Sois las personas más increíbles que he conocido y habéis estado obligados a conocerme toda mi vida y nunca jamás os habéis quejado. Gracias, para siempre, por todas las tazas calientes. Por no soltarme nunca la mano.

A Jodi Reamer. Te dije hola y me sonreíste, así que te pregunté sobre el tiempo y dijiste: «¿el tiempo? El tiempo es imprevisible». Yo te dije «¿y el camino?» Dijiste que «ya se sabe que está lleno de baches». Te dije ¿sabes lo que va a ocurrir? Y dijiste que no tenías la menor idea. Y entonces me presentaste algunos de los mejores años de mi vida. Lo dicho, olvidarte es imposible.

A Tara Weikum. Lees las palabras que escribo con el corazón y las manos y las entiendes con una precisión que resulta tan vergonzosa como sorprendente. Por tu excelencia, tu paciencia, tu bondad inagotable. Por tus sonrisas generosas. Es un honor trabajar contigo.

A Tana. A Randa. Hemos compartido muchas lágrimas juntas... en la tristeza, en la alegría. Pero la mayor parte de las lágrimas que he derramado vienen de los momentos que he pasado riéndome con vosotras. Vuestra amistad ha sido el mayor de los regalos; es una bendición que estoy decidida a merecerme día a día.

A Sarah. A Nathan. Por vuestro apoyo incondicional. Sois más que geniales.

A Sumayyah. Por tu hombro y tu oreja y el espacio seguro que me garantizas. No sé qué haría sin esto.

Un gran, gran agradecimiento a todos mis queridos amigos de HarperCollins y de Writers House a quienes nunca se les agradece suficiente todo lo que hacen: a Melissa Miller, por todo tu amor y entusiasmo; a Christina Colangelo, Diane Naughton y Lauren Flower, por vuestra energía y pasión y vuestra inestimable habilidad comercial; a Marisa Russell, mi publicista excepcionalmente prodigiosa, que es inteligente y extremadamente atenta a la vez. Más agradecimientos a Brenna Franzitta: porque cada día doy las gracias por tener a una correctora tan brillante como tú (y espero haber usado esos dos puntos correctamente); a Alea Shane, por todo, pero también por saber responder con gracia cuando aparecen juguetes infantiles de formas extrañas en la oficina; a Cecilia de la Campa, por trabajar sin descanso para que mis libros estén disponibles en todo el mundo; a Beth Miller, por su apoyo continuo; y a Kassie Evashevski de UTA, por su gracia silenciosa y su instinto afilado.

¡Y gracias, como siempre, a mis lectores! Sin vosotros no tendría a nadie más con quien hablar excepto con los personajes de mi cabeza. Gracias por compartir el viaje de Juliette conmigo.

Y a todos mis amigos de Twitter, Tumblr, Facebook y de mi blog: gracias. De verdad. Me pregunto si alguna vez sabréis realmente lo mucho que valoro vuestra amistad, vuestro apoyo y vuestra generosidad.

Mil gracias.



TAHEREH MAFI nacida en 1988 en Connecticut es la menor de cuatro hermanos y actualmente reside en el condado de Orange. Estudió en la Universidad de Soka. Habla ocho idiomas y pasó un semestre en Barcelona, donde estudió literatura española.

Ha viajado mucho y vivido en ambos extremos de Estados Unidos. Tras graduarse, comenzó a escribir por «diversión». Ahora es una de las autoras de género *Young Adult* más importantes. Su saga *Destrózame*, de la que *Libérame* es la segunda entrega, ha cautivado a cientos de miles de jóvenes en todo el mundo. *Destrózame*, es el primer volumen de la saga que se ha vendido a veinticinco países y la 20th Century Fox ha comprado los derechos para llevarla al cine.